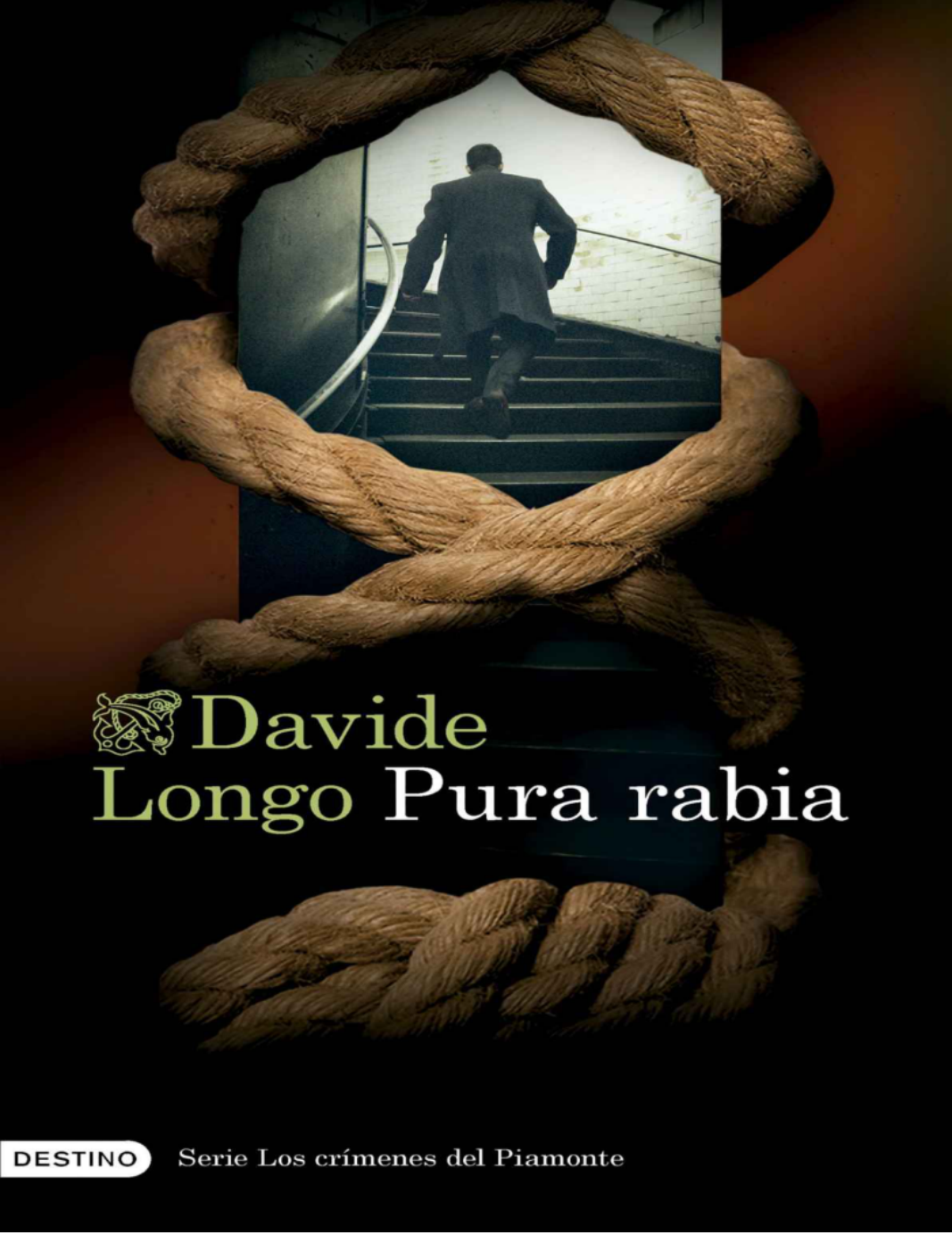


Davide Longo

Pura rabia

DESTINO

Serie Los crímenes del Piamonte

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Vincenzo Arcadipane tiene cincuenta y cinco años, un matrimonio fallido a sus espaldas y un futuro que no promete mucho. Además, en los últimos tiempos se ha convencido de que ha perdido el instinto que le guiaba en las investigaciones. Pero cuando una mujer es golpeada en la puerta de una estación de metro de Turín y al cabo de unas horas se localiza al culpable, es precisamente el instinto el que sugiere que en ese caso hay algo que no cuadra. Por tanto, decide profundizar más, con la ayuda de Corso Bramard, antiguo jefe y mentor, y de la sagaz agente Isa Mancini: un equipo de éxito al que se une un extraño expolicía con rasgos obsesivos.

Juntos se encontrarán descubriendo las reglas de un juego loco y letal, un descenso al mundo subterráneo de Internet que, ronda tras ronda, los llevará hasta donde se hacen «las tareas que no necesitan ojos».

Pura rabia

Davide Longo

Traducción de Lara Cortés Fernández

Ediciones Destino

A Serena,
«le jardin reste ouvert
pour ceux qui l'ont aimé»

Gracias a Dios, no hemos tenido miedo de nada.

JACK LONDON

1

Después de esquivar su tarjeta de identificación y una moneda de veinte céntimos, Arcadipane reconoce bajo sus dedos la última de las gominolas de regaliz que compró ayer en la tienda de Elsa. La extrae con cuidado, le quita las pelusas procedentes del fondo del bolsillo, se la lleva a la boca y espera ese instante en el que los granos de azúcar de la superficie serán ya un recuerdo y el regaliz con aroma de naranja, una realidad. Cuestión de tres segundos. A continuación, se baja de su Alfa 33, lo cierra con llave y se dirige, atravesando el patio, hacia la puerta de cristal instalada el mes pasado por deseo de las altas esferas.

En el rellano de cemento, una línea de cinta adhesiva indica el punto en el que la fotocélula detecta y abre. Arcadipane se detiene y aguarda. Nada.

—Pero ¿qué cojones...?

Da un paso hacia delante. Nada. Uno hacia atrás. Nada. El artilugio sigue escrutándolo desde arriba con su ojillo rojo, indiferente a su metro con sesenta y ocho centímetros y sus ochenta y nueve kilos. Consulta la hora en su muñeca —las cuatro y tres minutos—, mientras la última lámina de sol entra en el patio, penetrando en aquellos dos metros de vestíbulo.

—Pero esta...

Apoya la cara contra el cristal, borrando así el reflejo de su propio rostro sudado, las mejillas mal afeitadas, el pelo escaso y a jirones y esos ojos hundidos en la cavidad neandertal de sus cuencas. Fratamico está en la garita de la entrada como un Niño Jesús entre algodones, con la cabeza inclinada sobre el ordenador, seguramente enredado en su tráfico de peceras, calentadores y tortugas de agua.

—Esta cabeza de mierd...

Arcadipane echa una ojeada panorámica a las ventanas que dan al patio. Nadie, al parecer. Pero ¿a cuántas personas ha visto en las últimas semanas contorsionándose debajo de esta fotocélula entre las

risitas de sus compañeros tras las persianas? Hasta hay un vídeo en YouTube. Pues imagínate si el bufón es justo ese gilipollas que te dice ve para allí, ve para allá, prepara el informe, cómo no se te ha ocurrido pensarlo antes... Un chollo.

Se saca del bolsillo el teléfono móvil y lo levanta bajo la fotocélula, fingiendo buscar cobertura. Nada.

—La madre que...

Ahora mismo, se dice Arcadipane, le disparo a esta fotopollas, subo a la oficina y firmo una orden para que en su lugar se instale una persiana como la de los bares, una puerta plegable como la de los aseos, una puerta basculante, una... La puerta se abre.

En el vestíbulo lo recibe el calor insano de los edificios públicos en los días de entretiempo: algún que otro radiador todavía encendido, no se sabe por qué, detergentes baratos, aire mohoso, café arábica de máquina expendedora y plantillas para zapatos.

—¿No se abría? —pregunta Fratamico, con el dedo todavía apoyado en el botón rojo de apertura.

—¡Anda ya! ¿Qué dices? Lo que pasa es que yo suelo pasarme cada mañana diez minutos delante de la puerta reflexionando sobre si debo entrar o no. Por cierto, ¿no tenían que venir los que la instalaron?

—Vinieron y se fueron —responde Fratamico—. Según ellos, funciona a la perfección. Pero hay que colocarse en el punto exacto.

—Concretamente, ¿dentro del edificio?

Fratamico lo mira a la espera de entender lo que ha dicho.

—Oye —Arcadipane lo exime de esa obligación—, déjala abierta. Aquí dentro estamos a treinta grados.

—Claro que sí, comisario. Siempre abierta.

Arcadipane sube por las escaleras, ascensor averiado, recorre el pasillo respondiendo con mínimos movimientos faciales a los saludos, cincuenta y dos metros lineales de reconfortante hipocresía, y después llega a su despacho, entra y deja la puerta abierta. Una señal. De hecho, apenas unos segundos más tarde llega Pedrelli, cierra la puerta tras de sí y no se sienta, porque él no se sienta nunca.

—El joven está abajo, comisario. Lo detuvimos esta mañana a primera hora, como usted indicó.

Arcadipane observa al hombre que desde hace veinte años es su subordinado: siempre de camisa, siempre peinado con raya, siempre

piamontés, siempre puntual, siempre no de baja, siempre correcto, siempre de otra época, siempre un tocapelotas, siempre qué haríamos sin él.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Nos ha acompañado sin hacernos preguntas. En su casa solo estaba su madre. Lloraba, pero no demasiado. Creo que se piensa que es por uno de sus trapicheos habituales.

Arcadipane saca el expediente de la carpeta verde que desde anoche está sobre su escritorio. En ella aparece escrita la palabra METRO en letra de imprenta, como escriben quienes no se sienten cómodos a la hora de escribir. O sea, él.

—Primero vamos a ver otra vez la grabación —ordena mientras se pone de pie.

Recorren, ya sin hacer ningún ademán de saludo, el pasillo que se demolió seis años atrás para imprimir un estilo americano a los despachos: separados unos de otros por tan solo un cristal. Arcadipane, con sus andares basculantes de maquinaria de construcción; Pedrelli, sutil y ligero como un paje. A su izquierda, los escritorios de sus compañeros, dos o tres por cubículo; los demás, fuera, porque uno se dedica al oficio de policía en un cincuenta por ciento por el sueldo y en el otro cincuenta por ciento porque es un trabajo al aire libre.

La sala de vídeo se encuentra en el entresuelo. El reino de Franco. No es necesario anunciarse. Él siempre está allí. Cuando no trabaja con el material que le pasan las jefaturas de policía, monta vídeos de bodas, de confirmaciones, de *rallies* y de partidos de fútbol. Así redondea su salario. Nadie tiene nada que reprocharle, pues cuando llega la hora de hacer su trabajo es magnífico y puntual y siempre está disponible. El Estado no se va a arruinar por un poco de electricidad y de desgaste de sus máquinas.

Lo encuentran en su ordenador. Pelo rojizo y aspecto de crío, aunque ya tenga treinta y seis años, dos hijos, un título universitario de Informática y cerebro suficiente como para no querer ascender.

Arcadipane se sienta en el sillón giratorio.

—¿Me lo enseñas otra vez?

Franco hace clic y el vídeo que tenía ya preparado en el monitor se pone en marcha. En la parte superior avanza un temporizador con la fecha y la hora. Marca las 22.16. Los segundos discurren veloces,

como suelen hacer los segundos. Aparece una figura en lo alto de las escaleras mecánicas. Franco la detiene en el centro de la pantalla.

—Aquí es cuando entra en la estación de metro de Lingotto.

Arcadipane acerca la cara. Franco amplía la imagen.

—Si lo agrando más perdemos nitidez —advierte—. Esta es la mejor solución intermedia.

Arcadipane estira el cuello. Después retrocede, buscando la distancia adecuada para enfocar bien. El tipo lleva una chaqueta ceñida con un cinturón y unas bermudas con muchas flores. En los pies, botas militares. Se está colocando una máscara.

—¿De la máscara estáis seguros?

Franco desplaza los dedos por un teclado más pequeño. Otro monitor, hasta entonces en negro, se enciende. Aparece una máscara en primer plano, blanca, con ojos, nariz y boca oscuros, las facciones deformadas en una mueca. Las imágenes tienen una definición muy buena.

—Se empezó a utilizar en las películas de terror. Más tarde la recuperaron unas cuantas comedias demenciales. La puedes comprar en internet, en los supermercados y hasta en las papelerías. Yo diría que hoy la conoce casi todo el mundo.

Arcadipane relaja la espalda y gira el cuerpo un poco hacia la derecha y hacia la izquierda, balanceándose sobre el perno.

—De acuerdo. Muéstrame el momento en que sale.

Franco trabaja con el teclado hasta que la imagen del metro de antes se sustituye por otra: el mismo tipo, con la máscara puesta, sube por las escaleras mecánicas. Franco la detiene. Señala el temporizador.

—Principi d'Acaja, son once paradas. Las diez y treinta y ocho. Si tenemos en cuenta el tiempo de espera y de viaje, salen los cálculos. —Amplía la imagen—. Y este es el kimono. El nombre del gimnasio se distingue bien.

Arcadipane se apoya las manos sobre la boca, como si quisiese soplar en el hueco que queda entre ellas. Observa las letras oscuras sobre el fondo claro de la tela.

—¿Y el dueño del gimnasio?

—Un tipo serio —informa Pedrelli, que se ha quedado tras él—. Un maestro de la vieja escuela. En ese mundillo lo conocen todos. Dice que el chico va a su establecimiento desde hace dos años. Sabe que tiene antecedentes, pero en el gimnasio se comporta bien. Incluso ha

ganado algunas competiciones. Ningún problema con los compañeros.

—¿Hachís? ¿María?

—Trapichea a las puertas de su antiguo instituto y quizá también en la discoteca en la que trabaja, pero parece que en el gimnasio no.

Arcadipane se levanta, roza con su mano el hombro de Franco, que es su manera de darle las gracias, y salen.

Recorren las escaleras, un rellano y otro tramo más de escaleras hacia abajo. En todo momento en silencio, porque un boxeador entrado en años y su segundo no necesitan decirse gran cosa en el camino del vestuario al cuadrilátero. Arcadipane dirige un gesto a modo de saludo al agente de la puerta y entra el primero. Pedrelli, detrás.

El chico está sentado a la mesa del centro de una sala que parece cuadrada, aunque para serlo le faltarían diecisiete centímetros de anchura. Tiene diecinueve años, el pelo rapado a los lados y una ligera cresta en el centro. La cara de sinvergüenza característica en las viviendas de protección oficial.

Arcadipane se acerca al escritorio y coloca sobre él la carpeta.

El chico no parece gordo, pero viste una chupa ancha. Arcadipane observa sus muñecas y constata que son sólidas, de mecánica eficiente, elaboradas en un material que no se rompe. El cuello es fino, pero fibroso. Se lo imagina a la puerta de la discoteca en la que trabaja, un lugar de mierda para cafres, con chaqueta *bomber*, botas, expresión de tipo duro y pinganillo. Los gorilas más viejos en parte se ríen de él y en parte lo mantienen a raya. Sin embargo, no parece que haya habido problemas jamás. O, al menos, no constan denuncias. Pero de un lugar como ese nunca llegan denuncias. Las cosas se arreglan de otra manera.

Arcadipane se acerca la silla y toma asiento. Abre el expediente y lo hojea con mucha calma.

—¡Llevo cinco horas esperando! —le espeta el otro.

Arcadipane no necesita mirarlo, se lo sabe ya de memoria: cejas impecables, mirada cabreada, nada de pendientes. Probablemente, tampoco tatuajes. Tal vez un poco facha. O al menos simpatizante de ese bando.

—Había tráfico —se limita a responder mientras se acerca un folio a la cara como si no viese bien—. Luca Apostolo. ¿Qué apellido es Apostolo?

—Un apellido. ¿Me podéis decir ya qué coño estoy haciendo aquí?

Arcadipane coge otro folio y se lo tiende a Pedrelli, que se ha quedado de pie, un paso por detrás.

—¿A ti qué te parece? —le pregunta sin mirarlo.

Pedrelli, no precisamente desenvuelto, lee.

—¿No es extraño? —lo ayuda Arcadipane.

—Un poco —responde con timidez el subordinado.

Arcadipane vuelve a meter el folio en la carpeta. La cierra. A veces esta escenificación sale bien, otras veces, no.

—El domingo, pasadas las diez de la noche, te subiste al metro en la estación de Lingotto y te bajaste en Principi d'Acaja. ¿Qué fuiste a hacer a aquel barrio? ¿Había una fiesta de disfraces? ¿O es que te gusta ir por ahí con esas pintas?

El chico mira hacia un lado, justo donde en realidad no hay nada. De hecho, en la sala no hay nada aparte del escritorio, las dos sillas, la puerta y un espejo que todo el mundo sabe qué es.

—¿Conoces a Dolores Mendes?

—No —responde, seco, el joven.

Arcadipane se saca los cigarrillos de la chaqueta, que no se ha quitado ni en el despacho ni en la sala de vídeo, como tampoco se la quitará aquí. Su cuerpo está acostumbrado a pasar del calor al frío, a sudar y, después, a enfriarse. La última vez que le dio fiebre fue hace por lo menos veinte años. Y entonces fue por unos mejillones.

—Es una mujer que cada noche toma un tren a las nueve y media en el pueblo de Trofarello, llega a la estación de Porta Nuova, se sube al metro hasta Principi d'Acaja y a las once le da el relevo a una filipina para cuidar a un viejo director de banco que ahora pierde liquidez en otro sentido al de sus tiempos en la sucursal. Mendes trabaja hasta las once de la mañana, que es cuando vuelve la filipina. Así cada día, sábados y domingos incluidos, por ochocientos euros, que manda casi en su totalidad a la familia de su hermana, que está... ¿Dónde está, Pedrelli?

—En Colombia.

—En Colombia. ¿Alguna vez le has cambiado el pañal a un viejo?

El chico no se gira hacia él, no habla.

—Pues esto es lo que ella suele hacer. Y vale que no es gran cosa, pero resulta que el domingo por la noche salió del metro, dobló la

esquina y se encontró a un gilipollas que la tiró al suelo, se puso a darle patadas en la cabeza y después huyó. Un par de personas que estaban asomadas a la ventana aseguran que ni siquiera intentó robarle el bolso. La pateó y punto. Y están seguros de que llevaba un kimono, unas bermudas con flores y una máscara. Ella no puede confirmarlo porque se encuentra en coma.

La expresión del chico no parece haber cambiado, pero sí que lo ha hecho. Sus pupilas son más pequeñas, como si la luz de la sala hubiese aumentado. Sus cejas presentan una inclinación diferente y sus labios, un color distinto, porque es distinta la presión con la que se aprietan entre sí.

—No es verdad —se defiende.

Arcadipane fuma, mostrando un placer casi sexual.

—¿Qué no es verdad? ¿Que te vestiste así? ¿Que Mendes está en coma? ¿O que hasta el más gilipollas sabe que en el metro hay cámaras de vigilancia?

El joven traga saliva como si con ella estuviese excavando un canal virgen, nunca antes recorrido.

—¿Para qué iba a pegarle? ¡No sé ni quién es!

—¿Pedrelli?

—¿Sí, comisario?

—¿Cuántas veces hemos estado ya en esta sala?

—Muchas.

Arcadipane apoya las manos sobre el escritorio, y los codos, sobre la carpeta. A pocos centímetros de sus dedos se encuentran los del chico.

—¿Sabes por qué la mayoría de quienes se han sentado en el mismo sitio en el que estás tú ahora habían hecho lo que habían hecho?

El joven no piensa. No puede pensar. Un gato que ha caído a un pozo no piensa en nada. Salta y se agarra a las paredes. Si pensase, no lo haría. Comprendería que es inútil. Ahorraría energías.

—No lo sabían —continúa Arcadipane—. No sabían por qué lo habían hecho.

Se echa hacia atrás, suspira, vuelve a hojear el expediente. Hay varias fotos grapadas, pero a él le interesan más los folios en los que aparecen los sellos del juzgado de menores, los servicios sociales, la jefatura de policía.

—Te gusta dar palizas, sentarte entre los ultras en el estadio, frecuentar lugares donde a veces hay broncas, y siendo menor te detuvieron también dos veces por vender droga. Por si fuera poco, la segunda vez incluso le rompiste la nariz a uno de los agentes.

—¿Y qué hay de lo que ellos me hicieron a mí? ¿No aparece escrito ahí?

—Me importa un carajo lo que te hicieran ellos —responde Arcadipane con calma—. No será ni la mitad de lo que te vamos a hacer esta vez.

El chico se cruza de brazos y frunce el ceño. Un tipo de mierda. Un crío al que habría que dejar en una isla desierta e ir a recogerlo diez años después para comprobar si por lo menos la naturaleza ha conseguido arreglar algo en él, porque lo que son los servicios sociales o la cárcel...

—Ese ya es un asunto antiguo —objeta—. Ahora me dedico a otras cosas.

—¿Otras cosas como ser camello en una discoteca? ¿Vender porros a la puerta de los colegios? ¿Repartir pastillas en el gimnasio?

—En el gimnasio no reparto una mierda. ¡Y no tengo nada que ver con esa tía!

Arcadipane ríe, enseñando sus feos dientes.

—¡Claro que no! De hecho, después vamos a interrogar a los otros veinte que el miércoles se bajaron también en Principi d'Acaja diez minutos antes que Mendes, vestidos con el kimono de tu gimnasio y con la misma máscara que hemos encontrado en tu casa.

El chico deja de saltar contra la pared del pozo. Reflexiona.

—Era una apuesta —precisa.

—No lo entiendo.

—Una apuesta —repite, molesto por tener que explicarlo—. La idea era vestirme así, en plan imbécil, y pasar por varias estaciones. Eso es todo.

—¿Una apuesta con quién?

Baja la cabeza y empieza a recorrer con el dedo índice el canto de su lado de la mesa.

—Con mi chica.

—Con tu chica. ¿Apostaste con tu chica que te ibas a vestir en plan imbécil y a romperle la cabeza a una desgraciada?

—¡No! —grita. Después se calma y vuelve a bajar la mirada—.

Solo aposté que me vestiría así.

—¿Pero qué mierda de apuesta es esa?

Se encoge de hombros.

—Una gilipollez. Para demostrarle que la quiero de verdad. Ella decía que no sería capaz de hacerlo.

—¿Y la máscara?

—La habíamos visto en una película. Era graciosa.

—Sí, la verdad es que nos estamos riendo un montón.

—Ya les he dicho que no fui yo —insiste, mirando a Pedrelli—. Llegué a la estación, me bajé y volví a casa.

—¿Cómo?

—A pie.

—¿Hasta el barrio de Barriera?

—Sí.

—¡Vestido como en carnaval!

—Me quité la máscara. También el kimono. La apuesta era que viajaría así en el metro.

—¿Y cómo sabe tu chica que de verdad lo hiciste? Podrías haberle dicho que sí, pero rajarte después. ¿O es que ella te acompañaba?

—No.

—¿Entonces?

—Confiamos el uno en el otro.

—Confiáis el uno en el otro.

—Sí.

—Pero claro, si leía en el periódico que un tipo vestido así le había dado una paliza a una desgraciada, a lo mejor confiaba más.

—¡Que no le he hecho nada a esa, coño! —Se pone de pie bruscamente—. Y ahora, ¡dejad que me vaya!

Todo su cuerpo está vibrando. Arcadipane sabe que, en este estado, es posible que el chico le salte encima o que rompa a llorar. Si llora, la probabilidad de que sea culpable pasa del noventa al noventa y cinco por ciento. Si le salta encima, del noventa al noventa y siete. Para él, más o menos es lo mismo. Es como abrir una lata de alubias por un extremo o por el otro. El abrelatas tendrá que hacer el mismo esfuerzo. Las dos opciones son buenas, teniendo en cuenta adónde se quiere llegar.

Pero en vez de eso, el chico empieza a dar puñetazos en la mesa.

—¡Si no me soltáis, lo destrozo todo! ¡Joder!

Arcadipane se cruza de brazos y lo observa mientras el otro sigue dando golpes, hasta que se desploma sobre la silla, agotado. Sabe que Pedrelli ha dado un paso atrás, pero no le guarda rencor por ello, es solo una reacción instintiva. Como cerrar los ojos cuando alguien se pone a aplaudir delante de tu nariz.

Empieza a recoger los papeles del expediente.

—Ahora nosotros vamos a salir —anuncia—. Necesitamos unos diez minutos para recuperarnos, porque nos has impactado, de verdad. Mientras tanto, tú te quedas aquí y vas pensando en dónde compraste la máscara y en todas las demás cosas sobre las que te preguntaremos, ¿de acuerdo?

Pedrelli y él salen de la habitación y recorren el pasillo hacia las escaleras. Lavezzi y Botta también salen del cuarto situado tras el espejo. Se colocan a los lados. Arcadipane consulta la hora.

—Tengo que irme un rato. Cuando vuelva, le damos otro repasito. Mientras tanto, tú, Pedrelli, consigues que te autoricen la detención. Tenemos elementos para hacerlo. Si el fiscal pone pegas, me llamas, ¿vale? Pero solo si pone pegas. De lo contrario, nos vemos aquí dentro de dos horas. Vosotros dos: el móvil del chico, el registro de llamadas, tanto las entrantes como las salientes, todo. Y también la conexión a las antenas de telefonía. Veamos si ha enviado vídeos o fotos y a quién lo ha hecho. Y dadle a Franco el ordenador que habéis cogido de su casa. Decidle que le haga la autopsia.

—¿Y la novia? —pregunta Lavezzi.

—Comprobad quién es y dónde está, pero no la interroguéis todavía. Iremos a buscarla mañana a primera hora, a las siete, y la traeremos aquí. Sin decirle nada. Ahora tengo un compromiso familiar, no puedo aplazarlo. Nos vemos dentro de dos horas. Apuntad las horas extra.

—¿Dónde? —quiere saber Botta, que es competente, pero aún joven.

Pedrelli y Lavezzi suben por las escaleras mientras ríen con sarcasmo.

Arcadipane, sin embargo, se queda mirando fijamente al joven Botta. Tiene prisa, pero ver a alguien que está haciéndose un hombrecito siempre es maravilloso.

2

Ella se liberó de todo lo que le estorbaba y Él la penetró.

—¡Empuja, idiota! —le ordenó ella, mordiéndole en el hombro para no gritar—. ¡Empuja!

Y Él así lo hizo, dando gracias al vigor con el que el Señor había dotado a sus lumbares, hasta que los gemidos benévolos de ella dieron paso al grito de la abubilla: «¡Ay, ay!». Entonces Él rodeó con sus brazos su cintura y, así como el campesino transporta a su carro los frutos que ha cosechado en su parcela, la levantó de las cajas en las que se encontraba y, sin salir en ningún momento de su cuerpo, la posó sobre los sacos, donde ella gozó durante largo tiempo y elevó su agradecimiento hasta el Altísimo.

—Ahora me voy, que a lo mejor Carlo está empezando ya a recoger y trae algo al almacén —anunció ella cuando se sintió saciada —. Salgo yo primero. Nos vemos en la cafetería.

Él esperó y constató sin orgullo que había obrado bien al aportar consuelo allí donde consuelo se le pedía. Después salió y acudió al lugar convenido, en el que la mujer estaba entre otros gentiles, limpia de todo rencor. Lo recibió con un beso en la mejilla, como si nada hubiese ocurrido entre ellos, porque eso era lo pactado y lo necesario.

—Toma leche o lo que quieras —le propuso—. Pago yo.

Él se bebió la leche que se le había ofrecido, haciendo oídos sordos a las palabras de aquel lugar, que eran tan sucias y gruesas como los pecados. Y tras calmar su hambre y su sed, Él y ella se sentaron y contemplaron los puestos que había en la plaza, y ella señaló a su marido, que, tras uno de los mostradores, vendía verduras, como era su costumbre.

—Mira lo gallito que se pone, el cabrón este —soltó ella—. Se cree que no sé que en veinte años se ha follado a medio mercado. Pero ahora me estoy desquitando... —Y mientras pronunciaba estas palabras elevó su copa de vino para brindar por la justicia, que ella veía aproximarse como una ardiente espada. Y Él hizo lo mismo con la

leche, que era pura y, por tanto, bendita. Después llegó la hora en la que ella debía marcharse, pues su ausencia resultaba inapropiada. Así, ella se levantó, sonrió y, contemplando el mundo al que regresaba, dijo—: No sé si hago bien en decírtelo, en vista de que eres joven, pero tengo sesenta años y conocí este mundo cuando todavía era posible salvarlo. Ahora, en cambio, todo se ha venido abajo. Todo está ya en ruinas.

Y Él asintió, porque la verdad era su cadena.

3

Arcadipane da la habitual vuelta a la manzana sin encontrar sitio, así que acaba aparcando delante de la señal de vado permanente de un taller que, él lo sabe, lleva veinticinco años cerrado. Un gesto a Tonino, que está vaciando los ceniceros de la terraza de su bar, después el lado corto de la manzana, el escaparate de la tienda de quesos, la esquina en cuyo suelo yace la marca de un antiguo urinario público pasado a mejor vida, la sastrería con su cartel que anuncia SE HACEN ARREGLOS y ya está ante la puerta principal.

Solo cuando se mete la mano en el bolsillo con intención de sacar las llaves se acuerda. Entonces llama al timbre.

—Soy yo.

Mientras el ascensor sube, le viene a la mente la cancioncilla que Loredana solía canturrear cuando salían juntos por las mañanas: «¡Para subir, el número cinco! ¡Para bajar, el número cero!». No ha habido grandes cambios desde entonces: el mismo suelo de linóleo de color verde brillante, las mismas puertas color lacre (en los años sesenta el ascensor era un artículo señorial) y, bajo el espejo, el texto minúsculo escrito con una navaja («Es Sailor Moon quien te rompe el culo a ti, y no al revés») grabado por el crío de la planta de arriba, que antaño veía sin parar dibujos animados para niñas y hoy es dueño del mayor comercio para fetichistas de los automóviles tuneados de toda la ciudad.

El ascensor se detiene en el rellano, donde la puerta entreabierta mete el dedo en la llaga: esta no es una puerta para la que Arcadipane tenga llave; ya no. Llama con los nudillos.

—Pasa, estoy en la cocina.

Arcadipane se quita los zapatos en la entrada, tirando con un pie del otro, justo como decía a Giovanni que no había que hacer porque así se estropeaba el calzado; después se queda contemplando en el espejo del armario el reflejo de un hombre de cincuenta y cinco años, con una chaqueta demasiado gruesa, una barba de varios días y unos

calcetines celestes con la punta de color azul oscuro por el sudor.

Hasta tres años antes, en esta situación se habría encogido de hombros, habría abierto el mueble zapatero y se habría puesto las zapatillas de lana cocida que sus hijos le habían regalado una Navidad. Al principio no le pareció una buena idea recibir unas pantuflas de lana cocida por Navidad, por si fuera poco con algo de tacón, pero con el tiempo les cogió cariño. ¿Dónde habrán ido a parar? ¿A la parte superior e inaccesible del armario? ¿Al sótano? ¿Al cubo de la basura? ¿O tal vez a una de esas cajas que nunca ha llegado a abrir? Eran cómodas, y también el único objeto gris con una flor en relieve que ha tenido nunca. Además, es increíble cómo incluso en verano el pie...

—¿Vincenzo?

—Sí, ya voy.

Mariangela está de espaldas, vertiendo en el fregadero algo que ha hervido, con un vestido sin mangas que le cubre las rodillas. Una nube de vapor la envuelve como una aureola, una niebla volcánica que poco a poco se disuelve condensándose en minúsculas gotas sobre su piel, que es cálida, pero, evidentemente, no lo bastante. Arcadipane observa cómo se gira y le sonríe con esa sonrisa que se ha inventado en los dos últimos años: un seto que cierto día un vecino tuyo, sin dejar de preguntarte qué tal estás, empieza a cultivar con cortesía en la linde entre vuestros jardines, en apariencia más por estética que por necesidad de separar los espacios, pero mientras tanto...

—Qué mes de marzo más loco, ¿eh? —comenta ella pasándose el dorso del brazo por la frente—. Hoy en clase el termómetro marcaba treinta y dos grados.

Arcadipane observa el tendón que sirve de cateto a su axila desnuda. Unos pocos centímetros de piel totalmente inocuos para quien no sepa que dos dedos más abajo, oculta por el vestido, esa línea se eleva, confluyendo en el pecho. Pero Arcadipane lo sabe. Por eso no se da cuenta de que se ha cortado las puntas, se ha teñido de un color más oscuro, nogal americano, y solo tiene un pendiente, porque el otro se le ha quedado enganchado a la camiseta que se ha quitado en el dormitorio para ponerse más cómoda y cocinar.

—Sí, un calor tremendo —asiente mientras se saca de la chaqueta el sobre amarillo del día doce del mes y lo deja sobre la mesa.

Mariangela hace su habitual gesto, que significa «gracias, siempre

puntual y fiable», pero también «por qué no te decides de una vez a hacer una transferencia periódica como todos, así al menos te quitas un peso de encima y queda un rastro de cada operación, lo cual te beneficia. Por lo demás, no necesitas recurrir al sobre para pasar por casa, basta con que llames por teléfono, siempre eres bienvenido, lo sabes». ¿Lo sé? Sí que lo sabes. ¿Y entonces por qué tengo que llamar por teléfono? Es una forma de mostrar respeto. ¿Respeto? Pues sí, respeto por los espacios. Vale, pero a lo mejor prefiero pasar el día doce del mes sin llamar antes, si puedo. Como quieras, serás bien recibido tanto el día doce del mes como cualquier otro día. Siempre que llame por teléfono. Sí, si no es el doce, es mejor que llames. Por respeto a los espacios. Sí, por respeto a los espacios...

—¿Vincenzo? ¿En qué estás pensando?

—Nada, es el caso ese... Anoche trabajamos hasta tarde. ¿Y Trepet?

—¡Ese pequeñín! Si no fuese por las fiestas que nos hace cuando volvemos a casa y por algunos pelos que va dejando por ahí, ni me daría cuenta de que lo tenemos.

Arcadipane mira al perro, que, cómodamente instalado sobre el cojín, con la cabeza entre las piernas y el muñón posterior apuntando hacia el techo, se lame el testículo negro. Al envejecer ha ganado algunos kilos y el pelo se le ha vuelto color ceniza, hasta tal punto que, de no ser por el mechón blanco de viejo peripuesto de provincias, podría pasar por un bloque de alquitrán seco si estuviera en un lugar con poca luz; o por un radiador de hierro fundido, el motor de un Seiscientos o cualquier otra cosa gris y pesada que no apetezca nada mover.

—Entonces, ¿os hace fiestas? —pregunta Arcadipane.

—¡Y tanto! —Mariangela ha colocado las judías verdes en una ensaladera—. Loredana dice que me oye desde el ascensor. Por cierto, ¿no decías que era medio sordo? ¿Cuántos años tiene ya?

Arcadipane observa al perro, que ahora ha pasado a ocuparse del otro testículo, el blanco.

—En la perrera me comentaron que tenía más de diez..., y desde entonces han pasado cinco... ¿Y el cojín?

—¿Qué pasa con el cojín?

—¿No lo destroza?

—¡Anda ya! Cuando lo lavo se planta delante de la lavadora

como Romeo bajo el balcón. Solo lo abandona cuando Loredana se va a dormir y le deja meterse en su cama.

Arcadipane todavía está escrutando aquello que debería ser su perro cuando Mariangela levanta la persiana del balcón y la cocina se ve inundada por la luz menguante de las seis de la tarde. Un torrente que de repente tiñe de naranja el sofá cama en el que dormían los parientes que subían al norte para alguna consulta médica, las sillas de enea que el gato de una compañera de Mariangela hizo trizas y los muebles que les regalaron en su boda, material elaborado para que dure, con acabados a mano, madera que era madera de verdad, así no tienes que cambiarlos nunca y te quedas para siempre con esa puerta que no cierra, esas marcas de las pegatinas que en su momento pegaron los niños y ese botellero en forma de pirámide que no has usado en la vida, el...

—¿Vincenzo?

—Sí, me estaba preguntando qué tal le había salido el examen a Loredana.

—¿Qué examen?

Arcadipane levanta las dos manos, como diciendo «es obvio», pero también «cómo coño voy a saber qué examen es: la luz que muere me está peinando el estómago por dentro con un cepillo de hierro, ¿es que no lo ves?».

—El de Románica... —farfulla—. Propedéutica. Pero bueno, a lo mejor lo que hago es esperar a que vuelva y así se lo pregunto yo, ¿qué te parece?

—Por mí no hay problema, pero esta tarde está en el gimnasio.

—Ah, ¿ella también hace deporte?

—Los martes y los jueves, pilates; los miércoles y los viernes, *spinning*. Ya sabes que le ha dado por pensar que está gorda. Hace seis meses que te incluyo en los gastos el recibo del gimnasio. —Señala el sobre colocado en el borde de la mesa—. Pensaba que te habías dado cuenta.

Arcadipane tiene todavía los brazos elevados, con las palmas de las manos hacia arriba: acepto lo que la vida me ofrezca, con el pecho descubierto frente a la tempestad. Mariangela vuelve a esbozar otra sonrisa de las suyas y empieza a cortar en dados el queso feta.

—No te lo digo para consolarte —le dice para consolarlo—, pero yo también la veo poco últimamente. Tiene la universidad, el

gimnasio, los amigos, y cuando está en casa se encierra en su habitación para estudiar. Giovanni, por lo menos, con la excusa de que está lejos, me llama por teléfono un par de veces por semana, así puedo acorralarlo y hacer que hable. ¿Has ido a verlo jugar? Yo creo que a él le gustaría. Carpi no está tan lejos.

Arcadipane se mete las manos en los bolsillos y se balancea mientras busca una respuesta. Fue a verlo jugar el primer día del campeonato, hace ya seis meses. Después del partido comieron una pizza. En principio él debería haber cenado con el resto del equipo para reforzar lazos, pero aquella noche hizo una excepción. De hecho, parecía contento. Entonces, ¿por qué no ha vuelto para ver jugar a su hijo? ¿Por qué no sabe que Loredana hace *spinning* y no se acuerda de las asignaturas de las que se examina? ¿Qué tiene que hacer, aparte de trabajar y recordar estas cosas? ¿Adónde van a parar las horas que no dedica a sus casos? Debería pegar carteles por toda la ciudad con su retrato acompañado del texto DESAPARECIDO. Tal vez alguien llamaría y le diría que esa noche estuvo allí, que hizo esto, que habló con aquel. Y encima este puto clavo en la boca del estómago que lo atormenta; un arancel, una letra de cambio, un torno de acceso que gira cada vez que traga algo. Incluso se le han terminado las gominolas de regaliz y el medicamento contra la acidez que tiene en casa. ¿Casa? ¿Acaso aquello es una casa?

—Voy un momento al baño —anuncia—, si no te importa...

Mariangela, que ha terminado de mezclar el queso feta con la ensalada de alubias blancas, responde: «Pues claro. Estará un poco desordenado, tengo que poner una lavadora, no te asustes». Así, él entra en el baño y se sienta en la taza del retrete sin levantar la tapa, solo para recobrar el aliento, presionarse el estómago con las manos, entreabrir la ventana de cristales esmerilados y contemplar ese rectángulo de panorámica que se conoce de memoria: los edificios con azulejos y ladrillos caravista, desgarbados, con terrazas abusivamente cerradas, feos ya en origen y cada vez peor a medida que los pintan una y otra vez. Pero al menos son algo que no cambia, que permanece; el barrio en el que creció. Cuántas veces los ha mirado sentado en aquel váter, por la noche, a primera hora de la mañana, bajo luces y lluvias diferentes. ¿Adónde han ido a parar todos esos años de poco dinero, crianza de niños y preocupaciones que tanto les pesaban? Ahora siente melancolía hasta por haber terminado de pagar

aquella hipoteca. Ahora pagaría unos cuantos plazos más solo para sentirse mejor. Si al menos llorara como lloraba hace cinco años... Pero no llora. No llora ni siquiera cuando piensa en la época en la que, siendo un niño gordo y sureño, les confesó a los amigos del patio que no tragaba a la Juve y que el fútbol tampoco le gustaba demasiado. Ni siquiera cuando piensa en aquel hotel de Andora con su primera novia. Ni siquiera cuando recuerda aquella noche, «Vincenzo, siéntate, tenemos que hablar». Por eso le duele el estómago: lo ha bloqueado todo por dentro, y el trabajo al que se dedica no es precisamente de esos que ayudan a relajarse. Por eso y por otras cosas que su inteligencia no alcanza a definir, cierra la ventana, se levanta del váter y se acerca al pequeño armario para buscar el medicamento contra la acidez estomacal que en sus tiempos estaba allí, encima de los tampones y debajo de los analgésicos, y entonces la ve.

Una puta brocha de afeitar.

Cuando regresa a la cocina, la luz naranja ya se ha apagado y los muebles tienen un aspecto por completo distinto. Mariangela está cerrando el frigorífico, lo mira, percibe la palidez, el temblor del párpado izquierdo, y lo entiende.

—Siéntate un momento, Vincenzo.

Él se queda contemplando durante unos segundos la porción de pared en la que, hasta hace un año, se encontraba el gran puzle de diez mil piezas de Isola Bella, la isla de Stresa, que enmarcaron al final de infinitas noches de trabajo somnoliento y minero con los niños, que no les dejaban levantarse ni aunque les prometiesen a cambio dibujos animados y petardos para explotar en casa. Ahora, en lugar del puzle, hay un cuadro abstracto, muchas líneas que no van a ninguna parte, como la trayectoria de alguien que se ha perdido en un centro comercial. Después se sienta.

También se sienta Mariangela, al otro lado de la mesa. Entre ambos, el sobre amarillo.

—Te dije en su momento que no tenía intención de convivir con él, al menos no mientras Loredana esté en casa, y ahora te lo confirmo. No siento necesidad de hacerlo. Pero este año Gian Pietro es jefe de estudios del instituto. A veces, cuando sale tarde de trabajar y al día siguiente tiene que estar desde primera hora en el centro, se

queda aquí. Eso es todo.

Arcadipane la mira y se pregunta cómo se las ha apañado ella para entenderlo. Una pregunta que dura poco porque ya tiene la respuesta, la tiene desde siempre: porque es una mujer presente. Lo fue durante los años en los que estuvieron juntos, lo es con sus hijos, lo es con sus alumnos. Por eso a Loredana, a Giovanni y a él los conoce como a la palma de su mano. Por eso conoce a los alumnos y sabe qué hacer con ellos. Porque ella está. ¿Mariangela Spataro? Presente. Siempre. Y él no.

—¿Vincenzo?

—¿Eh?

—No me gusta verte así.

—¿Así cómo?

—Han pasado ya dos años desde que tomamos esta decisión. Deberías seguir adelante, encontrar compañía, aunque solo sea para hablar con alguien. ¿Cuánto hace que no charlas un rato? ¿Que no te tomas una copa con Corso?

—Corso es un exalcohólico, no bebe.

—Sabes qué quiero decir. ¿Por qué no vas a verlo? No tenéis por qué hablar solo de pruebas, móviles de un crimen e informes periciales de la policía científica. No solo habéis sido compañeros. Entre vosotros hay una amistad.

Arcadipane farfulla algo, aunque lo cierto es que está simulando que mastica una gominola de regaliz, porque es lo que necesitaría ahora. Mariangela, tal vez temiendo un ictus, se inclina hacia él, le agarra la mano.

—También para mí ha sido difícil, Vincenzo. Y lo es todavía, de alguna manera. Pero tengo a los niños, aunque ya sean mayores, tengo mi trabajo, las personas de mi entorno. Tampoco tú estás solo, tienes un trabajo difícil, pero te encanta, y los niños también están contigo.

—Pero yo no tengo un Gianpiero.

—Gian Pietro... Y es injusto lo que dices. Cuando tomamos nuestra decisión, él no era más que un buen amigo. Fue después cuando surgió algo más.

—Sigues diciendo «tomamos nuestra decisión», pero yo no decidí absolutamente nada.

—No decidiste en aquel momento, pero ya habías decidido antes, mucho antes. O quizá tienes razón y ninguno de los dos ha decidido

nada; un fuego no decide apagarse... —Le suelta la mano, ríe entre dientes y deja caer la espalda sobre el respaldo—. Bueno, ¿ves?, me haces hablar como una canción de los años sesenta. ¿Por qué no vuelves a ver a aquella terapeuta que te ayudó hace cinco años? Hizo un buen trabajo, con ella mejoraste, te sentiste más aliviado.

—Por seiscientos euros. Y era una loca. No quiero volver a saber nada de ella.

—Vale, a lo mejor tenía métodos poco ortodoxos, pero...

—Estaba loca, antes que verla prefiero hacerme al mismo tiempo una gastroscopia y una colonoscopia.

Mariangela niega con la cabeza, se levanta, abre una alacena y extrae de ella una colorida cajita metálica.

—Esta es una hierba medicinal china. —Se la planta delante—. Sirve para distender la musculatura del estómago, reducir la tensión abdominal, relajar las lumbares y soltar las cervicales. Es como si girase una llave y se aflojara la cuerda que te recorre el cuerpo de la cabeza a los pies. Tienes que tomarla en infusión dos veces al día. También puedes mezclarla con agua fría. Ya verás como funciona.

Arcadipane sopesa la cajita, sorprendentemente ligera.

—¿Es una sustancia legal?

—Es más cara que ciertas drogas, pero es legal. A mí me ayudó mucho en su momento. Todavía me tomo una taza de vez en cuando.

Arcadipane la gira entre sus manos: hojas secas que golpean las paredes de lata.

—¿Te la ha dado Gianpiero?

—Gian Pietro... Y no es importante quién me la ha dado. Te estoy ofreciendo algo que a mí me ha venido bien. No te digo que vaya a resolver tus problemas, pero es mejor que seguir comiendo esos caramelos con tanto azúcar...

—Vale, gracias. Ahora me tengo que ir, hay un tipo que me está esperando en la central.

—¿Es por la mujer del metro?

—Por eso mismo.

—¿Lo habéis atrapado?

Arcadipane hace un gesto vago con la mano. Después ambos se levantan a la vez, ella lo acompaña hasta la puerta, él vuelve a ponerse los zapatos, ella le entrega la correa de Trepet, que él no utilizará, y una bolsita de bastoncitos comestibles como premio, que él

no le dará, y llega el momento. ¿Un beso en una mejilla? Demasiado íntimo. ¿Un beso en cada mejilla? Demasiado propio de parientes. ¿Ningún beso? Frialdad. Por lo general, es ella quien resuelve la situación diciendo cualquier cosa.

—Por cierto, el examen de Propedéutica fue el mes pasado. Loredana sacó matrícula de honor. Dentro de quince días tiene el de Filología Románica.

—Sigue siendo buena —comenta él, ya más allá del umbral de la puerta.

—Sí, muy buena —sonríe ella, levantando la mano. Él hace lo mismo en el camino desde el umbral hasta el ascensor, y la situación fluye de una manera nada desagradable, nada fea, nada incómoda. Mérito de ella, como siempre.

Cuando el ascensor empieza a descender, Arcadipane realiza dos respiraciones profundas y, a continuación, se saca el móvil del bolsillo y escribe rápidamente, antes de olvidarlo: «Enhorabuena por la matrícula de honor en Propedéutica Filológica y mucha suerte para el próximo examen de Filología Romana».

La respuesta llega en la planta baja: «Gracias, papi, eres un amor por haberte acordado. ¡Precisamente el 12! ¡Ja, ja, ja!».

Arcadipane sale a la calle, donde la puesta de sol ha dejado en el aire tan solo una vibración, la huella de algo que fue hermoso hace tiempo. Por eso aún no ha llegado la oscuridad, aunque en cierto modo sea ya de noche, las tiendas estén bajando las persianas, las luces de las farolas se estén encendiendo y el barrio se esté dejando llevar.

Arcadipane da algunos pasos, pensativo, rumiando aquel «¡Ja, ja, ja!». Después se gira.

—O sea, que ahora haces fiestas.

Trepet, que también se ha detenido a dos metros de distancia, como es habitual en él, le dedica la mirada hastiada de quien te conoce y no te conoce. Después se gira hacia el escaparate del establecimiento de masajes chinos, en el que parpadea, perenne, el cartel de ABIERTO.

«Qué cabrón», piensa Arcadipane mientras se pone de nuevo en marcha.

Desfilan en procesión por delante de la sastrería cerrada, la terraza de Tonino vacía, la silueta que dejaron los operarios

municipales y que acredita la muerte violenta del urinario público, hasta que, cuando atisban ya el Alfa 33 Quadrifoglio, Arcadipane vuelve la mirada hacia el gran escaparate del concesionario multimarca y descubre su reflejo y el de Trepet, con sus andares sincronizados y ondeantes, tan proporcionalmente similares. Arcadipane siente entonces una punzada en el estómago, malévola y profunda. Doblado por el dolor, consulta la hora en su reloj de muñeca: las siete menos dos minutos.

Cuando franquea el umbral del ultramarinos, con Trepet cojeando y resoplando a sus espaldas, son las siete y tres minutos. Elsa está envolviendo las seis porciones de queso del mostrador. El fontina, de un color amarillo no natural, tiene una hendidura en un lateral, una boca que parece gritar: «¡No! ¡No quiero volver ahí dentro!».

—¡Medio kilo de gominolas de regaliz a granel! —grita Arcadipane, descompuesto.

En realidad da igual, porque Elsa está sorda desde 1993.

El dinero lo reservaba para los dientes o para la ortodoncia. Y es que para vender se requiere una buena presencia.

4

Son las once y diez cuando sale de la sala de interrogatorios.

Esperaba mejor resultado después de tres horas de fermentación y de aquel segundo repaso, pero el chico no se mueve un ápice: admite el trayecto en metro, se reconoce en las grabaciones de vídeo, pero cuando toca hablar de la mujer, su retahíla es siempre la misma: «No la conozco, no fui yo, qué coño queréis».

Los únicos avances con respecto a la tarde son un selfi, que Apostolo dice haberse hecho en el vagón y que después le mandó a su novia, y una llamada de teléfono, que asegura que ella le hizo mientras él volvía a casa, a la altura del hipermercado de la avenida Vercelli, es decir, hacia las once y cuarto, si es que de verdad se desplazó a pie. Obviamente, la hora exacta depende de las ganas que este gilipollas tuviera de caminar. El registro telefónico confirmará si es cierto, pero, sea como fuere, según los testigos, la agresión contra Mendes tuvo lugar hacia las veintidós horas y cincuenta minutos, por lo que la llamada de la chica, de haberse producido, lo cubre igual que un trozo de papel de confeti le cubriría el culo.

Arcadipane entra en el baño del semisótano, se acerca a uno de los tres urinarios instalados en la pared y procede. Cuando se gira, descubre a Pedrelli, que está vertiendo el contenido de un sobre en un vasito microscópico que acaba de rellenar.

—¿Quiere usted uno?

—¿Qué es?

—Es para la acidez.

Arcadipane niega con la cabeza; después se coloca ante el otro lavabo y se echa un poco de agua en la cara. Le da la impresión de que hace cien años que está levantado.

—Si no necesita nada más... —comienza Pedrelli mientras recoge el vaso.

—Vete, vete. ¿A qué hora has quedado mañana por la mañana con los demás?

—A las seis y media, para ir en busca de la chica.

Arcadipane asiente, se seca y tira la toalla de papel en la papelera.

—Nada de numeritos. Es un buen barrio y no quiero tener a los abogados encima como moscas cojoneras. La traemos aquí, la interrogamos y, si no hay gran cosa, la devolvemos a casa. Si es necesario, la convocamos de nuevo o vamos a ver su habitación, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, comisario.

—Ahora vete, que en cuanto te acuestes vas a tener que levantarte otra vez.

—Duerma usted también, comisario, que me parece un tanto... —Pedrelli coge otra toalla y se seca las manos, que ya se había secado. Mientras lo hace mira un poco hacia la toalla, un poco hacia Arcadipane.

—Es tarde, Pedrelli, y el papel es caro. Si tienes algo que decir, no te andes por las ramas.

—Son asuntos privados, comisario, yo no me lo permitiría si no fuese porque, después de tantos años... No le digo yo que tengamos una amistad como la que tenía usted con Bramard, pero por lo menos un conocimiento, un diálogo, un...

—Venga, Pedrelli, que me estoy poniendo ya el pijama.

—He observado que durante el interrogatorio ha comido muchas... —y señala el bolsillo de la chaqueta de Arcadipane, repleto de gominolas de regaliz—, así que he deducido que usted ha vuelto a tomarlas.

—Como deducción es una puta pena, diría yo, porque nunca las he dejado.

—Es cierto, pero la cantidad...

—La cantidad.

—Veintitrés en dos horas, como hace cinco años. A lo mejor es que no está pasando usted por un buen momento, está reflexionando. No es algo por lo que deba sentirse avergonzado, también yo...

—Sí, me acuerdo, tu hija Nicoletta, en cuanto entró en la universidad, empezó a jugar a la bestia de dos espaldas con el magnate de los helados sesentón. Tú no podías dormir por las noches, fuiste a un psicólogo y todo se resolvió de maravilla: tu hija encontró un muchacho en condiciones, acabó la universidad y el viejo verde la

palmó de un infarto. El universo se recompuso y tú te convertiste en una especie de buda que los domingos sale al bosque con otros pirados para abrazar a los árboles y cantar hosanna. Pero si ahora necesitas ponerte a llorar como cuando me contaste lo de tu hija y el viejo asqueroso ese, te doy cinco minutos, ni uno más, porque, sinceramente, no me tengo en pie. Te escucho. ¡Vamos! Por lo menos hoy no estamos en un restaurante.

Pedrelli lo mira.

—No murió de un infarto.

—¿Quién?

—Morsetti, el industrial de los helados.

—Pero se murió, ¿no?

—Sí, pero fue hace dos años. En los periódicos dijeron que había luchado contra una larga enfermedad, así que no tiene nada que ver con su relación con Nicoletta ni con mi camino espiritual.

Arcadipane se saca una gominola de regaliz del bolsillo y, muy lentamente, se la coloca entre los labios, donde la sostiene durante unos segundos, mitad dentro, mitad fuera, para que se vea bien, antes de empezar a masticarla ostentosamente.

—Te voy a decir una cosa, Pedrelli. —Mastica—. Tenla siempre presente.

—Claro que sí, comisario.

—Hay tres cosas que me acompañan desde hace más de veinte años: mis hijos, mi Alfa y tú. Es evidente que, si siento cariño por las primeras, también tengo que sentir algo por ti, por increíble que parezca. Pero cuidado... Si te atreves a volver a contar las gominolas que me como en el trabajo, te juro que te mando a patrullar de noche por los barrios de los nigerianos, fines de semana y festivos incluidos. ¿Lo has entendido?

—Claro que sí, comisario, lo importante es que haya captado mi preocupación. Usted sabrá después cómo ayudarse a sí mismo.

—Desde luego que sé cómo ayudarme a mí mismo. Ahora, ¿podemos irnos ya a dormir, por favor? Dentro de cinco horas tenemos que estar otra vez aquí.

—De acuerdo, comisario, pero creo que me quedaré siguiendo el programa especial de televisión sobre el cónclave.

Arcadipane lo mira.

—Hay que elegir al nuevo papa —aclara Pedrelli.

—¿Por qué? ¿El otro se ha muerto?

—No, se ha retirado.

—No sabía que un papa se pudiera retirar.

—Es un acontecimiento muy infrecuente, casi único en la historia. Parece que el candidato con más opciones para la Santa Sede es Angelo Scola, el arzobispo de Milán, pero habrá que ver si los cardenales norteamericanos le dan su voto. Además, en la curia romana hay envidias, así que será un enfrentamiento muy interesante.

—Uy, sí, yo estoy interesadísimo en el tema. —Arcadipane se apoya con ambas manos en el lavabo—. ¡Buenas noches!

Pedrelli se vuelve a poner la chaqueta que antes ha dejado colgada del picaporte de una de las puertas. Por alguna extraña razón, los piamonteses de baja estatura tienden a no orinar con la chaqueta puesta. La cuelgan. Y es algo que, si no eres un piamontés, pero tu estatura es baja, tiendes a percibir.

—¿Usted se queda aquí?

—Sí, Pedrelli, tengo que desmaquillarme, ponerme un par de cremitas... Por las noches necesito disponer de un momento solo para mí.

—Buenas noches entonces, comisario.

—Buenas noches.

Espera a que los pasos de Pedrelli se alejen; entonces se dirige a la puerta. Echa un vistazo al pasillo. Vacío. Sube a la primera planta y sale al patio justo a tiempo para ver cómo Lavezzi y Botta meten en el coche a Apostolo, rumbo a la cárcel. Es algo que ha visto infinidad de veces, pero cuando Botta coloca su mano sobre la cabeza del chico para guiarla mientras se sienta en el automóvil, un gesto que, después de dos detenciones, para un madero se convierte en un hábito, igual que lo es retirar el cargador de la pistola por las noches, Arcadipane siente esa oscilación que parece ralentizar todo a su alrededor. Algo difícil de explicar, porque una vez que pasa, en cuestión de segundos, resulta más cómodo decirse que todo eso no es más que una chorrada. Además, para hablar de esto con alguien habría que utilizar la palabra *sensación*, lo cual siempre es un buen motivo para no intentarlo siquiera.

Una vez en el Alfa, comprueba que Trepet no haya causado daños (duerme en el asiento de atrás, pero nunca se sabe), mete la primera, se lleva a la boca una gominola de regaliz y se pone en marcha.

El reloj de cuarzo fijado magnéticamente al salpicadero marca las doce y media de la noche. Es martes, las calles están casi desiertas y él solo tiene un lugar al que ir.

Por eso empieza a vagar por el centro de la ciudad, que conoce como se conocen los propios pies: los usas desde siempre, no les prestas atención, a pesar de que sin ellos estarías jodido, y un día, tal vez en la playa, los miras y casi no los reconoces. Son diferentes de como los recordabas. Es inevitable: han pasado años desde la última vez que les hiciste caso. Y lo mismo ocurre con las ciudades: chapoteas en ellas, pero sin mirarlas de verdad... En eso piensa Arcadipane mientras conduce y «toma conciencia», como diría Pedrelli, de las calles, de los parques, de los nuevos edificios y de los lugares que siempre han sido algo sin que él supiese que lo eran. El campo de fútbol, junto al tribunal, en el que Giovanni empezó su carrera desde abajo; todas las veces que lo trajo hasta aquí de niño y se le puso el culo plano de pasar tanto tiempo sentado en aquellas gradas de cemento gélido; los partidos de los domingos a las nueve de la mañana, en medio de la niebla, porque después tenían que jugar los mayores; las pizzas que se comieron de pie en el puesto de kebabs porque Giovanni, cuando era adolescente, a las diez de la noche tenía ya demasiada hambre como para esperar a llegar a casa y él debía volver a la central o pasarse a ver a algún asesinado. Media hora de masticaciones, gruñidos y «¿la tuya está buena?» y «¿qué tal hoy en el instituto?» y «¿hoy han matado a alguien?» y «ya sabes que no puedo hablar de estos temas; además, estamos comiendo» y «¿contra quién jugáis el domingo?» y «tienen ese centrocampista tan bueno, creo que debo marcarlo yo». Si pusieran en fila todas esas medias horas, como los ladrillos de la Gran Muralla china, saldrían días y meses. «Ojalá sirvan de algo —piensa Arcadipane—, y no como la Gran Muralla china, que al final no ha servido para un carajo.»

Mientras tanto, atraviesa el paseo que conduce al instituto de Loredana y a los años de los granos y de cómo taparlos, del pecho y de cómo esconderlo y después de cómo exhibirlo, del «no puedo sacar menos de un ocho», del «quiero un perro», de «no metáis la nariz en mi vida» y del «es que vosotros no os preocupáis por mí».

Cuando Turín está vacía y el coche puede ir a toda velocidad, uno pasa en un pispás de un capítulo de su vida al siguiente. Es como los anillos del tronco de los árboles. Una infinidad de años para

trazarlos, pero una vez trazados, apenas basta recorrer con el dedo unos pocos centímetros para llegar desde el centro hasta el círculo más amplio. Así, se encuentra de repente en el barrio de Barriera, donde ocurrió casi todo aquello que convirtió a Bramard en el hombre que fue después, si se excluyen las colinas en las que nació y en las que vaya uno a saber cómo se crio, y aquellas jodidas montañas en las que durante años intentó matarse sin gran éxito. El Bramard comisario que lo marcó en las infinitas horas de servicio. El Bramard con un cerebro que era un espectáculo ver en funcionamiento. El Bramard silencioso, el Bramard presuntuoso, el Bramard al que sus compañeros no entendían, el Bramard que leía perfectamente allí donde los demás ni siquiera veían un texto, el Bramard con su manía de que los perros son el espejo de los humanos, el Bramard que perdió a su mujer y a su hija, el Bramard que perseguía al único asesino al que no conseguía atrapar, el Bramard en desgracia, el Bramard al que había que buscar en el bar de siempre, el Bramard que ya no era capaz de seguir ejerciendo de policía y que entregó su puesto, su silla, su deber, su honor y su horror. El Bramard amigo, el Bramard misterio.

El Alfa se detiene delante de Pieter Moderno, el local que fue de Bramard y ahora era suyo: un lugar que estaba abierto durante toda la noche, pero que no se parecía a esos lugares que están abiertos durante toda la noche. Nada de camellos, exaltados políticos, cuasiartistas, toxicómanos, borrachos o gente sin una casa a la que regresar. Nada de buscadores de coños o putas. Solo hombres o mujeres que estaban sentados cada uno por su cuenta. Por eso era un lugar silencioso: la gente no acudía a él para charlar o para ligar, en el fondo ni siquiera para beber, sino simplemente para estar triste y realizar todas las actividades correspondientes a la tristeza, sin compasiones.

Arcadipane se baja del vehículo. Abre la puerta trasera. Trepet levanta un párpado.

—Esta noche, la meadita vespertina se hace en el campo del rival.

Trepet estira la pata coja, se coloca en el filo del asiento y espera. Arcadipane lo agarra con un brazo y lo deposita en el suelo, donde el perro, altanero, pone rumbo a un par de cubos de basura, para compensar su vergüenza.

Arcadipane se enciende un cigarrillo y observa la entrada del

local; la puerta de metal no ha cambiado; la mirilla tipo club nocturno, tampoco. Eleva la mirada hacia el cartel que ahora reina sobre la entrada, con letra grande y naíf: CHURRASCARIA RIO GRANDE, y en la placa de al lado: HORA DE CIERRE: 00.30 H.

Suspira y se mete la mano, ya sin cigarro, en el bolsillo, donde palpa algo metálico y desconocido. Lo extrae. La cajita china que le ha dado Mariangela. Bella, grácil, ligera. La sopesa mientras desde la acera asciende ese olor que solo puede tener el pavimento de la periferia. Melancolía, esperanzas, grandes dramas y un poco de felicidad a modo de cuña entre unos y otros.

Arcadipane levanta la tapa del cubo de basura y arroja en él la caja china de Gianpiero con todo su contenido de bienestar.

Cuando entra en casa, todo está en silencio. Tiene sed, recorre el pasillo con cautela directo hacia la cocina para prepararse una botella de sal de frutas y llevársela a la habitación. Ayuda a digerir. Pero ¿qué coño tiene qué digerir? ¡Si no ha cenado!

Enciende la luz y el tubo fluorescente del comedor ilumina la mesa barroca y oscura con la servilleta de cuadritos extendida, un plato tapado y un tenedor y un cuchillo colocados en cruz encima.

Arcadipane se acerca prudentemente, procurando no hacer ruido. Levanta la tapa del plato y se encuentra con los habituales *rigatoni* con mantequilla y ragú. Consulta el reloj de pared, con barómetro y termómetro incluidos: casi las dos. Teniendo en cuenta que Germana se va a la cama a las nueve y media, los *rigatoni* deben de llevar aparcados allí cinco horas, lo cual explica que la mantequilla se haya vuelto a solidificar, formando una telaraña de cristales de cuarzo.

Arcadipane se pregunta si es el día más apropiado para darle un disgusto a esta mujer, que tendrá muchos defectos, sí, pero ¿qué otra persona de su vida se preocupa por si ha comido o no, le hace la cama con las sábanas tejidas con la tela de su propio ajuar, le lava la ropa, se la plancha, le coloca las pantuflas apuntando en dirección al baño, baño en el que, además, ha vaciado el armario, que era de su marido, y ha dejado a su disposición brillantina y una vieja colonia, todo ello por doscientos cincuenta euros al mes, con desayuno seguro y cenas previa solicitud?

Se sienta a la mesa, resignado, y prueba un *rigatone*. Es como

masticar un revestimiento asfáltico para techos. Prueba otro más, para vencer la sugestión. Revestimiento termorretráctil para cableado.

Se gira hacia el pasillo, oscuro y silencioso, por el que asoma la cara cuadrada de Trepet, que tampoco ha cenado. El perro prevé lo que se le viene encima, da un paso hacia atrás y emite un gemido.

—Venga —lo anima Arcadipane, bajando el plato para abrirle el apetito.

El perro duda, pero se acerca. El plato está ya en el suelo. Trepet lo olfatea y después se decide y se mete en la boca un *rigatone*. Mastica con circunspección. Se inclina para tomar un segundo bocado, pero desde el pasillo llega el ruido de una puerta.

Arcadipane se agacha velozmente para recoger el plato, que vuelve a colocar sobre la mesa.

Los pasos se aproximan lentos, decididos, hasta que aparece por la puerta Germana, con bata y también con redecilla para que no se le deshaga la permanente, que sale muy cara.

Arcadipane la contempla y es como si la estuviese viendo de niña bajo el fascismo, de jovencita durante la guerra, casada en pleno Plan Marshall con un conductor de autobuses urbanos, también él piamontés, pero con madre del Véneto, nada de hijos, ni siquiera cuando el *boom* económico le permitía a todo el mundo tenerlos, tal vez por imposibilidad de ella o de él, en aquella época era mejor no saberlo, después viuda joven, a él se lo llevó un mal feo, pero eso de volver a casarse... No, gracias. Por lo demás no pasa estrecheces, el piso es suyo y grande, percibe una pensión de viudedad, hace algún que otro trabajillo: cuidar al hijo de unos conocidos, limpiar algunas casas o ayudar a la florista en las fechas señaladas, pero sin pasarse. Una tierna amistad cuando aún era una señora que se aplicaba polvos de talco y velaba por la economía doméstica, pero la cosa no acabó bien por la impresión —que a ella la invadía cada vez que caminaban juntos por la calle— de que había algo que no encajaba, y la inconfesable idea —que después resultó ser infundada— de que él podía aspirar a algo mejor, tal vez a una mujer más joven, fértil, a un hijo, a una locura. De ahí a ser anciana no hubo más que un paso, y más tarde fue incluso muy anciana en un mundo que había cambiado de arriba abajo, exceptuando la misa de las ocho de la mañana, donde el cura, eso sí, ahora es congoleño, pero más accesible que los nuestros. Fue así como Germana se abrió a la idea de acoger a alguien

en casa, por qué no alquilar aquella habitación de sobra, en parte porque, de ese modo, no estaría sola en casa, con todas las cosas que suceden... Pero solo aceptaría a una persona con muchísimas referencias y de buenas costumbres, con pago a primeros del mes en curso y sin permiso para recibir visitas, ni siquiera de día. Hace dos años que Arcadipane respondió a este anuncio en un periódico de distribución gratuita, «Ah, usted es de la policía, también a mi marido le gustaba la caza, pero a mí siempre me han dado miedo las armas», y ahora están allí, a las dos de la madrugada, ella en bata, asomándose al pasillo, él sentado a la mesa barroca del comedor, destrozado después de una jornada infinita. Entre ellos: los *rigatoni*.

—Le he puesto un poco menos de mantequilla, en vista de la hora que era —explica ella—. ¡Usted siempre sale tan tarde del trabajo!

—Están perfectos, gracias —responde Arcadipane, pero piensa que, si ella se ha levantado, algún motivo tendrá. Venga, de perdidos al río...—. Dígame, Germana.

—Oh, con todas las cosas feas que verá usted... Lo mío es una minucia... Aunque una injusticia siempre es una injusticia, ¿verdad?

—Adelante.

—Esta mañana hice la compra en el Due per Due, compro unas cuantas cosas cada día porque ya no soy capaz de transportar bolsas grandes. Pues resulta que abro la puerta de la calle, me paro a descansar un momento y ¿qué veo?

—¿Qué ve?

—Que ya no está el recibo de la compra en la bolsa. —Y se golpea el muslo seco con la mano seca, un sonido de madera amortiguado tan solo por la franela de la bata—. ¡Habrá volado mientras venía para acá, me digo! Doy unos pasos hacia atrás y me lo encuentro en la acera. ¡Estaría bueno que me robasen justo en este momento, me digo, aquí, donde nadie roba nunca! Vuelvo a casa y cuando llego me encuentro con una gran sorpresa.

La mujer hace una pausa. Es algo que sucede a menudo con quienes van a la iglesia, Arcadipane lo sabe, ha interrogado a muchos de ellos: de las lecturas desde el púlpito aprenden ciertas pausas, como la de cuando Cristo mira desde la cruz a sus verdugos y... pausa. O cuando María recibe el anuncio del ángel y... pausa. Es algo que despierta las ganas de dejarles a todos ellos un par de días en una celda.

—Ya no estaba la bolsa —aventura Arcadipane.

La mujer trata de disimularlo, pero se siente contrariada. Se aprecia en la manera en la que los dedos de sus pies se han arrugado dentro de las pantuflas. Llevaba toda la noche ensayando su discurso... Y quedarse despierta hasta las dos de la madrugada con la oreja pegada a la puerta, a su edad... Además, con lo bien que había hecho la pausa, de todos modos...

—Había comprado muchas cosas —añade—, hasta salmón ahumado para hacerle a usted rollitos con queso Philadelphia. El salmón no es precisamente barato, y yo llevaba una buena tajada de doscientos cincuenta gramos.

—Imagino que no habrá visto a nadie llevarse la bolsa.

—Allí no había ni un alma. Como si la bolsa se hubiera esfumado. Pero no soy la primera a la que le ha pasado esto.

—Ah, ¿no?

—En el edificio han desaparecido también otras cosas: paraguas, un par de zapatos que un vecino había dejado en la puerta, una escoba, un transistor, un cubo, unos patines de ruedas y un montón de paquetes de correos: si el dueño no está, se lo dejan en el rellano, y si te he visto, después gloria.

—Imagino que sospechará de alguien.

Germana mueve la cabeza en señal de contrariedad, ella no es alguien que le endose el muerto a cualquiera, que lance la primera piedra... Pensar mal es pecado, no hay que salirse del buen camino... Pero, aunque es verdad que si no hay pruebas no se pueden dar nombres..., lo cierto es que el hijo de la vecina del primero, el que tiene problemas con la droga... No trabaja... La madre «recibe» a gente... No puede ser nadie más que él... Si no es molestia para usted, si tiene tiempo entre una cosa y otra... Usted tiene ojo para estos asuntos. Como es del gremio...

—De acuerdo, haré unas comprobaciones.

—Gracias, usted es una persona de las de antes. Por su amabilidad, por su disponibilidad, quiero decir. Ahora le dejo comer tranquilo. ¡Mire qué hora es!

Arcadipane asiente como queriendo decir «muy bien, buenas noches», pero ella, nada: lo observa. Primero a él; después, al plato. A él y después al plato.

Arcadipane consulta la hora: las dos y diez. Trepet está tumbado

a sus pies, con su mirada catarática, el labio levantado en una mueca socarrona.

«Cabrón», piensa.

Inclina la cabeza, se lleva un *rigatone* a la boca y lo mastica.

La vieja, satisfecha, le desea buenas noches y se marcha, arrastrando los pies hacia su cama de un tamaño un poco mayor que el individual, con colchón de lana como los de antes. Porque los muelles provocan osteoporosis.

5

«[...] se confirma la detención del joven ante la existencia de indicios de peso.» Así lo leyó Él, que, a continuación, meditó. Después volvió a leer y volvió a meditar, hasta que aquel nombre le resultó familiar, porque el diseño era grande y cada pieza, insignificante y valiosa.

Luego se sentó a la mesa y confió sus pensamientos al papel, como siempre había hecho. Lo que sabía y lo que no sabía, con la esperanza de que algún día, cuando fuese digno de ello, el diseño se le mostrase. Entonces Él podría decir a quienes vivían en la oscuridad: «Para conocer la calidad del agua hay que ir hasta el manantial. Aquello que no comprendíais eran sombras y yo soy el alba».

Entonces se levantó la manga y marcó con sangre una nueva línea en el brazo, junto a las otras doce, para que cada acontecimiento permaneciese en Él y lo ayudase a comprender.

Ahora tenía trece líneas.

En cada ocasión había confiado en que fuese la última, y aquella vez no fue una excepción.

6

Arcadipane cierra el periódico que ha encontrado, abierto, sobre el escritorio y apoya la espalda en el respaldo de la silla reclinable.

Llaman a la puerta.

—¿Sí?

Pedrelli asoma su cabeza de alfiler.

—La joven está abajo. Cuando usted quiera...

En los escritorios, al verlo pasar, se ponen en movimiento, como siempre. No es que hasta ese momento el personal se hubiese estado rascando la barriga, pero...

—¿Edad?

—Diecisiete.

—¿Padres?

—El padre es ingeniero en la corporación Alenia. La madre tiene una guardería detrás de la iglesia de la Gran Madre de Dios. Viven en el barrio de la Crocetta, en una casa de su propiedad. Una villa independiente. Él forma parte del equipo directivo de la asociación de natación en la que entrena el hijo. No están metidos en política ni tienen conexiones que destacar. Gente tranquila.

—¿Ha venido sola?

—El padre ya había salido, pero la madre lo ha llamado. La han traído juntos en su coche. Están arriba.

—¿Con abogados?

—No. Ni siquiera han pedido estar presentes en el interrogatorio.

—¿Guapos?

Pedrelli ladea la cabeza, como hacen los perros cuando no entienden algo.

—¿Guapos o no? —insiste Arcadipane.

—Guapos.

—¿Guapos en plan tengo dinero y te voy a putear o guapos en plan tengo dinero, pero todos somos seres humanos?

—En plan seres humanos, me parece a mí.

En el pasillo del semisótano un tubo fluorescente da signos de agotamiento. Ningún ruido, solo intermitencia. Pasan por debajo de él sin prestarle atención.

—¿Otros miembros en la familia?

—El hermano mellizo de la chica y una hermana de nueve años. El chico me ha parecido un poco... La madre lo ha ayudado a ponerse la chaqueta... Con diecisiete años...

—¿Un poco qué? ¿Retrasado?

—A lo mejor retrasado es excesivo.

—De capacidades limitadas.

—Eso mismo, comisario. La pequeña estaba desayunando. Han llamado a la vecina para que los lleve, a ella y al mayor, al colegio.

Han llegado a la puerta. Ambos hacen una pausa para recobrar el aliento: Arcadipane, porque siempre camina más rápido de lo que debería, y Pedrelli, porque camina como camina Arcadipane.

—Olvidémonos de los padres modélicos y del hermano que necesita palillos para contar —propone Arcadipane, que ya tiene una mano en el pomo—. Puede que Apostolo lo haya hecho todo él solo o puede que sea todavía más estúpido y que lo haya hecho porque se lo ha pedido ella, ¿de acuerdo?

Pedrelli ladea la cabeza.

—¿Qué pasa, Pedrelli?

—Los palillos.

—Esta noche haces caer la cajetilla al suelo y pruebas a decir al vuelo cuántos son. Yo creo que eso nos dará posibilidades. ¿Me estás siguiendo?

—Claro que sí, comisario, estoy detrás de usted.

Ante la mesa está sentada una chica sin maquillar, con el pelo recogido, mirada despierta, una camiseta bajo la parka de marca, manos aún un poco infantiles. Una cosita que parece hecha deliberadamente para brindar consuelo y esperanza al género humano.

—Buenos días —saluda.

—Buenos días —responde Arcadipane mientras toma asiento, moviendo la silla con una delicadeza que no forma parte de su repertorio. Pedrelli le pasa la carpeta y se mantiene, encorvado, tras él. El esquema de siempre.

—Te hemos despertado temprano, ¿eh?

La chica sonríe y lo niega con la cabeza, los incisivos un tanto prominentes, porque al final los dientes perfectos tampoco quedan tan bonitos.

—Imagino que sabrás por qué estás aquí.

—Sí —asiente ella, tranquila—. La otra noche, cuando emitieron en televisión las imágenes, entendí enseguida que buscarían a Luca. Por eso llamé por teléfono.

—¿Llamaste por teléfono?

—Sí, para preguntar si podía ser útil.

—¿Y a quién llamaste?

—Les llamé a ustedes. Ayer.

—¿A nosotros?

—Lo hablé con mis padres, ellos lo consultaron con un amigo suyo, que es abogado, y él les dijo que era una buena idea. Así que llamé.

Arcadipane mira a la chica, que mantiene los ojos clavados en los suyos sin la más mínima actitud desafiante. Una mirada sencilla, que no añade ni quita nada a lo que ha dicho.

—Claro, tu llamada. Pedrelli, ¿puedes comprobar si esa carpeta está en el piso de arriba?

—¿En el piso de arriba?

Arcadipane le deja un poco de tiempo para que entienda.

—En el piso de arriba. —Pedrelli llega, pero a su propio ritmo—. Claro que sí, comisario.

La puerta que su subordinado abre y cierra remueve en aquella pequeña sala el olor a cerrado y a productos de limpieza. Arcadipane observa las finas muñecas de la joven, el anillo en su dedo.

—¿Cuánto tiempo hace que sales con Apostolo?

—Seis meses y once días.

—Qué exactitud.

—Sí, para mí Luca es muy importante. Lo quiero mucho.

—¿Y antes ya erais amigos o...?

—No, no lo conocía, pero estamos juntos desde que nos vimos por primera vez.

—¿Dónde os visteis por primera vez?

—Los domingos por la tarde voy en bici con mi hermano por la margen del río Po. Llegamos hasta el pueblo de San Mauro y nos tomamos un helado en el puente. Un día él estaba allí con sus amigos.

Tenían puesta la música a un volumen muy alto. Los ruidos fuertes ponen nervioso a Alessandro, así que les pedí que la bajaran. Los demás empezaron a reírse, pero él la bajó.

—Muy amable por su parte.

—Luca es amable.

—Es verdad. ¿Y qué dicen tus padres sobre el amable Luca?

Ella asiente para indicar que es una pregunta que se esperaba.

—No es el tipo de chico que unos padres como los míos tienen en mente, pero confiaron en mi decisión y en estos meses se han convencido de que era acertada.

—Hasta ayer.

—Iba vestido así en el metro, pero solo por una apuesta estúpida que pensamos entre los dos. Luca jamás podría hacer algo como eso.

—¿Y los dos testigos que lo vieron?

—No lo sé, tiene que haber otra explicación.

El tono de la chica no es ni agresivo ni arrogante; simplemente, firme. Arcadipane coge la cajetilla de cigarros. Ahora fuma poco porque tiene las gominolas de regaliz. En estos momentos, sin embargo, intenta mantener a raya las gominolas: con alguien como Apostolo pueden funcionar, pero con ella tendrían un efecto demasiado excéntrico, demasiado parecido a una búsqueda de simpatía. Así que mejor fuma.

—En principio no se puede. —Le señala el cartel—. ¿Te importa que lo haga?

Tal vez ella querría responder que sí, pero niega con la cabeza para indicar que no le importa. Arcadipane enciende el cigarrillo. A continuación, abre la carpeta y hojea los documentos que hay en su interior, hasta detenerse en la fotografía del agente de policía con la nariz rota. Se toma todo el tiempo necesario para que la chica la observe y la descifre, aunque ella la esté viendo del revés.

—Sabes que tiene antecedentes.

—Sí, me lo confesó todo desde el principio.

—¿Todo?

—Si no es así, imagino que pronto me enteraré, ¿no? —sonríe.

Arcadipane da una larga calada. Deja un espacio para permitir que se insinúe alguna duda, alguna mueca, alguna palabra entrecortada, algún movimiento imperceptible de la mano. Deja crecer ese espacio, pero dentro de él no cae nada. La chica se recoloca mejor

en la silla, tranquila como Jesús en la última cena.

La puerta se abre. Pedrelli toma posición, como siempre de pie. Arcadipane lo busca con el rabillo del ojo. Pedrelli asiente para confirmar que la llamada de teléfono se ha producido.

—Tenemos que acordarnos de decirles a los de arriba que deben ser un poco más ordenados —propone Arcadipane.

Pasa algunas páginas, con datos que ya conoce, simplemente para tratar de dar algo más de empaque a aquellas cuestiones sobre las que va a tener que preguntar lisa y llanamente y que, por lo demás, tampoco son tantas, así que habrá que dosificarlas para no terminar demasiado pronto. Lo importante es que dure, porque el ambiente hace efecto, el estar allí hace efecto, la silla incómoda hace efecto y también hace efecto el hecho de que la persona que te interroga parezca un poco sabihonda y, al mismo tiempo, un poco gilipollas. Hace efecto todo, si sabes cómo conseguir que haga efecto.

—¿En qué curso estás?

—En primero de bachillerato.

—¿Has repetido?

—No —ríe ella—. Es como el antiguo tercero de BUP.

Arcadipane levanta el zapato, apaga el cigarrillo en su suela y apoya la colilla en el borde de la mesa.

—Es verdad, siempre me olvido. Y eso que también mi hija... ¿Empezamos por la idea de la máscara?

Una hora, quince minutos y siete colillas en el borde de la mesa después, Arcadipane sale de la habitación cansado, confuso y poco satisfecho. La chica confirma todo lo que declara Apostolo, solo que lo hace mejor, con más calma y de un modo más convincente. Eso puede significar dos cosas: o es una mentirosa al borde del desdoblamiento de personalidad o no tiene ni puta idea de cómo es el tipo que ha elegido como novio. También existe una tercera hipótesis, pero Arcadipane no quiere ni planteársela, porque sería como empezar a cargar los muebles en el camión de la mudanza sin saber aún adónde te vas a mudar.

Pedrelli y él suben en silencio las escaleras, orinan en el baño de la primera planta, también en silencio, y se dirigen a los despachos, también a paso demasiado rápido. Un joven uniformado los espera.

—La hija de Mendes está abajo. Llegó ayer de Colombia. ¿Le digo que suba?

Arcadipane se lo piensa: no le gusta reunirse con los familiares de las víctimas a no ser que tenga que preguntarles algo o que se encuentren entre los sospechosos. Pero esta mujer ha viajado desde Colombia, habrá pasado por el hospital para ver a su madre y después la habrán mandado de una oficina a otra hasta llegar a él.

—Acompáñala a mi despacho. Hablaré con ella dentro de un momento.

El agente se marcha. Observado por atrás, se parece a un animal que Arcadipane vio hace unos años con Loredana en un documental. Si tuviese buena memoria sabría que el animal en cuestión era un manatí.

—¿Quiere usted hablar con los padres de la chica? —le pregunta Pedrelli.

—Por ahora mándalos a casa. Con quien sí quiero hablar es con la madre de Apostolo. Avísala y espérame abajo en el coche. Veo a la hija de Mendes y después voy a buscarte.

De camino a su despacho, Arcadipane saca el móvil y teclea: «Hace tiempo que no nos vemos. ¿Te apetece que cenemos juntos esta noche? ¡Pizza *al padellino* o lo que prefieras!».

La respuesta llega cuando está a dos pasos de su despacho: «¡Me pillas por sorpresa, papi! Demasiado por sorpresa, incluso. Tengo un compromiso. Ya hablamos en los próximos días». Contesta con la mano apoyada ya en el picaporte. «Cuento con ello. ¡Ja, ja, ja!»

Abre y dentro se encuentra con el agente manatí y con una chica que podría aparecer perfectamente en el folleto turístico de una ruta por los Andes. Veinte o veinticinco años, preciosa, piel oscura, no alta, orejas mínimas. Arcadipane despide al manatí. Toma asiento en su silla. La chica que tiene ante él está seria, atenta, preocupada y vestida con ropa ligera, pero que no deja ninguna zona al aire. Arcadipane se acuerda entonces de que no sabe ni una palabra de español.

—Hablo bien el italiano —comenta ella, que ha leído el pensamiento en su cara—. Estudié Derecho en Roma antes de volver a mi país. Quería confirmar algo con usted, ya que está a cargo de la investigación. Este chico, Apostolo, ¿es quien la ha dejado así?

—Por ahora es solo un sospechoso, pero las pesquisas parecen apuntar en esa dirección.

—¿Y por qué lo hizo?

Arcadipane, sin dejar de mirar hacia un punto situado entre el

cuello y el hombro de la joven, mueve la cabeza para indicar que no lo sabe. También ella aparta en ese momento su mirada de la cara de él para detenerla sobre un botón ubicado entre el pecho y el ombligo. Se quedan así durante el tiempo suficiente como para que el ruido de los coches en la calle se convierta en el sonido de un oleaje.

—¿Qué piensa hacer para descubrirlo? —pregunta la joven.

Arcadipane se gira ligeramente sobre la silla, a derecha, a izquierda, y después se saca del bolsillo un puñado de gominolas de regaliz y las deposita sobre la mesa; la mitad sobre una carpeta de documentación sobre la investigación, la otra mitad sobre el tablero, revestido con piel negra. Se lleva una a la boca y vuelve a apoyar la espalda en el respaldo.

—¿Cómo se llaman en italiano? —quiere saber ella, que se inclina sobre la mesa para coger una.

—*Sucai*.

—¿Por qué? ¿Qué significa?

Arcadipane sacude la cabeza para indicar que esa es otra de las cosas que no sabe.

En ese momento el aparato del aire acondicionado emite dos golpes y, a su manera, se pone en marcha.

7

La parte de la avenida Giulio por la que acaban de pasar es una zona periférica de edificios enormes, concesionarios, restaurantes de comida rápida, compañías de seguros y tres carriles para viajar rápidamente hacia la autovía sin reparar demasiado en lo que hay alrededor; sin embargo, la parte en la que están entrando ahora todavía es un barrio antiguo, con calles secundarias de nombres oscuros, tienduchas de mala muerte, artesanos, pequeñas actividades delictivas, revendedores de tarjetas telefónicas, bares chinos, comercios africanos, tragaperras y algún que otro sureño que todavía escucha la radio a través de un transistor.

Pedrelli se mueve por aquí como un viejo que está echando su último polvo: mucha prudencia, poco ímpetu y ninguna gana de llegar. En la guantera del Peugeot está su rascador para el hielo, su cargador de batería y el paquete de toallitas húmedas para cuando se sube al coche después de una inspección.

—A mí me parece una buena mujer —comenta—. Seguramente de joven se habrá metido en algún que otro lío, el padre del chico debía de ser un delincuente de aúpa, pero ella ha sacado a su hijo adelante sola, ha intentado que estudie... Es normal que ahora, con todo lo que le ha hecho pasar, sienta un poco de resignación... ¿Usted qué piensa, comisario?

Arcadipane observa el motocarro Ape de color celeste, cargado de escombros, que avanza por delante de ellos desde hace cinco minutos.

Se encoge de hombros. La mujer no es de esas que tienen una venda en los ojos y le echan la culpa a la escuela, al sistema, al horóscopo. Se lio con un desgraciado y tuvo al chico con diecisiete años. Nunca le ha ofrecido mucho. Desde luego, ni un padre ni una casa digna. Pero también es verdad que siempre ha estado a su lado y que no ha acabado en nada feo: ni droga ni prostitución, tan solo escasa iniciativa y trabajos mal pagados, y la mala suerte siempre

siguiéndole los pasos, como cuando uno de la banda empieza una pieza musical tediosa y los demás lo siguen. Sobre lo último en lo que se ha metido su hijo ya no sabe ni qué pensar. Probablemente algo le dice que él no tiene semejante maldad dentro, pero también es consciente de lo que pasa cuando el chico se pone hecho una furia, cuando pierde el control. Pondría la mano en el fuego por él, sí, pero cubierta con un guante de amianto.

—¿Comisario? ¿Y bien? ¿Qué me dice?

—Te digo que si no adelantas ya a ese puto Ape, me subo en el tranvía de la línea 12 y llego antes.

Arcadipane se gira hacia la ventanilla: Pedrelli lleva toda la vida conduciendo así; en realidad el motivo por el que está cabreado es otro. Una hora de conversación con la madre de Apostolo, una hora en aquel piso de dos habitaciones que era como un agujero, y nada: el piso es solo un piso, ella es solo una mujer cansada, el sofá cama en el que dice haber oído a su hijo acostarse hacia las doce de aquella noche es un sofá cama desvencijado y punto. Cero oscilaciones. Todo cerrado.

El armario del chico: cuatro perchas con vaqueros negros colgados, dos cajones con camisetas, varias sudaderas, calzoncillos, seis calcetines, dos gafas de sol, una chaqueta *bomber*. Toda la ropa, falsificada. También las botas, un par de ellas, militares, el otro par, granate. Lo único de valor es el ordenador, del que se han incautado y que han trasladado a la central. Un Mac. En cualquier caso, Apostolo asegura que se trata de un modelo antiguo que le han dejado los padres de su novia. Como resultado, ningún indicio que diga que no en lugar de sí, ninguna intuición. Apostolo sigue encerrado, Apostolo es el único sospechoso, Apostolo aparecía en aquellas grabaciones. Y, sin embargo...

—Vamos a casa de los Marangon.

Pedrelli consulta la hora.

—Todavía no es mediodía, la chica ha dicho que volvería al instituto...

—No me importa, quiero ver la casa.

—¿La casa?

—Hemos visto la de Mendes y la de Apostolo, ahora quiero ver la de los Marangon. ¿Cuántos casos resolvió Bramard estando en las casas? ¿Tú te crees que no he aprendido nada?

—No me permitiría pensarlo, comisario. No se tome otra gominola, que le ponen peor...

—¿Pedrelli? Solo te diré una palabra.

—Sí, comisario.

—Nigerianos.

La villa de dos plantas en la calle La Marmora es agradable de contemplar porque no es lujosa. Nada de ostentaciones, tan solo una casa de finales del siglo XIX con suficiente jardín como para ser considerada una villa y con la cantidad necesaria de valla para separarse de las demás. También ayuda el hecho de que alrededor haya edificios de época y la circunstancia de que lleguen hacia las once de la mañana, cuando la orina de los perros, a pesar del calor, todavía no es más que un gracioso arabesco en las esquinas de las calles y la vida urbana resulta aceptable desde el punto de vista olfativo.

Llaman al timbre. Anuncian al interfono quiénes son. La cancela se desbloquea. Atraviesan el patio delantero, con suelo de grava y plantas no muy cuidadas, una mesa de jardín y una bici de niña color lila. Apoyadas en el muro, las bicicletas de los mayores: cuatro. El matrimonio Marangon los espera en la puerta.

—Pasen, por favor.

Un perro de gran tamaño se asoma con paso elástico por detrás de la casa y se acerca a olfatearlos.

—No le tengan miedo, es buenísimo.

—Intentaremos terminar rápido. —Suben los dos escalones, con el perro detrás de ellos.

—¿Un café? ¿Un refresco?

—No se preocupe, acabamos de tomar un café.

—¿Ni siquiera un vaso de agua?

—No, gracias.

—Si les parece, podemos instalarnos aquí.

El asunto se resuelve en el salón con cortesía y previsibilidad en media hora, durante la cual Arcadipane se pasa la mayor parte del tiempo observando a su alrededor: los chicos, sus costumbres, sus horarios, Luca, que suele quedarse en casa, a veces incluso a cenar, pero nunca a la hora de dormir, porque cada cosa a su debido tiempo. Se enteraron enseguida por Clara de los problemas que tenía el joven con la justicia. Sus hijos están acostumbrados a contarlo todo en casa.

También están al tanto de que el padre de Luca murió en la cárcel cuando el niño tenía solo doce años, se lo ha explicado Clara. Lo de que trabaja en locales como vigilante de seguridad y lo de que la madre es limpiadora se lo ha contado él, en cambio. Obviamente, al principio se sintieron más que perplejos, pero tienen que reconocer que después de haber conocido a Luca... Hay hijos de sus amigos, de buena familia, que les parecen menos de fiar... Es cierto que es un tipo cerrado, hosco, y además está el ambiente en el que se ha criado, pero la relación que ha establecido con Alessandro... Hay cosas que no se pueden fingir, los chicos como Alessandro perciben enseguida la falsedad. También la pequeña Adela lo adora, pero ella tiene otro carácter, todo el mundo le cae bien. En cambio, a Alessandro le cuesta mucho sentirse bien con extraños. Sin embargo, con Luca..., un vínculo tan fuerte...

Mientras Sabrina Marangon habla, Arcadipane estudia su rostro delgado, su escote razonable, su bronceado tenaz y la rodilla arañada que asoma por debajo de su falda vaquera. Una mujer hermosa, de algo más de cuarenta años, que ha estudiado, ha tenido tres hijos, se ha casado con un hombre de bien y que ha conservado unos bonitos pechos. Federico Marangon se sienta junto a ella; alto, de anchos hombros, con calvicie incipiente y en forma, a pesar de esa barriga que empieza a ser prominente bajo la camisa. De vez en cuando interviene. Confirma. Rectifica. Quitando la barba, el pelo rizado, los pechos y los cuatro o cinco años de más, se parece a ella. Ninguno de los dos es tan hermoso como su hija, pero está claro que los genes que la han creado se encuentran por ahí, esparcidos. Mismo tipo de piel, mismo andamiaje. Solo que, aunque sus acabados son de buena calidad, los de su hija son perfectos.

Pedrelli termina de apuntar en su cuaderno que aquella noche el matrimonio no oyó la conversación telefónica entre Luca y su hija porque a las once Clara ya había subido a su dormitorio. En el desayuno, ella misma les enseñó el selfi de Luca en el metro. Les pareció una tontería inocente. No fue hasta la tarde cuando, al escuchar el informativo en la radio, se enteraron de lo que había sucedido. Después vieron las imágenes en televisión. Habían pasado la mañana dando vueltas por el barrio, en busca del perro, que se había escapado la noche anterior a través de un agujero excavado bajo la valla. Por suerte un vecino lo había visto merodeando por el museo de

arte GAM y lo había llamado para atraerlo.

Arcadipane deja que Pedrelli acabe de escribir y, mientras tanto, revisa por segunda vez el salón, las paredes con estanterías para libros, la puerta que da al jardín. En veinticinco años, los apuntes de Pedrelli no han servido jamás para nada, pero el sonido de la punta del lápiz sobre la página siempre le ha ayudado a disponer los conceptos en distancias musicales, como una cantinela, una nana o un poema. Ahora, sin embargo, ¡un carajo!

Mira al perro, que está tumbado, con los ojos clavados en la alfombra junto a la chimenea sin fuego. Cincuenta kilos de caoba y una franja de pelo erizado sobre el lomo.

—No tiene nada contra ustedes —lo tranquiliza la mujer—. Esa franja es característica de su raza.

Arcadipane asiente.

—¿Podemos echar un vistazo a la habitación de Clara? —pregunta.

El hombre y la mujer los acompañan al piso de arriba, donde al principio solo había dos habitaciones, pero consiguieron aumentar su número levantando paredes de madera.

—Algo muy ligero, para no dar sensación de pesadez.

En el pasillo hay una moqueta de color verde estilo años setenta, que, como se apresuran a explicar, «hemos mantenido porque nos parece divertida», un segundo baño, a la derecha la habitación de la pequeña, que ahora está en el colegio, y la de ellos, y a la izquierda la de Clara, que también está en el instituto, y la de Alessandro, la única con la puerta entornada. A través de la rendija, Arcadipane distingue al chico, sentado de espaldas en la cama, con el pelo castaño y la espalda estrecha y larga en una camisa de color verde aguamarina. El dormitorio está ordenado. Algunos pósteres de nadadores. Un PC. Por lo demás, tan solo una cama individual, un armario, un equipo de música, una bolsa de deporte en el suelo y, sobre la cómoda, uno de esos juegos con bolitas de acero en movimiento perpetuo.

—Hemos pensado en dejarlo en casa tranquilo —explica la mujer —. Pero si ustedes creen que puede serles útil...

Arcadipane farfulla que no es necesario y entra en la habitación de Clara. El espacio es inteligente, como la chica que lo habita: nada de pósteres de cantantes y demás gilipolleces, sino mapas geográficos, tres planisferios, panorámicas de las grandes capitales, dos guitarras y

un Mac. Arcadipane se acerca al cabecero de la cama, sobre el que hay varias fotografías enmarcadas. En una de ellas, Clara y su mellizo están en el mar, sentados sobre una roca. Tienen unos cuantos años menos, pero no demasiados. Ella mira al objetivo; él, hacia algo que está a un lado. También hay una foto de toda la familia posando en un descapotable. En la tercera, Alessandro y Luca Apostolo se encuentran en un gimnasio: Luca, en medio de ellos, sudado, con un kimono abierto a la altura de unos abdominales bien esculpidos y una medalla al cuello. Probablemente acaba de terminar una competición. El hermano y la hermana le rodean la cintura con el brazo. Los tres sonríen.

—Nosotros vamos a la planta baja, así ustedes pueden...

Arcadipane mueve la cabeza para indicar que no es necesario, echa una última ojeada, sale de la habitación y se dirige a las escaleras.

—No hace falta —traduce Pedrelli—. Han sido ustedes muy amables.

8

La cárcel tiene un nombre largo, pero todos la conocen por el del barrio. Incluido Arcadipane, que es del gremio. Solo utiliza la denominación verdadera cuando tiene que escribir un informe o declarar ante un tribunal. Para todo lo demás, la cárcel es Le Vallette.

Si Arcadipane no tuviese otros pensamientos en la cabeza, podría filosofar sobre la historia del nombre, pero filosofar se le da tan bien como hacer surf y, además, pensamientos tiene, y bien grandes. Ese es el motivo por el que lleva caminando diez minutos por el aparcamiento, sin decidirse a subirse al coche.

Esperaba que este tercer interrogatorio a Apostolo, estando los dos solos, cara a cara, después de un día entero en prisión, serviría para cuajar la jornada, obraría el milagro del agua y del vino. Durante dos horas ha apretado y soltado, gritado y susurrado, le ha hecho sentir toda la violencia física de aquellos muros y la presencia de todos los que, igual que él, están encerrados allí adentro, esperando, respirando, comiendo, durmiendo, matándose a pajas y pensando en el mundo al otro lado de los barrotes. Pero el chico no se ha movido un ápice: mismas preguntas, mismas respuestas, como darse cabezazos contra una pared. Arcadipane se ha quedado observándolo, aguardando la vibración, el impulso eléctrico que antaño le indicaba la dirección, el lugar, el objeto, el nombre, el detalle o la acción que había pasado por alto: la única puerta abierta en un pasillo de puertas cerradas. Y, sin embargo, nada. Aquello que hace cinco años había perdido y que después, nadie sabe cómo, recuperó, se ha vuelto a ir. Y esta vez seguramente para siempre, como el pelo, las erecciones y muchas otras cosas que alegran la primera parte de la vida, pero no la segunda. No obstante, ha hecho todo como se debe. ¿Por qué no deja de darle vueltas? Apostolo le dio la paliza a la mujer. Sí. Y ahora le toca estar en prisión. Amén.

Arcadipane contempla la cárcel, con su forma anómala de edificio popular en medio de nada, al que solo la alambrada que lo

rodea, que ni siquiera es muy alta, le permite diferenciarse de los demás edificios del barrio, que debieron de hacer las delicias de los inmigrantes llegados en los años sesenta para incorporarse a la Fiat. Casas construidas para ellos, diez plantas de esponjosidad.

Suena el teléfono, y la pantalla del móvil anuncia: «Laboratorio». Responde.

—Hola, Alessandra. Hoy solo quiero buenas noticias.

La mujer permanece en silencio. Es así: nada de gilipolleces, nada de cambios de humor, nada de rencor, nada de ironía. Su trabajo y punto. Eso le da un punto atractivo como técnica de laboratorio, siempre y cuando no te vayas a la cama con ella de noche.

—Venga, dame lo que tengas, terminemos con esto pronto.

—Tengo los resultados de los análisis de la ropa de Mendes y del material hallado bajo sus uñas...

—¿Y...?

—Nada de ADN de Apostolo en Mendes. Ni siquiera hay restos dudosos o parciales. Y tampoco nada de ADN de Mendes en la máscara, la ropa o las botas de Apostolo.

Arcadipane se queda en silencio. Sabe qué significa esto: ¡Adiós, caballería! Solo las malditas viejas pruebas, las evidencias, los indicios. Solo la buena y vieja infantería del policía. Y esa oscilación que aún no llega. Aquella duda, sin embargo...

—¿Comisario?

—Sí, sí, te he oído. ¿Tienes algo más que examinar?

—No, si no hay material nuevo, yo ya he terminado.

—De acuerdo.

Cuelga, se lleva a la boca una gominola de regaliz y se acerca al coche, que ha aparcado en la calle porque no le apetecía esperar la autorización y todo lo necesario para entrar en el patio. Es una noche bonita, aunque el cielo tenga un color mortecino, el aire esté repleto de esmog y haga esa estúpida temperatura que te hace sudar con la chaqueta puesta, pero tampoco te permite quitártela.

Aprovecha que tiene el móvil en la mano para enviarle un SMS a su hijo: «¿Cómo estás? ¿Qué tal te vendría quedar con papá para charlar un rato?».

Entra, se sienta al volante e introduce la llave de contacto. La radio del vehículo se enciende. Trepet no está en el asiento del copiloto. Arcadipane echa un vistazo al asiento trasero, pero en él solo

encuentra periódicos antiguos y la manta que utiliza en los turnos de vigilancia.

—¿Dónde coño se ha metido?

Oye un débil gruñido. Se baja, abre la puerta de atrás y se lo encuentra agarrado con los dientes al reposacabezas del piloto, que ha dejado hecho trizas.

—Pero ¿qué coño...?

Un «bip» del móvil. Lo consulta: «Todo genial, papá, pero ahora me voy pitando al entrenamiento. Hablamos después».

En ese momento, el reposacabezas se termina de desgarrar y Trepet resbala lentamente hacia abajo, colgado con la boca de la última tira.

Arcadipane lo observa mientras está suspendido en el aire, con los ojos saltones y sin una pizca de arrepentimiento. «¡Tenemos nuevo papa! —grita alguien en la radio—. El nuevo papa es el argentino...»

Cierra el mensaje del hijo, abre la agenda de contactos y la recorre hasta llegar a «Loca».

Las primeras palabras las pronuncia ya con las lágrimas entrándole en la boca.

9

Él salió del sopor que se estaba apoderando de su carne y volvió a la búsqueda de los fragmentos del diseño y de su artífice.

Estas eran sus noches, esta era su carga. Socorrer, servir y comprender el diseño. Nada tendría sentido si no fuera así, todo se manifestaba en esto.

Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta.

Él abrió y se encontró a una mujer, no joven, con lágrimas que le surcaban el rostro.

—Mis piernas son un infierno, ya lo he probado todo. Gianni quiere llamar a la ambulancia, pero sé que me van a tener toda la noche en urgencias y que al final me mandarán a casa peor de lo que estaba antes.

Él la invitó a pasar, le secó las lágrimas y le indicó que se tumbara. Acto seguido, cogió un ungüento que en realidad no servía para nada, pues lo que contaba eran únicamente sus manos. Lo hizo porque la mente del ser humano necesita tener alimento para los dientes de los que dispone.

Ella se lamentaba, suplicaba, lloraba, cuando Él le levantó las piernas y empezó a frotarlas hasta que la mujer sintió que la sangre volvía y que el alivio llegaba.

La paciencia es la cura y Él la practicó, porque para este don lo había elegido el Señor.

No fue hasta horas más tarde cuando, al ver que la luz entraba ya por la ventana, se detuvo. Despertó a la mujer, que le dio las gracias besándole las manos y proponiéndole pagarle de algún modo, algo a lo que Él se negó, porque mucho más elevada era la recompensa a la que aspiraba.

Después de despedirse, ella abrió la puerta y se encontró a su marido, que la estaba esperando en la calle.

—No sé qué hacéis ahí dentro con la excusa del fuego de san Antonio —advirtió el hombre—, pero si vuelves a irte por ahí de

noche, te voy a hacer daño de verdad. Así en urgencias no podrán decirte que todo es psicológico.

A lo que Él respondió:

—Aplaca tu rabia, hombre, porque nada a lo que tienes derecho te ha sido arrebatado. Aquí está tu esposa, pura, igual que entró. Y limpia de todo dolor.

—¡Vete a tomar por culo, gilipollas! —gritó mientras arrastraba a su mujer, temeroso de montar un espectáculo a ojos del vecindario.

Así Él experimentó de nuevo la gracia del servicio y el odio de la recompensa, como le había sucedido a quien mayor servicio y odio más feroz había conocido.

Y la luz abría un nuevo día en el que el diseño esperaba ser revelado.

10

Un pasillo con las paredes tapizadas de terciopelo antiguo, una sala, las persianas cerradas por la tarde, una gran lámpara, cortinas pesadas, movimientos indecorosos, apenas visibles, alfombras y, sobre todo, sofás, sillones, gemidos y muchísimos jadeos, hasta que alguien se gira, una mujer y dos hombres, los jadeos van remitiendo poco a poco, una puerta del fondo se abre, alguien se escapa, la ropa se le cae de la mano, otros permanecen sentados, algunos se levantan, el viejo parqué cruje, los que están de pie guardan silencio como si fueran deportados y un hombre que ya no es joven avanza hacia ellos desde el fondo del salón, calvo, desnudo, feo y con una erección enorme que sus manos no consiguen ocultar: «¿Qué hacéis aquí? ¡Esto es un club privado!».

Habían irrumpido en la vivienda en respuesta a la denuncia de la inquilina de la tercera planta, una condesa entrada en años, sola, con distinciones de varias órdenes y con poco que hacer, aparte de vigilar desde la mirilla las idas y venidas que se producían en las escaleras dos días al mes. Unas idas y venidas hacia y desde el piso de la planta de arriba, en el que tres abogados, una maestra, una empleada del hogar, una enfermera, el director de una pequeña filial, una pediatra, dos amas de casa, un futbolista bastante famoso, un arquitecto, un cirujano, tres oficinistas, dos de ellas hermanas, una secretaria municipal, un maquinista de trenes, un sindicalista, una logopeda, un supuesto artista, un tipo que regentaba un taller de coches, cuatro comerciantes y un asesor muy conocido se reunían el primer y el tercer miércoles de cada mes, entre las tres y las cinco de la tarde, para afanarse sin demasiados cálculos previos. Gente limpia, a decir verdad, y pocas fluctuaciones, salvo ausencias inevitables por indisposición (en el caso de las mujeres). Fiabilidad, discreción, nada de ruidos y ninguna queja, aparte de la condesa, pero aquellos eran los años del Departamento de Buenas Costumbres, había que moralizar, moralizar y moralizar.

Arcadipane recuerda que, en cuanto entraron, al encontrarse con aquellos cuerpos desnudos, amontonados, relajados o interrumpidos, bloqueados por la sorpresa y la incredulidad, entre sus agentes se propagó una intensa corriente eléctrica, que también le rozó a él y que los hizo titubear. Habría bastado con que uno de ellos, sin decir nada, se desabrochase los pantalones para que un instante después no hubiese diferencia alguna entre ellos y los otros.

Todo acabó cuando vio los rollos de papel de cocina.

Estaban por todas partes: sobre las mesas de centro, sobre los alféizares, sobre las alfombras y hasta en el pie de una lámpara. Metros y metros de papel para limpiarse los fluidos y el sudor propios y ajenos.

«¿Quién trae el papel de cocina?», preguntó al primero que se le puso a tiro mientras empezaban el proceso de las identificaciones.

El tipo, que, como descubrirían después, era el director de la filial, se había levantado de la alfombra, en la que se estaba empotrando a la logopeda y al maquinista, y, escondiendo la polla, floja ya por el susto, le respondió: «Hacemos la compra por turnos».

Ninguno fue condenado. No era un delito grave, estaba al borde de lo legal, y el representante del futbolista intervino, al igual que hicieron también otros amigos de sus amigos, para que el asunto no se airease. La condesa recibió una donación para una de sus asociaciones benéficas; los viciosos, con la excepción de alguno al que se le había apagado la pasión, trasladaron sus rollos de papel de cocina a otro lugar, y ellos se quedaron con una historia que contar en los banquetes de boda, en las comuniones de los hijos y en las rondas de copas con las que celebraban las jubilaciones.

Eso era la ciudad para un policía de su edad: un mapa de lugares en los que habían sucedido cosas desagradables y también, si había suerte, alguna de la que poder reírse. En general, él no estaba entre los que habían salido peor parados. En los primeros años, los tiempos de los delitos contra la moral, tenía algunas anécdotas que compartir. Pero cuando pasó al Departamento de Homicidios la cosa cambió. ¿A quién podía relatarles ciertas historias? ¿A los compañeros, que, igual que él, ya habían tenido bastante de todo aquello? Así, al final uno se convierte en un monje con voto de silencio. Un pringado que ya no sabe hablar. Ni siquiera con la mujer, con los hijos, con las amantes, para quien los tenga.

Arcadipane se lleva a la boca la gominola de regaliz y baja la mirada desde el piso de la cuarta planta en el que ahora hay la consulta de un dentista. Mira la hora: las nueve y cuarto. Hace calor, pero por el cielo merodean unas nubes color hematoma que prometen lluvia.

Vuelve a recorrer el itinerario que antes ha hecho hasta llegar a su Alfa 33. El reposacabezas reducido a jirones se ha reparado como buenamente se ha podido con cinta americana; el otro se ha desmontado y guardado en el maletero. Golpea con los nudillos el cristal, simplemente para molestar a Trepet, que duerme en el asiento. El perro abre un ojo y lo mira como se mira a alguien que intenta fastidiarte.

El edificio ante el que ha aparcado es tan pesado como lo recordaba. Nada de estuco ni de hierro forjado como en el resto del barrio, sino columnas de mármol y cemento. Diseño fascista a base de cuadrados y rectángulos.

Mientras se acerca al interfono tira el cigarrillo, que, cuando se mezcla con la gominola de regaliz, resulta asqueroso. Junto al timbre no aparece ningún nombre, ni tampoco un letrero que diga CONSULTA. Solo un número que él recuerda. No le gusta este detalle. Demasiada confianza. Aun así, lo pulsa, la puerta se desbloquea y él entra.

Un vistazo al piso del conserje, vaya uno a saber si el «asqueroso» este... Un pensamiento fugaz. Por lo demás, es consciente de que el ascensor solo se activa con una llave, así que ni siquiera intenta utilizarlo. Sube a pie.

La placa del dentista de la primera planta se ha convertido en la de un asesor fiscal; la de la compañía de seguros del segundo sigue en su sitio y, a partir de ahí, todo viviendas. Cuando llega a la última planta, la de la buhardilla, encuentra el breve pasillo iluminado por una fotocélula y al fondo la puerta con un folio colgado: ARIEL.

Utiliza estos pocos metros para recobrar aliento y valor y llama a la puerta.

—Pase.

El piso no ha cambiado. La puerta cerrada del baño, la entreabierta del dormitorio, al que Arcadipane se guarda muy mucho de acercarse, y, por último, la sala de estar, en la que Ariel se encuentra sentada de espaldas a la entrada, con el pelo castaño asomando por el respaldo. Junto a ella, el otro sillón, el que lo está

esperando. Entre ambos, una mesa baja.

—Si quiere té, sírvase del termo. Si no, siéntese y empecemos ya.

Arcadipane circunnavega el sillón de la mujer fijándose en la alfombra de pelo largo. Toma asiento. La ventana frente a él ahora tiene cortinas, pero sigue siendo el único punto de luz de la sala.

—Las he puesto porque los que son como usted se distraen. A veces parece que la gente nunca ha visto una colina con una basílica sobre ella. Bueno, ¿qué ha hecho en estos cinco años?

—Me he separado.

—¡Qué original! Entonces, ¿ha venido aquí para lloriquear o hay algo más? ¿Otra vez problemas con la varita mágica?

—¿La varita mágica?

—Mi abuelo lo llamaba así, y bien pensado... En fin, ¿le funciona o no le funciona? No será de esos que cuando se separan echan el cierre, ¿no? Porque hay dos categorías: los que se dedican al reparto masivo de su semen y los que lo guardan en el saquito esperando vaya una a saber qué fértil tierra prometida que sea digna de ellos. También está la categoría de los normales, pero esos no vienen por aquí. Entonces, ¿usted de qué lado está?

Arcadipane la observa: ya debe de haber pasado los treinta años, pero sigue siendo una chiquilla, quizá una chica o, siendo optimistas, una mujer joven. Lleva el pelo un poco más corto, no demasiado, y se ha hecho una pequeña cicatriz justo por encima de la nariz irregular, donde las dos cejas están a punto de encontrarse, y que en aquellos cinco años ha tenido el tiempo necesario para convertirse en parte de su rostro. Es hermosa, como la recordaba, más de como la recordaba, y ahora no requiere cinco sesiones para darse cuenta. Las piernas son las suyas: delgadas, sin nervio, incompletas, zambas. Arcadipane no le ve los pies, pero no cree que haya cambiado de zapatos.

—¿Por qué actúa así? —le pregunta.

Ariel apenas entreabre los labios, podría parecer que por vergüenza, pero una cuchilla de afeitar entre los dientes sería más probable.

—Cuando llegó aquí hace cinco años lloraba como una virgencita, no le funcionaba el montacargas y estaba convencido de que había perdido el *shining*, aunque no supiese ni lo que era. Constituía el peor caso que me había encontrado, se lo digo sin orgullo. Una tarea al límite entre la terapia y la autopsia, ¿y qué pasó

al cabo de cinco sesiones? Debería tener un busto mío en su pasillo, ya se lo digo yo, y darle lustre cada mañana, en vez de hacerme preguntas personales. Bien, ¿podemos empezar ya?

Arcadipane vuelve a contemplar la pequeña ventana.

—Ya tenía un porrón de defectos. ¿Qué ha pasado? ¿En estos cinco años también se ha vuelto susceptible?

—No, solo estaba reflexionando.

—No se meta en actividades temerarias. Dígame qué es lo que no funciona. Y sea concreto, sea crudo, no adorne la realidad. Ya sabe que si escribe en un SMS «tengo muchas ganas de...», el texto predictivo añade automáticamente «trabajar», así que sus problemas, por horribles que sean, no podrán arruinarme el día. Empiece ya porque, aunque no sea consciente de ello, en estos diez minutos me ha pagado el cambio estacional de neumáticos.

—No consigo superar mi separación de Mariangela. Y mis hijos, también separarme de ellos... Y, además, el trabajo...

—Vale, lo he entendido.

Ariel se levanta, sujetándose en el reposabrazos del sillón, y después alza los brazos y se agarra a una cuerda de la que Arcadipane no se había percatado, pero que avanza por debajo de las vigas del techo hacia el pasillo, la librería y la pared de la derecha, en la que hay un pequeño mueble, un hervidor, una placa eléctrica de dos fuegos y tres tazas diferentes entre sí.

Lanzando sus piernas raquíticas, que terminan en unos zapatos ortopédicos negros, Ariel llega hasta la mesa baja. Un movimiento que combina lo sublime con lo obsceno y que por eso mismo hay que mirar.

Vierte media botella de agua en el hervidor y lo enciende. Observa a Arcadipane.

—¿Prefería el teatro de la manta sobre las piernas? Ahora ya sabe que estoy tullida, ¿no? ¡Si hasta me ha llevado en su espalda! ¿Quiere una infusión? Es una hierba china que...

—No, gracias.

—Como prefiera. ¿Desde dónde empiezo a iluminarle?

—¿Qué quiere decir?

—¿Trabajo, mujer o hijos?

Arcadipane reflexiona igual que puede reflexionar alguien que tiene que elegir qué dedo amputarse.

—Mujer.

Ariel asiente y apaga el hervidor. Deposita en la taza dos cucharillas de una hierba verde y brillante, vierte el agua y mezcla.

—Su mujer... ¿Cómo se llamaba?

—Mariangela.

—Su mujer es una persona sana, así que no volverá con usted ni aunque le pongan una pistola en la sien. Capítulo cerrado. Ha sido una agricultora paciente, ha tomado lo que podía y debía, ha soportado sus silencios, su trabajo y, sobre todo, el hecho de que, en líneas generales, sea un hombre. Lo ha hecho hasta que sus hijos lo han necesitado. Ahora puede seguir su verdadera naturaleza, y no estoy hablando de sexo, hablo de crecimiento, de evolución.

—De hecho, dijo que juntos ya no nos era posible evolucionar.

—¿Lo ve? Es una mujer inteligente. No en vano, es usted quien está aquí, y no ella. En cualquier caso, no se culpabilice de que le haya dejado, no es algo que se deba a que usted sea un insensible, un tosco, un basto y un egoísta. Su exesposa sabe que no es ni malo ni estúpido, aunque sí atávica y lingüísticamente ignorante. Es solo que, como mujer, posee una inteligencia más amplia, no como la suya, que le da simplemente para remontarse desde un muerto hasta la persona que lo ha matado. Es eso lo que la ha llevado a optar por el cambio, lo cual es signo de amplitud de miras. ¿Sabía que el pingüino rey elige a su pareja a primera vista y le es fiel durante toda su vida? Si su compañero o compañera se muere, cae en una especie de catalepsia y se mantiene así hasta que una orca o un...

—Ya me lo explicó la otra vez.

—No sea impertinente. Hay personas que navegan por un mar helado y saben evitar los icebergs y hay otras que van directas contra ellos porque están convencidas de que se saldrán con la suya. Y también hay quienes, cuando se dan cuenta de que el agua es cada vez más fría, giran hacia el sur y les dejan el problema de los icebergs a los demás. Mientras sus hijos eran pequeños, su mujer evitaba los icebergs y lo hizo bastante bien, pero ahora puede, por fin, poner rumbo al sur. ¿Por qué no debería hacerlo? ¿Alguna vez ha oído que se ponga a los pingüinos como ejemplo de inteligencia?

—Me parece que no.

—No caiga como un lerdo en la trampa de las preguntas retóricas. Siéntase satisfecho por haber hecho lo que entraba dentro de

sus posibilidades: pescar a una mujer más guapa y más culta que usted, aunque no mucho, sacarse una carrera, acceder a un trabajo en el que aplica el talento que le ha sido dado y tener hijos que mejoren el nivel de su árbol genealógico. En general, ha colocado bien su cincuenta por ciento de patrimonio genético, aunque, si yo fuese usted, no volvería a sentarme a la mesa de la ruleta. El negro y el rojo lo han ayudado una vez a conseguir el premio, no insista. Eso no quiere decir que no pueda sentarse en la mesa del *blackjack* y echar una partidita rápida con la calderilla que le queda, no sé si me explico.

Arcadipane la observa mientras ella regresa, taza de hierbas chinas en mano, al sillón. Se sienta y deja la taza sobre la mesa. Viste una blusa blanca y escotada, bajo la que, sin embargo, los pechos consiguen esconderse por completo.

—Ya hemos resuelto lo de su mujer. ¿Lo aguanta bien o quiere tomarse una de sus gominolas? Visto lo que me va a pagar, puedo fingir que no veo nada.

—¿Por qué? ¿Ha subido el precio?

—Por supuesto que ha subido. Hace cinco años estaba empezando, iba a tientas, experimentaba... Pero ahora soy mucho más buena, así que, llegado el momento, trabajar menos horas y ganar más me pareció una cosa natural, ni siquiera tuve que forzarme para dar este paso.

—Entonces, ¿de cuánto estamos hablando?

—De ciento cincuenta euros por sesión.

—¡Joder!

—Para eso, cincuenta euros más. Pero, si no le importa, avancemos. Me aburre pasar mucho tiempo con una persona, aunque sea tan problemática como usted y aunque me pague ciento cincuenta euros. Lo de los hijos lo resolvemos rápido: han crecido, aunque a usted no le guste, así que tiene que inventarse una nueva manera de estar con ellos, presentarse de una forma diferente a sus ojos, si es que es capaz, sé que estas son palabras complicadas para usted, pero no siempre puedo dárselo todo mascadito. Si no lo hace, pues nada, en su funeral leerán emocionados un texto de dos líneas que empezará por «mi padre era», y no porque esté muerto, sino porque ellos no tendrán ni la más mínima idea de quién ha sido usted en los últimos momentos. Solo lo conocerán por lo que recuerden de cuando eran

pequeños. No hay muchos padres que consigan que para su funeral les escriban una carta en presente, así que si no lo consigue usted tampoco será un drama. Hay una larga fila de padres a los que se pierde de vista y que reaparecen con ocasión de las fiestas, de su coronación como abuelos, de préstamos o de avales hipotecarios. También eso está bien.

—¿Su padre consiguió eso del presente?

—Mi padre nos enterrará a los dos y, si es necesario, vivos. Dicho esto, cuando usted está en la camilla del dentista, ¿acaso le pide que abra la boca para echarle una ojeada dentro? Mire, esto no es un banco de tiempo, así que ahora abra bien la boca y déjeme hacer mi trabajo. ¿Sabe quién es Ward?

Por un reflejo condicionado, Arcadipane abre los labios, pero se reprime.

—Ahora le voy a contar una historia. Y es el plato fuerte de esta sesión, así que abra bien los oídos, porque está pagando por cosas como esta. En 1943 ya estaba bastante claro cómo iba a terminar la guerra. Tendría que pasar un tiempo, pero al final Alemania perdería. Los estadounidenses y los británicos bombardearon el país cada noche, atacaron los puntos neurálgicos. Pero Hitler no cedía. Organizó una artillería antiaérea eficiente, con cañones de ochenta y ocho milímetros que noche tras noche hacían que los bombarderos enemigos cayeran como moscas. Los ingleses tenían una aviación potente, pero estaban preocupados. Demasiadas pérdidas, tanto de aviones como de hombres. Si las cosas seguían así, tendrían problemas. Había que hacer algo. ¿Me sigue?

—Sí.

—No se duerma, que esto no es una clase de historia. Es una parábola. La gente no se dormía cuando Jesús contaba alguna. Vale que entonces había menos distracciones, pero existía la lepra, no sé si me entiende... —Ariel bebe un sorbo—. ¿Seguro que no quiere una taza? Estoy dispuesta a levantarme, me mola muchísimo este sistema de cuerdas que me he inventado. Si no hubiese desarrollado codo de tenista por culpa de las muletas jamás se me habría ocurrido. También de esto se puede extraer una lección, una parábola sigue a la otra...

—¿Y los aviones?

—No puede quitárselo de la cabeza, ¿eh? Los ingleses, ya sabe cómo son ellos, pensaron en una solución: acoracemos los aviones. Sin

embargo, no era posible acorazarlos por completo, porque entonces serían demasiado pesados y, por tanto, demasiado lentos. A algo había que renunciar. Entonces apostaron por la vía científica: analizaron todos los aviones que regresaban a la base y anotaron los puntos en los que la artillería antiaérea los había alcanzado. Esos serían los puntos que habría que acorazar. Una idea genial, ¿no?

—Creo que sí.

—Pues cree usted mal, porque es una gilipollez.

—¿Una gilipollez?

—Por suerte estaba Ward, un judío austriaco que había estudiado matemáticas en su casa, con sus padres, y que después había accedido a la universidad. Allí formuló dos o tres ideas extraordinarias y todos comprendieron que era un genio. Sin embargo, estaban los nazis y las leyes contra los judíos, así que huyó a Estados Unidos. Los norteamericanos lo ficharon y lo colocaron en una oficina en la que se elaboraban estadísticas para ayudar al ejército. Fue así como un día la carpeta con todos los razonamientos de los británicos sobre la necesidad de acorazar sus aviones llegó hasta su escritorio. Ward la miró, la hojeó y después dijo: «Es una idea». Los demás suspiraron de alivio. «Pero es una pena que esté completamente equivocada», añadió Ward.

—¿Por qué?

—Porque lo que es obvio no siempre es cierto y lo que es cierto no siempre es obvio.

—No lo entiendo.

—¡Eso mismo es lo que respondieron aquellas lumbreras a Ward! Pero a Ward no le gustaba tener que explicar determinadas obviedades y a mí me pasa lo mismo.

Arcadipane la mira.

—¿Tiene usted algún subordinado? —pregunta ella—. ¿Alguien a quien pisotee, alguien que le sirva de chico de los recados?

—Sí.

—Apuesto a que se lo pasa bomba cuando tiene que explicarle esas cosas que usted capta al vuelo, pero que él no pilla ni aunque lo guíe de la mano.

—No me lo paso bomba.

—Pues imagínese Ward. Sobre todo porque Ward no podía no ver aquello. Había nacido para verlo, igual que los demás habían nacido

para no verlo. Si aquella carpeta hubiese aterrizado sobre su escritorio diez años antes o veinte años después, algún día en que estuviese aburrido como una ostra, hubiese vuelto del funeral de su padre o acabase de enamorarse, no habría cambiado nada, igualmente les habría soltado a aquellos lerdos: Tenéis que acorazar los puntos en los que no hay marcas de proyectiles, no los puntos en los que sí las hay, porque los aviones alcanzados en sus puntos más sensibles son justo aquellos que jamás han regresado a la base. Así que deje de tocar los cojones a los demás y haga su trabajo. Ha nacido para hacerlo, nunca dejará de saber hacerlo. Separado, enamorado, en medio de una crisis de llanto o con el ánimo por los suelos, si la carpeta llega a su escritorio usted ve los aviones que han caído y no los que han vuelto a la base. Esa historia del *shining* que va y que viene es una gilipollez. Si fuese alguien superficial, le diría «siga su instinto», pero a quienes utilizan la palabra *instinto* habría que condenarlos a pasar años en la cárcel: *instinto*, *atmósfera*, *poquito*, *intrigante* y *entre comillas* no se deben usar. Se lo recuerdo, en vista de que está en proceso de alfabetización. ¿Cómo se siente?

—Mejor.

—¡Un carajo, mejor ni mejor! El mazazo todavía está por llegar, así que agárrese fuerte, porque ahora viene el golpe maestro: su problema no tiene nada que ver con su mujer, sus hijos o su trabajo. Ni siquiera con su aparato para transmitir su patrimonio genético, ya funcione o no. En realidad, es increíble que no lo sepa.

—¿Pero entonces qué...?

—¿Qué, qué...? Aunque esté muy jodido, ya no es un niño, así que deje de tartamudear. ¿Se acuerda de cómo funcionan las cosas conmigo?

—No mucho.

—Cuatro sesiones, una a la semana. Puede que le parezcan pocas, pero las cosas o funcionan o no funcionan. Yo siempre he sido de esa opinión.

—Me parece que la otra vez eran cinco.

—Ya le he dicho que soy mejor ahora. Tiene menos citas y gasta más dinero. Tendría que estar contento, ¿no? Hoy he hablado yo y le he tirado perlas. Veamos ahora si con sus pies porcinos consigue atrapar alguna. La próxima vez hablará usted. Ya me contará cuando se dé cuenta de que usted es bueno y, por tanto, un pringado.

—¿Qué quiere decir?

—Tiene una semana para pensárselo. Ya verá cómo le llega la iluminación. ¿Qué está haciendo? ¿Se está levantando?

—Pensaba que habíamos terminado.

—Si usted pensase bien, yo no me embolsaría ciento cincuenta euros dentro de diez minutos, así que siéntese. Sabe que pongo deberes entre sesión y sesión, ¿no? Tenga. —Le tiende un folio que estaba en el suelo, junto al sillón—. Como sé de qué pie cojea, ya le había preparado una receta.

Arcadipane coge la hoja y lee, vagamente, porque no tiene las gafas puestas.

—Duecon. ¿Son pastillas?

—No, es una web de citas. Le he dicho que el problema no es ese, pero de todas formas tenemos que remover las cosas, sacar al Vietcong de sus túneles subterráneos. Necesitamos ruido. ¿Me sigue?

—No.

—No importa. Usted entre en esa página. Para la semana que viene tendrá que haber quedado en persona con al menos tres mujeres. Como sé que no es usted una persona práctica, ya le he escrito algunas ideas. Se las leeré, en vista de que no ve tres en un burro.

Se acerca a él y Arcadipane puede apreciar plenamente el olor a hierro que emana su cuerpo: hierro usado de barandilla, de tenazas, de picaporte. Y aceite gastado, hierbas que crecen en las paredes, arena. El olor que tienen el vidrio, las cosas transparentes que han conquistado esa naturaleza con un movimiento inicial de talento seguido de un largo trabajo. Esto podría decir Arcadipane si tuviese las palabras necesarias para descomponer ese olor y volver a montarlo. Pero lo único que puede hacer es recibir su bofetada en la cara.

—¿Me está escuchando?

—Sí.

—Suba una foto de, como máximo, hace diez años. No exagere, nada de torso desnudo en el mar, uniforme, moto, peces recién pescados o cachorritos en los brazos. Y que no se note que ha cortado la parte de su mujer o de sus hijos.

—¿Pero está segura de que...?

—Al imaginarme a usted esta noche delante del ordenador he

recordado la escena de los simios y el monolito, así que le he dejado ya escrito el primer mensaje que debe enviar y cinco respuestas que podría recibir, con el correspondiente perfil de cada interlocutora. Es como la apertura en el ajedrez: los tres primeros movimientos deciden cómo será la partida.

—Se ha tomado muchas molestias.

—No sea estúpido, es una copia hecha con mimeógrafo. Si le pasa el dedo por encima comprobará que pierde tinta. En cualquier caso, siga las instrucciones y no se ponga nervioso, no se desanime y no se venga arriba. Para el jueves tendrá que darme un informe de tres citas. Por favor, invítelas a cenar, pero no se las folle, si es que llega a ese punto. No está preparado. Y ahora, deje los ciento cincuenta euros en la bolsita que está junto a la puerta. Solo Dios sabe cuánto me los he ganado.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Ariel consulta la hora en su reloj de muñeca. Tal vez del abuelo. La correa es solo un poco más oscura que su piel aceitunada.

—¿Por qué coloca los sillones de lado, de este modo? Es muy incómodo.

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Aunque ahora mismo no esté en mi trabajo, me gustaría, sí.

—Los pongo así antes de que usted llegue, y ya puede imaginarse el esfuerzo que supone solo para no tener que ver su cara durante cincuenta minutos.

Una vez ha atravesado el vestíbulo, Arcadipane sale a la calle. Está agotado y listo para dejarse caer en el bar del otro lado de la avenida, para llorar a gusto en ese baño que, según recuerda, está revestido con azulejos de un bonito tono verde y aislado acústicamente mediante un tabique. Cuando la primera gota de lluvia lo golpea en la frente, se acuerda de que ha silenciado su teléfono móvil. Lo consulta. Tiene seis llamadas perdidas de Pedrelli. Le devuelve la llamada.

—Buenas tardes, comisario. Lo estaba buscando porque han telefoneado desde Le Vallette. Apostolo ha hecho una tontería y ahora solo quiere dialogar con usted, parece que es urgente.

—Quiere dialogar.

—Eso han dicho.

—¿Estás seguro de que han dicho eso?

Silencio.

—A lo mejor han dicho «hablar».

Arcadipane cuelga y se dirige a paso tranquilo hacia el coche.

Sería bonito que se tratase de una confesión, pero tiene la certeza de que será algo más complicado.

11

La cara está pálida, más delgada.

Arcadipane lleva unos diez minutos buscando la arrogancia y la prepotencia que recordaba, pero lo que ve ahora es solo un chico. Un chiquillo, incluso, si uno se olvida de dónde se encuentra y por qué.

La sala está muy limpia y muy carente de todo. En el fondo, debe proporcionar consuelo en la cárcel, pero sin permitir olvidarla; un poco de alivio en la enfermedad, pero sin llegar a curarla. No hay instrumental ni medicamentos, ni vidrio o metal que pueda cortar. Tan solo una mesilla de noche, dos sillas de plástico y la cama sobre la que Luca Apostolo respira lentamente durante su sueño.

Arcadipane le mira las muñecas vendadas, extendidas sobre las sábanas. En ningún momento su vida ha corrido peligro, ha informado el médico. Con un par de hojas de papel no se puede provocar una herida profunda, pero la dirección vertical de los cortes nos dice algo.

El chico abre los ojos. En cuanto lo reconoce, gira la cabeza hacia el lado opuesto.

—Creía que eras un tipo duro —comenta Arcadipane.

Los nervios del cuello del chico se contraen, pero no se da la vuelta.

—Estoy muy cansado —advierte Arcadipane—, así que vamos a saltarnos la parte en la que te compadezco, te humillo y después te cabreo, ¿vale? ¿Qué hay que sea tan difícil de soportar? ¿La cárcel? ¿La culpa?

Luca Apostolo llora de una manera silenciosa que debe de ser suya desde que era un niño. Silenciosa y secreta, porque Arcadipane no se lo imagina yendo a buscar a su mamá y menos aún a aquel papá. Algo más propio de rellano, de ángulo muerto en el patio, en vista de que en casa nunca dispuso de una habitación en la que encerrarse.

—Dice que tal vez he sido yo —explica el chico—. Que la he decepcionado.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho mi madre esta mañana. Clara la llamó anoche. —Arcadipane piensa, pero se da cuenta de que piensa mal, de manera sucia, arrugada—. Me ha dejado y punto. —Apostolo le evita el embarazo de tener que decir algo.

Arcadipane busca las gominolas de regaliz. Coge dos.

—¿Quieres?

Apostolo ni siquiera se gira para ver qué es. Arcadipane se mete las dos en la boca y las mastica. ¡Hay que ver lo oportuna que es la chica! ¡Y también la madre! La gente siempre se sincera en los momentos equivocados.

—Ya tenía poco —añade Apostolo—, y ahora ese poco lo he perdido.

Arcadipane siente cómo penetra en él ese tono que no llora ni se lamenta, sino que constata. Ahí está, tanto en un chico de veinte años como en un viejo capullo de cincuenta. La gran amiga en común: la amargura.

—¿Puedo hacer algo por ti?

El joven se lo piensa.

—Encuentra al que lo hizo —responde.

12

Hora: 23.33.

De Gominolas de Regaliz a Eslizón, cuarenta y tres años. Su frase: «Sin perder la ternura».

Eslizón:

Aquí estamos, en este gran anfiteatro, sin ser luchadores. Tú tal vez buscas, yo tal vez busco. ¿Pero qué? ¿No perder la ternura, como escribes de una forma tan sabia? ¿Encontrarla los dos juntos? No nos prometamos nada, pero ¿quizá una cena? ¿Una copa de vino? Pequeñas promesas, por ahora...

Hora: 23.37.

De Gominolas de Regaliz a Venusia, cuarenta y tres años. Su frase: «Respirar la primavera».

Venusia:

Aquí estamos, en este gran anfiteatro, sin ser luchadores. Tú tal vez buscas, yo tal vez busco. ¿Pero qué? ¿Respirar la primavera, como escribes de una forma tan sabia? ¿Encontrarla los dos juntos? No nos prometamos nada, pero ¿quizá una cena? ¿Una copa de vino? Pequeñas promesas, por ahora...

Hora: 23.48.

De Venusia a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Pierdo el tiempo al escribir estas líneas, que serán pocas, porque ya no soporto a los tipos que, como tú, no tienen el valor de mostrar su cara. Seguramente te justificarás diciendo que para ti el aspecto no es importante (aunque estoy convencida de que solo escribes a las mujeres que publican una foto), o bien que tu trabajo no te permite mostrarte, tal vez porque eres un personaje público. ¡Ahórramelo y madura! Es mi consejo, ya estés casado o prometido o simplemente seas un cobarde. Si quieres jugar, acepta las reglas del juego. No vuelvas a escribirme. ¡Incluso estas pocas líneas son demasiadas para ti!

Hora: 23.46.

De Gominolas de Regaliz a Grant en Faldas, cuarenta años. Su frase: «Arsénico y encajes antiguos».

Grant en Faldas:

Aquí estamos, en este gran anfiteatro, sin ser luchadores. Tú tal vez buscas, yo tal vez busco. ¿Pero qué? ¿Arsénico y encajes antiguos, como escribes de una forma tan sabia? ¿Encontrarlos los dos juntos? No nos prometamos nada, pero ¿quizá una cena? ¿Una copa de vino? Pequeñas promesas, por ahora...

Hora: 00.12.

De Grant en Faldas a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¡Por favor! ¡Basta ya de copiar y pegar mensajes! Yo creo que puedes

hacerlo mejor si te esfuerzas. Pero no conmigo. ¡Que te vaya bien!

Hora: 00.13.

De Gominolas de Regaliz a Alquimista, cuarenta y tres años. Su frase: «Quien quiera ver el arcoíris tiene que aprender a amar la lluvia».

Alquimista:

Aquí estamos, en este gran anfiteatro, sin ser luchadores. Tú tal vez buscas, yo tal vez busco. ¿Pero qué? ¿Tal vez que quien quiera ver el arcoíris tiene que aprender a amar la lluvia, como escribes de una forma tan sabia? ¿Encontrarlos los dos juntos? No nos prometamos nada, pero ¿quizá una cena? ¿Una copa de vino? Pequeñas promesas, por ahora...

Hora: 00.24.

De Alquimista a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Gracias, Gominolas de Regaliz (¡tienes que explicarme esta frase y tu pseudónimo!), por tus palabras, que en este mar de tópicos y malos modos son un bálsamo. Es tarde y mañana hay que ir temprano a trabajar, al menos yo. Pero no quiero perderte de vista. Escribámonos en los próximos días. Quién sabe, quizá esa copa de vino... Besitos y buenas noches.

13

Cuando la tierra empieza a volverse roja y las casas se convierten en granjas, Arcadipane ralentiza como quien no tiene un lugar adonde ir, aunque él lo tenga.

Es temprano, las nueve, y después de la lluvia de ayer el aire es, ya sin duda, un aire de marzo. En la carretera, algunos vehículos agrícolas. En condiciones normales resultaría molesto, pero adelantarlos permite romper la monotonía de la carretera ancha y bien asfaltada entre unas colinas que en breve se elevarán. Un tejón y un zorro reducidos a esqueletos marcan la frontera entre el asfalto y la naturaleza, una tierra de nadie en la que se quedan los caídos.

A la altura de la fábrica de ladrillos, gira hacia la carretera municipal. Una aldea de un puñado de casas y una residencia para personas mayores de paredes rosas, dos o tres curvas, una recta, el asfalto que pasa a ser un camino agrícola y la casa que aparece ya sobre el cerro. Una granja como tantas otras: planta en forma de L, con las habitaciones orientadas hacia el sur y el establo y el henil en el ala larga.

Aparca el Alfa en el patio. Ha llovido y las ruedas no levantan polvo. La explanada delantera está ordenada, no hay perros. Los únicos sonidos son los propios de una casa de campo sin animales, tractores ni gente que are la tierra.

Arcadipane le abre la puerta a Trepet, que parece reconocer el lugar y orina contra un balón desinflado en el centro del patio.

—¡Ven aquí! —lo regaña Arcadipane.

Se dirige hacia la casa, sube las escaleras y llama a la puerta. Nada.

Elena estará en el trabajo y los chicos, en el instituto, piensa. Prueba por el otro lado, donde estaba la sala de trabajo. Acerca la cara a uno de los ventanales: las paredes de libros, los volúmenes esparcidos sobre las mesas bajas y el sofá, nada más.

Solo me queda por ver la viña que está detrás de la casa, se dice.

Seguido por Trepet, dobla la esquina. Echa un vistazo al camino de tierra por el que subieron cinco años antes, aquella tarde en la que Bramard le estuvo contando cosas hasta la madrugada. Después, en el punto en el que la casa arroja la última sombra, distingue a un tipo delgado y calvo, sentado bajo la higuera. Está leyendo, pero ahora lo ha visto y tiene la cabeza levantada. Arcadipane alza una mano.

—¡Estaba buscando a Corso! —grita.

El otro lo invita por gestos a acercarse. Arcadipane avanza.

Solo cuando está a unos pocos metros ralentiza el paso para preparar la cara que va a poner. Pero si seis metros no son suficientes, menos aún lo son cuatro, tres, dos, y resulta evidente que no ha conseguido hacer gran cosa con su cara, en vista de la sonrisa con la que Corso le da la bienvenida y trata de decirle: «Somos tú y yo, dejémonos de formalidades, por favor».

Arcadipane contempla aquel cuerpo que siempre ha sido demasiado alto, demasiado sólido, con demasiado cabello, demasiado resistente, demasiado un montón de cosas. Ahora pesa veinte o veinticinco kilos menos e impresiona, porque el secreto ha quedado al descubierto y, el andamiaje, al desnudo. Si alguien pensaba que un cuerpo como este se podía construir, ahora ya sabe que no. Lo esculpen las generaciones, los cruces de sangre y la tierra, todas ellas cosas milenarias. Tal vez ocurra lo mismo con todo. Y eso quita un peso de encima, pero añade otros nuevos.

—Parece que al perro no ha vuelto a crecerle la pata —observa Bramard.

—Parece que no.

—Pero sigue yendo tras de ti. ¿Tú cómo estás?

—Me he separado. ¿Y tú? ¿Y los chicos?

—Yo tengo cáncer. Ani está en primero de bachillerato de artes, es muy buena. Mateo este año tiene el examen del final del primer ciclo de secundaria. Los estudios no son lo suyo, pero algo hará. Mientras tanto, juega al fútbol. Sabe que tu hijo está en Primera Federación y los lunes siempre consulta los resultados del Carpi. Martina, en vista de la situación, ha pasado dos meses aquí, hemos celebrado su treinta cumpleaños y hemos hecho muchas cosas juntos... Ahora ha vuelto a marcharse a Brasil, donde supervisa un proyecto para mujeres de las favelas. Tiene novio, que también trabaja en el sector de la cooperación. Creo que se están planteando tener un hijo.

Él es de Hannover y probablemente se trasladarán allí más adelante. ¿Y tu gente?

—Giovanni, ya lo sabes. Loredana estudia Humanidades. Tendríais mucho de lo que hablar vosotros dos que leéis. Conmigo, en cambio... No creo que tenga novio. La que sí lo tiene es Mariangela. Él da clases de Historia del Arte y de vez en cuando van a los museos para que él diga si un cuadro es auténtico o no. O quizá es solo una excusa para marcharse a un hotelito fuera de la ciudad y darse un revolcón. Pero no es por eso por lo que nos hemos separado. Es que no evolucionábamos.

Bramard coge el vaso que está sobre la pequeña mesa de hierro esmaltado. El color de su contenido no resulta especialmente apetecible. De hecho, bebe un sorbo y vuelve a dejar el vaso en la mesa.

—Bien —concluye—, ya nos hemos puesto al día. ¿Por qué estás aquí?

Arcadipane contempla al hombre que fue su jefe y que, a pesar de su pelo desaparecido y de sus ojos menos firmes, aún conserva su expresión enigmática. En los brazos, esos hematomas que se forman cuando no te encuentran las venas. Él, que tenía unas venas que explotaban en cuanto cogía con la mano una hoja de papel. Trepet, tras inspeccionar el patio cubierto de hierba, ha venido a derrumbarse a sus pies. Las sandalias Birkenstock siguen siendo las de siempre.

—El caso del metro —apunta Arcadipane.

—Pensaba que era un caso cerrado.

—Sí, pero no estoy convencido.

—No estás convencido.

—Ni lo más mínimo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tenemos las cámaras, los testigos, el kimono, la máscara, los antecedentes, pero yo...

—No estás convencido.

—Exacto.

Bramard se recoloca mejor en la silla de hierro. Arcadipane observa el libro que Bramard estaba leyendo y que ahora se encuentra sobre la mesa, junto al vaso. En la portada, una mujer casi desnuda con un niño en brazos, un hombre y muchos árboles.

—¿Te gusta? —pregunta Bramard.

—¿Qué?

—El cuadro de la portada.

—No sé nada de cuadros y últimamente me están empezando a inflar los cojones, además.

Bramard dirige la mirada a la casa, a la que Elena debe de haber vuelto, porque se oye cómo alguien está sacudiendo una alfombrilla.

—La escena en primer plano, esa mujer con el niño a la orilla del arroyo y el hombre que la mira, es muy serena. Y, sin embargo, da la impresión de que algo terrible está a punto de sucederles a los tres o de que ya les ha sucedido.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—No lo sé. Hace doscientos años que la gente escribe libros sobre este cuadro, pero nadie lo ha entendido todavía.

—Entonces, ¿no hay explicación?

—No. A menos que consigas apartar los ojos de estas tres figuras y te concentres en las nubes negras, en el rayo y en el pájaro de mal agüero.

Arcadipane lo observa mejor.

—El fondo.

—Las videocámaras muestran al chico, pero puede que en este caso, igual que ocurre en *La tempestad*, sea el fondo lo que cuente. El fondo determina quiénes son y qué hacen los personajes del primer plano.

—¿Entonces?

—¿Has estado en las casas?

—Eso me lo enseñaste tú.

—¿La del chico?

—Lo que va mal se ve enseguida. Lo mismo pasa con el local en el que trabaja. Son lugares y punto.

—¿Dónde más has estado?

—En casa de la novia de Apostolo, esa con la que hizo la apuesta. Profesionales, miembros de una asociación de padres de chavales autistas porque el mellizo de la chica tiene algo de eso, aunque no sé cuál es su nivel de gravedad. Tienen otra niña más, de nueve años. Nada de problemas fiscales. Nada de política y menos aún de racismo. Una villa en el barrio de la Crocetta, del tipo perro, jardín, bicicletas, muebles de bambú en el exterior.

—Háblame del perro.

Arcadipane sonríe con disimulo, porque siente vergüenza de hacerlo delante de Bramard, dado su estado actual. Recuerda el día en que Pedrelli entró en su despacho para incorporarse al servicio. Él, que por aquel entonces tenía veintitrés años y era la mano derecha de Corso, observó el rostro enjuto de aquel agente demasiado educado y demasiado mayor y, cuando se quedó solo con el jefe, preguntó: «¿Has pedido expresamente que nos manden a un cretino?».

Sin responder, Bramard se sirvió un té y siguió revisando unos expedientes.

Sin embargo, por la noche, antes de cruzar el umbral de la puerta de salida, había dejado abierta sobre el escritorio la *Enciclopedia del perro*, que consultaba religiosamente después de cada interrogatorio. Arcadipane esperó a que estuviese lejos y después leyó la descripción que aparecía bajo la fotografía de un perro de color marrón.

«Perro honesto, leal, estable y equilibrado, guardián fiable, pastor eficaz y maravilloso compañero, siempre junto a su amo, aunque un tanto desconfiado en presencia de extraños. A pesar de su aspecto débil y sencillo, no le teme a nada, y gracias a su carácter tenaz puede ser incluso un perro valiente para la caza.»

—Tienen un perro de cincuenta kilos —explica—, marrón, con una cresta, que excava agujeros grandes como pozos.

Bramard bebe otro sorbo de eso que con toda probabilidad es una medicina.

—¿Mechón erizado en el lomo, desde el cuello hasta la cola? ¿Pelaje ambarino y cresta más oscura?

—Algo así.

—Es un crestado rodesiano.

—Pues mejor para él.

—¿Sabes quién es un crestado rodesiano?

—No.

—Isa.

—¡O sea, que es un perro gilipollas!

—Puede ser, pero los perros solo excavan para tres cosas: esconder algo, refrescarse o escapar. ¿A ti te parece que Isa sea alguien que se dedique a esconder cosas o a escapar o que sufra por el calor?

—No me lo parece.

—De hecho, el crestado rodesiano no es un perro excavador.

Tampoco lo es Isa.

—No excavan.

—Si tienen que escapar, rompen lo que tengan delante o saltan por encima, pero no excavan.

—Pero a lo mejor al perro de los Marangon le gusta esconder huesos.

—Si los Marangon son como dices, saben a la perfección que los huesos pequeños pueden perforarle los intestinos y los grandes acabarán formándole con el tiempo una pasta de calcio en el estómago. Así que no le dan.

—No me estás ayudando mucho, precisamente.

—A lo mejor podría hacerlo Isa. ¿O vuelve a estar castigada?

—Policía de tráfico de Vercelli, horarios fijos, cabeza sentada. ¿Te acuerdas de Tomatis? ¿La testigo del caso de los esqueletos? Ahora viven juntas en una casa en medio de los mosquitos. Pero quizá..., si la llamas tú...

—La verdad es que tengo otros planes.

—¿Por ejemplo?

—Morirme.

Trepet se pone panza arriba y se tira un pedo sutilísimo.

14

En el sueño, Él vio al inocente camino del martirio en la cima del monte al que otros, desfigurados y vilipendiados, ya habían subido. Un rebaño que cargaba con las culpas de los demás, pero de nada servía que Él gritara: «Esos son los puros, el pecado está en otra parte». Los cuerpos se quemarían, y el error aleteaba sobre todas las cosas, igual que el espíritu aleteó sobre las aguas en los primeros días de la creación.

Despertó de aquel sueño y castigó su propia carne, porque el diseño avanzaba y él dormía el sueño de los injustos. Pronto otro inocente tendría su nombre en la cruz y Él, como en el pasado, demostraría ser un inepto.

15

Arcadipane llama a la puerta, aunque esté abierta.

Clara Marangon se encuentra sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared pintada de blanco. Tiene los auriculares alrededor del cuello y los ojos brillantes de quien ha llorado. Se ve que el cómic que sostiene sobre sus rodillas no la ha animado mucho.

—He preguntado a tus padres si podía subir a charlar un rato contigo —explica Arcadipane.

—Claro que sí. —Y baja los pies, que tiene apoyados en la cama.

Arcadipane entra. Observa uno de los dos mapamundis colgados. Probablemente los puntitos de colores que aparecen en ellos señalan los lugares en los que ha estado.

—¿Te gusta viajar?

—Sí, pero fuera de Europa solo he estado en Nueva York, Egipto, Cancún y Dubái.

Arcadipane comprueba en el mapa los cuatro puntitos.

—Hace unos años, mi mujer y mis hijos estuvieron una semana en Malta —cuenta—. Para aprender inglés... Pero yo me quedé trabajando.

—Yo voy todos los veranos a Inglaterra. Para estudiar Diplomacia hay que saber inglés a la perfección.

Arcadipane se acerca y se sienta al lado de la chica. Ella baja la mirada hacia el cómic, aún abierto.

—Usted pensará que soy una bruja, ¿no? Que podría haber esperado... —Las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas—. Pero el vídeo, el kimono, los testigos... —Estalla en llanto—. No podía seguir haciendo como si nada. No era justo ni siquiera para él... No pensaba que pudiese...

—¡Clara! —La voz del hermano llega nítida desde el otro lado de la pared.

La chica respira hondo y calma sus sollozos.

—Voy un momento con él —añade, enjugándose las lágrimas—.

Cuando cree que estoy mal se pone nervioso.

—Por supuesto —asiente Arcadipane—, ve.

Clara se levanta y se dirige hacia la puerta. Arcadipane la oye recorrer el corto pasillo, entrar en la habitación de su hermano y asegurarle que todo va bien, que simplemente le había entrado un ataque de risa con el cómic. Por el tabique se cuela todo. Ya lo habían dicho los Marangon: «Una pared de madera ligera..., un biombo».

Observa las fotografías colgadas sobre la cama: Clara y Alessandro en la playa, la familia en el coche descapotable..., pero en el tercer marco aparecen ahora el hermano y la hermana en la piscina. Él en traje, con un físico hermoso, aunque aún en proceso de construcción; ella, en vaqueros y camiseta, abrazándolo; en la piscina a sus espaldas, otros nadadores levantan salpicaduras blancas.

Arcadipane rodea la cama y avanza hasta la cómoda. Abre los cajones lentamente. En el primero, bragas y calcetines; en el segundo, camisetas; en el tercero, sudaderas, y en el último, móviles, cables y un manual para aprender a tocar la guitarra. Vuelve a la cama, abre el único compartimento de la mesilla de noche y, entre cuadernos, llaveros y otros pequeños objetos, encuentra la fotografía que estaba antes en el tercer marco: la de Clara, Alessandro y Apostolo en el gimnasio.

Se la mete en el bolsillo, se levanta y sale.

—¿Cómo va todo? —pregunta mientras pasa por delante de la habitación de Alessandro. El chico está acurrucado sobre la cama, de espaldas a la puerta, con la cabeza apoyada en las piernas de Clara, que le está acariciando el pelo.

—Mejor —responde la chica—. Es un momento un poco difícil.

Sobre la mesilla de noche del chico aparece la misma fotografía enmarcada.

—Os dejo tranquilos —se despide Arcadipane—. Si necesitáis cualquier cosa, llamadme.

Los padres lo están esperando en la entrada.

—Díganle a su hija que Apostolo está bien. No tiene ningún motivo por el que sentirse culpable.

Los Marangon le preguntan si la convocarán para testificar cuando se celebre el juicio. Arcadipane lo confirma. ¿También Alessandro? Arcadipane no lo sabe. Si Luca mantenía una buena relación con Alessandro, es probable que la defensa llame al chico

como testigo de descargo, pero todo está por ver. Obviamente, su abogado puede oponerse. Será el juez quien decida.

Los dos le dan las gracias y lo acompañan hasta la puerta. El perro sale a su lado, lo sigue por el jardín mientras le olfatea la parte inferior de los pantalones, los bolsillos de la chaqueta, en los que están las gominolas de regaliz, y las manos, que huelen a Trepet.

Una vez fuera, Arcadipane se enciende un cigarrillo y fuma mientras sigue observando al perro, que le devuelve la mirada desde detrás de los barrotes. Como decía Bramard, su pelaje es ambarino, no marrón, y tiene algo de africano.

Empieza a caminar a lo largo de la verja de la villa, recorriendo su perímetro hasta el recoveco de la parte trasera por el que los Marangon acceden con su coche al garaje. En ese punto la reja se interrumpe y da paso a un par de metros de red metálica verde, sujeta con palos de madera. A esa altura, el césped de alrededor de la red se ha cubierto, de una forma un tanto precaria, con varias baldosas de pizarra, probablemente para cubrir el agujero que excavó el perro la noche en la que se escapó pasando por debajo de la red y para evitar que haga otros nuevos. Arcadipane estudia ese lado de la casa: en la pared hay unas barras similares a un cuadro sueco, que sirven de sostén para los rosales. Un robusto andamiaje de madera que llega hasta la ventana del segundo piso.

Mientras vuelve sobre sus pasos, se mete una mano en el bolsillo para buscar las gominolas de regaliz, pero al pasar los dedos sobre ellas su perfil le parece casi extraño, insidioso. A pesar de ello, se lleva una a la boca. Su coche está aparcado en una vía de servicio. Trepet lo observa desde el asiento del copiloto con un trozo de cinta americana entre los labios.

—Habría hecho mejor en llevarte conmigo —lo reprende Arcadipane—. Así él te habría devorado.

Trepet levanta su única pata trasera y se lame los testículos.

—¡Nada, tú a lo tuyo! —refunfuña Arcadipane mientras pulsa uno de sus cinco contactos favoritos.

Suenan dos tonos de llamada y después llega la respuesta del otro lado.

—Buenas tardes, comisario, justo estaba...

—¿Sigues en la central?

—Sí, comisario.

—¿Botta y Lavezzi también?

—No lo sé, pero si me da un minuto lo averiguo...

—No importa, si no están ahí los llamas y les dices que mañana a las seis y media los quiero delante de la casa de los Marangon, ¿lo has entendido?

Pedrelli se queda en silencio, seguramente está anotándolo en el cuaderno.

—A las seis y media. Perfecto, comisario.

—Cuando los padres salgan para llevar a los niños a la escuela, que los sigan y apunten el recorrido que hacen.

—El recorrido..., lo apunten...

—Diles que mientras los sigan tienen que fijarse en sastrerías, tiendas donde cosan dobladillos de pantalones, establecimientos de ese tipo.

—De acuerdo, se lo digo.

—Cuando vuelvan a la central, Franco buscará en internet si hay otros locales de esta clase a lo largo del itinerario.

—También puedo hacerlo yo.

—Mejor Franco, es más práctico.

—De acuerdo, veré si está libre.

—No me toques los cojones, Pedrelli, si no está libre, se le libera.

Silencio al otro lado.

—Deja que Franco lo haga. —Arcadipane trata de arreglarlo—. A ti te necesito para otra cosa.

—De acuerdo.

—Cuando Franco haya terminado, pide que te impriman una fotografía del kimono de Apostolo, coges a Botta o a Lavezzi, al que prefieras, y te recorres los establecimientos que hayáis identificado. Quiero saber si alguien ha ido a uno de ellos a pedir que le cosan un kimono igual.

Silencio.

—¿Has apuntado todo?

—Sí —confirma Pedrelli—, pero...

—Reflexiona sobre todo esto en el autobús de vuelta a casa y verás como lo captas.

16

Sentado en la terraza vacía, Arcadipane no se decide a volver a casa, a pesar de la oscuridad y del viento cargado de humedad que desciende desde los valles del noroeste, placenteros lugares con precipitaciones de campiña inglesa e índices de suicidio escandinavos.

Ha pedido un pastís, que es una bebida que siempre le ha dado asco, pero resulta que lleva toda la tarde pensando en Bramard, al que sí le gusta el pastís. Para encontrarlo, Tonino ha tenido que ir a la trastienda, de donde ha vuelto a salir con una botella de Pastis 51, un recuerdo de la época dorada del barrio de Mirafiori, cuando venía un ingeniero de Tolón expresamente a rectificar las líneas de la fábrica Fiat.

Arcadipane contempla el fondo de pastís de la copa: hace tiempo se olvidó unos pinceles en un cubo de agua en el garaje... Es una lástima, piensa, porque, aparte del inocente al que ha metido en la cárcel, de Mariangela, que se lo pasa bomba con un compañero cinco años más joven, de una hija que lo considera un lerdo, de un hijo perdido, de una psicoloca que lo obliga a prostituirse en internet y de la noticia de que su único amigo ha decidido no someterse a una operación que le daría un treinta por ciento de opciones de seguir en este mundo..., aparte de todo eso, piensa, no ha sido un mal día.

Mira a Trepet, que, a su vez, observa la calle con aire deprimido. Dos años después de mudarse al nuevo barrio, todavía no ha construido un mapa tranquilizador de lugares en los que orinar. Para las grandes necesidades ya tiene algunas preferencias, pero para los líquidos todavía se mueve a tontas y a locas: los arriates de debajo de la casa de Germana no lo satisfacen, en los contenedores suele haber gatos engreídos y los comerciantes tienen la costumbre de verter amoniaco en las esquinas. El infierno de los perros.

Arcadipane se está bebiendo el último trago cuando ve que la puerta del otro lado de la calle se abre y el hijo de la mujer de la primera planta sale con una bolsa de basura. El tipo, de unos

veinticinco años, alto, flaco, desgarbado y con los brazos balanceándose, lleva su habitual camisa de franela por fuera de los pantalones. El pelo, largo y negro, le cae, lacio, sobre los hombros, como si para él la fuerza de la gravedad valiese el doble.

Arcadipane lo sigue con la mirada mientras el chico se acerca al contenedor, tira en él la bolsa y, después, regresa a casa.

Espera unos segundos, pone cinco euros sobre la mesa, cruza velozmente y llega hasta el contenedor. Lo abre. La bolsa verde está arriba del todo. Se pone de puntillas, se asoma y la rasga: el paquete de doscientos cincuenta gramos de salmón está allí, vacío, en medio de todo lo demás.

—¡Hay un comedor de Cáritas a la vuelta de la esquina! —grita una voz de mujer—. ¡Por lo menos no dejes todo fuera, como siempre!

Los pasos se alejan. En ese momento, la primera gota de lluvia alcanza la parte baja de la espalda de Arcadipane, que se ha quedado *en plein air*.

17

Hora: 17.46.

De Eslizón a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¡Hola, Gominolas de Regaliz! ¡Hay que ver lo poético que eres! ¡Tan poético que incluso me lo he pensado un poco antes de responderte! ¡Pero bueno, *take it easy*!

¿Una copa de vino? ¡Por qué no! Pero promesas, pocas, por favor, que los dos estamos en la edad de la razón, como dice Sartre, por citar a un hombre que se puso muchas medallas a costa de una mujer que tenía diez veces más talento e inteligencia que él, la maravillosa Simone Lucie Ernestine Marie Bertrand de Beauvoir. ¡Ahora tengo que irme corriendo, pero seguiremos hablando por aquí! ¡Te prometo que no voy a hacer como el Correcaminos con el Coyote!

Que tengas un gran día.

Hora: 22.20.

De Gominolas de Regaliz a London Calling, treinta y nueve años. Su frase: «La era glacial está llegando, el sol está implosionando».

London Calling:

Aquí estamos, en este gran anfiteatro, sin ser luchadores. Tú tal vez buscas, yo tal vez busco. ¿Pero qué? ¿La era glacial que está llegando y el sol que está implosionando? No nos prometamos nada, pero ¿quizá una cena? ¿Una copa de vino? Pequeñas promesas, por ahora...

Hora: 23.03.

De London Calling a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¡Ja, ja, ja! ¡Anda y vete por ahí!

Hora: 22.50.

De Gominolas de Regaliz a León de Ecbatana, treinta y siete años. Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».

Hola. Te escribo porque, al igual que yo, no has subido ninguna fotografía. Tu frase es muy bonita y siento curiosidad por tu nombre. Por eso te envío este mensaje, aunque no seamos compatibles por la edad. Llevo poco tiempo en esta página web y voy un poco a ciegas, así que espero no haber escrito nada inconveniente. Me alegraría mucho que me explicaras qué significa tu nombre. Buenas noches.

Hora: 00.12.

De León de Ecbatana a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Hola, Gominolas de Regaliz. Tú también tienes un nombre muy extraño, tú también has decidido no subir una fotografía y tú también me pareces una persona sincera. Estas son las razones por las que te respondo. La historia del

pseudónimo que he elegido es un poco larga. ¿Estás seguro de que quieres oírla?

Hora: 00.14.

De Gominolas de Regaliz a León de Ecbatana, treinta y siete años. Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».

Sí, estoy seguro, pero si es demasiado tarde también puedes escribírmela mañana.

Hora: 00.22.

De León de Ecbatana a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

No pasa nada, no tengo sueño. En su corta vida, Alejandro Magno tuvo muchos amores, tanto hombres como mujeres, pero la persona a la que más quiso, aquella que solo la muerte le pudo arrebatar, fue Hefestión. Probablemente Hefestión era un par de años mayor que él. Se habían criado juntos en los gimnasios en los que los jóvenes macedonios se ejercitaban en la lucha. Eran amigos desde niños, compañeros de colegio, y su amor nació en la adolescencia, cuando se viven las pasiones más insensatas y verdaderas. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en la mayoría de los casos, su amor fue duradero. Hefestión siguió a Alejandro como lugarteniente en su expedición a Oriente, igual que un nuevo Patroclo junto al nuevo Aquiles. Juntos conquistaron el Imperio persa y ni siquiera los matrimonios de conveniencia que Alejandro se vio obligado a aceptar con varias reinas locales, para consolidar alianzas y asegurarse descendencia, lograron separarlos. Siempre juntos, en la paz y en la guerra, en el gobierno y en la intimidad de su alcoba, hasta que Hefestión enfermó y murió pocos años antes de que falleciese el propio Alejandro, con tan solo veintisiete años.

Hefestión perdió la vida en Ecbatana, hoy Hamadán, una ciudad situada en Irán, en el año 324 a. C. Alejandro permaneció dos días abrazado al cuerpo muerto de su amado amigo y otros dos días en la cama, después de haber ordenado que se ejecutara al médico que no había conseguido curar a Hefestión. Apenas un mes después, aunque marcado por la melancolía, que lo acompañaría ya para siempre, decidió organizar el funeral, el mayor y más costoso de toda la historia. Mandó construir una pira funeraria de sesenta metros de altura, celebrar unos juegos con la participación de tres mil atletas, encargar cientos de retratos de Hefestión en oro y marfil y sacrificar diez mil cabezas de ganado. La estatua de piedra del León de Ecbatana es uno de los muchos monumentos funerarios que hizo levantar Alejandro Magno en honor a Hefestión, pero es el único de todos ellos que se ha conservado. Se trata de una escultura enorme y bellísima, aunque deteriorada por el paso del tiempo. El símbolo de un amor invencible.

Bueno, esta es la historia, espero no haberte aburrido, pero ya te había advertido de que era larga... No me ofenderé si te has quedado dormido sobre el teclado, ¡je, je, je!

Hora: 00.48.

De Gominolas de Regaliz a León de Ecbatana, treinta y siete años. Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».

Pero ¿qué dices? ¡La historia es preciosa y tú la has contado bien, incluso se me ha hecho corta! La verdad es que me da un poco de pena el médico, lo mataron y lo mismo la culpa ni siquiera era suya. A veces hay cosas contra las que ni siquiera la medicina puede hacer nada... En cualquier caso, sabes un

montón de cosas. Ha sido un placer intercambiar estos mensajes contigo. Espero que podamos seguir escribiéndonos.

Hora: 00.54.

De León de Ecbatana a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Por supuesto que podemos seguir escribiéndonos, pero ahora me voy a la cama, porque acabo de ver la hora que es y estoy aterrorizada. Buenas noches, Gominolas de Regaliz (todavía no me has explicado tu pseudónimo, pero si tu historia es tan larga como la mía, quizá es mejor que lo hagas otro día. Por lo demás, ¡también tu frase de presentación necesitaría alguna explicación!). Que duermas bien. ¡Buenas noches!

Hora: 00.58.

De Gominolas de Regaliz a León de Ecbatana, treinta y siete años. Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».

También yo me voy a dormir, estoy molido. ¡Hasta pronto!

Hora: 00.59.

De Alquimista a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Hola, Gominolas de Regaliz. La lucecita verde indica que estás conectado, ¡pero a lo mejor has dejado la web abierta y ya estás frito! Hoy he leído una bonita frase en Facebook y me he acordado de ti. Se la mando esta noche, me he dicho, pero hasta ahora no he vuelto del trabajo (turnos), así que «hoy» se ha convertido ya en «mañana».

La frase es la siguiente: «La naturaleza no tiene prisa, pero todo acaba por realizarse». Es de un sabio chino. Solo ellos tienen esta profunda sencillez. ¿Estás despierto, Gominolas de Regaliz, o ya andas soñando con los angelitos? Si estás despierto, ¿te apetecería chatear un rato? Cuando vuelvo del trabajo siempre me cuesta conciliar el sueño, ¡y a estas horas charlar con un amigo es mucho mejor que ver la tele!

Besitos y buenas noches.

18

Arcadipane tiene la cabeza apoyada en los brazos, y los brazos, cruzados sobre el escritorio.

A las tres estaba todavía en el chat con Alquimista y el resto de la noche la ha pasado mirando fijamente el techo, escuchando los sonidos de Trepet y respirando el olor de amigos y familiares de Germana, seguramente todos ellos ya difuntos, que durante años posaron sus codos en los reposabrazos del sillón, ahora permanentemente abierto para servirle de cama. Estuvo así hasta que, con la primera luz del alba, se levantó, se lavó, se vistió y salió a pasear por el perímetro del barrio de Mirafiori, con la cabeza dividida entre Apostolo, Bramard, Mariangela y la psicoloca de la buhardilla, a la espera de que un bar abriese para tomarse el primer...

Llaman a la puerta.

—Adelante —responde mientras se pasa las manos por las mejillas para disimular las arrugas que le han dejado en ellas las mangas.

Pedrelli entra con su traje desteñido, sus zapatos de gamuza, que no se quitará hasta el mes de junio, y su habitual cabeza en forma de cerilla bien peinada. Descansado, pálido, insalubre y de buen humor, como todas las mañanas a primera hora.

—¿Qué ha pasado, comisario? —Pero de repente, al verle la cara, muestra contrición—. ¿Ha dormido aquí?

—Ocúpate de tus putos asuntos, Pedrelli. ¿Qué pasa?

—Sí, comisario, ayer comprobam...

Suena el móvil que Arcadipane ha arrojado sobre el escritorio, en medio de los demás objetos que constituyen su trabajo, su vida y su consecuente desorden. Mira la pantalla como si su decisión dependiera de ella.

—¿Vuelvo más tarde? —sugiere Pedrelli.

Arcadipane lo detiene levantando una mano, mientras con la otra rechaza la llamada.

—Continuemos —ordena.

Pedrelli saca el cuaderno.

—En el trayecto que hacen los Marangon para llevar a su hija pequeña y a su hijo al colegio —pasa las páginas— hay una sastrería que confecciona trajes a medida, de estilo más bien elegante, y también una tiendecita china que hace arreglos. He ido con Lavezzi a comprobarlo en persona. Me parecía más adecuado que Botta por su...

—¿Vamos al grano?

Pedrelli se cierra como una oruga cuando la tocas. Unos instantes para cerciorarse de que el peligro ha pasado y continúa.

—El dueño de la sastrería, un distinguido señor que ha seguido el oficio de su padre, asegura que ha visto en televisión las grabaciones del metro, así que si la semana antes alguien le hubiese encargado un kimono como ese ya habría llamado a la policía para informar.

—¿Y parece creíble?

—Parece creíble.

—¿Y el chino?

—Dice que nunca antes había visto el kimono, ni siquiera en televisión. No habla bien el italiano, solo ve la televisión china.

—¿Cómo estaba?

—Un poco inquieto, pero yo creo que él se pensaba que estábamos allí para hacer una inspección. En la trastienda tiene a tres o cuatro trabajadores, probablemente irregulares. Ya sabe usted cómo es...

—¿Le has dado un poco de caña?

—Por supuesto, le he cantado las cuarenta.

Arcadipane observa a Pedrelli. El teléfono vuelve a sonar. Esta vez, apenas mira la pantalla. Silencia el móvil y se lo mete en el bolsillo.

—Vamos —ordena.

—Sí —responde Pedrelli—, ¿adónde?

—A la tienda del chino —contesta Arcadipane—. Llevo a Trepet a mear y te espero delante del kiosco.

El tráfico languidece: niños y adolescentes llevan un par de horas en la escuela y sus padres, en el trabajo. Quedan los agentes, los representantes, algún que otro profesional y las mujeres ricas que bajan al centro para hacer compras y superar como buenamente pueden la mañana.

—Tenemos cuatro coches casi nuevos. ¿Por qué coges siempre este Peugeot?

Pedrelli conduce procurando no acercarse a los vehículos que van delante.

—Me siento más cómodo —reconoce.

—Más cómodo.

—No me gustaría en ningún caso que... —explica Pedrelli sin apartar los ojos de la calzada—. Un golpe, una abolladura, un rayado en un lateral. En el fondo, ¡es propiedad del Estado!

Arcadipane lo mira.

—Tenemos seguro, Pedrelli, y para que tú tengas un accidente te tienen que tirar encima un avión.

—¡Je, je! ¡Usted siempre tan bromista!

—Claro, claro. Gira allí, que así llegamos antes.

Están en una zona cercana al centro, no de lujo, pero con unas casas que, en cualquier caso, ellos jamás podrán permitirse. Las plazas de aparcamiento situadas delante del único escaparate se encuentran ocupadas, así que tienen que dejar el coche en una bocacalle.

—Vamos a desmontar los reposacabezas y los metemos en el maletero —ordena Arcadipane mientras se baja del vehículo.

—¿Por qué?

Trepet, acurrucado en el asiento trasero, emite un débil gemido.

—Has dicho que es un bien público, ¿no?

El escaparate de la tienda es pequeño: apenas dos trajes colgados y con alfileres, un cartel que dice ARREGLOS DE ROPA y algunos detalles de los precios: dobladillo, cinco euros; cremalleras, ocho; etcétera.

En cuanto entran, el chino reconoce a Pedrelli y hace una mueca como queriendo decir «¡Otra vez aquí!». Para adelantar, empieza a farfullar que no sabe, que no entiende y demás argumentos típicos. Tiene esa edad que tienen todos los chinos que ya no son niños, pero todavía no presentan un pelo canoso.

Arcadipane apoya las manos sobre el mostrador, cubierto por una tapa de cristal. A la espalda del hombre, una cortina sirve de puerta para una trastienda donde ahora hay menos ruido que cuando entraron. Al otro lado se percibe que algo ha quedado en suspenso.

—Deja el teatro y escucha —le advierte.

Lo entienda o no lo entienda, el chino, en cualquier caso, registra la orden y se calla.

—Te voy a hacer dos preguntas. Antes de responder piensa que dentro de cinco minutos podemos cerrarte la tienda e impedir que vuelvas a abrirla, por lo menos en Turín. Tú te llevas una denuncia y una multa, y esos de ahí atrás, que a lo mejor incluso son parientes tuyos, se tienen que volver a casa. ¿Lo has comprendido?

—Sí.

Suena el móvil en el bolsillo de Arcadipane, que mete en él la mano y, sin extraer el teléfono, lo silencia.

—Enséñale otra vez la foto del kimono.

Pedrelli extrae la imagen de la carpeta de piel de contable de la época del *boom* económico. El chino no necesita mirarla durante mucho tiempo porque ya la ha visto.

—Hace tres semanas —admite—. Lo necesitaba para dos días después, pero yo no sabía...

—Eso lo sé y no te lo he preguntado.

Arcadipane se saca del bolsillo la fotografía que había cogido del cajón de Clara Marangon y la coloca sobre el mostrador, en dirección hacia el hombre.

—¿Cuál?

El chino no duda a la hora de señalar a uno de los dos chicos.

El teléfono suena.

—Recoge los datos —indica Arcadipane a Pedrelli—. Y lo quiero en la central para la declaración.

Una vez en la acera, mira a su alrededor: poca gente. El teléfono sigue sonando en el bolsillo. Se aleja unos pasos del escaparate y responde.

—¿Por qué sigue llamando? Si no contesto es porque no puedo contestar.

—¿Por qué? ¿Está pegándole una paliza a alguien o extorsionando a los negocios de su zona? ¿Cómo va el proceso?

—¿El proceso de qué?

—Es sábado. ¿Ha quedado ya en algo? ¿En una cena, en una copa?

—No.

—¿Y a qué está esperando? ¿A que llegue el lunes? ¿No sabe que las mujeres que están dispuestas a salir los lunes son o bien rencorosas o bien hipocondriacas?

—¡Usted está fatal de la cabeza!

—Yo lo digo por su bien. Con que haya tres citas, para mí es suficiente. Pero pasar dos horas en un local delante de una señora que se dedica a recitar prospectos de medicamentos o que echa espumarajos por la boca es algo que no le deseo ni a usted. Soy su psicóloga, no su madre. Y para que lo sepa, esta llamada la estoy pagando de mi propio bolsillo.

—Usted no es una psicóloga. Además, estoy escribiendo mensajes, estoy en cont...

—Escriba, pero no mucho, por favor. En su caso, cuanto menos diga, mejor. Y no vuelva a llamarme, tengo muchos compromisos, no solo está usted en el mundo. Su esposa debería habérselo enseñado.

La mujer cuelga.

Arcadipane se queda con la oreja pegada al teléfono. Los dientes le rechinan. Después se da cuenta de que Pedrelli ha salido y lo está mirando.

Caminan en silencio hasta el coche. Se suben en él. Trepet bosteza, molesto por todos estos portazos. Pedrelli arranca y hace avanzar al automóvil. Arcadipane engulle una gominola de regaliz.

Giran hacia el gran paseo y pasan por delante del chino, que ya ha echado a medias la persiana. Medio luto. Continúan hasta el semáforo y se introducen en el denso flujo que va hacia el centro.

—Si me lo permite, comisario...

—¿Pedrelli?

—¿Sí, comisario?

—Conduce y no me toques los cojones.

19

A las doce menos diez minutos del mediodía está delante del instituto.

Le da tiempo de sobra a fumarse un cigarrillo y a ver que empieza a llover y luego escampa un par de veces antes de que el sonido de la campana atraviese las ventanas cerradas.

Clara es una de las primeras en salir; besa en las mejillas a un par de compañeras y pasa, muy observada, entre los grupitos que se han formado de repente sobre la acera. Viste una bonita gabardina, una prenda que seguramente procede de Inglaterra. Falda plisada hasta las rodillas y botines. Arcadipane, apoyado en la verja del instituto, la contempla mientras se acerca a él. Está leyendo algo en su móvil y responde con dos pulgares, la cabeza inclinada y una media sonrisa.

—¡Clara!

Ella levanta la mirada y observa a su alrededor hasta que lo distingue entre las mamás con cochecitos. Seguro que se ha dado cuenta de que le ha desaparecido una fotografía del cajón.

—Buenos días —saluda en un tono un tanto formal.

—Imagino que ya sabes por qué estoy aquí.

Ella se gira hacia el instituto mientras se ajusta el único tirante de la mochila que se ha colgado a la espalda.

—¿Qué le van a hacer? —pregunta.

—No lo sé —reconoce Arcadipane con una buena dosis de sinceridad—. ¿Cuándo te lo contó?

—Antes de ayer.

—Y dejaste a Apostolo, así veíamos que ni tú tenías dudas.

Clara, que en otro momento habría sonreído al escuchar aquel discurso tan poco elaborado, continúa mirando con ojos brillantes a los compañeros que están delante de la puerta. Casi todos de buena familia, bien vestidos y privilegiados como ella, pero ninguno tiene en este instante su belleza de joven mujer que ha hecho lo único que le parecía sensato y necesario, por muy odioso, doloroso e injusto que sea.

—Vamos —indica Arcadipane—. A las dos y media sale de la piscina. Es mejor que tú también estés presente cuando él llegue.

A las doce horas y diecisiete minutos Sabrina y Federico Marangon entran en la central. Arcadipane y Pedrelli los conducen a la sala de abajo, la que está menos vacía, y a las doce y veinte empiezan a hablar. Mientras tanto, Clara espera con Lavezzi en la habitación situada al fondo del pasillo.

Durante los primeros minutos, los padres pasan de sonreír ante el equívoco a enfadarse y, por último, a esgrimir las razones por las que todo eso es imposible, tratando de mantenerse en todo momento tranquilos y lúcidos.

—La suya no es una forma grave, de acuerdo, pero es que ni aunque quisiera... Nunca sale solo... No entraría dentro de sus posibilidades... Si ustedes supieran qué significa... Entenderían lo absurdo que es eso que...

Arcadipane y Pedrelli los escuchan con seriedad y cortesía, fingiendo interés, pero de vez en cuando se miran para decirse «vaya tela, cómo se enrollan». Es como cuando tienes que llenar una botella: el aire no se ve, no se toca, pero mientras esté ahí, el agua no podrá entrar. Esperar a que salga es la parte más lenta y tediosa del trabajo, aunque también hay que decir que resulta difícil determinar dónde está la parte bonita. De ahí que este sea un oficio de mierda.

A las doce horas y cuarenta y cinco minutos, los Marangon están más cansados que carentes de argumentos, y se callan. Arcadipane pide que les traigan café, pero la mujer responde que prefiere no tomarlo porque ya se siente «bastante nerviosa». En realidad, la palabra que habría querido pronunciar es *cabreada*, pero luce un bronceado natural que ha conseguido moviéndose ecológicamente en bicicleta, ¡y no aplicándose crema solar en una playa repleta de gente que suda y escucha el transistor! Mientras los dos recobran el aliento, Arcadipane les explica que, con toda probabilidad, Alessandro tenía la costumbre de escuchar las conversaciones entre Clara y Apostolo a través de la pared. Que los oyó hablar de la apuesta. Que enseñó en una sastrería china la foto del kimono de Apostolo y encargó un traje igual. Que se hizo con una máscara y con todo lo demás. Que excavó un agujero bajo la valla o bien amplió el agujero que ya había excavado el perro. Que, en la noche pactada entre Clara y Apostolo, bajó al jardín sujetándose al marco de sostén de los rosales. Que pasó

bajo la valla a través del agujero que más tarde, aquella misma madrugada, el perro emplearía para escapar. Que llegó a pie a la parada de metro en la que hizo aquello que hasta ahora todos han atribuido a Apostolo, lo cual era justo lo que Alessandro quería. Que, finalmente, entró del mismo modo que había salido, sin que nadie lo oyera.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¡Él adora a Luca!

—Sí, pero también Clara lo adora. Y Alessandro sabía que, una vez inculpado, Apostolo se alejaría de su hermana.

Los Marangon sueltan su última gota de aire: «Tienen ustedes que hablar con sus profesores, con las personas de referencia del centro que se encargan de su seguimiento. Él no tiene capacidad para hacer lo que ustedes sostienen que hizo». Sin embargo, su forma de negar con la cabeza ha perdido vigor. La indignación ante lo absurdo de la situación ha dado paso a otra cosa. Ya casi estamos. Solo quedan unas cuantas burbujas. Ha llegado el momento.

—Acompáñennos —les pide Arcadipane.

A las trece horas y veinticuatro minutos los conduce por el pasillo hasta la sala de vídeo. Unos pocos pasos que a los Marangon deben de parecerles eternos. El tiempo está cayendo gota a gota. Los silencios se les empiezan a hacer insoportables. Arcadipane y Pedrelli lo saben y lo aprovechan.

En la pequeña sala, Franco ya ha preparado las grabaciones: las cámaras exteriores de vigilancia de un banco muestran a Alessandro en una acera situada a cincuenta metros del establecimiento chino. Después llegan las de los grandes almacenes en los que compró las botas y la máscara. De nuevo, la del banco el día en que volvió para recoger el kimono. Por último, el vídeo de otro banco que, en la noche de la paliza, lo capta cuando vuelve caminando a toda prisa por la zona de la Crocetta, a las veintitrés horas y veinticuatro minutos.

—Además, se lo ha confesado a Clara —concluye Arcadipane a las trece horas y treinta y tres minutos. ¡Fuera la última burbuja!

—Pero ¿qué está diciendo?

—Estoy diciendo que hace dos días se lo confesó a Clara.

—Eso es imposible, Clara nos lo habría dicho.

—Está allí. Hablen con ella.

Los Marangon entran en la habitación en la que Clara lleva esperando más de una hora, tal vez leyendo las manchas de la pared o

mirándose los zapatos, dado que le han retirado el móvil y que Lavezzi, encargado de acompañarla, no es precisamente conocido por sus dotes para la conversación.

Arcadipane y Pedrelli los dejan solos: que hagan un poco de trabajo en familia.

Mientras esperan, Arcadipane envía a Lavezzi a comprarle un bocadillo de tortilla en el bar, mientras que Pedrelli abre su fiambrera con arroz blanco y empieza a comer con la espalda apoyada en la pared del pasillo. Bocados pequeños, masticación extrema.

A las catorce horas y pocos minutos, los tres salen de la habitación. Es evidente que la mujer ha llorado, que Clara ha llorado y que Federico Marangon se ha contenido, pero en cuanto esté solo también llorará.

Arcadipane se traga deprisa su último trozo de pan y tortilla.

—¿Han hablado entre ustedes? —Una gilipollez de pregunta, pero cuando un coche está yendo cuesta abajo no es necesario empujarlo. De hecho, los tres asienten, con contrición.

—Si no les importa —empieza el padre—, me gustaría recogerlo yo mismo de la piscina.

—Para él sería traumático —añade la mujer— descubrir que hay unas personas desconocidas que lo están esperando.

Arcadipane estudia al hombre, tratando de determinar si presenta algún recodo de valor o de locura que no pueda leerse a primera vista. Sabe que Pedrelli está recitando para sí el salmo del «no, no, no, según el reglamento...».

—Está bien —responde Arcadipane—. Pero uno de nuestros agentes lo acompañará. Durante el trayecto, ni una sola palabra al chico. Pedrelli, llama a Lavezzi y explícale lo que pasa.

—Claro que sí, comisario —accede Pedrelli, convencido solo a medias.

Federico Marangon le da las gracias con un gesto y consulta la hora.

—Me voy ya, está a punto de salir.

A las catorce horas y once minutos, Federico Marangon y Lavezzi salen de la habitación rumbo al Tiguan del primero, aparcado junto a una señal de prohibido aparcar situada delante de la central. Clara parece muy cansada. Arcadipane les pregunta a ella y a su madre si quieren sentarse.

—No lo entiendo —reconoce la mujer mientras acaricia la cabeza de su hija—. Alessandro adora a Luca.

El Arcadipane rudo de otros tiempos le habría respondido que puede que lo adore, pero que, de todas formas, no le gusta oír cómo se folla a su hermana al otro lado de su ligera pared de madera. Probablemente, si Clara se hubiese buscado un novio con una casa lo bastante grande, una habitación propia y una cama para él solo, las cosas habrían sido muy diferentes. Y, en lugar de eso, Apostolo: un piso de dos habitaciones, un sofá en el salón, la madre siempre en casa. Era inevitable, solo podía jugar en el campo rival, en casa de los Marangon, en la habitación cuya puerta puede cerrarse, con esos padres tan progresistas que consideran que una chica de diecisiete años tiene derecho a una vida sexual y que mejor en casa que vaya uno a saber dónde.

Sin embargo, el Arcadipane de ahora permanece callado y casi se viene abajo cuando oye a Clara decir: «No lo sé, mamá, a lo mejor nos lo explica él».

A las tres en punto, Alessandro Marangon, Federico Marangon y Lavezzi entran en la central. En el coche, el chico se ha comido un bocadillo de jamón y mayonesa comprado en el bar de la piscina, como hace siempre tras el entrenamiento. La madre lo abraza, le acaricia la cara, llora, pero trata de no perder la compostura. El chico no la mira. Está serio, distante. Lo ha entendido. Arcadipane espera que la sombra de una sonrisa que le ha parecido adivinar en sus labios sea un equívoco.

—Avisa al juez instructor —le recuerda en voz baja a Pedrelli antes de entrar en la sala con el chico.

Son las tres y todo parece resuelto, pero ya se sabe que este es un oficio de mierda.

El joven no habla.

Es difícil determinar si es por la enfermedad o por estar entre desconocidos. Sea por lo que sea, ni una palabra. Se dirigen a él primero con calma, después con menos calma. Ni una reacción. Prueban invitando a entrar a su hermana, vuelven a empezar desde el principio, y Alessandro sigue serio, tranquilo. Y mudo. Lo único que parece interesarle es el reloj de pared.

Cambian de entorno, se trasladan al despacho de Arcadipane, donde no hay ningún reloj y el chico no puede distraerse. Hacen

entrar a los padres y salir a la hermana. Vuelven a empezar. Peor que antes. Ahora, toda la familia. Arcadipane expone desde el principio la sucesión de hechos; los padres le piden a Alessandro que haga aunque sea solo un gesto con la cabeza. Nada. La madre observa que ya han pasado horas y que seguro que el chico necesita ir al baño. Lavezzi lo acompaña. Una vez solos, ninguno de ellos sabe qué decir, todos están agotados, pero el mutismo del chico ha insuflado un poco de esperanza a los padres, un poco de aire ha vuelto a entrar en la botella: ¿y si se ha inventado esa historia para llamar la atención de la hermana? ¿O la suya? ¿O hay algún detalle oculto? ¿Alguien que lo haya amenazado o atemorizado?

Alessandro vuelve con Lavezzi y no tiene pinta de ser un chico atemorizado. Toma asiento y, una hora más tarde, sigue siendo el más tranquilo allí dentro. Son casi las seis. Arcadipane se da cuenta de que Alessandro no le quita el ojo al reloj que Pedrelli lleva en la muñeca, bien visible con su esfera blanca y sus agujas negras. Esta vez, sin embargo, no cambia las cartas de la partida. Simplemente, hace salir a los padres y a la hermana. Y espera. Sucederá algo, lo sabe, y no puede evitarlo. Lo único que puede hacer es observar bien qué y cómo sucede. Y tratar de deducir algo de ello.

Las dieciocho horas menos cinco minutos. Todos beben un vaso de agua porque es evidente que ahora hay que aguardar y punto. Las campanas de la iglesia de Santo Tomás dan el primer toque de las dieciocho horas, porque en ese templo hay misa de tarde. Alessandro mira la muñeca de Pedrelli, espera al último toque, pasan seis segundos y después asiente y empieza a hablar.

Lo hace bastante bien, de una manera sorprendentemente prolija si se tiene en cuenta que es una persona que necesita a su madre para ponerse una chaqueta. Tanto es así que lo graban todo y, al mismo tiempo, escriben su confesión en el ordenador, palabra por palabra.

A las veinte horas y treinta y dos minutos, hace ya más de una hora que han puesto a Alessandro en manos de quien corresponde. Pedrelli entra en el despacho de Arcadipane y deja sobre el escritorio una carpeta con copia en limpio de todo. Arcadipane se lo agradece con un gesto, deja caer la espalda sobre el respaldo y se fuma ese cigarrillo que ha estado deseando fumarse durante todo el día. En cuanto se lo termina, recibe una llamada de teléfono de Pedrelli: el juez instructor quiere hablar con él. Una conversación de veinte

minutos en la que le comunica varias decisiones adoptadas sobre la custodia de Alessandro, sobre Clara y sobre Apostolo, decisiones con las que Arcadipane está de acuerdo, aunque le alegra que no le haya tocado a él tomarlas.

Ahora necesita recobrar el aliento y disponer de una noche para consultar con la almohada.

Mañana debe mirar con lupa esos seis putos segundos que han transcurrido entre el toque de campana de Santo Tomás y las primeras palabras de Alessandro Marangon. Seis segundos que desmenuzar. Descomponer. Masticar.

En definitiva, le espera un domingo atroz.

20

Hora: 21.30.

De Gominolas de Regaliz a PequeñaZanahoria46, cuarenta y seis años. Su frase: «Cultiva tu jardín».

Hola, PequeñaZanahoria46:

Aquí estamos, en este gran anfiteatro, sin ser luchadores. Tú tal vez buscas, yo tal vez busco. ¿Pero qué? ¿Una pequeña zanahoria, como escribes? No nos prometamos nada, pero ¿quizá una cena? Yo estoy libre el martes o el miércoles. ¡Ya me dirás si te viene bien!

Hora: 22.36.

De PequeñaZanahoria46 a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¿Pero qué te crees? No hemos intercambiado ni dos palabras, ¿y pretendes que cene contigo? Si tienes un calentón, date una ducha de agua fría y pide una pizza. ¡Y pon una foto tuya, si tienes huevos!

Hora: 21.34.

De Gominolas de Regaliz a Eslizón, cuarenta y tres años. Su frase: «Sin perder la ternura».

Hola, Eslizón:

¿Te apetecería que quedáramos para una cena? Yo estoy libre el lunes, el martes y el miércoles. Espero tus noticias.

Hora: 21.42.

De Eslizón a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¡Hola, Gominolas de Regaliz! ¡Hay que ver, has cogido carrerilla! Tanto ímpetu..., ¿se llevará o no se llevará un premio? Déjame pensar... ¡Por qué no! Sí a la cena. Pero yo elijo el sitio, porque tengo ciertos requisitos... En cuanto al día, mejor el martes, porque los lunes tengo grupo y los miércoles, yoga. ¿Me mandas por lo menos una foto a través del chat, simplemente para saber cómo es tu cara? Te prometo que, aunque seas Quasimodo, la cena ya está fijada y no se toca.

Hora: 21.48.

De Gominolas de Regaliz a Alquimista, cuarenta y tres años. Su frase: «Quien quiera ver el arcoíris tiene que aprender a amar la lluvia».

Hola, Alquimista:

¿Te apetecería que quedáramos para una cena? Yo estoy libre el lunes y el miércoles. Espero tus noticias.

Hora: 21.55.

De Alquimista a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Gominolas de Regaliz, siempre es emocionante recibir una invitación

para cenar. Después de nuestras últimas charlas hasta la madrugada, he de decir que en cierto modo me lo esperaba, pero viendo el silencio de ayer... Quién sabe, me dije... He sufrido una pequeña desilusión. Corazoncito roto... Pero ahora llega tu mensaje. La vida siempre reserva sorpresas a quien mantiene su corazón abierto. Te dejo elegir el lugar, me fío de ti. En cuanto al día, me viene bien el lunes, ¡el miércoles me toca turno de trabajo! Espero tus noticias y una dirección en la que nuestras palabras se conviertan en rostros, tal vez rostros un tanto ruborizados... Besitos y buenas noches.

Hora: 22.02.

De Eslizón a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Fe de erratas, Gominolas de Regaliz: la reunión de mi grupo ha pasado al martes porque el lunes van a cerrar el centro para desinfectarlo. Lo harán por la mañana, pero parece que hay que esperar una noche entera para poder entrar en el local. Vaya una a saber por qué estas reglas se aplican únicamente a los centros sociales y culturales. ¡Me encantaría averiguar si también se desinfectan los cuarteles o los restaurantes de comida rápida y cómo se hace! En fin, veámonos el lunes, que era otro de los días que proponías. Y gracias por la foto: ¡qué valiente mandarme una en la que apareces cocinando una salsa de tomate en el campo! Pero ¿todavía existen esas ollas? ¿De dónde sales? ¿De una película de Lina Wertmüller? Valoro tu osadía iconográfica. Nos vemos mañana a las 20.30 en el Pomorosato, en la calle Baltea, 18.

Hora: 22.11.

De Gominolas de Regaliz a Alquimista, cuarenta y tres años. Su frase: «Quien quiera ver el arcoíris tiene que aprender a amar la lluvia».

Hola, Alquimista:

Me ha surgido un contratiempo para el lunes por la tarde, cosas del trabajo. Pero me he liberado el martes. ¿Podemos vernos el martes? Gracias.

Hora: 22.18.

De Alquimista a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¡Ay, Gominolas de Regaliz! Cuando he leído «contratiempo» me ha dado un vuelco el corazón... ¡A ver si la cena se cancela, he pensado! Así que leer que simplemente se atrasa un día... Mejor, así tendremos más tiempo para esperar y desear. La paciencia es la virtud de los fuertes y la espera pertenece a los virtuosos.

Besitos y buenas noches.

Arcadipane, exhausto, deja caer la espalda sobre el respaldo de la silla que le sirve de asiento y de perchero. El resto de la ropa está guardada en la maleta o en cajas de cartón que todavía no ha abierto: una para las camisas, otra para los pantalones, y los calzoncillos y los calcetines, en dos cajas de zapatos. ¿Y los zapatos que había antes en ellas? Unos eran unos botines de piel de los años ochenta que compró para una boda. Los eligió junto con Mariangela en la tienda de uno de los últimos artesanos que los confeccionaban a mano: «Es una piel

magnífica, ya verá que el pie puede estar dentro veinticuatro horas y, cuando lo saque, le sonreirá». Sin embargo, la boda fue un martirio y cuando intentó utilizarlos en el trabajo..., a las diez de la mañana ya estaba mandando a todo el mundo a tomar viento fresco. «¡A lo mejor puedes llevarlos a la tienda para que los golpeen un poco y los ablanden! —le propuso Mariangela—. ¡Con lo que cuestan sería un pecado tirarlos!» Así pues, cogió sus botines y volvió al establecimiento del artesano, donde encontró un bonito cartel: «Cerrado hasta fecha indefinida por problemas de salud». No fue hasta un mes más tarde cuando supo, gracias a su trabajo, que habían pillado al artesano en un parque mientras intentaba convencer a un niño para que le dejara trazar la silueta de su piececito en un folio color azul grisáceo. No se le procesó, aunque en su trastienda se encontró un centenar de aquellas hojas con dibujos de pequeños pies. No se consideró que se tratase de material de pornografía infantil, pero un año después el artesano murió tras recibir una paliza por parte de unos desconocidos. Nadie consiguió nunca averiguar si fue por los asuntos ya investigados o por otros. Así pues, los botines se quedaron intactos en la caja hasta la mudanza, cuando al fin los tiró y cedieron su lugar a los calzoncillos. La otra caja, en cambio, sería probablemente la de las pantuflas de lana cocida que los niños... Pero ahora están los calcetines... ¿Dónde habrán terminado esas pantuflas?

21

Lleva despierto desde las seis, pero no se cuela en el comedor hasta las ocho y media, cuando tiene la certeza de que Germana está en plena misa. La pequeña cafetera italiana está en la placa de gas. La enciende y, mientras se hace el café, come uno de los dos biscotes que la mujer le deja en la cesta, junto a la mermelada en porciones individuales («¡para qué voy a comprar un tarro grande, si solo la come usted y al final se estropea!») y al trocito de margarina en forma de rizo al fondo de la taza de cristal con asa metálica (la mantequilla antes del mediodía le sienta mal).

Se toma el segundo biscote, alternándolo con el café, y después derrama la mermelada y la margarina en el fregadero, deja el envase sobre la mesa y ensucia un poco la servilleta, ¡no vaya a ser que cuando vea que no se las ha comido venga a llamar a su puerta para preguntarle si está indispuesto!

Cuando se encierra en su habitación son las nueve menos diez. Tiene todo el día por delante para pensar en Alessandro Marangon, en su mirada durante aquellos seis toques de campana. Para desmontarla y extraerle el jugo. Seis segundos frente a un día entero. Muy bien.

Germana regresa hacia las diez menos cuarto, se quita los zapatos en el pasillo, suelta el bolso y durante media hora trastea en la cocina con algunos utensilios que ha ganado en la tómbola de los domingos en beneficio de los necesitados de cualquier rincón del mundo. Arcadipane abre la ventana y fuma, tratando de recuperar el hilo de sus pensamientos: ¿Por qué las seis? ¿Una manía? ¿Algo típico de raritos como él? ¿Por qué aquellas comisuras de los labios ligeramente levantadas? Satisfacción: eso era lo que expresaban aquella boca y aquellos ojos. Pero ¿por qué? Muchas preguntas, ninguna respuesta y la piedra escondida en el estómago sigue ahí. Y otra gominola más.

Hacia la hora del almuerzo alguien llama a la puerta. Se sobresalta, porque los nudillos de una vieja contra un panel de aglomerado suenan como las trompetas del juicio final, pero también

porque está fumando en el dormitorio y no tiene ninguna buena excusa para permanecer encerrado en él un domingo.

—¿Señor Vincenzo?

—¿Eh?

—No me ha dicho usted nada, ¿quiere comer algo?

—No, gracias.

—¡Mire que he hecho ñoquis! He encontrado un prensapatatas que es como...

—Gracias, pero tengo trabajo.

—No estará usted indispuesto, ¿no? Porque si es así, una infusión calentita de salvia...

—Estoy bien, es solo que tengo que escribir unos informes. Cómase usted los ñoquis.

Silencio. Los pasos que se alejan. «Pues los había hecho expresamente...» El último clavo dispuesto en la cruz. Después, apagándose poco a poco: «¿Se podrán congelar? Patata nueva, directa a la sartén, patata vieja...».

Arcadipane hace una pausa de media hora, trata de dormir, pero no pega ojo. Fuera hace sol, corre un fresco viento. Es una lástima que no pueda salir, pero el tiempo de atarse los cordones de los zapatos en el pasillo sería fatal: Germana que llega mientras aún está agachado, Germana que le pregunta por el vecino del primero, el forajido del salmón. Sin embargo, le sentaría bien tomar un poco el aire, en vista de que los seis segundos están empezando a ganar al día, que ya es solo medio día. Piensa en Bramard. ¿Qué son ahora para él los medios días? Cuando uno está así, ¿se alargan? ¿Se acortan? En cualquier caso, la verdadera pregunta es: ¿por qué se quiebra la cabeza con este asunto? El caso está cerrado; el puzle, completo; el culpable ha confesado. ¿Por qué tira a la basura el domingo cuando podría ir a ver jugar a Giovanni o dar una vuelta con Loredana? Tal vez la pieza que sobra aquí es de otro puzle y ha terminado por error en esta caja. ¿Por qué no coge esa pieza aparentemente de más y la tira al cubo de la basura? ¿Quién se daría cuenta, aparte de él?

Del exterior llega un ruido. Arcadipane se acerca a la ventana. Un grupo de filipinos se ha reunido delante de su iglesia, que es cristiana, pero con algunas diferencias que él nunca ha conseguido entender. Lo que sí sabe es que quedan en ella todos los fines de semana: celebraciones, bodas, jornadas de confesión, a veces incluso

procesiones acompañadas de alguna banda de música. Le recuerda a cuando bajaba al sur para asistir a alguna confirmación o alguna boda de familiares cercanos: los adultos, de punta en blanco; los niños, ataviados como Elvis; las niñas, infladas de encajes y peinadas con gelatina. Ejercicios de embalsamamiento. Y muchas, muchas fotos. Los filipinos son un poco de ese estilo, pero más comedidos, modestos, sinceros. Lanzan flores y confeti, crean comunidad. Incluso parecen quererse. En parte también porque, si no se quieren ellos...

Mientras los observa, gira la cabeza y se topa con Germana, que, asomada a la ventana de la pequeña cocina, no mira a los filipinos, sino a él. Arcadipane hace retroceder imperceptiblemente el cigarrillo.

—Estaba tomando un poco el aire —explica.

—A su edad, debería salir los domingos, ir a tomar un helado. A ver un partido de fútbol.

—No tengo esa pasión.

—Bueno, señor Vincenzo, es que para usted la única pasión es el trabajo. Taddeo también era así. En cuanto se subía al autocar estaba contento. Si no le tocaba hacer turno el domingo, conducía un autobús para una empresa privada que organizaba excursiones de un día al santuario de Oropa. Yo le decía: «Pero vamos a ver, Taddeo, ¿para qué te metes en esas cosas? ¿Es que no tienes bastante con tu trabajo? ¡Que si te paran por la carretera te vas a buscar un problema!». Y él, nada, ni fútbol, ni cartas ni petanca. Con que le diesen algo que conducir, tenía suficiente. Trabajo, trabajo, trabajo. ¿Y qué sacó de aquello? Cuarenta y siete años... Podría haber disfrutado más, me digo a veces...

—Bueno, así son las cosas... Ahora me voy, todavía tengo que hacer un par de tareas...

—¿Quizá ha conseguido usted...? Ese del primer piso que tiene las manos tan largas...

Sale, porque ya no hay quien remedie la situación, y da un paseo por el barrio. Las pocas personas que están en la calle, aunque vayan bien vestidas y tengan buenas intenciones, se dan cuenta enseguida de que no hay una mierda que hacer. Buscan un bar, pero los únicos abiertos son los que tienen dueños antipáticos. Al final, aceptan su destino y toman un café mal servido y un helado industrial. Los que tienen hijos pequeños ponen rumbo al parque, que pronto se convierte en una nube de polvo, mientras el sol va calentando los excrementos

semanales de los perros, hasta que esas dos horas se transforman en un suplicio durante el cual alimentan la esperanza de que el niño se haga daño, no mucho, solo el estrictamente necesario para necesitar justo esa tirita que no llevan consigo, ¡por lo que habrá que volver a casa!

Arcadipane camina en medio de todo esto acompañado por un perro de tres patas, nada bonito y que se mantiene a distancia. Ya ha pasado la puesta de sol, y una puesta de sol a las seis y media de la tarde, en un barrio popular, es algo contra lo que ni un ejército de chicos de catorce años agarrados de la mano puede hacer nada.

De vuelta en casa, evita la cocina, donde Germana está trajinando, y se atrinchera en su dormitorio para hacer frente a la evidencia: el día ha pasado y no ha llegado a ninguna conclusión. Ni una idea, ni una pista que seguir, ni una oscilación; los seis segundos han ganado contra el día entero. Y lo peor es que lo único que puede hacer ahora es precisamente lo que había puesto al final de la lista, con una anotación al margen: «Ni muerto». Ahora sabe que lo hará. Pero mañana. Lo único que está en su mano en estos momentos es avanzar un poco con sus deberes... Solo tiene tres días y todavía le falta una cita.

Abre el ordenador y entra en la web. Ninguna respuesta nueva. Se da una vuelta por los perfiles. Le despierta curiosidad RosaParks, cuarenta y dos años. Su frase: «Si de verdad quieres sentarte, pídelo por favor». Busca en internet «RosaParks», comprende la frase, le escribe proponiéndole una cena para el miércoles, así, en plan sencillo-sencillo, y después vuelve a navegar por la página. La mayoría de los usuarios están desconectados. De repente, ve el circulito verde junto al nombre sin fotografía de León de Ecbatana. Por qué no. Unas palabras, sin compromiso...

Hora: 19.07.

De Gominolas de Regaliz a León de Ecbatana, treinta y siete años. Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».

¡Hola! Veo que estás en el chat y te escribo para charlar un rato. Todo el mundo siempre tiene algo que hacer los domingos, pero yo, cuando no trabajo, me aburro. El fútbol no me interesa y no soy el típico deportista que sale a correr o a montar en bicicleta. Pero tal vez lo que pasa es que echo de menos a mi familia. No te lo he dicho todavía, pero estoy divorciado. En realidad, separado. ¿Cómo te ha ido el día?

Hora: 19.26.

De León de Ecbatana a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Hola, Gominolas de Regaliz. Siento que te aburras y también siento lo de tu separación. Yo he ido al cine y después he aprovechado para leer. De todas formas, es un hecho que los domingos por la noche son tristes para todo el mundo. Saudade... De hecho, estoy escuchando ahora mismo música brasileña, y no precisamente alegre. ¿Tú qué has hecho hoy?

Hora: 19.35.

De Gominolas de Regaliz a León de Ecbatana, treinta y siete años. Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».

Nada de lo que había planeado. Encima, hasta me he olvidado de almorzar. Solo he salido a dar una vuelta con el perro, por aquí, por el barrio, y ni siquiera él estaba alegre. Me refiero al perro.

Hora: 19.38.

De León de Ecbatana a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

¡Qué bueno! ¡Tienes un perro! A mí me encantaría tener uno solo mío, pero me sería imposible, tengo muchas cosas que hacer. De todas formas, entiendo cómo te sientes después de la separación. Mis padres están separados. Aun así, tengo que reconocer —te parecerá que soy una persona sin corazón— que, más que una familia unida, lo que de verdad echo de menos es a mi perro. Mi madre se lo dejó a mi padre porque era el que corría más riesgo de quedarse solo. Por suerte, de vez en cuando mi padre me lo trae para que pase unos días conmigo cuando él tiene que trabajar durante toda la noche. Es un perro muy extraño y solo tiene tres patas, ¡pobrecillo! Tal vez por eso se llama...

Arcadipane hace clic en «Salir» y se levanta de un brinco. Camina hasta la puerta, rodea los tres lados de la cama, vuelve al ordenador, lo apaga del todo. Se enciende un cigarrillo, pero se da cuenta de que ya tiene en la boca tres gominolas de regaliz. Aun así, se obliga a fumarlo para evitar tomar decisiones precipitadas, pero cuando apenas le quedan dos caladas para acabárselo se saca el móvil del bolsillo de la chaqueta y marca el número de Mariangela. El teléfono suena, suena, suena. Nadie responde.

Le llega un mensaje: «Estoy en una exposición y después tengo previsto ir al cine. Te llamo mañana, cuando termine en el instituto. Buenas noches».

Arcadipane deja caer el teléfono sobre la cama y se acerca a la ventana. El patio de la iglesia filipina está cubierto de confeti, serpentinas y flores de papel, que los niños han pisado jugando. Un cartel ni grande ni pequeño fijado en la verja recuerda que «todas las cosas están dispuestas para el bien».

22

Por un breve instante se llenó de júbilo, ya que, por vez primera, el culpable sustituía al inocente en la cruz. Tomó el brazo derecho, que había demostrado carecer de perseverancia, y dividió la decimotercera línea que había trazado en él con un nuevo signo para formar una cruz.

Después, mientras la sangre aún corría, las dudas lo invadieron.

¿Quién era aquel hombre que venía en su ayuda? ¿El caballero que lo conduciría al artífice y a su redención? ¿O tal vez otra indigna pieza del propio diseño? ¿Y si el culpable que estaba ahora en la cruz no era más que un nuevo inocente? No era la primera vez que el artífice había demostrado su habilidad con los espejos.

Así pensaba Él mientras, poco a poco, la sangre se iba secando, igual que su júbilo.

23

—¡Vincenzo! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡No pensaba que fuese urgente!

—¡Pues lo es!

—¡Podrías habérmelo escrito anoche! ¡Te habría llamado!

—Sí, claro... ¡Pero si estabas en una exposición y después tenías previsto ir al cine!

—Lo habría cancelado. ¿Qué pasa, Vincenzo? Estás pálido. ¿Te encuentras bien?

—¡Estaba estupendamente hasta que descubrí a qué se dedica tu hija! ¡Los sitios que frecuenta!

—¿Qué sitios?

Arcadipane le cuenta lo de duecon.com, lo de León de Ebana («será de Ecbatana», lo corrige ella, ¡la profesora!), y le explica qué tipo de web es. Todo menos cómo él..., en fin, esa no es la cuestión...

Mariangela escucha mientras acaricia a Trepet, que se le ha acercado y acepta aquellos mimos en su horrible hocico con gran placer. Alrededor de ellos hay algunos estudiantes, los más empollones, porque Mariangela siempre llega al instituto veinticinco minutos antes de que suene la campana, para tener tiempo de reorganizar sus ideas, preparar los libros, reservar la sala de vídeo, estar en clase cuando los alumnos entren. Por eso la saludan con sorpresa al comprobar que aún se encuentra en el aparcamiento, peleándose con aquel tipo agitado.

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer? —pregunta Arcadipane, agotado cuando aún no son ni las ocho de la mañana. ¡Con todo lo que le espera después!

Mariangela coloca la habitual amortiguación de silencio que le permite ser la persona tranquila y sensata que es.

—¿Tú en qué habías pensado? —le pregunta mientras se levanta después de darle una última palmadita a Trepet.

—¿Que en qué había pensado? Te acabo de decir que tu hija de

veintidós años suele visitar una web de citas en la que hay hombres de todas las edades. Hombres que, mira tú por dónde, le escriben porque en su perfil ella ha puesto que tiene treinta y siete años.

Mariangela se ajusta en el hombro el bolso que utiliza para el instituto. Ha jubilado el de piel. Ahora tiene uno del museo Mart de Trento y Rovereto, que Arcadipane no sabe lo que es, pero sí sabe que le encantaría meterle fuego. Lo que no cambia son los libros adecuados en su interior, los compartimentos pequeños para la tarjeta de identificación y la tarjeta de la fotocopiadora, el del centro para la pequeña agenda, los largos para los bolígrafos, y hasta un microbolsillito que, fíjate, parece hecho aposta para la ficha de la máquina expendedora de aperitivos.

—Me parece que estás exagerando, Vincenzo. Loredana es una chica responsable y con la cabeza bien amueblada. Tiene derecho a frecuentar los lugares y las personas que considere convenientes.

—Que considere convenientes.

—Eso es. Lo cual no significa que hayamos concluido nuestro deber de prestarle atención. En definitiva, has hecho bien en decírmelo. No conozco la web ni el tono de los mensajes en este tipo de páginas. Seguro que tú sabes más de esto que yo, y lo digo sin ironía. Eres un hombre adulto, sin compromisos, libre de buscar tus relaciones donde te parezca, aunque espero que siempre respetando a las personas con las que contactes. Pero ese derecho también tienes que reconocérselo a Loredana. Ella es igualmente adulta. Tiene veintidós años.

—¡Justo por eso! A los veintidós años debería salir con sus compañeros de la universidad. En ese gimnasio al que va habrá algún tío cachas y sin cerebro que les guste a todas, ¿no? Y si no lo hay, ¡que se cambie de gimnasio! ¿Qué hace en un sitio de viejos asquerosos?

—Me estás poniendo en bandeja hacer un chiste que en realidad no quiero hacer.

—¿Qué quieres decir? ¿Que soy un viejo verde? ¡Eres tú quien me mandó a ver a esa loca! ¡Yo no quería ir!

—¡Entonces lo haces como terapia!

—Tú misma dijiste que tenía métodos poco... —No le sale la palabra.

—Ortodoxos.

—Además, no estamos hablando de mí... Nuestra hija está

haciendo una gilipollez. ¡Eso es lo que he venido a decirte!

—Y has hecho bien. Es algo en lo que debemos profundizar. No tanto por la web, sino por el tema de los treinta y siete años. Eso no quita que también tú tendrías que hablar con ella. Ella ya no mantiene una relación con nosotros como «padres». Para Loredana somos dos personas, sobre todo desde que nos hemos separado.

—¿Que también yo tendría que hablar con ella?

—También tú. Eso es.

—¿Para decirle qué?

—Lo que te preocupa. Y después la escucharás. Ahora tengo que irme. Gracias por haberte comunicado conmigo, estoy segura de que con el tiempo cada vez lo haremos mejor. —Le da un beso en la mejilla y lo deja allí: un hombre de cincuenta y cinco años con una chaqueta demasiado gruesa hasta para las ocho de la mañana de un mes de marzo, parado en el aparcamiento de un instituto donde no tiene hijos a los que acompañar, con un perro que se mantiene a distancia y una exmujer que se dirige a la entrada del edificio con el paso ligero de las personas que saben expresar sus propios sentimientos y perdonar los pecados del mundo.

Arcadipane se mete la mano en el bolsillo y tantea la silueta de tan solo dos paralelepípedos.

Por suerte, Elsa le coge de camino.

Cada uno se contenta con la suerte que le toca.

24

Ha probado otras emisoras de radio, más modernas: publicidad nacional, sintonías bien hechas, música sin sutilezas y presentadores sin acento, pero no hay manera. Demasiada cháchara y poca música, además casi siempre con dos locutores que no tienen nada que decir: gilipolleces, cotilleos..., que si parece que..., que si las estadísticas dicen..., que si según un estudio estadounidense..., que si el cincuenta y dos por ciento de los italianos... ¿Y cuándo llaman los oyentes desde casa?

Al menos en su emisora ponen canciones desde los años cincuenta hasta los ochenta, madera añeja que ya no se mueve, gente que tenía mucha voz y pocas complicaciones: él y ella, te quiero o no te quiero, muero de amor o me tiro desde lo alto de la montaña, como mucho un poco de emigración, vuelvo a casa, somos muchos en el tren... Pero nada de abstracciones, el culmen de su filosofía es que todo lo que no sea esto aburre. Sobre todo, nada de locutores u opiniones, solo Ada, desde Chivasso, que dedica *Quando finisce un amore* a su Carlo por su cumpleaños. Un informativo cada hora y publicidad sobre sitios con los que uno puede incluso toparse. Nada de «carretillas elevadoras y transportes especiales en Latina». ¡Qué más le dan las carretillas de Latina a él, que, para no tener que pagar, ni siquiera toma la autopista!

Otro semáforo en rojo, el viacrucis de la carretera nacional. Se detiene y consulta el mapa, apoyado en el asiento del copiloto. Ahora tiene que girar a la derecha y después seguir todo recto hasta que llegue.

Media hora más tarde todavía está dando vueltas por los campos. Ha preguntado por el camino dos veces: la primera, a un tipo con botas, pantalón de trabajo, una horca al hombro y aspecto de andar perdido también él; la segunda, a una mujer de unos cincuenta años, en un coche pequeño con la puerta abierta y ella sentada en el lado del copiloto con una pierna fuera, tal vez en el ejercicio de su

profesión.

—Estoy buscando la calle Stradella, número veintiséis.

La mujer contempla la inmensidad de los campos. A lo lejos, unos cuantos edificios altos, campanarios de pueblos, los almacenes de una cooperativa agrícola y, entre unos y otros, una llanura invadida por el agua.

—Aquí nadie utiliza las direcciones.

—Ah, ¿no?

—No. Aquí todos se conocen.

Arcadipane asiente ante aquel razonamiento que, por más voluntad que se le ponga, necesitaría que alguien le diera un repasito con la plancha.

—Estoy buscando a una tal Angela Tomatis —responde.

La mujer deja de limarse las uñas y lo mira. El aire está tan inmóvil y plano que pueden oír el tren de alta velocidad pasando por un punto que no se ve.

—La escultora.

—No sé si es escultora.

—Si en esa casa viven dos mujeres, entonces es la granja de la escultora. Ya la ha pasado, está a un kilómetro por detrás. Hay un mosquito de hierro delante de la puerta principal.

—Un mosquito de hierro.

—Ya le he dicho que es escultora.

Arcadipane se queda mirándola. Tal vez porque no quiere ir a donde tiene que ir o porque justo en este momento la radio del coche está susurrando «me has dicho “estoy harto”, te dejo ir a donde quieras». Nostalgia de cosas que nunca han sucedido, ni siquiera a uno mismo. La peor de todas.

—Entonces me doy la vuelta —se decide, al fin.

—Por mí puede seguir recto. Parece que la Tierra es redonda... Todo depende de la prisa que tenga.

Arcadipane se inclina hacia la manivela de la ventanilla, pero ella le hace un gesto.

—¿No habrá visto por casualidad a un hombre con botas?

La granja está donde estaba cuando, hace cinco minutos, pasó por delante. Aparca el coche al lado del mosquito, de dos metros de

altura. La puerta principal, abierta, está bien restaurada; el muro que la rodea, construido con ladrillos macizos: probablemente antaño circundaba una propiedad mayor, un vasto terreno y varios edificios. Ahora ha quedado como un mero torno de acceso en medio de la nada, la tarjeta de visita con letras doradas de una empresa que cerró hace ya tiempo.

Entra.

La granja es sencilla, bien proporcionada y renovada sin delirios de grandeza. Arcadipane se dirige hacia lo que parece ser la puerta de entrada a la casa y pulsa un timbre donde no aparecen nombres. Desde dentro o desde detrás llega el ruido de una motosierra y golpes de martillo. Dos sonidos que no parecen aspirar al mismo objetivo. El aire huele a soldadura y el sol, muy caliente, lo balancea.

Los golpes de martillo cesan. Unos segundos después, la puerta se abre. Quien la ha abierto es una mujer que ronda los cincuenta años, de tipo piel clara con pecas en los brazos, melena rizada y abundante, cara leonina. Viste una camiseta ancha y no lleva sujetador. Le importa un carajo, y no solo porque está en su propia casa. En la mano sujeta un martillo de cabeza corta y ancha; el brazo que lo sostiene tiene las venas muy marcadas.

—¿Eres Enrico? —pregunta.

—No.

—Esperaba a un tal Enrico de Milán para las esculturas del palacio de los Manici.

—No soy yo.

Ella ni siquiera pestañea.

—Soy el exjefe de Isa, en la policía de tráfico de Vercelli me han dado esta dirección.

—¿Eres el exjefe de Turín? ¿Arcadipane?

—Quería hablar un momento con ella.

La mujer mira hacia atrás, donde hay una escalera que sube al piso de arriba, un antiguo mueble de color oscuro y paredes encaladas; todos ellos, objetos que debería de conocer, dado que le pertenecen. Vuelve a mirar a Arcadipane.

—Está trabajando en el jardín, pero no quiero que la líes.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que ahora tiene un trabajo que no le gusta tanto, pero que la hace sentirse mejor. Y también me tiene a mí, que sí

le gusto y que la hago sentirse mejor todavía, así que no quiero que vuelvas a complicarle la vida. ¿Me has entendido?

Arcadipane observa el martillo en la mano de la mujer. El ruido de la motosierra del jardín no ayuda a destensar el ambiente.

—La idea era solo charlar un rato.

—Claro que sí, hombre. ¡Si ella me ha hablado de ti! Primero la mandas al almacén de esa comisaría de mierda y después, cuando la necesitas, vuelves a bailarle el agua.

—Dejó casi ciego a un compañero.

—Así aprendéis a tener las manos quietecitas. Si fuera por mí, ahora ese tío estaría poniendo las multas en braille.

Silencio. Bueno, sigue sonando la motosierra.

—No te puedo echar porque si no se va a cabrear, pero ya estás avisado. Te las verás conmigo si haces que se sienta mal.

Arcadipane pensaba que había conseguido mantener firmes la mirada y la cabeza, pero es evidente que ha asentido, porque la mujer le deja paso libre y le señala la puerta de cristal que, en la otra fachada de la casa, da al jardín.

Arcadipane recorre rápidamente el pasillo, esperando sentir de un momento a otro cómo el martillo se abate sobre su nuca. Llega a la puerta, lucha con ella hasta conseguir abrirla y ya está fuera, donde la motosierra divide el aire en filamentos ferrosos que se arañan entre sí. Después el sonido, casi borboteando, cesa.

Isa está de pie, con la herramienta todavía en la mano, junto a un caballete en el que se apoya uno de los últimos troncos que ha despedazado. Una pieza de diez centímetros de anchura, que está reduciendo a trozos de cincuenta o sesenta centímetros de longitud. Una medida insólita.

Arcadipane camina hacia ella, entre mosquitos de metal grandes y pequeños, posados en el prado. Uno tiene ante él una gran taza de cemento en la que sumerge su probóscide. Arcadipane presta atención al contexto para no hacerse preguntas sobre lo que ve de Isa: vaqueros negros, botas negras y camiseta sin mangas, como de costumbre, pero ya no el corte de pelo al estilo mohicano. Nada de argollas en la nariz. Y, sobre todo, la cara redonda y la melena que le cae, despeinada, pero femenina, sobre los hombros. Y también unos cuantos kilos más, no demasiados, en las caderas y en los brazos, como una vaina reblandecida en la que se guardan las armas para la guerra.

—Estaba dando una vuelta por esta zona y se me ha ocurrido pasar a saludarte —empieza él—. ¿Cómo te va en la policía de tráfico? ¿Te sientes a gusto?

Isa lo mira ni bien ni mal.

—En los baños de la central al menos había grafitis que leer —responde—. En Vercelli, en cambio, encalan las paredes cada seis meses. Pero por ahora estoy bien.

Arcadipane observa la montaña de leña apilada contra el granero.

—Bastante leña.

—La casa se calienta con una caldera de biomasa. He hecho toda la instalación porque las bombonas de gas me tenían hasta los ovarios. ¿Quieres ver también el sistema de compost que he diseñado y los paneles solares o me hablas ya del caso del metro?

—Te hablo ya del caso del metro. ¿Qué hacemos? ¿Nos sentamos un momento?

—Podríamos hacerlo, pero estoy segura de que Angela ya te ha echado la bronca del siglo y de que ahora te está observando desde la ventana de su estudio. Si ve que te doy demasiada confianza se cabreará. Yo después puedo arreglarlo con un lametón entre las piernas, pero tú...

—Vale, entonces nos quedamos aquí. No sé si has seguido el caso...

—Sí, entre un radar Autovelox y otro, leo lo que hacéis vosotros, los policías de verdad.

—Con Apostolo...

—Has metido la pata hasta el fondo.

—En cambio, con Marangon...

—El camino es el correcto, pero no estás convencido.

Arcadipane se lleva a la boca una gominola de regaliz.

—Fue él, no hay duda, pero se me ha quedado en la mano una pieza del puzle que no parece encajar en ninguna parte.

Isa se quita de los labios un fragmento de corteza, tal vez para dejar claro que sigue conservando el *piercing* en la lengua y evitar que Arcadipane se haga ilusiones.

—La pieza que se te ha quedado en la mano, ¿qué es?

Arcadipane le habla de la confesión de Alessandro Marangon, de las horas pasadas en la central con el chico tranquilo y concentrado en el reloj, hasta aquellos malditos seis segundos que no consigue colocar

en ninguna parte del dibujo.

Isa lo escucha tranquila, sin interrumpirlo. Al final, deposita en el suelo la motosierra.

—No —concluye.

—¿No?

—No.

—¿Ni aunque consiga que te trasladen para trabajar en este caso y después, si decides quedarte...?

—Ya he tomado mi decisión. Estoy bien donde estoy.

—Aburriéndote como una ostra.

—Aburriéndome como una ostra.

Arcadipane vuelve la mirada hacia los amplios ventanales del estudio, tras los que intuye formas de hierro y un sospechoso silencio.

—Por lo menos podrías echarme una mano con el ordenador.

—¿Para hacer qué?

—Yo qué sé, esas cosas que tú sabes hacer. Casos similares, perfiles, conexiones... Ya sabes en qué eres buena. Pensaba que, si yo no he sido capaz de hacer que tú misma lo veas, al menos Bramard...

Isa se aparta el mechón de pelo que le cubre una de las mejillas. Tiene los ojos de un color muy parecido al de la piedra sobre la que han caminado insensatamente muchas personas durante mucho tiempo: guarderías, manicomios, cuarteles, pasillos de viejas unidades de maternidad.

—¿Has hablado con él?

—¡Claro que he hablado!

—¿Y qué dice sobre el caso?

—Ya sabes cómo es Bramard: *La tempestad* de Giorgione, el viento cósmico, el enroque de la torre... Deja el balón en una zona del campo y te toca ir a por él, si eres capaz. La pena es que yo, como futbolista, tengo los meniscos rotos, un ojo ciego y muchas ganas de irme ya a darme una ducha.

—Y por eso has venido a verme.

—Sí, le he hecho caso y he venido a verte.

Isa se pone en cuclillas, saca el enchufe Schuko del alargador y empieza a afilar la cuchilla de la motosierra con una lima fina. Angela Tomatis está atravesando el prado con una bandeja lacada y un único vaso. Cuando llega a su altura, se lo tiende a Isa.

—Puedes seguir esta noche —le indica—. Dentro de poco

empezará a hacer calor aquí.

Isa se levanta, toma el vaso y bebe un sorbo sin preocuparse por que Arcadipane lleve diez minutos de pie en la franja de patio a la que ya ha llegado el sol. Eso por no hablar de que no corre ni un soplo de aire.

—Sigo diciendo que no —añade Isa mientras deja el vaso—. ¿Cómo está Corso?

—Con cáncer —responde Arcadipane, al que le gustaría añadir algo más, pero los ojos de Isa son como esos elementos radiactivos que, de repente, entran en fase de decaimiento y hasta puedes ponerlos en las manos de un niño.

—¿Cómo que con cáncer? —pregunta.

—Con cáncer. Y feo, además —apunta Arcadipane, mientras las dos mujeres se intercambian una mirada que le resulta difícil de descifrar. Si no ha conseguido comprender a una mujer que le gustaba, menos todavía comprenderá a dos que se gustan mutuamente y a las que nunca ha visto desnudas o con un niño en brazos—. Llámalo, si te parece —se despide, dándose la vuelta—. No os molesto más.

Atraviesa el patio, entra en la casa, recorre el pasillo y, cuando está a punto de salir, se percata de que Angela Tomatis lo ha seguido.

—Siento lo de vuestro amigo —dice.

—Gracias.

—Pero estoy contenta de que Isa te haya dicho que no. Por fin está consiguiendo sacar fuera la historia del padre. Toda esa basura que le metisteis dentro hace cinco años. No es el momento de pedirle que se llene de más trastos viejos que no sabéis gestionar vosotros solos.

—Lo entiendo.

—No lo creo, pero como te ha dicho que no, eso ahora no importa.

Arcadipane le dedica una última mirada. Después se dirige al coche, en el que encuentra a Trepet con la lengua fuera.

Arranca el vehículo y avanza, sintiendo la mirada del perro clavada bajo su oreja derecha.

—A mí tampoco me han dado ni una escudilla con agua. ¡Y eso que no me he comido su reposacabezas!

Consulta el teléfono, que tiene silenciado. Nada de la central,

pero sí dos llamadas y un mensaje de un mismo número: «Tic, tac, tic, tac, se acerca el jueves... Póngase a ello y no me moleste más».

Está a punto de responder cuando, a lo lejos, distingue una figura que, pasados unos cincuenta metros, resulta ser la del hombre con botas y horca al hombro. Lo adelanta con precaución. Por alguna razón, ahora está en calzoncillos.

Arcadipane levanta la mano a modo de saludo, pero el hombre, se dirija a donde se dirija, va con demasiada prisa como para detenerse en estas gilipolleces.

25

—Yo tomaré una ensalada de germinados y el seitán a la parmesana. Y para beber, esencia de manzana pasificada.

—Muy bien. ¿Y para usted?

Arcadipane lleva varios minutos perforando con la mirada el fino folio del menú, en parte por auténtico empeño, en parte porque aquella letra escrita a mano con tantos rizos...

—Para mí, lo mismo que la señora.

Eslizón arquea una ceja, divertida; probablemente la última persona que la llamó «señora» fue algún vendedor ambulante en una playa de la isla de Prócida.

—¿Y para beber? —El propietario no da tregua.

—¿El zumo ese de manzana...?

—Marzia lo conoce bien. —Y mira a Marzia, que es Eslizón—. Lo produce un proveedor nuestro del valle de Aosta. Son manzanas de su campo, que cosecha y deja durante todo el invierno al aire libre, sobre un cedazo de madera natural. El sol, el frío y la nieve las pasifican y aumentan su nivel de azúcar. Más tarde, en primavera, las exprime en una antigua prensa y obtiene una producción limitada sobre cuya distribución tenemos la exclusiva.

Arcadipane se imagina aquellas manzanas abandonadas al hielo, pequeñas cabezas disecadas por una tribu de podadores.

—Una jarra de vino de medio litro, ¿puede ser?

—El vino solo lo servimos por copas. Si quiere le traigo una.

—Una copa, sí, de tinto, el que sea, gracias.

El tipo translúcido se marcha sobre sus piernas arqueadas.

—¡Se te ve en tu salsa aquí! —Eslizón se ríe.

Arcadipane también se ríe para que se vean rápidamente sus feos dientes.

—Es una suerte que me hagas reír —añade ella—, porque he tenido un día infernal de verdad entre la desinfección y los gilipollas de la jefatura de policía. Tres horas al teléfono para que autoricen una

manifestación. En teoría se podría hacer todo a través de la web, pero, como es obvio, te joden con mil trabas para intentar desanimarte. ¡Que les den por culo! Yo puedo pasarme sin problema dos días al teléfono, ¡conmigo van listos!

—Sí, ya.

—Oye, mientras esperamos... Quiero ser muy directa, ninguno de los dos hemos nacido ayer, así que al pan, pan, y al vino, vino, sin tantas florituras. ¿Tú qué opinas de las clitorianas?

—¿Las clitorianas?

—Yo he tardado veinticinco años en aceptarme, así que es algo que suelo dejar claro desde el principio. Para mí, el sentimiento de culpabilidad con respecto a cómo alcanzo el orgasmo está totalmente *out*. Y no me apetece encontrarme con un perforador compulsivo encima de mí, ¡uno de esos que se creen que están en un maratón y que si no te corres es problema tuyo! Yo necesito presencia, que me toquen antes y durante. Y hacerlo yo misma si veo que mi compañero no encuentra el ritmo y el punto adecuados. Además, quién nos conoce mejor que nuestras propias manos, ¿no?

—¿Quién?

—¿A ti te gusta utilizar las manos? Mientras estás dentro, quiero decir, hablar, retenerse, estimular también el an... ¡Oh, mira, aquí vienen los germinados!

26

Hora: 23.56.

De Gominolas de Regaliz a Alquimista, cuarenta y tres años. Su frase: «Quien quiera ver el arcoíris tiene que aprender a amar la lluvia».

Hola, Alquimista:

Te escribo para advertirte de que no tengo mucha práctica en esto de conocer a nuevas personas del otro sexo, así que por mí está bien si mañana nos lo tomamos con calma y nos contamos en qué trabajamos, dónde vivimos, dónde nacimos y qué nos gusta comer. Quiero decir que si no entramos rápidamente en una relación más íntima tampoco será el fin del mundo. ¿Qué te parece si comemos en una pizzería o en algún local sencillo?

Espero que me entiendas. Gracias.

Arcadipane envía el mensaje, se levanta y, con paso parsimonioso, va al baño, donde se cepilla los dientes tratando de quitarse el sabor a madera contrachapada del seitán a la parmesana. Cuando vuelve al dormitorio, aún no ha recibido nada.

Eslizón ya está también conectada. Seguro que en busca de algún clitoriano que sepa dónde poner las manos. Mucha suerte con su búsqueda, pero a él todas estas complicaciones... Con cincuenta años ya cumplidos, si te has pasado una vida moviéndote en bicicleta, no te puedes poner a conducir un monociclo. En parte también porque... El sobrecito parpadea.

Hora: 00.16.

De Alquimista a Gominolas de Regaliz, cincuenta y cinco años. Su frase: «No retiren el cuerpo, llamen a la autoridad competente».

Gominolas de Regaliz, es tan tierno que hayas pensado en eso... No te preocupes, a mí tampoco me gusta la agresividad y la confianza excesiva desde las primeras frases. De hecho, mis amigas, que son pocas, pero buenas, dicen que soy muy tímida. Demasiado. Pero has hecho bien en contarme lo que te preocupa. Conmigo siempre podrás hacerlo. En mí encontrarás escucha y una actitud abierta. No tengo problemas con la comida, por mí un sitio sencillo está bien. No es la coreografía lo que cuenta, y los sitios sencillos siempre son los más verdaderos.

Buenas noches. Besitos y más besitos.

Le escribe la dirección de una pizzería en la que tienen también algunos platos de la cocina de la región de los Abruzos. Los dueños son una pareja de sexagenarios que nunca se pelean y las mesas son

muy espaciosas. El baño está limpio, aunque para entrar en él haya que pedir la correspondiente llave y salir al patio. Además, hace ya mucho tiempo que no va a ese sitio con Mariangela porque ella tenía la impresión de que la pizza seguía fermentando en su estómago durante toda la noche.

Está a punto de salir de la web cuando, de repente, le viene una idea a la cabeza. Trastea durante unos diez minutos hasta que consigue descubrir cómo permanecer conectado sin que se vea que lo está y, a continuación, consulta su perfil:

> León de Ecbatana.
> Sexo: Mujer.
> Le gustan: Los hombres.
> Busca: Inteligencia radiactiva y mucho sentido común.
> Su ciudad: Turín.
> Su trabajo: Mirar por la ventana.
> Su frase: «A mi padre le debo la vida; a mi maestro, una vida que vale la pena vivir».
> Edad: Treinta y un años.

—¡La madre que...!

Suena el móvil. Arcadipane baja el volumen de la llamada y consulta el número: desconocido.

Sin duda, trabajo.

—Aquí Arcadipane. ¿Quién es?

—Soy Isa.

Un largo silencio durante el que Arcadipane puede percibir aquello que por la tarde se le había pasado: también la voz era distinta a la de antes; más baja, con más vacíos, con menos vibraciones. Como si antes hablase desde el puente de un barco y ahora estuviese parada en el puerto.

—He encontrado algo —informa Isa.

—¿Algo como qué?

—Algo de lo que hablaremos mañana en el almuerzo. Con Bramard. En vuestro restaurante.

—Por mí, bien, pero Corso...

—Tiene que venir.

—Tiene que venir.

—Sí.

Silencio.

—Entonces, ¿has cambiado de idea?

—No, pero me han obligado a tomarme unas vacaciones porque me debían días y Angela está preparando una exposición en Milán. Tenía unas horas libres.

—Y ya habías terminado de cortar la leña.

—Es tarde y todavía tienes que avisar a Bramard.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque si hubiese querido hacerlo ya lo habría hecho. Además, solo será el almuerzo de mañana: te cuento qué he descubierto y nos decimos adiós. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo.

—Como siempre.

27

El sueño es el enemigo. No el brazo que antaño habría querido amputarse. Al final ha resultado ser útil para la penitencia. Pero el sueño, el sueño vence a su voluntad, el sueño secunda el diseño. Por eso el botín de su guerra ha sido mísero en los dos últimos años. Por eso el artífice actúa y él no ha conseguido conducirlo hacia la redención.

En eso meditaba cuando se tropezó con la muerte de una joven sucedida el día antes en la región de Módena, y sus ojos empezaron a dar vueltas en sus órbitas, el sexo se le puso duro y la orina corrió por sus piernas, como ocurría cada vez que se le manifestaba una parte del diseño.

Transcribió entonces a toda prisa en el papel lo que había ocurrido y se grabó una nueva marca en la extremidad que era su penitencia. Se regocijó ante el nuevo signo, el decimocuarto, que le indicaba el camino hacia el artífice, y al mismo tiempo lloró por el inocente que ascendía a la cruz. Y solo cuando hubo obrado tan bien, perdió la conciencia.

28

Arcadipane y Bramard se sientan en su mesa, entre la puerta de la cocina y el carrito auxiliar con cestas para el pan que estaba rellenando una camarera a la que nunca antes han visto. Aparte de ella, todo está como siempre, aunque con cinco años más. Algo que impresiona y que no impresiona, considerando que la primera vez que entraron en este local fue hace treinta años.

—¿Te acuerdas de adónde íbamos antes?

—¿Para el almuerzo o para la cena?

—Para el almuerzo.

—¿Adonde Ottavia?

—Ottavia solo servía bebidas y murió un año después de que llegaras a la central.

—Entonces no me acuerdo.

—A Otto Colonne. Tenca marinada, setas de la miel en aceite, sopa de arroz y col de Milán...

—... caldo con garbanzos, los viernes trucha...

—... salteado de higaditos y setas y la camarera siempre en pantuflas...

—La sobrina con la piel grasa... ¿Por qué dejamos de ir?

—No lo sé, a lo mejor cambiaron el vino de la casa.

—O encontramos este sitio.

—O encontramos este sitio.

Observan las paredes, ahora con un color diferente, pero con los mismos cuadros: Totò con sus *rigatoni*, Alberto Sordi con sus espaguetis, Aldo Fabrizi con su chuleta, Michel Platini que come en una de las mesas y mira, bronceado, hacia el objetivo situado justo por encima de su autógrafo.

Había locales más cercanos a la central, pero aquellos diez minutos a pie, en medio de estudiantes universitarios, de contestatarios, y después entre los arriates de la plaza circular más pequeña y más hermosa de Turín, eran para ellos una prueba de que

el mundo no solo se compone de gente que asesina, roba, vende a los demás o traiciona.

Al final, comer era lo de menos: un plato principal, algo con lo que acompañarlo, una jarra de vino de un cuarto de litro, Bramard, siempre tinto, Arcadipane, siempre blanco, y nada de café, porque el restaurante todavía no tenía cafetera. Si intercambiaban alguna palabra, era sobre trabajo. Sobre la vida personal, poco, porque, antes de la muerte de Michelle, Bramard era un hombre reservado, y después, un hombre desesperado. En ambos casos, de manera silenciosa y autorreferencial.

Arcadipane contempla las manos de Corso, abandonadas sobre el mantel a cuadros. Unas manos que durante treinta años han sido su única vía de acceso a este hombre misterioso y ladino: al principio, demasiado sólidas y firmes para un comisario de poco más de treinta años; después, heridas por las montañas en las que intentaba matarse; al final, agitadas por los temblores que le aparecían cuando había bebido demasiado o no había bebido lo suficiente. No fue hasta hace cinco años cuando las vio dueñas de sí mismas y menos solitarias. ¿Y ahora? ¿Qué le decían esas manos serenas y delgadas que tenía ante sí? ¿Todavía es capaz de leerlas? ¿De leer, en general?

—¿Vincenzo?

—Nada, estaba pensando. —Mira a su alrededor.

El restaurante está lleno de una humanidad revuelta, porque en el barrio hay oficinas, tiendas, el mercado, artesanos, okupas, estudios de diseño, dos o tres putas históricas y ahora también una nueva sede de la universidad, lo cual ha provocado que suban los precios, que abran algunos locales de moda, que entre la milanesidad y que la movida sea menos espontánea. Lo demuestran los vasos de plástico con una rodaja de lima que encuentran por las mañanas apoyados delante de las persianas cerradas de las tiendas, en los alféizares de las desventuradas ventanas de los entresuelos y sobre los capós. Y los charcos de vómito. Arcadipane cambiaría de buena gana todo esto por las buenas y antiguas botellas de cerveza rotas y las esporádicas manchas de sangre.

La puerta se abre y entra Isa.

No tiene que buscar mucho, porque el local es un cuadrado con apenas dos recovecos, en uno de los cuales están ellos. En dos pasos se planta en la mesa.

—El tren venía con retraso —explica, y se sienta en una posición que le permite tener a Arcadipane de frente y a Bramard de lado.

Viste una sudadera que tal vez antes de entrar llevaba en la cintura, dado que se encuentra arrugada de una forma lineal. Los vaqueros negros y ceñidos ya no marcan unos músculos claramente delineados, propios de un delantero derecha de la Alemania comunista. Todo en ella se ha reblandecido. También el cuello, que, con el pelo recogido, representa una novedad llena de gracia.

—¿Habéis pedido ya?

—No —responde Bramard mientras mira cómo coge la única carta que hay en la mesa—, te estábamos esperando.

La camarera se acerca. No la nueva y nunca antes vista, sino la hija del antiguo dueño, que está sentado con su mujer en la única mesa circular, la de la familia, donde ya comían los abuelos antes del servicio, y después lo hicieron también ellos, los herederos, y sus dos hijas pequeñas, que volvían del colegio a la una, lanzaban las mochilas para que aterrizaran bajo el carrito auxiliar de los profiteroles y devoraban la pasta con requesón antes de gritar: «¡Subimos arriba a hacer los deberes!», sin saber que, mientras tanto, el oficio ya estaba entrando en ellas. Y ahora ahí está, entre veinticinco y treinta años, con un diamante en el diente incisivo y un barrigón con un contrato a punto de expirar para su segundo hijo.

—Para mí, salchicha de jabalí —pide Isa—, plumas *alla norma*, un bistec de caballo y alcachofas fritas. Y medio litro de vino tinto.

La camarera asiente y mira a los dos hombres, sobre todo a Arcadipane, que la está observando como hacen esas personas cercanas a la vejez cuando se encuentran ante alguien a quien recuerdan cuando era niño.

—¿Qué pasa?

—Te conocimos cuando eras una niñita.

—Ah... Entonces, ¿qué tomáis?

—Para mí, *cappelletti* en caldo —contesta Bramard—. Con pocos *cappelletti*.

Arcadipane agarra la carta, que todavía no ha leído, pero siente que, con cada línea, su estómago gime de acidez.

—Lo mismo, solo que con algunos *cappelletti* más.

—¿Vino?

Los dos se miran por costumbre, pero niegan con la cabeza al

unísono... ¡No, por Dios!

La chica gira su barrigón en dirección a la cocina y desaparece tras los flecos de la cortina, donde están los fuegos, el cocinero, su compañero ascendido a pinche después de mostrar la prueba del segundo embarazo y un viejecito que, con un bigote gris y delgadez de panadero, se ocupa de las carnes desde la época en la que el ser humano pasó de las raíces de la cadena trófica a su nivel superior.

—¿Vamos al grano? —propone Isa.

—Di que sí —Arcadipane asiente—, ya está bien de charlar tanto, que al final eso aburre. ¿Qué has encontrado?

Isa saca algo que no es un cuaderno, sino una decena de folios que ha doblado y grapado por el centro. En cualquier caso, ya es un principio. Ha apuntado algunas cosas en ellos, como una especie de telaraña de palabras clave. Algo encriptado que Bramard mira como si incluso pudiese entenderlo.

—No he encontrado el tesoro, os lo digo desde ya, pero he encontrado a alguien que lo está buscando.

Bramard guarda silencio, Arcadipane la mira: piensa en Ward y en los bombarderos. Solo que Ward ahora es una tipa con un *piercing* en la lengua.

—Imaginaos que tenéis testigos —explica ella, que ya está aburrida—, que vais a hablar con ellos y que, cuando llegáis, todos os dicen que antes de vosotros ha pasado por allí un tío, siempre el mismo, que ha preguntado por lo mismo por lo que estáis preguntando vosotros.

—Entonces no somos los primeros —concluye Bramard.

—¿Cómo que «entonces», coño? ¡Yo no lo he entendido!

Llegan los platos, servicio veloz. La chica los deja y se va. Isa espera a que esté atendiendo otra mesa.

—Alguien está tan interesado en el tema como tú —dice—. Y es alguien que se sabe mover en la red tan bien como yo, porque detrás de todas las puertas que he abierto, datos, sitios web, páginas protegidas con contraseñas y no precisamente sencillas, he encontrado su rastro. «Huella digital», lo llaman, y él la ha dejado sin preocuparse demasiado. Quizá porque espera que otra persona la siga o quizá porque cree que nadie la seguirá, eso no lo sé, pero en cierto sentido, facilita las cosas.

—Es como copiarse de un compañero del colegio —deduce

Bramard, removiendo sus *cappelletti* sin demasiado entusiasmo—. Suponiendo que el compañero actúe de buena fe.

Isa asiente y se lleva a la boca un trozo de salchicha y otro de pan.

—Buena o mala persona, no lo sé, pero desde luego no es idiota, porque algunos de los movimientos que ha hecho son... imaginativos. Y no avanza a ciegas, tiene una visión, sigue un itinerario que forma una figura en su cabeza, aunque, con los elementos que tenemos, para nosotros sea imposible de captar. En resumen: sus huellas dibujan una pista, algo que él está siguiendo, pero no tengo ni idea de qué es.

Mientras se mete en la boca el primer *cappelletto*, Arcadipane sí que tiene una visión: la de sí mismo, cinco años atrás, sentado en aquella mesa, devorando un bistec de jabalí enfrente de Pedrelli, que sorbía hospitalariamente un caldo como el suyo y dejaba para el final los *cappelletti*, igual que está haciendo él ahora. Si hay algo realmente degradante es descubrirnos haciendo algo que, cuando lo hemos visto en otro, nos ha dado pena.

—Bueno, ¿qué hacemos con esa figura..., con esa visión que no entendemos? —farfulla mientras da forma al pensamiento negativo que lo invade por completo.

Isa se ha terminado ya la salchicha y dirige sus ojos hacia la cocina.

—Le pedimos que nos la explique.

Arcadipane y Bramard se miran por encima de las cucharas.

—¿A quién?

—A Luigi Normandia.

—Luigi Normandia.

—Sí, es un expolicía, entre otras cosas.

Arcadipane detiene la cuchara a mitad del trayecto; un hilo de caldo se derrama sobre el borde del plato con un sonido de lluvia. También Bramard deja de comer, aunque posa de una manera más digna su cuchara.

—¿Cómo que un policía?

—Ex —especifica Isa—. Dejó el cuerpo hace dos años, oficialmente por una enfermedad incapacitante después de sufrir un accidente mientras estaba de servicio. Por eso hoy, con treinta y siete años, recibe una pensión de setecientos sesenta y dos euros al mes. Aunque el asunto no está muy claro, el Departamento Disciplinario

tuvo algo que ver con su baja y una parte de los expedientes son confidenciales. Para acceder a ellos necesito tener autorización o bien hacerlo desde un ordenador de la central, los de la policía de tráfico pescan en otro mar. Además, el caso se tramitó desde Bolonia, donde trabajaba él, y está almacenado en sus archivos.

Llega la pasta.

—Tráeme también la carne y las alcachofas —indica Isa a la chica.

—Vale.

Dos campeonas del protocolo.

—¿Y eso es todo? —la pincha Arcadipane.

Isa se toma unos segundos para tragar un par de bocados.

—Amonestaciones.

—Amonestaciones.

—Antes de darse de baja lo amonestaron dos veces por insubordinación y uso de los recursos de las oficinas para fines personales.

—O sea, o era un corrupto —aventura Bramard, que avanza tenazmente con el caldo— o estaba realizando investigaciones no autorizadas.

—Por la huella digital, yo diría que lo segundo.

Arcadipane no lo ha entendido del todo, pero ya está acostumbrado. Sabe que cuando habla con estos dos, tarde o temprano las cosas acaban adoptando la forma adecuada para su cabeza, con el resultado de que él descubrirá lo que tiene que hacer. O al menos lo sabía: ahora todo es una novedad, como cuando te quitas por primera vez en tu vida los calzoncillos delante de una mujer o te subes a un coche que ha estado toda la noche en medio del hielo. En teoría el motor está ahí, la noche anterior funcionaba, le has puesto líquido anticongelante, la gasolina solo se congela a temperaturas inferiores a 48 grados, pero después, a la hora de la verdad...

—¿Entonces? —suelta, que siempre es una buena manera de ayudarse.

—Entonces vas a hablar con él y escuchas lo que tenga que decirte —responde Bramard, que casi se ha terminado el plato.

—Y ni siquiera tienes que hacer un viaje largo —apunta Isa, que ya está rebañando el plato con pan—. Hace un año se mudó a Turín.

La camarera llega con el bistec de caballo y las alcachofas fritas,

se lleva el plato de pasta vacío y, con él, las últimas esperanzas de Arcadipane.

—Pensaba que me ibais a echar una mano. De manera informal.

—Yo mañana vuelvo al trabajo. Además, fui muy clara.

—Yo tengo que ocuparme del asunto del que te hablé.

Arcadipane, abatido, vuelve a sus cucharadas; Bramard se termina el último *cappelletto* y deja la cuchara; Isa mastica la carne y, de cuando en cuando, también una alcachofa.

—Una cosa más —añade, con la boca llena—. ¿Qué sabéis de la *dark web*?

—No lo he oído en mi vida.

—Yo tampoco.

Isa separa un trozo de grasa como para descartarlo, pero después se lo come.

—Imaginaos un iceberg. La parte que flota es la internet que utilizamos todos. Grande, si la miras desde un barco, pero en realidad pequeña, si piensas en lo que está por debajo: la parte sumergida del iceberg. Esta otra parte se divide en dos mundos digitales. Primero está la *deep web*, muy extensa, tal vez el noventa por ciento de toda internet. En ella encuentras el reflejo de las páginas web de la parte que flota: Facebook, por ejemplo, fotografías, correos electrónicos, pero también muchas otras cosas que se prefiere dejar bajo la superficie para que quien publica pueda mantener su anonimato. No penséis que se trata necesariamente de cosas ilegales. En la *deep* encuentras también artículos de disidentes políticos, periodistas, blogueros, gente que vive en una dictadura. Cualquiera que quiera subir a internet algo sin que lo identifiquen. Es la parte de la discoteca en penumbra donde la gente puede apartarse, si queréis verlo así. La que no se indexa en los motores de búsqueda y por eso nunca la encontraréis consultando en Google.

Interrumpe su explicación por un trozo de bistec con nervios que requiere concentración. La observan luchar, vencer y limpiar su honor con media copa de vino.

—La *dark web* es una historia por completo diferente. Es la última parte del iceberg, la más profunda, una franja no muy grande, en la que el agua siempre es oscura y a la que la luz no llega nunca. En resumen, es el reservado de la discoteca, el lugar en el que se resuelven los asuntos lejos de los ojos de los demás.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —interpreta Arcadipane.

Isa y Bramard apenas lo miran, porque no es ese el sentido.

—Mucha gente piensa que la *dark web* es enorme, una especie de infierno dantesco digital, pero no es así. Es pequeña, apenas unas decenas de miles de direcciones URL, un número modesto, si lo comparamos con el de la *deep web* o con el de la web normal. Sin embargo, son páginas de difícil acceso porque tienen un dominio.onion y están en servidores que utilizan el protocolo Tor, un sistema que desarrolló en origen el Departamento de Defensa de Estados Unidos para permitir las comunicaciones anónimas seguras. Ahí podéis encontrar de todo: gente que contrata los servicios de un sicario, droga que pueden enviarte directamente a casa, armas, perversiones, racismo, antisemitismo, misoginia, películas *snuff*, pornografía y, sobre todo, pedofilia. Silk Road ha sido el caso más llamativo del fenómeno de la *dark web* porque se había convertido en una especie de Amazon para material ilegal, pero después de su cierre muchas tiendas o cadenas pequeñas empezaron a ofrecer el mismo servicio. Comercios que proponen cosas que jamás se os pasarían por la mente, como gestionar demandas y ofertas de personas que quieren cortarse un dedo o cortárselo a otro.

—Sill...

—Silk Road —confirma Isa—, pero esa página no tenía nada que ver con los dedos y, además, hay un montón de leyendas urbanas sobre ella.

Arcadipane mira a Bramard, que lo reconforta negando con la cabeza: él tampoco lo ha oído en la vida. Isa casi se ha acabado ya la carne.

—Esto os lo cuento porque prácticamente todas las huellas digitales de este Normandia acaban allí, en la *dark web*. Así que, si está investigando algo, es ahí donde hace sus búsquedas. Y desde hace bastante tiempo.

—En el ordenador.

Isa pone cara de desesperación.

—En la *dark web* —lo ayuda Bramard.

—¿Y cómo se entra ahí? En el reservado.

Isa se come la última alcachofa.

—Como en todos los privados: se entra si alguien responde de ti,

si perteneces a ese mundo. Hay que conocer su idioma, que en este caso es el Tor o motores de búsqueda como Onion.City, Onion.to, Not Evil, Onion Web Search o Torch. Si a esto le sumamos que las direcciones de los sitios.onion cambian con mucha frecuencia, a vosotros dos os dan de tortas en cuanto os vean llegar.

—¿Y a ti?

—Nunca me ha interesado este tema, pero supongo que de alguna manera... El problema es que también ahí hay varios niveles, sitios que regulan el acceso. Hay que entender qué estamos buscando y adónde ha ido Luigi Normandia a lanzar su anzuelo. —Coge el móvil y, sin dejar de hablar, teclea algo—. Lo único que podemos hacer es preguntárselo. Te estoy mandando su dirección.

El teléfono de Arcadipane emite una vibración mínima. Lo consulta: el mensaje de Isa ha llegado, pero también hay dos o tres llamadas perdidas de Pedrelli.

—Perdonad —dice, y se levanta para acercarse a la puerta, donde hay un perchero que la gente, por increíble que parezca, todavía usa.

»¿Qué pasa? —pregunta cuando descuelgan al otro lado.

Pedrelli se embarca en una larga explicación que, si Arcadipane no interrumpe, es simplemente porque está observando a Bramard y a Isa en la mesa. Cuando están juntos, siempre da la impresión de que son dos personas que suben un piano por las escaleras de un edificio de tres plantas con rellanos estrechos: algo valioso, pero sumamente difícil de manejar; la necesidad de aplicar a la vez fuerza y mesura; la urgencia de coordinar los movimientos al milímetro sin saber con exactitud qué está haciendo el otro. Y un discreto talento para calcular medidas a ojo de buen cubero.

Eso es lo que sucede cada vez que estos dos se encuentran. Arcadipane lo siente, aunque no sepa pensar con metáforas o tocar el piano ni en su vida haya movido ninguno. Como mucho, una pianola con Mariangela y casi siempre todo el peso recayó sobre ella.

Si al final el piano de estos dos llegó alguna vez arriba... Eso no lo sabe. Y por qué pesa tanto... Bah. La hipótesis más banal es que él tiene diez años de más y ella, diez años de menos, pero para la gente complicada como estos dos, las medidas con las que funcionan los demás son risibles.

Pedrelli ha acabado y, aunque durante todo el tiempo Arcadipane haya estado pensando en otra cosa, la esencia está clara. Lo que

demuestra cuántos movimientos inútiles hace este hombre.

—Vale —responde—, gracias por haberme avisado.

Arcadipane vuelve a la mesa, adonde le han llevado a Isa el café y un licor *amaro*.

—Era Pedrelli. Tengo que irme —anuncia mientras deja un billete de cincuenta, que en sus tiempos era suficiente.

—Yo también —añade Isa—. Mi tren sale a las dos y me vendría muy bien que alguien me acercara a la estación.

—Yo paso por Porta Susa.

—El mío sale de Porta Nuova.

—Te acompaño yo —propone Bramard—. Así puedes tomarte el café.

Arcadipane sigue siendo el único que está de pie, con la chaqueta entre las manos.

—Bueno, pues hablo con Normandia y os tengo al tanto.

Silencio.

—Me parece que es lo mínimo, dado que habéis venido hoy.

—De acuerdo —dice Bramard.

Arcadipane juguetea con un botón de la chaqueta.

—Si quieres... —responde Isa después de tomar un sorbo de café.

Arcadipane se pone la chaqueta, se despide y sale deprisa para conservar su impresión de haber conseguido arrancarles una promesa. Isa se termina el café y pasa al *amaro*.

—Según tú, ¿cuánto tiempo va a tardar? —pregunta, arrojando un trozo de pan bajo la mesa.

—Depende de dónde haya aparcado.

Mientras Isa bebe el *amaro* poco a poco, Bramard amasa una miga de pan que le gustaría convertir en tortuga, pero nunca se le ha dado bien. Al final, se conforma con una serpiente. Cualquiera que los vea pensará que son un padre y una hija que han discutido seriamente sobre un proyecto de ella que se ha ido al garete.

—Pues sí que ha aparcado lejos —observa Isa.

—Tal vez...

En ese momento, se abre la puerta y Arcadipane asoma a través de ella la parte superior del cuerpo, con la cara colorada después de haber caminado deprisa.

—¡Trepet! —susurra, un poco alto, un poco sin querer hacerse notar.

Desde debajo de la mesa llega un resoplido, el sonido de un golpe en la silla, y la silueta rechoncha del perro se dirige, caracoleando, hacia la puerta. Arcadipane le dice algo al animal —que lo ignora y sale—, lanza una última mirada a medio camino entre el reproche y la disculpa a los dos de la mesa y cierra la puerta.

—¿Nos vamos también nosotros? —sugiere Isa.

—Vamos.

Giran en una de las calles de sentido único que apuntan hacia la Mole Antonelliana. El día es incierto: nubes deshilachadas que podrían ser un cielo cubierto, pero también una ligera nubosidad, dependiendo del estado de ánimo. Un viento reluciente da brillo al gris del asfalto y de los tejados.

—¡Qué pena que ya no tengas el Polar! —comenta Isa.

Corso mira fijamente la carretera.

—Ya estaba viejo y no valía la pena repararlo.

—Molaba muchísimo. En cambio, esta caja no dice un carajo.

—Dice lo que hace falta que diga: «Te llevo a casa». Pero esta es una conversación que ya hemos tenido. ¿Qué querías?

—¿Que qué quería?

—El tren de las 14.04 que pasa por Vercelli, como todos los que van a Milán, sale de Porta Nuova, pero la primera parada es Porta Susa, que a Arcadipane le cogía de camino. Así que, ¿qué querías?

Isa juguetea con la junta de la ventanilla.

—Ahora estoy en la policía de tráfico.

—Sí, Arcadipane me ha informado.

—Y desde hace cuatro años tengo una relación con Angela Tomatis. ¿Te acuerdas de la testigo del...?

—Arcadipane me ha puesto al tanto —asiente Bramard.

—Vivimos en su granja y nos estamos planteando tener un hijo. Al principio ella, sobre todo, pero ahora yo también.

Corso guarda silencio, porque las preguntas que se le vienen a la mente no son las que cabe esperar de un hombre inteligente e informado.

—Si te estás preguntando si se puede, te diré que la legislación no es clara ni estable, pero quien quiere lo hace, con inseminación artificial, quizá en el extranjero, o, si le parece mejor, con métodos

naturales. Nadie puede prohibirle a una mujer que tenga un hijo. Quien esté después con ella mientras lo cría, ya es asunto suyo.

—Eso es también lo que pienso yo —reconoce él.

Continúan durante unos minutos en silencio, con el piano bloqueado en el rellano de la segunda planta; es difícil volver atrás y también seguir adelante... Uno de los dos debería agacharse aunque no tenga la certeza de que después conseguirá ponerse de nuevo de pie.

—Lo que quería decirte —resulta que la junta no vuelve a su sitio — es que estamos buscando un donante de semen y a mí me gustaría que fueses tú.

Bramard sabe que en este momento cualquier respiración, incluso el movimiento de un dedo, podría provocar que el piano se precipitase hasta la planta baja, en un carnaval de teclas que saltan y esquinas que se desgarran, agrietando las paredes. Por eso permanece en silencio.

—Con Angela había hablado de tomarnos un poco más de tiempo y pedírtelo juntas, pero después Arcadipane...

—¿Te ha puesto al día?

—Sé que dicho así parece...

—No. —Él niega con la cabeza—. Lo has dicho bien. Me siento honrado.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—No.

Ahora avanzan por la avenida grande, de espaldas al río. El viejo Zafira pasa a la siguiente marcha.

—Mira, no es necesario que lo hagamos, si es eso lo que... De hecho, incluso podría no funcionar. En cambio, si el semen se procesa en un banco, es posible hacer varios intentos de inseminación incluso aunque...

—Aunque ya esté muerto.

—No pretendía decir eso.

—Lo sé, pero aun así sería un pensamiento racional. En cualquier caso, mi respuesta es: me siento honrado, conmovido, pero no. Podría explicarte el motivo, en realidad los motivos son varios, pero estoy cansado. Además, son motivos personales, así que te pido que confíes en que soy sincero. Encontrarás otras soluciones, y lo digo con una pena de la que me avergüenzo, porque esta es una de las cosas más

bonitas que me han pedido en la vida.

Isa da por perdida la junta y apoya las manos en las rodillas. La silueta de Porta Nuova se eleva audazmente a su izquierda. Bramard se detiene bajo la marquesina.

—Date una semana para pensártelo.

—Isa...

—Dos —concluye ella, y no es una pregunta. Después se baja.

Corso se toma un segundo y después se va.

Ella lo ve alejarse en ese coche culón y con las juntas hechas una mierda.

—Está visto que eres un viejo gilipollas —dice para sí mientras se dirige al metro—. El de las 14.04 solo sale de Porta Susa.

29

Arcadipane conduce a través del tráfico urbano sin encender la radio. En su cabeza no hay un pensamiento sólido, sino una maraña blanda e indiferenciada en la que se enredan Apostolo, Normandia, Mariangela, la *dark web*, Bramard, los icebergs, Loredana, la *deep web*, Isa, los Tor, Eslizón, Ariel, Marangon, duecon.com y... ¿El resultado? Conduce. Con la atención puesta en los demás vehículos: no tocarlos, no ser tocado por ellos.

A las catorce horas y diez minutos ha aparcado ya delante de la puerta, pero al otro lado de la calle.

No ha llamado por teléfono para confirmar la hora exacta. No se ha preguntado si habrá otra persona que lo esté esperando. Como ya hemos dicho, no hay un pensamiento. Ni siquiera el pensamiento de por qué está allí. Lo único que hay es una tarde libre antes de la cena. En un aparcamiento o en cualquier otra parte...

A las dieciocho horas y doce minutos la puerta principal se abre. Han pasado cuatro horas, durante las cuales ha bajado a Trepet dos veces del coche, ha caminado haciendo equilibrios por el bordillo que separa el aparcamiento del campo, se ha fumado dos cigarrillos y se ha comido un puñado de gominolas de regaliz.

No se distingue quién ha abierto la puerta principal; tan solo se ve a Luca Apostolo salir por ella, atravesar el patio delantero hasta llegar a la alambrada (donde el mecanismo eléctrico de la cancela se desbloquea) y estar ya fuera, con unos vaqueros, una chaqueta deportiva brillante, el pelo de los laterales del cráneo más largo y el de la cresta decaído a los lados. Pero Arcadipane no sabe hacer metáforas ni utilizar aquellas que otros han hecho.

Levanta la mano. El chico lo ve y se dirige hacia él, lo que, a priori, permite excluir que haya otras personas esperándolo. Para cuando abre la puerta del coche y se sube, Arcadipane ya ha arrancado.

—¿Te han contado qué ha pasado?

—No, solo me han dicho que salía esta tarde.

—Vale, te lo explico yo, entonces.

A las dieciocho horas y treinta y siete minutos están atrapados en un atasco en la avenida Oddone y Arcadipane ha terminado ya de contarle todo lo que había que contarle. Apostolo lleva un par de minutos fumando un cigarrillo que le ha pedido, con la ventanilla abierta a medias.

—¿Me deja su móvil? —pregunta el chico—. El mío me lo han devuelto, pero no tiene batería.

—¿Quieres llamar a tu madre?

—No.

—Si yo fuese tú, me lo pensaría mejor.

Cinco minutos más tarde han recorrido un centenar de metros.

—Es su hermano. —El joven fuma—. Quizá yo hubiese hecho lo mismo.

—Quizá, pero voy a darle un par de vueltas más.

Finalmente logran colarse más allá de la avenida Novara; en principio, lo peor debería de haber pasado. El chico marca con el pie un ritmo muy veloz que probablemente se corresponda con lo que gira en su cabeza. Arcadipane sabe que preferiría que el coche tomara la circunvalación y después pusiese rumbo al mar o a Milán, a cualquier sitio que no suponga estar dentro de poco en la puerta de su casa. Pero la calle Cigna es un canal de drenaje y ellos, un barquito de papel. Los edificios cambian, se empobrecen; ya casi están en Barriera.

—De todas formas, gracias —dice— por haberme creído.

—No te he creído.

—Tal vez no, pero sí lo ha presentido.

—Yo no he presentido nada de nada. Simplemente has tenido muy mala suerte al principio y bastante suerte después.

Se adivina la sombra de una sonrisa en el rostro del chico, pero sus labios no están acostumbrados a este movimiento.

—¿Clara irá a la cárcel?

—No lo creo. Ni tampoco el hermano, en vista de su estado. Además, la mujer despertó ayer del coma. Parece que saldrá adelante.

—Estaba a punto de preguntarle por ella.

—Claro, claro.

Llegan a Barriera. El chico observa las calles que conoce, esas calles en las que nació, se metió en peleas, trapicheó con drogas y

pensó en escapar, y a las que ha echado de menos. Arroja el cigarrillo desde la ventana igual que un perro orina en su esquina. Arcadipane para justo delante de su casa. Apostolo se gira para mirar a Trepet, que está tumbado panza abajo en el asiento.

—A usted le gustan las causas perdidas, ¿eh?

—Llama al timbre. Si tu madre no está, la esperamos en el bar.

—Estará. Siempre está.

—Ya. —Arcadipane se lleva a la boca una gominola de regaliz sin ofrecerle ninguna al joven—. Ahora vete, tengo que darme una ducha y cambiarme, esta noche tengo una cena. Espero no volver a verte.

—Lo mismo digo. —Y sale.

30

—Llevo muchos años viniendo y nunca he visto pelearse a los dueños. Me parece horroroso ir a los sitios en los que la gente se dedica a mandarse a tomar viento fresco, ¿no? En el momento te ríes, pero después te dices: «¡Para esto era mejor quedarse en casa cenando!». ¿Tú tienes hijos?

Alquimista, que al final se llama Nicoletta, niega con la cabeza gacha y sonríe.

—Yo tengo un hijo de veintiún años que juega al fútbol y una hija de veintidós que siempre ha sido buenísima en los estudios. Desde que me separé los veo menos: el chico vive fuera de casa, pero me parece que está bastante centrado. La chica, en cambio, espero que simplemente esté en un momento de transición, porque no te digo dónde me la he encontrado.

Alquimista levanta un poco la mirada, lo que probablemente significa «me interesa mucho saber dónde». Arcadipane abre la boca, pero después se acuerda de con quién está y por qué.

—Nada, son chiquillerías... Además, por mi trabajo no puedo estar tan pendiente de ellos.

—¿Y en qué consiste ese... —Alquimista hace un gesto en el aire con dos dedos de cada mano— trabajo?

—Soy policía.

Alquimista abre los ojos como platos, pero, para compensar, agacha la cabeza.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Ella asiente, preparada.

—Trabajo con niños.

—Ah, ¿eres maestra?

—Enfermera en una unidad de obstetricia.

—Qué bonito.

—Digamos que es muy... —gesto en el aire con los dedos— educativo.

Arcadipane la observa mientras ella vuelve a bajar la mirada hacia el trozo de mantel en el que dentro de poco habrá un plato, pero todavía no lo hay. Y encima eso que hace con los dedos. Bah. De todas formas, ¡qué coño puede decir él, que está aquí simplemente porque se lo ha prescrito una psicoloca!

Llega el camarero, uno de esos con contrato temporal al que pagan poco o nada y que al final se van. Por eso en el local siempre hay alguno que va dando vueltas entre las mesas tratando los platos de pizza como si fueran artefactos explosivos a punto de estallar.

—¿Tú siempre la tomas así? ¿Solo con *mozzarella*?

Alquimista asiente y empieza a cortar la pizza como si estuviese pelando una manzana con el propósito de conseguir al final una sola tira de piel. Un trabajo vigoroso que va del exterior hacia el centro, siguiendo con toda probabilidad la orientación de las piedras de Stonehenge. Arcadipane lo observa con admiración: todas las espirales concéntricas tienen un radio de dos centímetros. Una proeza propia de la vieja Escuela para Mecánicos de la Fiat. Control de dimensiones y precisión.

—Perdona —ríe ella tras su mano bien extendida—, es una de mis... —y vuelve a mover los cuatro dedos en el aire— manías.

Arcadipane se encoge de hombros y empieza a cortar su pizza siguiendo como único criterio el diámetro de su boca multiplicado por dos.

—Cada cual tiene las suyas, ¿no? Hace tiempo detuvimos a uno que frecuentaba los barrios de la gente de bien. Joven, buena planta, siempre iba por ahí con unas tijeras de sastre.

Ella interrumpe su trabajo de tallado y lo mira con un aire de deseado horror.

—No, no —la tranquiliza Arcadipane, masticando—. El tipo, en cuanto veía a una señora con un perrito de la correa, tomaba carrerilla y, ¡zas!, le cortaba la cuerda y se escapaba con el chucho debajo del brazo. Solo elegía a perros pequeños y de pelo largo. ¿Y sabes qué hacía con ellos?

Nicoletta siente un escalofrío en todo ese cuerpo pequeño, delgado y austero que le ha sido concedido en esta vida, en la próxima ya veremos. Da la impresión de que sus huesos frágiles, su cabello fino y sus ojos tan celestes y poco profundos forman parte de un aparato hecho para alzar el vuelo y elevarse sobre las cosas pesadas de esta

tierra. Ectoplasmática..., diría Arcadipane si supiese recordar y pronunciar alguna palabra de más de ocho letras.

—Se limpiaba los zapatos con ellos.

Nicoletta pone en blanco los ojos, pequeños como bolitas de naftalina.

—Daba la vuelta a la esquina, buscaba un lugar apartado, les cerraba el hocico con una pelota de tenis cortada y se ponía a ello... Una buena cantidad de betún para zapatos negros y empezaba el cepillado. Después los dejaba libres, sin un solo rasguño, aparte del pelo sucio de betún. Dimos con él porque un día cogió el perro equivocado: el pekinés de la mujer de un juez. Se envió a dos agentes expresamente para resolver el caso y hasta se ordenó que se analizara el betún de los zapatos, que era un producto muy especial, francés... Pero ¿por qué te comes la pizza así?

Ella secciona con un movimiento bastante complejo de cuchillo y tenedor la franja de pizza que está masticando de manera continuada, a la manera de un camélido andino.

—El mundo es continuidad, conexión, unidad —explica, tratando de ocultar su disgusto por tener que infringir estos tres principios—. En las civilizaciones antiguas, la espiral era el símbolo de ese vínculo entre las cosas. Por eso, cuando como, intento mantener la unidad de la comida, la mía propia y la del mundo del que formamos parte. A decir verdad, es una práctica bastante extendida, pero yo la aprendí en una novela sudamericana. Ahora hay grupos en todo el mundo que la —gesto en el aire con los dedos— enseñan.

Arcadipane asiente.

—¿Y la cosa esa que haces con los dedos?

—¿Qué cosa?

—Cuando estás hablando, de vez en cuando te paras y haces así con los dedos. —Arcadipane la imita.

—Eso son comillas.

—Comillas.

—Significa que pones entre comillas la palabra que vas a decir a continuación. Esto lo aprendí hace muchos años en la serie *Friends*. Phoebe lo hacía siempre. Es una manera de relativizar. Tal vez es por mi trabajo. —Vuelve a bajar la mirada, casi como si se estuviese disculpando—. Estar cada día cerca del principio de la vida te ayuda a comprender que todo es relativo, breve y maravilloso al mismo

tiempo.

—¿Por qué son tan feos cuando acaban de nacer?

Ella levanta de nuevo los ojos, esta vez rápidamente.

—No son feos.

—Entonces nosotros hemos tenido mala suerte, los nuestros eran horrorosos, sobre todo Giovanni. Parecía una pantufla que alguien hubiese metido hecha un gurruño en el fondo del armario. Fíjate, mi mujer lo llamaba Mister Magoo... Increíble si uno piensa en el pibón que está hecho ahora.

Ella intenta decir «je, je». Después baja la mirada y, resignada, retoma su consumo en forma de espiral de la pizza.

A las once Arcadipane está ya con el coche delante de su casa. En cuanto salieron de la pizzería, Nicoletta le comunicó que sentía una sombra en él y que, por favor, no se lo tomase a mal, pero no pensaba que su encuentro pudiese dar lugar a espacios de elevación.

Sí, sí, se apresuró a confirmar él, muerto del cansancio: no habría «evolución».

Al escuchar la palabra *evolución*, ella pareció animarse un poco, tal vez alcanzada por un microscópico replanteamiento, pero ya había comenzado la espiral descendente y una espiral no debe interrumpirse, así que le dio las gracias por haberle permitido conocer una región del mundo tan lejana de la suya, porque también aquello que no nos pertenece es valioso, pero... Mientras tanto, Arcadipane estudiaba su blusa con mangas abombadas, y una vaga somnolencia de la que no se sentía culpable lo iba conquistando todo. De hecho, había trabajado duramente y había hablado durante todo el día con personas difíciles acerca de cosas difíciles. Tal vez habría sido mejor explicarle todo esto a Alquimista o a cualquier otra mujer. Y si lo hubiese hecho en su momento con Mariangela, mejor todavía.

Sale del coche más cansado y menos alegre que antes, saca las llaves y entra en el vestíbulo, donde alguien se está moviendo bajo la luz mortecina de la lámpara: el hijo de la vecina del primero. Cuando lo ve, el chico se pega contra la pared, siguiendo su perímetro como una cucaracha con tal de evitar el encuentro en el centro del rellano.

—Oye, muchacho, escúchame un momentito...

31

En ese número hay una peluquería con la persiana bajada.

Vuelve al cruce, comprueba la calle y después consulta el mensaje de Isa, pero el nombre y el número son correctos.

Recorre de nuevo los cincuenta metros que hay hasta el 18, donde la persiana sigue bajada y no hay timbre. Acerca la oreja: dentro, nada se mueve. No existen en los alrededores tiendas abiertas en las que preguntar y los transeúntes son transeúntes. ¿Por qué iban a saber quién vive allí y qué es de él?

—¿Es usted el último?

Arcadipane se gira ciento ochenta grados y se encuentra en el cono de sombra de un hombretón unos veinte centímetros más alto que él. No es viejo, pero es difícil calcular la edad de la gente que pesa más de ciento diez kilos. Si se suma su larga barba con algunos pelos blancos y se resta su peto, al final se podría decir que tiene cincuenta años. En la cabeza, un gorro de maquinista ruso que le hace parecer aún más grande.

—¿El último para qué? —pregunta Arcadipane.

—Para él. —El hombretón señala la persiana bajada.

Arcadipane responde que sí, que está aquí por eso.

—¿A qué hora suele abrir?

El hombre lo mira con ternura. En la gente grande, la ternura es como un tanque que hiciera las veces de autobús escolar.

—Se nota que no lo conoce —responde—. Él no tiene horarios, su puerta siempre está abierta.

—Sin embargo, ahora está cerrada.

—Porque los miércoles por la mañana se celebran los entierros solitarios.

—Solitarios.

—De los difuntos que no tienen a nadie. Él los acompaña para una última despedida, unas palabras, una presencia. —Consulta la hora en su muñeca—. Son ceremonias rápidas, no creo que tarde.

—O sea, que no es peluquero.

Una sombra de contrariedad comienza a surcar el rostro del hombre y tarda bastante tiempo en recorrerlo por completo. Arcadipane advierte que tiene un ojo enrojecido y que cuando habla moja mucho con saliva el labio inferior.

—Me parece que tiene usted una información equivocada. La peluquera que trabajaba aquí se jubiló hace tres años y ahora alquila su local como vivienda.

—A este Luigi Normandia.

—No lo sé, nosotros lo conocemos como «Él». Si me permite preguntárselo, ¿por qué está usted aquí?

—Tengo que hablar con él.

—¡Como todos! Yo tenía este problema en el ojo, ¿lo ve? Lo daban por perdido, pero ahora está mejorando. ¿Usted sobre qué tiene que hablarle?

—Sobre varias cosas, pero principalmente sobre el hecho de que esté rodeado de gente que no sabe meterse en sus putos asuntos. ¿Cree usted que podrá hacer algo?

El hombre lo mira fijamente. Intenta comprender hasta qué punto está hablando en serio. Comprende que está hablando en serio.

—Yo también he sido así: agresivo y asustado. —Sonríe—. Hágame el favor de decirle que pasaré por la tarde, esta mañana tendrá muchas cosas que hacer. Adiós.

El hombre se dirige con paso elástico hacia una señal de prohibido aparcar, desata una bicicleta nórdica, con contrapedal y manillar alto para mantener la espalda recta, y se aleja montado en ella. Como tiene que cambiar de sentido, vuelve a pasar por delante del establecimiento y sonríe de nuevo como si el rencor fuese soluble en agua.

«¿Por qué coño sonríes?», piensa Arcadipane mientras se sienta en uno de los tres escalones, el más bajo.

Se enciende un cigarrillo. Conoce el barrio porque conoce todos los barrios de la ciudad, exceptuando los que han nacido en los últimos cinco años en la zona norte. Además, aquí era donde vivía Bramard cuando sus caminos se cruzaron. Cuatro plantas sin ascensor para llegar a una habitación llena de libros, con una sola claraboya, hornillo de camping, una estufa que no encendía y el baño en el pasillo, compartido con gente con la que al día siguiente se

encontraría en su trabajo, y no precisamente porque fuesen compañeros. Así eran aquellos tiempos o tal vez así era Bramard. En cualquier caso, ¡el sueldo de comisario no era ni mucho menos una miseria!

Arcadipane fuma con largas caladas, de forma disciplinada, y contempla el ensanche en el que se encuentra. Veinte años antes, aunque estuviese junto a la sinagoga, era un rincón en el que se vendía droga. El edificio de enfrente, abandonado e invadido por gente desesperada, la calzada llena de baches... Y, sin embargo, mira ahora: un bar con terraza, una guardería, el edificio convertido en un *cohousing*, signifique eso lo que signifique...

En la calle hay gente y el tráfico normal de las mañanas de mercado, pero en cuanto lo ve, Arcadipane sabe que es él.

—¿Luigi Normandia?

El hombre, delgado y alto como una cuerda empapada, asiente. No lleva puesto nada que más tarde se pueda recordar: una camiseta de manga corta normal, unos pantalones normales y unas zapatillas deportivas normales, aunque rotas a los lados. Manos grandes y sucias, tal vez por los puñados de tierra que ha lanzado sobre los féretros de los difuntos solitarios.

—Soy el comisario Arcadipane. Tengo que hablar contigo.

—Ya lo sé —contesta Luigi Normandia.

Arcadipane lo mira y entiende que este hombre ha sido muchas otras cosas en su vida antes de ser lo que es ahora. Cosas muy diversas, cada una de las cuales ha dejado una marca indeleble: niño disléxico, diestro, natural del valle de Aosta, prodigio del piano, estudiante distraído, esquiador compulsivo, bachiller solitario, seductor, atleta, adolescente de dieciséis años que no se come un rosco, abstemio, único caso de coma etílico registrado la noche antes de la prueba de acceso a la universidad, alumno matriculado en la carrera de Filosofía, novio de la más deseada, nietzscheano férreo, pajillero, jugador de baloncesto, contestatario, paracaidista, astrónomo con simpatía por el tarot, agente que va de su casa a la central y de la central a su casa, autodidacta digital, madero desilusionado, hedonista, titular de tres patentes de las cuales una corresponde a un nuevo conductor eléctrico, agorafóbico, follador en serie, investigado, insubordinado, incapacitado, deprimido, izquierdoso, jubilado, predicador, frecuentador de los cementerios los

miércoles, hombre alto sin placa ante un hombre bajo con placa.

—Entremos —lo invita Luigi Normandia.

Levanta la persiana, que no tiene candado, y hace pasar a Arcadipane. Trepet lo sigue, subiendo como buenamente puede los altos escalones. El ambiente es el de un establecimiento para señoras: un espejo grande que ocupa una pared, dos sillones de peluquería y un desagradable olor a laca. Para convertir el local en una vivienda se han añadido un camastro, un escritorio sobre el que hay dos ordenadores y tres estanterías repletas de carpetas; todos ellos, objetos que pasan desapercibidos a Arcadipane, porque en realidad él está observando la cuarta pared, cubierta de una telaraña de fotografías, artículos de periódico y notas escritas en color azul pastel. Flechas, círculos, planos que se entrecruzan y una réplica en miniatura de un ascensor elaborada en cartón y colgada de un hilo, para subir mentalmente de un piso a otro en aquella ciudad unida por la locura.

—¿Qué haces con exactitud aquí dentro? —pregunta—. Digo yo que dedicarte a la peluquería no.

—Sirvo a quien lo necesita, dado que él me provee y me ha ordenado que a otros provea.

—¿Otros como el grandote de la conjuntivitis? Espero que todo este trajín te aporte algo.

—El hermano rico dormía en el palacio junto a su dinero y se despertaba hambriento. El pobre se quedaba dormido bajo un árbol y en su vida siempre se veía saciado.

Arcadipane se gira para mirarlo. Parado en medio de la sala, con un par de secadores de casco para la permanente que le sirven como fondo, el pelo rapado, el cráneo alargado e irregular, los pómulos elevados, la frente huesuda y la nariz como aplastada contra un cristal. El resultado es que es bello, aunque lo único que tenga bello sean sus ojos verdes y lejanos. Vuelve a observar el *collage* de la pared.

—¿Qué es esto? ¿Tu agenda?

Normandia se acerca a la pared.

—Es el diseño de Shun. —Levanta el brazo izquierdo para señalar la espiral de la que Arcadipane no se había percatado, un vórtice enorme que une todas las notas manuscritas, los artículos de periódico, las fotografías y los folios fijados a la pared—. El motivo por el que estás aquí.

—¿Yo? ¿Quién es Shun?

—Shun es el diseño, pero, al igual que la creación tiene un creador, Shun tiene un artífice que no se muestra a nuestros ojos. Por eso has venido. Para llegar a él y pedirle cuentas.

Arcadipane observa a Trepet, que, en efecto, contempla las trayectorias marcadas en la pared. Por debajo de la laca asoman otros olores de la habitación: olor a cerrado, a tóner, a pasta *al sugo* recalentada, a acetona, a zapatos, a pegamento y a algo surgido por efecto de una fricción.

—Oye, Normandia, tú has sido policía, ¿no?

—Lo he sido.

—Entonces sabes cómo funciona nuestra cabeza. Sabes que no estoy entendiendo ni un carajo. Sé concreto, por favor, porque son solo las nueve y ya me está explotando la cabeza.

Normandia lo mira. «Ahora es cuando me salta al cuello», piensa Arcadipane. Pero el hombre se dirige hacia una de las estanterías, seguido de Trepet, coge una carpeta, vuelve hacia él renqueando, con una leve cojera, y se la entrega. Siempre seguido por Trepet.

Arcadipane consulta las últimas páginas: los artículos sobre el caso del metro. Sigue de atrás hacia delante, limitándose a los grandes titulares: el suicidio de un profesor, el atropello de un chico, el homicidio de una bróker que le suena de algo, un incendio intencionado, un joven hallado muerto en un edificio industrial abandonado, un cadáver recuperado en un río y otras noticias cuya constante es que alguien estira la pata o casi. Diferentes lugares en los dos últimos años, con culpables, si existen, que acaban siempre en prisión. Entre unas cosas y otras, algunas páginas de apuntes en minúsculas letras de imprenta que necesitarían un par de horas para ser descifradas.

Arcadipane cierra la carpeta, pesada, ruda y, en general, propia de oficinista.

—Son casos resueltos, me parece a mí.

—Sí.

—Con el culpable detenido.

—Sí.

—Pero tú tienes una teoría. —Arcadipane da un par de toquecitos a la carpeta—. Que imagino que está aquí.

—Ahí —asiente Normandia—. Allí. —Mira hacia la pared—. Y aquí. —Se levanta la manga del brazo derecho, que hasta ese

momento ha estado colgando, abandonado, junto al tronco.

Arcadipane observa las trece líneas y la cruz abiertas con un cuchillo en aquella extremidad carente de fuerza.

—Imagino que nadie te ha hecho caso.

—No.

—¿Y por qué debería hacerlo yo?

—Él llamó a su puerta no por casualidad, sino porque, sin saberlo, habían tenido la misma visión.

—¿Y eso qué significa?

—Habla con los hombres que has buscado, sopesa sus miedos, comparte con ellos sus sabias razones y, si todo eso no te aleja, vuelve a llamar a esta puerta, porque tenemos un lugar adonde ir.

—¿Tenemos un lugar? ¿Qué lugar?

—Módena.

—¿Por qué? ¿Qué hay en Módena?

—Una joven muerta a la que no puedo resucitar y un hombre en la cruz.

Arcadipane baja los ojos hacia Trepet; el perro le devuelve la mirada.

—Necesito unas horas para echar un vistazo a todo esto —advierte Arcadipane—. Si no me vuelves a ver, ya sabes la respuesta.

Normandia asiente.

—Quería creer, pero él le dijo: «Si crees en mí, creerás a Simón el Mago, a los mercaderes de prodigios y a quienes aseguran hablar con los muertos». No creas, pues, pero toca con tu mano, porque, igual que el pez necesita el agua y el halcón el viento, así el hombre tiene que nadar en el mundo material.

A continuación, consulta el reloj de plástico colgado en la pared, con su esfera encajada entre ondas de cabello y el texto «Wella Professionals».

—Si conseguimos salir para mediodía nos evitaremos los atascos de Piacenza —informa.

Y, por primera vez, flota en su mirada una sombra de diversión. Muy particular, de acuerdo, pero incisiva.

32

—Soy Arcadipane. He llamado hace un rato para preguntar por Barbicinti.

—Un momento, voy a ver si ha vuelto.

Ruido de oficina, una puerta que se abre, objetos que se mueven sobre un escritorio, la llamada que se pasa a su destinatario.

—Aquí Barbicinti.

—Hola, Attilio. Soy Arcadipane.

Silencio.

—Arcadipane, de Turín, el del curso de formación sobre la Interpol en Trento, ¿te acuerdas? Compartimos habitación porque a última hora recortaron el presupuesto...

—¡Arcadipane, coño, cómo te cambia la voz por teléfono! ¡Pensaba que estabas llamando desde la Calabria profunda! ¿Cómo estás?

—Bien, bien, ¿y tú?

—Cuando estoy en la oficina, de maravilla, la mierda la tengo en casa... Y mira que podríamos estar bien ahora que mis hijos se han ido fuera a estudiar... El piso es demasiado grande... Y lo de mis turnos tampoco va bien... Y encima no pudimos ir a Argentina, pero bueno, ¡qué te voy a contar a ti!

—Exacto. Mira, perdona que te moleste, pero...

—¡Anda ya! ¡Qué molestia ni qué niño muerto! El otro día leí lo de vuestro caso de la colombiana. ¡Qué bueno, qué bueno! ¡Sigues teniendo olfato!

—Bueno, lo intento. Te llamo por una cuestión un poco... fuera de lo común.

—Nada, nada, cuéntame, a ver si podemos hacer que vuelva a entrar en lo común.

—Luigi Normandia.

Silencio. Ruido de oficina.

—¿Barbicinti?

—Sigo aquí. Pero ¿nuestro Luigi Normandia?

—¡Creo que sí! Estaba destinado en Bolonia. ¿Tú tuviste alguna relación con él?

—Relación, ninguna, pero esto es pequeño. ¿Ha acabado mal?

—No, no, me ha pasado una cosa... Es una larga historia, no quiero entretenerte. Lo único que quería saber es qué tipo de persona es.

El crujido de la silla reclinable; Barbicinti se pone cómodo.

—¿Qué quieres que te diga, Vincenzo? Raro ha sido siempre. Introvertido, cero relación con los compañeros, demasiada relación con las compañeras... Pero lo aguantábamos porque era bueno. Un visionario. ¿Sabes? Era el típico extravagante que se pasaba el día papando moscas y, de repente, obraba un milagro. Estaba claro que su sitio estaba en uno de esos laboratorios de cerebritos que crean vacunas o descubren lo que había en la bolita inicial del *big bang*. Pero estaba aquí y aquí lo manteníamos.

—O sea, era bueno.

—Era bueno, Vincenzo. Eso sí, no lo podíamos poner a hablar con testigos, sospechosos ni familiares de las víctimas. Para eso era un negado. Pero en el plano abstracto... Le dabas dos palitos y con eso podía calentarte la casa, no sé si me explico.

—Y las amonestaciones en la hoja de servicio...

—Pero qué quieres, ¿volver a incorporarlo? ¡Mira que tiene un brazo que para lo máximo que sirve es para hacer de percha!

—¡Anda ya! ¿Qué dices de volver a incorporarlo? Lo que ocurre es que ha aparecido en una investigación, como testimonio... Un asunto secundario... ¿Qué pasaba con esas amonestaciones?

—Las amonestaciones, dices. Se había tomado muy en serio un caso un poco... fantasioso, uno que de vez en cuando se sacaba de la chistera. Pero el jefe que teníamos entonces no era de esos a los que les gustan los pajaritos en la cabeza. Se lo advirtió por las buenas dos o tres veces, pero el tipo siguió a lo suyo, trabajando en ese tema en horario de oficina: archivos, tiempo, traslados, recursos... Ya sabes, esas cosas que nos sacan de quicio a los jefes. Total, que al final le abrió un expediente.

—Por insubordinación.

—Por insubordinación, incumplimiento del deber, ausencias injustificadas... Eso que escribimos para no decir directamente que

alguien es gilipollas. Pero Normandia no lo dejó. De día resolvía los asuntos ordinarios y de noche trabajaba en lo suyo. Empezó a agotarse.

—Pero ¿qué era «lo suyo»?

—¿Que qué era? Decía que existía un complot para condenar a inocentes endosándoles la culpa de algunos crímenes. Que detrás había una arquitectura muy grande... Así que había que retomar los casos ya cerrados, revisarlos. Ya sabes que un fiscal aguanta que te folles a su mujer, pero no que le reabras un caso cerrado y archivado, ¿no?

—La arquitectura esa, ¿se llamaba Shun?

—Ah, eso no lo sé. Habría que consultar los informes, si es que nadie los hizo desaparecer después del follón.

—¿Qué follón?

—Lo que te voy a contar ahora son rumores, Vincenzo, cosas que salen en la pausa del café o en la cena con los compañeros...

—Tranquilo, cuéntame, ya me encargo yo de separar el grano de la paja.

—Una tarde Normandia se encontró con un chico de quince años en el antiguo polígono industrial de la ciudad. Él dice que lo había seguido hasta allí. Las malas lenguas aseguran que fue él quien llevó al chico hasta una fábrica abandonada. Seis meses antes le habíamos tomado declaración al joven como testigo del suicidio de un amigo suyo que se había arrojado a las vías del tren. Un suicidio, sin duda, pero era uno de los casos con los que se había obsesionado. Pensaba que este Danilo tenía algo que ver con la muerte del amigo. Y le seguía la pista.

—¿Y qué pasó en la fábrica abandonada?

—Pasó que las versiones difieren.

—Difieren.

—Normandia dice que el chico intentó tirarse por el hueco del montacargas y que él lo agarró de un brazo. Quien le guarda rencor, en cambio, piensa que fue él quien lo columpió en aquel vacío para tratar de sacarle información.

—Y el chico se cayó.

—Sí, pero también en este caso las versiones...

—Difieren.

—¡Y mucho! Normandia dice que consiguió sostenerlo durante

cincuenta minutos, pero no pudo sacarlo del hueco porque el chico pesaba ochenta kilos y él no tenía ningún sitio en el que apoyarse. Ni siquiera logró sacar el móvil y llamar a urgencias, así que se limitó a agarrarlo, con la esperanza de que llegase alguien o de que el chico consiguiera subirse.

—Pero el chico no lo consiguió.

—Según Normandia, no quería.

—No quería.

—Normandia dice que no, porque el chico había ido a aquella fábrica con la intención de matarse y hacer que la culpa recayera en la persona que lo estaba presionando. En definitiva, quería seguir el siguiente esquema: amigo suicida, acusación injusta y pobre chico que se suicida. Esta es la versión de Normandia, claro, pero después está la llamada de teléfono.

—¿Qué llamada de teléfono?

—Mientras se encontraba allí colgado, el chico cogió su móvil y nos llamó. Le dio tiempo a decir que un policía lo estaba columpiando en el vacío para arrancarle una confesión y después se cayó.

—Se cayó la línea.

—Se cayeron él y la línea, y aquí, otra vez, las versiones difieren.

—Y mucho.

—Muchísimo. La que le gustó al jefe es la que dice que a Normandia se le ocurrió la gilipollez de balancearlo en el vacío para obligarlo a hablar; que el chico, aterrorizado, consiguió llamar y que en ese momento o bien a Normandia se le escapó o bien lo soltó voluntariamente.

—¿Y la versión de Normandia?

—Que sostuvo al chico durante cincuenta minutos y que en ese tiempo el joven le habló de un juego en el que, para ganar puntos, había que matar a alguien y conseguir que la culpa recayese sobre otro. Que se reía mientras se lo contaba porque estaba seguro de que no le creería. Después el chico llamó por teléfono, se empezó a mover para soltarse de Normandia y acabó precipitándose.

Arcadipane rasca durante unos segundos con la cucharilla las paredes de la taza, en las que se han solidificado los restos del café. La terraza del bar está vacía.

—La verdad es que, para que te guste la versión de Normandia —concluye—, hay que echarle ganas.

—Y mucho.

—En cambio, la otra versión es más...

—Digerible.

—Exacto.

—Pero está el asunto del brazo.

—¿Qué brazo?

—Cuando los compañeros llegaron, se encontraron a Normandia con el brazo casi desmembrado. El húmero fuera, los tendones destrozados, los músculos completamente desgarrados... Algo que no ocurre si sostienes a alguien durante solo unos minutos, por mucho que pese. Así que surge la duda: si el objetivo era hacerlo cantar, ¿por qué seguir hasta destruirse el brazo?

—¿Por qué?

—No hay ningún motivo, así que la versión de Normandia sobre los cincuenta minutos en los que intentó sostener a toda costa al chico tiene alguna base.

—¡La tiene, sí!

—¿Y qué se hace en estos casos? Una acusación lleva a una investigación, una investigación a un chivatazo, un chivatazo a una nota de prensa, una nota de prensa a un titular, un titular a un procesamiento, un procesamiento a un montón de mierda sobre la policía. Así que mejor conseguir que todo quede en casa y encontrar una vía intermedia.

—La baja y la paguita.

—¿Qué podían hacer, si no? Normandia estaba ya zumbado, discapacitado, obsesionado con aquel puto juego... Hasta se negaba a aceptar una operación para arreglarle el brazo. Con todos los gastos pagados, ¿eh? Decía que era una prueba y que tenía que quedarse así. En aquel estado no podíamos mantenerlo en servicio. Tendremos nuestras cosas, pero tampoco somos un manicomio...

Arcadipane hojea algunos de los folios de la carpeta, que ya ha leído entera. Ve a la camarera pasar por el vano de la puerta y le hace un gesto para que le ponga otro café.

—Oye, ¿y temas de religión?

—¿Religión en qué sentido?

—La Biblia, el Evangelio, cosas en plan predicador.

—No, creo que no.

—Entonces, ¿hablaba de forma normal?

—Normal es mucho decir en el caso de Normandia, pero no recuerdo nada relacionado con la Iglesia.

—¿Y no se dedicaba a sanar a la gente? Un poco como un curandero...

—Ay, Vincenzo, ¿no estarás entrando en una secta o algo así? Mira que Normandia es de esos que se camelan a la gente, ¿vale? Mantenlo a distancia y no dejes que te saque los cuartos: a nosotros el paraíso no nos llega hasta que nos jubilamos.

—Qué gracia tienes, Barbicinti.

—En vista de donde estamos, no podemos tomarnos todo en serio, ¿no? Por cierto, tú que vives en Turín, ¿no tendrás por casualidad alguna entrada de sobra para el fútbol? Mi hijo pequeño se ha hecho hincha, ¡pero vaya precios! Además, hay que comprar las entradas con un año de antelación...

—Veré qué puedo hacer. —Le llega el café.

—Gracias. Pero mantente lejos de ese tipo, ¿vale?

—Pero ¿por quién me tomas, Barbicinti? ¿Por un crío? —Arcadipane ríe—. A este tipo de gente la vemos venir a cien metros.

—A medio kilómetro, Vincenzo, a medio kilómetro... Entonces ya me cuentas si consigues entradas, ¿no?

—Claro que sí.

—¿A tomar por culo Normandia?

—A tomar por culo, claro que sí.

33

—En la noche del domingo 17 se celebraba en la pedanía de Campanazzo el fin de la verbena campesina que había comenzado el día 15 en dicha localidad. El programa de festejos incluía una cena bajo una carpa con los permisos oportunos, la entrega del premio de la competición de petanca, la entrega del premio del concurso de poesía «Mi Campanazzo», música en directo con el DJ Alessio, magia, fuegos artificiales y cierre simbólico de las puertas a cargo de la condesa de Campanazzo, título honorífico rotatorio.

»En dicho lugar, Pilar Fuxardo, nacida en Málaga, de veintiún años, que pasaba unos días en casa de su amiga Donatella Melagoli, también de veintiún años, a la que había conocido unos meses antes durante una estancia Erasmus, acudió a la verbena para reunirse con otros jóvenes de la localidad, amigos de Melagoli.

»La noche transcurrió entre risas y bromas, los jóvenes bailaron pese a que la música era de otros tiempos y asistieron al espectáculo de fuegos artificiales, tras lo cual, alrededor de la 1.20 horas, Melagoli y Fuxardo se despidieron porque al día siguiente la primera tenía que acompañar a la segunda hasta Milán, desde donde salía su vuelo de regreso a las 9.40 horas.

»Una vez fuera del campo de deportes en el que se celebraba la verbena, las dos jóvenes avanzaron por la carretera nacional 52, en la que se habían formado dos filas continuas de automóviles, aparcados tanto a la derecha como a la izquierda. Dado que ambas habían llegado tarde a la fiesta y que a ella habían acudido muchos forasteros atraídos por el menú popular a base de ranas y *tortelli* y también por los fuegos de Campanazzo, muy famosos en la zona, las chicas tuvieron que dejar su vehículo Punto a unos dos kilómetros de la pedanía.

»Fuxardo y Melagoli recorrían la carretera en fila india, avanzando por el arcén derecho, ya que a quinientos metros del campo de deportes terminaban las farolas y la carretera nacional

carecía de iluminación. Casi habían llegado a su Punto, propiedad del padre de Melagoli, cuando un coche que apareció a gran velocidad, según el testimonio de Melagoli, tomó la curva demasiado abierta y golpeó con violencia a Fuxardo, que era la que iba caminando por detrás. Melagoli, en estado de shock, empezó a llamar a su amiga, habida cuenta de que no la veía ni en la carretera ni en ninguna otra parte.

»Mientras tanto, el vehículo se detuvo unos cincuenta metros más adelante. Bajó de él Domenico Borghi, de cuarenta y tres años, que, impactado por lo ocurrido, comenzó a buscar a Fuxardo junto a Melagoli, gritando su nombre e inspeccionando el área circundante, un maizal. En ese tiempo fueron llegando otros coches a la zona, que se detuvieron. Algunos de sus conductores llamaron al teléfono de urgencias médicas y al nuestro. Se colocaron tres vehículos de tal modo que el campo quedó iluminado, una decena de personas se sumaron a la búsqueda y, al cabo de diez minutos, se localizó el cuerpo de Fuxardo en un canal de agua para riego que en aquel momento se encontraba seco, a unos quince metros del punto del accidente. Un médico presente entre las personas que habían acudido la asistió y la examinó, pero solo pudo constatar su fallecimiento, dado que las heridas de la cabeza, como posteriormente confirmó la autopsia, debieron de provocarle la muerte en el acto.

»Nosotros llegamos rápidamente al lugar, a la 1.47 horas, aplicamos los protocolos previstos, apartamos a las personas no implicadas y procedimos a realizar las primeras averiguaciones mientras esperábamos la llegada de la ambulancia.

»El causante del atropello, muy afectado por lo sucedido, viajaba con su mujer y sus dos hijos gemelos de doce años en su Renault Megane. Según su declaración, iba a una velocidad máxima de ochenta kilómetros por hora. También ellos venían de la fiesta, dato este que hizo sospechar que el individuo había ingerido una cantidad de alcohol superior a la permitida, como, de hecho, confirmó la prueba practicada. De acuerdo con su primera declaración, realmente confusa por el estado de agitación en el que se encontraba, cuando él estaba entrando en la curva Fuxardo “se precipitó hacia el centro de la calzada”, hipótesis esta que desmintió la amiga de la joven, según la cual ambas avanzaban en fila por el lado derecho.

El cabo Fenice se salta algunos folios, aunque sin dejar de mirar

el atestado. En el despacho hay un ruido de grava y de pequeñas piedras en movimiento. Un vago olor a lechuga que lleva demasiado tiempo en el agua.

—Hay un par de páginas más —anuncia, sin levantar la mirada de las hojas—, pero creo que tienen poca sustancia. Quería leerles el atestado porque aquella noche yo no estaba de servicio, pero Tonelli, que fue uno de los primeros en llegar, es muy minucioso y bastante inmune a la «lengua carabinieresa». Como es evidente, hay otros documentos sobre esta investigación, pero requieren tiempo. En cualquier caso, si tienen preguntas, estoy a su disposición.

Arcadipane termina de masticar la gominola de regaliz y se mira las manos, que mantiene entrelazadas, y los antebrazos apoyados en sus rodillas, con las piernas abiertas. Una posición nada elegante, pero cuando estás escuchando ciertas cosas hay que anclarse lo mejor posible a la tierra. Eso es algo que se aprende después de muchas horas de vuelo.

—¿Y qué puede decirme del hombre del Megane?

—¿De Domenico? Nació aquí, en Stezzaglio. Todo el mundo lo conoce, en parte porque es el dueño del único supermercado de proximidad que hay. Trabaja en él junto con su mujer. Un tipo amable. Lo conozco en persona porque hace unos años los autocares de los hinchas de un equipo de fútbol cogieron la costumbre de parar en el pueblo cuando viajaban al campo de algún rival. Hubo algunos episodios desagradables en el supermercado de Borghi. Pequeños hurtos. Cuando aquello degeneró en un auténtico saqueo, él nos pidió que interviniéramos. Hubo unas diez denuncias, pero al final renunció a llevar a los acusados a juicio. Una persona razonable, muy equilibrada.

—¿Y la prueba de alcoholemia?

—Había bebido. Él dice que dos copas de vino. Añadámosles dos más. Eso, sumado a la hora y al cansancio, redujo sus reflejos, desde luego, pero si hubiéramos parado a otros cincuenta conductores difícilmente habríamos obtenido resultados diferentes. Lo cual no quita que sea una pésima costumbre. Y también un delito. Discúlpeme, pero preferiría que no fumara. No es una cuestión de protocolo, es que soy asmático.

Arcadipane se guarda el cigarrillo, que, en realidad, ha sacado sin darse cuenta.

Mira al cabo Fenice, uno de esos hombres que con toda probabilidad cuando tenía cinco años ya pensaba en hacerse agente, y a partir de entonces voló durante treinta y pico años como una flecha hacia aquella diana: dirigir una comisaría, tal vez grande, pero sin renunciar a la acción, sin dejar de estar vinculado a su territorio. Nada de carrera, papeleo y lamidas de culo. La gente. Como un sacerdote que justo después de ordenarse, la noche antes de conocer su destino, está en su dormitorio y reza: «Una parroquia, haz que me den una pequeña parroquia, Señor, con un oratorio y un patio polvoriento. No te pido un campo de fútbol de verdad, no te pido un césped, Señor, dame polvo, balones pinchados y niños que no conocen el acto de contrición. Niños que no comulgan y que en el confesionario dicen "he cometido actos impuros". Viejas maledicentes que al arrodillarse dejan al descubierto el elástico de las bragas desgastadas, malos lectores de extractos de las Escrituras, recaudadores de limosnas con bocio y voces insufribles en los coros, exceptuando la de ese hombre alto y tímido que siempre se encuentra entre los cantantes aficionados, ese que tiene un pelo abundante del que se avergüenza, porque pasados los sesenta años la vanidad es un delito, en especial si se es viudo. Dame a ese que mantiene su voz a raya durante meses y meses, hasta que una mañana de otoño, en un funeral, la despliega por completo, como un mantel de lino tejido únicamente para una cena, y entonces todo lo que forma parte de esa iglesia banal, hasta las bragas desgastadas y el monaguillo con zapatos de lucecitas, sube dos octavas y vibra en tu gloria. La gloria de los apartados en los coros, de los fracasados, de los casi penitentes, de los casi tocados por la fe».

—¿Comisario? Le estaba preguntando si tiene más dudas...

—¿Qué puede decirme de la chica, Melagoli?

El cabo se toca el nudo de la corbata.

—Es difícil dar una opinión acerca de una chica de veinte años que acaba de ver morir a su amiga. Parece que se conocieron el año pasado durante su Erasmus en Serbia. Después Fuxardo vino a visitar a Melagoli durante unos días, coincidiendo con la verbena, de la que la chica italiana le había hablado. Los días anteriores habían ido a Milán, a Bolonia, a un par de conciertos... Las cosas normales de las chicas de esa edad. La noche del accidente las dos habían fumado cannabis. Melagoli lo reconoció de inmediato, pero por mi experiencia diría que no eran consumidoras habituales. Además, no creo que ese

consumo haya tenido un efecto en lo ocurrido.

Arcadipane se lleva a la boca otra gominola de regaliz.

—No le ofrezco ninguna porque se me han derretido en el bolsillo.

—No se preocupe, tengo problemas de azúcar.

La cara del *carabiniere* es muy seria para su edad, pero ni rastro de arrogancia en ella.

—¿Y ahora cómo va todo? —se interesa Arcadipane.

El hombre también entrelaza sus manos, pero se las coloca delante de la boca, y sacude la cabeza.

—Es todo muy triste.

—¿En concreto?

—A Domenico Borghi le esperan problemas muy graves, quizá no la cárcel, aunque con las nuevas leyes... En cualquier caso, no es de esas personas que necesitan pasar por una celda para pagar su pena: sus dos hijos adolescentes estaban presentes, creo que tardará mucho tiempo en digerir lo que ha pasado, si es que consigue hacerlo algún día. Melagoli, en cambio, es joven. Sufrirá, pero se hará un callo y caminará encima de él. Probablemente ahora no se lo crea, pero dentro de unos años volverá a esa verbena. Otra cosa que no sabe es que cuando vuelva, aunque hayan pasado cuarenta años, todavía seguirá pensando en aquella noche y le parecerá que fue ayer.

—Es usted muy sabio.

—¿Le parece?

—Sí.

—Eso es porque aquí no pasan grandes cosas. Tenemos mucho tiempo para pensar. De todas formas, todavía no le he contado lo más triste.

—Ya me lo imaginaba.

—Fuxardo, la chica española... Sus padres estaban de viaje en algún rincón perdido de Mali. Hasta ayer no conseguimos informarles, así que llegarán dentro de unos días. Mientras tanto, los restos de la joven están en una bolsa en la sala de nuestra funeraria, en un lugar en el que no conoce a nadie.

Arcadipane asiente. Como tristeza, la noticia no le ha decepcionado.

—Se preguntará por qué le planteo todos estos interrogantes. ¿Es suficiente si le digo que en estos momentos soy alguien que está

intentando localizar Marte a simple vista y a plena luz del día?

—Ya me hago una idea.

—Como veo que es usted muy comprensivo, me voy a permitir pedirle también la dirección de Melagoli.

—Eso ya es más complicado, en vista de que ustedes no han venido de forma oficial, pero si pregunta por ahí le contarán que su padre tiene el único establecimiento de reparación y venta de bicicletas de la zona y que la familia vive en el piso de arriba.

Arcadipane le da las gracias y se levanta. En cambio, el cabo Fenice permanece sentado.

—¿Usted está viendo algo que yo no he visto?

—¿En este asunto?

—En el accidente.

—Si tuviese una respuesta, se la daría.

—¿Y su compañero? ¿Qué dice él?

Arcadipane gira la cabeza hacia Normandia, que se ha pasado toda la conversación observando el acuario, en el que hay una tortuga encaramada a una roca probablemente falsa, con las patas y el cuello extendidos fuera del caparazón para tratar de aprovechar el poco calor que entra por la ventana, que da al centro histórico.

—Vio muchas ciudades —arranca Normandia—, y vivió muchas noches de amor...

«¡La madre que lo parió!», piensa Arcadipane.

—... Conoció los animales, el calor y el origen, cuando la vida nacía en los mares y de los mares salía para regresar a ellos, hasta que algunas criaturas decidieron permanecer y la tierra fue poblada. Pero aún no se podía llamar sabio. Así, visitó a las puérperas y se maravilló ante su alegría. Pero no fue sabio hasta que pasó noches junto a los muertos, en las estancias que los acogen, llenas de su soledad y de la despedida que no habían recibido.

En la habitación solo queda el goteo de la depuradora que garantiza el suministro de agua limpia a la tortuga. Unas cuantas hojas de lechuga flotan en ella, mansas.

—Bueno, no le molestamos más. —Arcadipane tiende la mano al cabo Fenice—. Ya le hemos quitado demasiado tiempo. Gracias de nuevo.

Fenice se levanta, esboza una leve sonrisa y le estrecha la mano, pero sigue observando a Normandia, que también se ha puesto de pie.

—Avisaré a Agostino —comenta el cabo.

Normandia asiente. A continuación, alcanza a Arcadipane, que está en la puerta.

Bajan las escaleras.

—¿No habíamos quedado en que hablaba yo? —lo reprende Arcadipane.

Salen a la plaza, a la que el sol divide. Son las tres. El pueblo está muerto; el único movimiento es el del velo de polen que una brisa levanta en espirales vaporosas. De camino hacia el coche ven a tres mujeres de la zona, de entre veinticinco y sesenta años. Las tres dedican a Normandia una mirada nada banal, igual que habían hecho antes las camareras del restaurante de carretera en el que se pararon a comprar dos bocadillos, que él pagó. Sin embargo, el hombre, con una camiseta manchada de la mayonesa del sándwich Capri, no les devuelve la mirada, como tampoco hizo en el restaurante, y mantiene sus ojos de color verde mortecino clavados en algo situado al final del recorrido.

Arcadipane hace bajar del coche a Trepet, que bebe en una fuente y orina por los alrededores. Cañerías cortas. Mientras tanto, busca en su móvil: «Reparaciones bicis Stezzaglio». Internet va despacio.

Cuando encuentra el lugar, se suben al coche.

Arcadipane mira a Normandia, que se ha sentado a su lado, con Trepet tumbado en sus rodillas, ya dormido. Una natividad obscena.

—¿Quién coño es Agostino? —pregunta, mientras la señora Maps sugiere: «Continúe recto durante sesenta metros».

34

El Alfa avanza veloz siguiendo las indicaciones de la señora Maps y disfrutando del itinerario, no rectilíneo, entre campos cultivados y naves industriales. El sol empieza a agachar la cabeza. Arcadipane mantiene los ojos fijos en la calzada y se pasa una mano por la cara, a pesar de que no está sudando.

Vuelve a pensar en la amable acogida de las Melagoli, madre e hija; en el padre ausente porque estaba en la redacción de un periódico local con una tirada superior a la de muchos diarios nacionales; en los dos vasos de agua que les han ofrecido; en la cocina bien equipada; en la madre que sabe encontrar las palabras adecuadas para algo tan terrible como esto porque es trabajadora social, aunque ahora se haya tomado unos días libres para acompañar a Donatella, que, mientras tanto, acaricia a Trepet y deja hacer a su madre, hasta que se le pide, con cautela y algunas disculpas, que le cuente una vez más lo ocurrido a ese hombre que se ha presentado distraídamente como comisario, no se sabe de dónde, y a ese otro cuyo cargo no se ha indicado, que, a preguntas de la madre, se define como colaborador y que tiene aspecto de drogadicto o de traficante, pero con ojos de loco y una lejanía que tiene algo de Mongolia central y de estepas, en general. Y piensa en Donatella, que no se hace de rogar y cuenta, rompiendo a llorar cuando llega al momento del accidente, pero también sabiendo reír cuando relata el momento en que conoció a Pilar en Belgrado, en el piso que compartían con otras dos chicas. Y, al final, llorando en la habitación de Donatella, donde todavía está la maleta de su amiga, que ella ha preparado a la espera de que lleguen sus padres. Seguramente querrán llevarse sus cosas... Y en ese momento Luigi Normandia dice algo casi normal y se lleva a la chica fuera de la habitación para que le enseñe un cuadro de Pilar, que estudiaba Bellas Artes en Madrid, cuadro que Donatella colgó en el baño en cuanto volvió de Belgrado porque le gusta mirarlo por las mañanas cuando sale de la ducha. Así Arcadipane puede quedarse solo

en esta habitación que lo turba porque le recuerda mucho a la de Loredana y a la de otras jóvenes inteligentes, como Clara Marangon. Habitaciones que hablan de las mujeres en las que se convertirán, demasiado interesantes para la mayoría de los hombres. Pero entonces, ¿por qué Loredana visita esa puta web? Arcadipane no debe distraerse. Para asegurarse, toma fotografías: de la habitación, de las estanterías, de la librería, bien nutrida, del escritorio, del PC. También aquí un PC, como en el dormitorio de Alessandro Marangon, pero a ver quién encuentra un cuarto de un veinteañero que no tenga ordenador... Después, la joven vuelve y él tiene el tiempo justo de guardarse el móvil. «Espero haberles sido de utilidad», comenta ella, que ha oído pronunciar esta frase a los personajes con los que, en las ficciones televisivas, habla la policía. «Mucho» y también «te lo agradezco, porque sé que es un momento difícil...». «¿Seguro que no quieren un café?», propone la madre en la puerta. «Por lo que he entendido, les espera un largo viaje.» Normandia está a punto de abrir la boca, pero él le toca el brazo sano, y entonces comprende y se calla. «No, por favor, ya hemos tomado demasiados. Saludos, adiós.»

Arcadipane se incorpora a una carretera más amplia, en la que un cartel anuncia que faltan seis kilómetros para Carpi. Desde allí el camino debería de resultarle familiar: el barrio es nuevo y está en dirección al centro.

—¿Qué decimos ahora? —reconoce—. ¿Que la amiga de la víctima es demasiado perfecta para ser la amiga de la víctima? ¿Que has dibujado un mapa en la pared y que has escrito en él «Campanazzo»? ¿Por qué iba a empujarla? ¿Para que la culpa recaiga en el desgraciado del Megane? ¿Para conseguir puntos en un juego que ni siquiera sabemos si existe? A ti al menos te dan una paguita, pero a mí me van a poner de patitas en la calle con el cenicero y con Pedrelli bajo el brazo. Así es como me van a echar. En fin, ahora vamos a dejarlo estar y tú me vas a hacer el favor de callarte, dado que este es un asunto personal mío. Después volveremos a Turín, donde, entre otras cosas, tengo una cita para la cena... Y mañana te vienes a mi oficina, sin bombo y platillo, para hacer un balance con tranquilidad. Porque si estás esperando que abra una investigación oficial con las dos chorradas que tenemos...

Normandia calla. Por detrás de su perfil, en el que alguien ha plantado esa nariz de boxeador, aparecen los primeros adosados de la

zona residencial. Arcadipane detiene el coche en una de esas calles nuevas con aceras aún envueltas en celofán.

—Baja tú también —le ordena a Trepet—. Le gustará verte.

Se acercan al timbre. Arcadipane llama.

—¿Quién es? —pregunta una voz de mujer con acento extranjero.

Silencio.

—¿Quién es?

—Soy el padre de Giovanni —responde.

La cancela se desbloquea. Atraviesan el jardín, no muy cuidado. En la puerta está la mujer de la limpieza, una mujer de color: un metro ochenta, pantalones cortos que le llegan hasta la rodilla, la chaqueta de chándal del equipo de Giovanni puesta sobre una camiseta de tirantes Nike.

—Soy Suade. Giovanni está en la ducha, ya viene. Mientras tanto, entrad.

Así, Suade los introduce en el pequeño adosado que la empresa de deportes para la que juega Giovanni ha confiado a su joven centrocampista. Centrocampista, y no creador de juego en una posición trasera, porque él se mantiene en el medio del campo realmente a la vieja usanza: disposición para darlo todo, asalto con bayoneta, de vez en cuando una granada y ¡adelante, Saboya!

El gran salón con cocina integrada es tan bonito como lo recordaba, con el sofá blanco, grandes estampas en la pared, una mesa metálica y un televisor de cincuenta y dos pulgadas. Todo como la última vez, excepto Suade. La chica, hay que reconocerlo, es un bellezón de piernas largas y torneadas y pelo rizado recogido en una coleta que forma dos pequeñas bolitas antes de reducirse a un fino mechón. La piel negra con algunos reflejos de color ámbar. Y sonríe. Y cuando sonríe, chicos... Sea como fuere, el sofá de piel es explicable, el equipo de música, sin más, el televisor, no digamos, pero ¿Suade? ¿Desde cuándo las mujeres de la limpieza se ponen las sudaderas de sus clientes? ¿Quién es esta tía, que, además, es dos o tres años mayor que Giovanni?

—¿Queréis algo de beber?

—Algo con azúcar y gas. Y, si no te importa, me siento un momento en el sofá.

—Claro. ¿Usted qué va a tomar?

Normandia se ha alejado y observa con curiosidad el perro de los

vecinos, que está excavando en el jardín. El clásico golden que te dan junto con el adosado, el Volvo familiar y el blíster de pastillas para la próstata. Trepet, sentado a los pies de Normandia, se mordisquea el muñón; después, se fija en su semejante del jardín: un ama de casa con sobrepeso ante las clases de gimnasia de Jane Fonda.

—Él nada, gracias —responde Arcadipane.

Mientras Suade trajina en la cocina, Giovanni baja las escaleras, con una toalla atada a la cintura y el pelo mojado.

—¡Papá! ¡Coño! ¡Qué sorpresa!

—Hola, Giovanni —saluda Arcadipane con voz de suegra.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí?

—Bah, estaba en Módena por un caso y he pensado: le voy a dar una sorpresa... Y, en cambio...

—¡Has hecho muy bien! Voy a vestirme. Mientras tanto, charlad un poco. —Y vuelve a subir los escalones de dos en dos, con las pantorrillas explotándole por debajo de la toalla y los hombros propios de alguien capaz de recorrer el campo con sus rivales en brazos.

Cuando Arcadipane se gira hacia la cocina, pilla a la chica mirando placenteramente las escaleras por donde Giovanni ha desaparecido, lo que hace desmoronarse la hipótesis de la mujer de la limpieza. ¡Pero podría tratarse de la fisioterapeuta!

—Me alegro de conocerle, Giovanni me ha hablado mucho de usted.

A tomar por culo también la fisioterapeuta.

—Ah, ¿sí?

Ella le tiende el vaso de Coca-Cola y toma asiento en el sofá.

—Usted tiene un trabajo en verdad apasionante —asiente—. La historia de los doce esqueletos es una locura. Y la de su amigo Bramard..., ¿cómo se llamaba su asesino en serie?

—El suyo se llamaba Otoñal. Yo también tengo un par de esos, pero todavía no he registrado la patente. Me asusta un poco el precio de la inscripción.

—Él ya me ha contado que usted es así —ríe ella.

Arcadipane también ríe.

—¿Y de qué podemos hablar ahora, si usted lo sabe ya todo?

Ella vuelve a reír, cada vez más. Normandia se ha convertido ya en un objeto más de la decoración. Trepet aúlla de celos, al ver que ha

entrado en comunicación telepática con el retriever.

—¿Y tú a qué te dedicas? —quiere saber Arcadipane.

—Yo corro.

—Así que corres. ¡No me digas!

—Suade corre los cuatrocientos metros y ahora se está entrenando para los ochocientos —añade Giovanni, que baja vestido, pero con el pelo aún mojado—. Va a ir a Río.

—Ah, pensaba que era africana.

Giovanni se detiene en el penúltimo escalón. La chica cambia de expresión.

—Soy italiana —dice—. Y mi intención es ir a Río para las Olimpiadas de 2016.

Arcadipane bebe un sorbo de Coca-Cola, aunque en realidad no sea Coca-Cola, sino Chinotto, y él odie esta marca. No es Bramard. Después se da un golpe con la mano en la rodilla.

—¡Era una broma! —Y dirigiéndose a Suade—: Ya te ha dicho que soy así, ¿no?

Ella sonríe y su sonrisa parece incluso sincera. Después se levanta y cede su sitio a Giovanni.

—Es rápida, ¿eh? —Arcadipane señala la puerta de la cocina, por la que ella ha desaparecido.

—¡Y tanto! Así que ten cuidado con lo que dices.

La chica ha puesto en marcha una batidora. Arcadipane siente como si sus testículos estuviesen dentro del vaso de este electrodoméstico.

—Pero ¿cómo es que...?

—Ella estaba compartiendo un piso en el centro con dos compañeras de equipo —Giovanni se encoge de hombros—, pero yo tenía esta casa tan grande. Empezamos a salir y después las cosas fueron deprisa. Iba a contártelo, pero después pensé... Ya veremos qué pasa en junio.

—¿En junio?

—Tengo algunas ofertas interesantes para el año que viene. Lacrava dice que...

—¿Quién? ¿El pelícano?

—Es mi representante, papá. Aunque él no te guste, trabaja bien.

—Tú corres y él se lleva la comisión. Hay un montón de gente que trabajaría bien en esas condiciones.

Giovanni lo mira con una sonrisa torcida.

—¿Sabes que estoy contentísimo de verte?

Este es su hijo, fuerte, deportista, ennoviado con una corredora de cuatrocientos metros y abierto a los cambios, tal y como su madre le ha enseñado a ser. Y, sin embargo, tienen tanto en común: los gruñidos en la mesa, las malas notas en el colegio, la repetición de curso, las peleas con la hermana. Y al final, ¿qué ha tomado de él? No ha tomado ni un carajo, aparte del empeño por el centro del campo y esta sonrisa torcida.

—¡Trepet! —Giovanni lo llama.

El perro se acerca moviendo la cola en forma de alicate para recibir un par de caricias, algo rápido, y después se tumba a los pies de Normandia.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —pregunta Giovanni señalando al hombre tan mal vestido que sigue pegado a la ventana.

Arcadipane balancea la cabeza como queriendo decir «problemas..., una larga historia...».

—Mejor cuéntame —propone—: si en junio te vas, ¿ella...?

—¿Suade?

—¡Eso! —susurra—. Suade.

—Los dos somos deportistas, papá. Ya contamos con ello, el año que viene ella podría estar entrenándose en Verona y yo en Sicilia. Nuestro mundo es así. Las relaciones van y vienen. ¿Te quedas a cenar?

—A cenar no, no, tengo un compromiso. En fin, nos vamos. —Se levanta de un brinco, con una buena excusa para no acabarse el Chinotto—. ¿Normandia? Deja en paz al perro, ven, tenemos que irnos.

Normandia da unos pasos marcha atrás para no perder de vista el retriever, que en este momento está haciendo algo interesante, por ejemplo, un agujero. Trepet parece más animado.

—Oye, papá, espero que no te haya molestado que no te lo haya contado antes.

—Pero ¿estás de broma? Sois adultos... ¿De qué me tenéis que rendir cuentas?

También la chica se acerca a la puerta.

—Ha sido un placer —Arcadipane intenta arreglarlo—. Y gracias por el Chinotto.

—Para mí también ha sido un placer —responde ella, poco convencida. Después mira a Normandia y le tiende la mano cuando suelta la de Arcadipane.

Normandia la observa.

—Él tomó... —empieza.

Arcadipane le da un golpe, pero esta vez en el brazo muerto.

—... una mujer de África para que le diese hijos. Eligió una de piernas fuertes y todas las noches recogía los frutos de su elección. Y cuando su descendencia fue próspera, se dijo que había depositado correctamente su semen en el cofre de la mujer de África.

Conducir mientras se echa una bronca a alguien no es fácil. Por eso siempre pone a Pedrelli al volante. Además, ¡Pedrelli por lo menos intenta esquivar los golpes! No es que responda debidamente, pero sí que agacha la cabeza y se encoge del todo. Es como arrojar piedras a un estanque: no es que vaya a servir para reubicarlo, pero por lo menos le aporta un poco de movilidad, alguna salpicadura, círculos que se van ensanchando. Sin embargo, con Normandia... ¡Madre del amor hermoso! ¿Qué placer puede haber en arrojar piedras contra una piedra más grande? Por eso, pasado un tiempo, Arcadipane se calla. Por eso y porque está cansado. De buena gana se echaría en la cama al llegar a casa, ¡pero tiene cena con RosaParks! Por suerte, es la tercera y la última...

—Tenemos que volver a Stezzaglio —suelta Normandia.

Arcadipane lo mira.

—La autovía está por el otro lado y yo me estoy dirigiendo hacia la autovía. Hay una razón por la que yo conduzco mientras tú... dices... ¡esas cosas!

—Yo tengo que volver a Stezzaglio —repite Normandia.

Arcadipane lo vuelve a mirar, detiene el coche y alarga el cuerpo sobre las piernas de Normandia para abrirle la puerta.

—Bájate. ¡Venga! Vete a Stezzaglio.

Normandia sigue acariciando a Trepet, acostado sobre sus rodillas, con la mirada fija hacia delante.

—¿A qué estás esperando? ¡Bájate!

Un gran camión pasa junto a ellos provocando una bofetada de aire. Después, su parte trasera se aleja en la luz crepuscular,

llevándose consigo el exotismo de sus letras cirílicas.

—No te bajas, ¿eh?

Cuando entran en Stezzaglio, el pueblo está desierto, aunque solo haga media hora que ha anochecido. Arcadipane sigue las indicaciones de la señora Maps hasta llegar al sobrio escaparate que se encuentra en la planta baja de un edificio de los años setenta, modesto y adaptado a su función. Cuando el coche se para, con el motor aún encendido, Normandia deja a Trepet en el asiento trasero y abre la puerta.

—¿Estás seguro? —pregunta Arcadipane.

Normandia se detiene cuando la zapatilla deportiva de su pie derecho está ya sobre el asfalto.

—Sirvo a quien lo necesita. Él me provee y me ha ordenado que a otros provea.

—De acuerdo con lo de proveer, pero nosotros ni la conocemos.

—Está lejos de casa y nadie la acompaña.

—Es feo, lo sé, pero no creo que ella vaya a notar ninguna diferencia si te pasas toda la noche ahí sentado.

—No es verdad.

—¿Que ella no vaya a notar ninguna diferencia?

—Que no lo creas.

Arcadipane se encuentra con los ojos de Normandia clavados en los suyos y por un momento es un recién nacido al que el antebrazo de su madre sujeta sobre la palangana; una hoja en el trayecto acunado desde la rama hasta la tierra; el loco que baila en la verbena de la aldea; una piedra que deja hacer al río. Después, Luigi Normandia desciende del coche. Arcadipane lo ve dirigirse hacia la puerta de la sala de la funeraria, donde lo espera un hombre. En ese momento, baja la ventanilla.

—¡Normandia!

Normandia se gira y regresa al coche. Inclina su metro y noventa y dos centímetros. Ahora su rostro está a unos pocos centímetros del de Arcadipane, que saca de la cartera un billete de cincuenta y se lo tiende.

—Pide que te traigan una pizza y algo para beber, hoy no has comido un carajo. Y mañana por la mañana te aseas, desayunas y coges el tren. Nos vemos en mi despacho hacia la hora del almuerzo.

Trae tus papeles. Y ahora no me sueltes ni un puto sermón. Coge el billete.

Normandia lo coge y no suelta ni un puto sermón. A continuación, se da la vuelta y se acerca al hombre vestido con sudadera gris y pantalones negros, que lo espera en la puerta de su trabajo.

—Buenas tardes —lo saluda el hombre mientras le tiende la mano—. Soy Agostino, el cabo me avisó de que vendría.

35

Es hermosa, pero, sobre todo, inteligente, y se ve por lo que escribe, siempre breve, siempre necesario, siempre un tanto ingenioso. Por eso hablan durante casi una hora del trabajo de él, del trabajo de ella, del hijo gay de ella, que estudia el doctorado en Canadá, de la corredora de cuatrocientos metros que vive en casa de Giovanni y del sobre que el día doce de cada mes le lleva a su mujer para tener ocasión de volver a poner un pie en esa casa. Acerca de la hija en la página web no hablan, porque al fin y al cabo... Y también hablan de los cambios en la circulación del centro, del modo en que las abuelas organizaban las cocinas y de los bombarderos de Ward, que él, para hacerse el interesante, había mencionado en uno de sus últimos mensajes.

Al final, sin embargo, podrían pensar que solo llevan allí diez minutos, si no fuese por la botella de vino de pelaverga vacía, que ha elegido ella, y las dos tazas de café que tienen delante. Así, se levantan y se dirigen juntos a la caja, ella delante, con sus pantalones negros un poco anchos, sus zapatos de caballero, su espalda estrecha, pero fuerte, su pelo sobre los hombros. Y entonces ocurre. Justo mientras esperan su turno para pagar y discuten, que si pago yo, que si no, que si eso era en otros tiempos, pero qué tiene que ver, te he invitado yo, pero yo he comido como una vaca, ¿y yo qué, con el vino?, entonces la próxima vez me toca a mí... Ella se le acerca un poco más, o tal vez es él quien se acerca, y lo sienten... El olor. No es un hedor ni tampoco un perfume equivocado. Sencillamente, el olor. Solo eso. Y a partir de ese momento la idea de estar sin ropa, que hasta un minuto antes se estaba abriendo paso en su cabeza, deja de parecer una buena idea. No es que sea horrenda, pero hay otras cinco o seis ideas mejores, y cinco o seis ideas son muchísimas cuando la única que debería haber es la de irse a hacer el amor.

En cuanto salen se lo dicen: ella utiliza la palabra *química*. Él asiente. Se echan a reír. Algo de pena, pero poca. Cada uno de ellos sabe, a su modo, que no hay nada que hacer contra eso.

Y así, Arcadipane se despide de RosaParks y conduce hasta la puerta de su casa, donde antes de bajarse del coche envía a Isa y a Bramard las fotos tan malas que ha tomado en el dormitorio de Donatella Melagoli. Una serie de envíos torpes, con pies de foto escritos con tan solo un dedo.

«Echadles un vistazo, a lo mejor veis algo que os llame la atención.»

En ese momento, a trescientos kilómetros de distancia, Normandia, en una sala desnuda, aséptica y de una limpieza envidiable, sentado en una silla metálica junto a una camilla igualmente metálica, ocupada por una gran bolsa negra que no le hace justicia a la belleza que su contenido en cierto modo conserva, se está comiendo la segunda porción de su pizza a los cuatro quesos. Quesos que, por desgracia, se han enfriado rápidamente, habida cuenta de que la temperatura en el local, por razones obvias, es de once grados.

36

—Lo acorralé contra la pared...

—... Y le partió la cara.

—No, pero estaba a veinte centímetros. Él no tenía escapatoria...

—... Y le dio un rodillazo en los huevos...

—En realidad...

—... Él se dobló, usted tenía la cabeza a su alcance y ¡bum! Un rodillazo en la cara.

—No, le dije que lo dejara, y que si no ¡se las vería conmigo! Yo, que jamás he amenazado a nadie... Ni siquiera a ciertos mierdas que, en comparación con este...

Ariel deja caer la espalda sobre el respaldo y fija la mirada en un punto de la pared de su izquierda, donde, por lo demás, solo hay un cuadro, tan pequeño que para verlo habría que acercarse mucho. Arcadipane trata de averiguar qué cara está poniendo, pero por culpa de los sillones colocados como en un cine...

—¿Qué piensa?

—¿De qué?

—He estado a punto de ponerle las manos encima a aquel desgraciado. ¿Qué significa?

—¿Qué desgraciado?

—¿Pero usted me está escuchando? ¡El del primer piso!

—¿Es usted consciente de que es un acervo de problemas y que no saber qué quiere decir *acervo* ocupa el puesto ciento veintiocho de su lista? Llevamos media hora aquí, ¿y qué me ha contado? Que ha molestado a un *nerd* que vive con su mamá. Es usted un bruto, ¿lo sabe?

—¿Qué es un *nerd*?

—¡Olvídese del gusano ese del primer piso! Más bien, respóndame: ¿ha hecho los deberes?

—He quedado con tres personas y, si le interesa saberlo, ha sido un desastre. La primera era clitoriana; la segunda, espiritual, y la

tercera, aún peor.

—¡No me obligue a preguntarle por qué! Usted es capaz de atravesar la calle solo, así que también será capaz de acabar un discurso, ¿no?

—Era guapa, inteligente, la cena fue agradable, más que agradable, pero después sentí su olor... No sé explicarlo con exactitud, pero...

—Apestaba.

—No apestaba, solo era un olor. Creo que todos tenemos uno.

—Usted no crea nada, le pagan por atrapar a los malos y me paga para dejar esas gominolas de regaliz. Total, que dio calabazas inmediatamente a la apestosa.

—No era apestosa, lo único es que la química no funcionaba.

—No utilice palabras que podrían volverse contra usted. Además, antes de confirmarlo le habrá metido una mano por debajo de la camiseta, por lo menos.

—No ha sido necesario.

—¿Por qué? ¿Se la quitó sola?

—¿Por qué actúa así? ¿Por qué no se limita a escuchar? Yo pensaba que era eso lo que hacían ustedes, escuchar a las personas.

—¿Ahora me odia?

—Claro que la odio, es odiosa.

—¿Y qué le parece si me da una patada en la pierna? Por encima del zapato ortopédico, quiero decir. Donde podría hacerme daño. Total por probar...

Arcadipane sostiene su mirada nórdica y otoñal. Tal vez creció en un lugar con poca luz... De ventanas grandes y sin cortinas, pero con poca luz. Por eso es así... Defectuosa y feroz. Como aquellos reyes vikingos que nacían tullidos y tenían que encontrar el modo de dirigir un ejército, mantener unido a su pueblo, manejar una espada y tener descendencia, todo ello mientras se arrastraban en carritos de madera con ruedas chirriantes. Por eso acababan pintándose la cara de azul y sacando de sus entrañas una ferocidad animal y sublime.

En la planta de abajo alguien está clavando un clavo. El clásico «pom, pom, pom» en la pared para colgar en ella un cuadro. Ariel bebe su infusión, que debe de haberse enfriado desde que empezó la sesión.

—¿Y bien? —pregunta—. Estábamos con lo de la apestosa sin

camiseta...

—No la llame así.

—No sea susceptible, tampoco es la madre de sus hijos. A menos que quiera usted hijos que huelan mal.

—No olía mal, es solo que no era el olor... adecuado para mí. Lo entendí enseguida porque con Mariangela me pasaba lo contrario. A veces hacía y decía cosas que no me gustaban, pero su olor era el correcto. Y también su piel.

—Dígame algo que su exmujer... ¿Cómo se llama?

—Mariangela.

—Eso, que su exmujer hiciera y que usted, aunque no lo soportara, decidiera pasar por alto. No es para la terapia, simplemente es porque quiero echarme unas risas.

Arcadipane se gira para mirarla, pero ella está observando la pequeña ventana, cuyas cortinas están hoy abiertas. La colina es una línea verde exuberante a esta hora, las nueve y media de la mañana. Unas pocas nubes, blancas e inocuas. Vuelos diagonales de aves, no golondrinas, ni palomas, ni mucho menos gorriones. Tal vez aves del mar, que desde hace unos años están poblando la ciudad, atraídas por la basura.

—La primera noche que salí con Mariangela fue en mayo del 78. Fuimos a comer a un restaurante en Pavarolo. Antes solo habíamos salido a tomar algún café en la ciudad, a pasear por el parque, pero yo ya había sentido su olor. Aquella noche volvíamos de cenar, yo tenía un Fiat 128 con radio, quería impresionarla. Ella mantenía su ventanilla abierta y cantaba, no alto, solo para sí misma, mientras explicaba con las manos la canción.

—¿Explicaba la canción?

—Si la canción decía «párate un momento», ella hacía con la mano el gesto de pararse. Si hablaba de alguien que dormía, ella cerraba los ojos. Si decía «abre tus brazos»...

—Vale, vale, lo he entendido. ¿La teatralizaba, entonces?

—Yo ya había visto a otras mujeres hacer aquello y me parecía horrible, algo imposible de mirar. En cambio, ella lo hacía y no resultaba tan horrible. No era bonito, desde luego, pero no cambiaba en nada todo lo demás que era ella. Fue así como entendí que la quería. No sé si me explico.

—Como un mono que ha resuelto el cubo de Rubik. Lo ha

conseguido, sí, pero vaya una a saber cómo y, sobre todo, si se ha dado cuenta él mismo. Dicho esto, esta temporada en duecon.com le ha llevado a lo fundamental: esto no depende de cómo visten o qué dicen Tatiana, Stefania o Giovanna, y mucho menos de qué dice usted o de cómo viste, por suerte, así que deje de angustiarse. Le ocurrió una vez en su vida, es posible que encuentre un nuevo olor o que muera solo, como un perro con la vejiga llena, olfateando todas las esquinas del barrio sin encontrar la suya. Lo paradójico es que, aunque esto tenga que ver con usted más que cualquier otra cosa, en cierto modo no es asunto suyo. Así que no debe importarle. Y esta ya la hemos resuelto.

—¿Qué hemos resuelto?

—La cuestión de la exmujer y de otras formas de entretenimiento. Lo que nos queda ahora es digerir el plato fuerte.

—¿Qué plato fuerte?

—¡El motivo por el que está aquí! ¿Se acuerda? Me lamento, devoro gominolas de regaliz, me duele el estómago, ya no soy bueno en mi trabajo. ¿Sabía usted que en el suelo de Siberia han aparecido agujeros de centenares de metros? Unos abismos cuyo fondo es imposible de ver. Los llaman la «Puerta al Inframundo». Parecían obra de un meteorito o de un enorme topo. Unos agujeros que antes no estaban ahí y que, de repente, al cabo de unos pocos años, a veces de semanas...

—¿Pero yo qué tengo que ver con eso?

—No lo estoy acusando. Esos agujeros se deben al calentamiento global. La temperatura sube, la capa de permafrost se derrite y la tierra que la cubría pierde su sostén. Es una cadena: ¿quiere entender por qué se ha formado ese agujero? Olvídese del agujero, intente comprender por qué aumenta la temperatura. Nosotros ahora mismo estamos en el permafrost. ¿Me sigue? ¿En qué cruce se ha perdido? ¡Me parece que está un poco confuso!

—Lo estoy.

—Entonces preste atención: usted ha venido con un abismo.

—Un abismo.

—Yo diría que la única salida que le quedaba era tirarse por la ventana.

—No diga eso.

—Hemos bajado por el abismo, olvídese de cómo lo hemos

hecho, usted no se ha dado cuenta, pero lo hemos hecho, y hemos visto que este abismo se debe a que el permafrost se ha derretido. Sin embargo, ese permafrost siempre ha sido sólido, así que necesariamente ha tenido que cambiar algo en otro lugar, algo que no tiene nada que ver con el agujero o con el permafrost, porque estos no son más que las consecuencias, hasta cierto punto irrelevantes.

—¿Me está diciendo que estoy mal, que ya no amaré a ninguna mujer y que estas cosas son irrelevantes?

—¿Ve como si no pierde de vista las luces de posición ni se distrae es capaz de seguirme?

—Me parece una perspectiva horrorosa.

—No exagere. La alternativa era mantener el agujero, mirar dentro de él y gritar que se trataba de la puerta del inframundo. Es lo que hacen la mayoría de las personas. Si descendiesen por él descubrirían que la culpa es del permafrost y del calentamiento global, y que tienen que apagar el aire acondicionado y dejar de utilizar aerosoles, que son cosas que no quieren hacer, así que estar al borde del agujero gritándole al demonio lleva al mismo resultado, pero con menos viajes. Hoy está cansado, tiene otras cosas en la cabeza. ¿Qué le parece si acabamos cinco minutos antes? Le haré un descuento de tres euros.

—Pero ¿qué es lo que ha provocado el agujero? ¿Usted lo sabe?

—El calor.

—¡Estoy hablando de mi agujero!

—Desde luego que lo sé. Pero esta es solo nuestra segunda sesión. Buena jugada, lo ha intentado. Haga los deberes, puede que lo consiga y puede que no lo consiga. En ese último caso, confórmese con saber que el agujero es culpa del permafrost. Con eso ya tiene suficiente para impresionar a cualquier tonta que encuentre en la web.

—¿No me puede dar una pista? Porque yo realmente...

—En la parte delantera de la famosa estufa noruega de hierro fundido Jøtul 118, la más popular en toda Escandinavia, aparece grabada una oración que data de la Edad Media. La gente la recitaba cada noche, cuando, antes de acostarse, cubría las brasas: «Cubro mi fuego en las últimas horas de la tarde. Que al finalizar el día Dios haga que mi fuego jamás se apague».

—Es una oración noruega.

—Claro que sí. ¿Usted se cree que los noruegos son idiotas?

¿Simplemente porque crean que si alguien pasa entre una mujer embarazada y la estufa el niño nacerá estrábico? Ahora deje el dinero en la cestita de la entrada y olvídese de los tres euros de descuento. Son exactamente las diez y media. Nos vemos la semana que viene.

—¿No quiere que le hable de las otras dos personas con las que he tenido una cita?

—¿Se las llevó a la cama?

—No, pero usted me dijo que era mejor...

—¿Estuvo cerca, al menos?

—Tampoco.

—Entonces no tiene nada que contarme.

—¿Eso significa que puedo dejarlo?

—¿Dejar qué?

—Dejar de conocer a las mujeres de la web.

—¿Por qué? ¿No se divierte?

—Un poco, pero también me pongo triste.

—¿Y qué? También el pobre *nerd* del primer piso le daba pena y aun así le ha partido la cara. Si a usted lo que le gusta es el cine en blanco y negro, que sepa que llega tarde. Hemos terminado la sesión. Continúe con la web, veo que funciona. Y tráigame un par de cueros cabelludos más. Los del Vietcong están sacando la cabeza, no es el momento de rendirse. No le pondré otros deberes, de todas formas no los hará. ¿Qué pasa últimamente en su trabajo, que está fuera tanto tiempo?

—A decir verdad, estoy intentando echarle una mano a un tío que ha perdido la cabeza.

—¡Bravo! Levante los parasoles del coche, seguro que su modelo es de esos que todavía tienen un espejo, y ahora avance, *à la guerre comme à la guerre!*

37

Hacia las dos manda a Pedrelli a comprar comida china, que se puede tomar de pie y sin necesidad de poner la mesa. Así no tienen que quitar las cosas que hay encima del escritorio, del sofá y de todas las superficies horizontales que han ido cubriendo a lo largo de la mañana con el material de las catorce carpetas: desde el suicidio de una mujer que se produjo hace dos años y medio hasta el caso Fuxardo, pasando por siete casos de suicidio o archivados como tales, dos accidentes con un responsable y tres homicidios cuyo autor ha sido detenido. Por último, la agresión contra Mendes, el caso del metro, del que se ha exculpado a Apostolo y por el que se ha arrestado a Alessandro Marangon.

Aparte de este caso, según Normandia, en todos los demás hay alguien que está pagando en lugar del verdadero responsable, un jugador de Shun.

Pedrelli vuelve a entrar, se sienta en la única silla que ha quedado libre y junta sus rodillas para apoyar en ellas la bolsa con las cajas de comida china. Arcadipane está leyendo el último expediente, el suicidio de una mujer en la provincia de Padua: ha empezado por las carpetas más recientes y ha retrocedido hasta las que Normandia elaboró cuando aún era policía, llenas de atestados, informes, notas sobre testimonios, fotografías del lugar del crimen y datos sobre aquellos a los que el exagente consideraba los auténticos autores, siempre chicos de entre dieciséis y veintidós años.

—Yo creo que sería mejor comer.

Arcadipane se limita a arquear una ceja y sigue leyendo. Normandia, en la ventana, está observando a las palomas del tejado de la central, enfrascadas en sus primeros cortejos.

—Fría es indigesta.

Arcadipane levanta la mirada del expediente y mira fijamente la cara, con gesto de contrición, de Pedrelli.

—¿Quieres que comamos, Pedrelli?

—Lo digo por ustedes, yo ya me he comido mi fiambrera.

—Si quieres que comamos, ¿por qué no dices «me habéis mandado a buscaros comida, así que moved el culo, que se enfría»?

Pedrelli lo mira como si hubiese algo más, aunque no lo hay, y después observa con el rabillo del ojo a Normandia para comprobar si está prestando atención. Desde el principio no le ha gustado ni un pelo. Primero, porque un extraño que se presenta en la entrada con un carrito de la compra seguramente robado en un supermercado y repleto de papeles... Segundo, porque la información que ha recibido acerca de este individuo no explica ni su presencia ni mucho menos su comportamiento. Tercero, porque, aunque Pedrelli lleva toda la mañana rondando por el despacho, ha entendido bastante poco de esta historia de culpables no culpables, suicidios no suicidios y juegos de puntos.

—¿Pedrelli?

—¿Sí, comisario?

—¿Me pasas las empanadillas esas o las estás incubando?

—Claro que sí, comisario. —Y le tiende las dos cajas con las empanadillas al vapor y el pollo con almendras, manteniendo la ración de arroz cantonés en su regazo.

—Se llama Luigi Normandia —le informa Arcadipane mientras ataca su primera empanadilla.

Pedrelli observa la espalda triangular del hombre, cuya silueta tapa casi toda la ventana. Solo en ese momento se da cuenta de que tiene el pelo cortado de manera artesanal.

—Señor Luigi, su almuerzo.

Normandia comprueba el resultado de una aproximación entre palomas y, a continuación, se da la vuelta y se acerca a Pedrelli.

—Él era manso y los mansos eran bendecidos, porque cuando el bosque arde y la cosecha está en peligro, ellos son la lluvia que los salva. Si un manso llama a tu puerta, regocíjate, pues, porque tu día está bendecido.

Pedrelli le extiende desde abajo, desde la silla, el arroz cantonés. Normandia lo coge, junto con los palillos y la salsa de soja, y vuelve a la ventana, en cuyo alféizar lo apoya todo, y empieza a comer.

—Quiere decir que gracias por el almuerzo —explica Arcadipane —. Tengo que encargarte un par de cosas, ¿estás listo?

—Claro que sí, comisario.

Arcadipane extrae una fotografía del expediente que está leyendo y la coloca junto a otra decena de imágenes que ha ido recopilando a lo largo de la mañana. Le da un folio a Pedrelli, unas pocas líneas escritas de su puño y letra.

—Estas son las direcciones de correo electrónico de Bramard y de Isa Mancini. —Después le pasa también las fotos—. Hazme el favor de escanear estas imágenes y de mandárselas. Fin del trabajo.

Pedrelli coge todo el material y se va. Arcadipane vuelve a su pollo con almendras. Durante unos diez minutos, Normandia y él comen, sin más. En el despacho no hace ni frío ni calor, se está bien, si se exceptúa el olor a gomaespuma rancia del sofá. Al otro lado de la ventana, el patio vive de sus sonidos mínimos y necesarios: los coches que entran y salen, algunos compañeros que se saludan o se toman el pelo. La carretera transitada, las idas y venidas de los transeúntes, quedan más allá de la puerta principal. Al escucharlos, Arcadipane piensa que esta es su ciudad, que aquí nació y aquí morirá. No será de esos que cuando se jubilan vuelven al sur o se mudan a Portugal porque es más barato. Él se quedará en Turín y ni siquiera irá a descubrir aquellos rincones de la ciudad que aún no ha tenido tiempo de visitar. Solo lugares en los que ya haya estado, mesas en las que ya se haya sentado, platos que ya haya comido. Su ciudad tal y como la conoce, dejando aparte los muertos asesinados.

Tira la caja del pollo a la papelera, a sabiendas de que apestará durante el resto de la tarde, y quita sus pies de la mesa.

—Siéntate, Normandia, tenemos que hablar.

Normandia deja sobre el alféizar lo que le queda del arroz. La silla, que parecía un trono cuando estaba en ella Pedrelli, ahora es un pequeño taburete.

—Vamos a hablar de los dos últimos casos que supervisaste cuando eras policía. Y, por favor, nada de «él dijo y el pobre y el rico» y demás parábolas de mierda. Si quieres que te haga caso, háblame en cristiano, ¿entendido?

Normandia parece presente.

Arcadipane coge uno de los dos expedientes que ha puesto aparte.

—El suicidio de Antonello Sera, profesor de Historia del Arte, treinta y cinco años, docente del instituto de bachillerato de artes Balla de Perugia. Problemas de depresión desde hacía un par de años,

tendencias esquizofrénicas, manía persecutoria... Primero le dan una baja de seis meses, después de un año, hasta que presiona para que lo readmitan y al final consigue reincorporarse. Al principio, todo bien; después empieza otra vez a delirar. Asegura que los alumnos de primero de bachillerato lo persiguen, le roban y le esconden el material escolar, y que incluso entran en su casa para vigilarlo mientras duerme o, en su ausencia, cambiarle los muebles de sitio. Los médicos le aconsejan que vuelva a coger la baja, que siga un tratamiento. Sera parece estar de acuerdo, pero en uno de sus últimos días de clase pone una tarea a los alumnos, se acerca a la ventana y se tira desde el tercer piso. Se concluye que se ha suicidado, están los testimonios de los chicos de primero E, dieciséis estudiantes, todos ellos coinciden, pero tú empiezas a investigar porque en tu opinión fueron los alumnos quienes lo lanzaron por la ventana. Los interrogas sin permiso. Los padres protestan, tu jefe te ordena parar. Tú inspeccionas por tu cuenta el aula, tomas fotografías. Tu jefe insiste, pero empiezas a seguir a uno de los chicos, un tal... —Busca el nombre en el expediente.

—Claudio Domeniddio.

—Claudio Domeniddio, el más listo de la clase. Lo acorralas, lo acusas de haber sometido a sus compañeros, te cuelas en su habitación haciéndote pasar por un técnico de internet, le robas el ordenador y en él no encuentras nada. Te llevas la primera amonestación oficial y diez días de suspensión de empleo y sueldo. Evitas la denuncia de los padres de milagro. ¿Es correcto?

—Todo lo es, excepto lo de que no encontré nada.

—Te escucho.

—En el ordenador del chico había tres informes sobre el caso Manson, publicaciones muy específicas. Parecía tener un especial interés por algo que Manson pedía a sus adeptos que hicieran.

—Soy todo oídos.

—Una vez elegida la víctima, los seguidores de Manson entraban en su casa y cambiaban de sitio objetos pequeños y más tarde incluso muebles, dejando signos cada vez más evidentes de que por allí había pasado alguien ajeno a la vivienda. En principio, era una manera de desestabilizar a la persona, de despertar en ella una sensación de inseguridad y vulnerabilidad. Para Manson, en cambio, era la manera de ejercer un control directo sobre sus seguidores y un control

indirecto sobre sus futuras víctimas.

Arcadipane tarda un poco de tiempo en salir del estupor que le ha provocado aquel monólogo pronunciado del tirón sin ningún elemento evangélico.

—O sea, ¿que tú decides cómo coño hablar y cuándo? —Normandia mira la ventana.

—Cuando dialogaba con los sabios, él les demostraba conocer leyes y escrituras; cuando estaba entre el pueblo, utilizaba su lengua para no despertar sospechas.

Arcadipane vuelve a revisar el expediente.

—¿Esta era la prueba de tu teoría? ¿Unos documentos sobre Manson que habías encontrado en el ordenador del más listo de la clase?

—Eso y lo que yo sentía.

—Lo que tú sentías.

Normandia vuelve a posar en él su mirada.

—«Él llamó a su puerta no por casualidad, sino porque, sin saberlo, habían tenido la misma visión.» Si me he equivocado, tengo el carrito abajo y Pedrelli estará encantado de ayudarme a volver a cargarlo.

Arcadipane lo mira, con una sonrisa torcida.

—Conozco a dos tipos que son unos policías excepcionales y unas personas de mierda, justo como tú —dice—. No había hecho esta asociación en un primer momento porque al menos ellos me ahorraban esta mierda de los sermones.

Normandia también disimula una sonrisa. Arcadipane deja a un lado el expediente «Sera» y toma el de «Danilo Cenci». Ni siquiera lo abre, ya se lo ha leído. Y también le ha pedido a Barbicinti que le envíe los materiales de la investigación interna de Bolonia.

—¿Qué pasó en aquella fábrica?

—Igual que Pilatos fue verdugo para Cristo y salvador para Barrabás, así también aquí hay dos verdades.

—¡Lo que nos faltaba!

—Has leído mi declaración, así que pregúntame lo que quieres preguntarme.

—¿Qué te dijo el chico mientras estaba suspendido en el aire?

—Que me iba a caer encima una acusación de homicidio y que él, con esos puntos, más los que había conseguido con el asesinato del

amigo arrollado por el tren, llegaría al primer puesto de Shun.

—¡Así de clarito!

—Después llamó por teléfono a la central y se las apañó para soltarse.

—Y una vez muerto, ¿se convirtió en el primero de la clasificación?

—Nunca he visto esa clasificación.

—Ni tampoco ese Shun.

—Tampoco.

—Pero hace ya dos años que lo estás buscando.

—Hace ya dos años y dos meses que estoy buscando a Shun y a su artífice.

—El artífice de algo que nunca has visto ni tocado, con lo cual podría ser que no existiese. ¿O me equivoco?

—Te equivocas.

—Ilumíname.

—Según la segunda ley de Kepler, las estrellas situadas en la periferia de la galaxia deberían girar a menos velocidad que las del centro. Sin embargo, con los telescopios se ha observado que a medida que nos alejamos del centro la relación entre masa, distancia y velocidad va cambiando, lo que contradice las leyes gravitatorias. De esto se deduce que, aunque no lo veamos y no lo toquemos, hay algo en el universo que mantiene unidas las galaxias y muchas otras cosas. Dado que no lo vemos, a ese algo lo denominamos «materia oscura».

—No he entendido un carajo.

—Hay cosas que no vemos ni tocamos, pero podemos deducir que existen a partir de los efectos de su presencia. No puedes ver ni tocar las ondas de radio, pero si enciendes la radio y escuchas música, deduces que están ahí. Y si están ahí es que alguien las ha generado.

Arcadipane se coloca las manos en forma de pirámide delante de la boca, como hace cuando piensa.

—El ejemplo de la radio es mejor —concluye—. ¿Y los efectos en este caso serían...?

Normandia levanta el brazo derecho con la mano izquierda, lo apoya sobre el escritorio y se remanga. Con el dedo índice cuenta las marcas que se ha hecho.

—Catorce efectos que indican la presencia de un dibujo y de un artífice.

Arcadipane examina de cerca los cortes.

—¿Por qué uno tiene forma de cruz?

—Porque es diferente a los demás, es la entrada, y la has creado tú.

—¿La entrada?

—Solo quien ha estado en Shun puede enseñárnosla.

—¿Alguien como aquel estudiante de Perugia, Domeniddio, al que presionabas? ¿O Melagoli?

—Ellos no tienen ningún motivo para ayudarnos.

Arcadipane medita, con los dedos balanceándose hacia delante y hacia atrás, lejos de los labios, cerca de los labios, lejos de los labios...

—Sin embargo, hasta ahora él ha callado como una tumba cuando se le ha preguntado sobre el tema. Necesitaríamos algo para hacer palanca...

Alguien llama a la puerta y la abre sin esperar respuesta.

—¿Puedo pasar? —pregunta Pedrelli, asomándose—. Les he traído café...

Arcadipane vuelve a apoyar la espalda contra la silla. Normandia se cubre las marcas con la manga.

Pedrelli dispone la pequeña bandeja sobre el escritorio, junto a la carpeta de las fotos que ha escaneado.

—He enviado los correos electrónicos. El sistema me confirma que los destinatarios los han abierto.

Arcadipane toma la taza y bebe el café sin azúcar. También Normandia bebe, dando las gracias con un gesto a Pedrelli, que, un poco por su propia naturaleza, un poco por el cumplido sobre los mansos, está abriendo las puertas. Posan las tazas al unísono y el sonido de la cerámica coincide con el del móvil que Arcadipane ha dejado olvidado durante toda la mañana bajo los papeles.

Arcadipane lo coge, pensando que es la psicoloca, pero en realidad se trata de un mensaje de Bramard.

Una sola palabra: «Escarapela».

«Escarapela —piensa Arcadipane—. ¿Qué cojones es una escarapela?», pero toma las fotos que les ha enviado a los dos y las extiende sobre el escritorio. Elige cuatro de ellas, las coloca unas junto a otras y, de repente, la vibración.

—¿Pedrelli? Ven aquí.

El subordinado rodea el escritorio y se pone a espaldas de su jefe.

—¿Ves estas? —Arcadipane señala un punto en la pared, por encima del estrado del aula de primero E de Perugia, después una repisa en la habitación de Danilo Cenci y, por último, el bolsillo de la chaqueta de un chico que Normandia fotografió en su momento para otro caso.

—Claro que las veo, comisario —responde Pedrelli.

—¿Tú crees que son iguales o muy parecidas a esta o que no lo son? —Le indica la mesilla de noche del dormitorio de Melagoli en la fotografía que él mismo tomó el día antes.

—Muy parecidas, comisario, aunque a esta distancia...

—Muy parecidas, Pedrelli. Por ahora nos conformaremos con eso.

—Claro que sí, comisario, nos conformaremos.

—Bien, ahora yo voy a llamar por teléfono al cabo Fenice, de Stezzaglio, y le voy a pedir que vaya a casa de Melagoli para recoger esta prueba y el ordenador de la chica. Mientras tanto, tú te vas a subir a tu Peugeot y vas a ir a casa de los Marangon para comprobar si en el cuarto del chico hay una prueba igual o parecida.

—Claro que sí, comisario. ¿Doy explicaciones?

—¿A ti qué te parece?

Pedrelli se coloca un dedo delante de la boca. Después recoge las tazas y se va.

Normandia, que durante todo este tiempo ha estado mirando por la ventana, ahora observa a Arcadipane.

—A lo mejor ya tenemos nuestra... —Arcadipane traza en el aire unas comillas— palanca.

38

Las dos primeras horas son tiempo perdido, pero a menudo es así.

Nunca ha elaborado estadísticas al respecto, pero está convencido de que todo sucede en los primeros quince minutos o bien una vez transcurridas tres horas. Si no es así, se pasa a la escala de los días, de las semanas, pero en ese caso debe ocurrir algo en el exterior, algo que se salga de la partida interrogado-interrogante.

Por otra parte, se diría que allí dentro el tiempo vuela, entre la concentración, las medias palabras y la atención a cualquier mínimo movimiento de la cara y del cuerpo. Pero en realidad el tiempo no pasa. Especialmente para quien hace las preguntas. A veces, quien responde o no responde incluso da la impresión de estar descansando.

Tomemos el ejemplo de Alessandro Marangon. Desde hace dos horas permanece sentado sin decir ni una sola palabra ante esta mesa sobre la que hay un PC y la escarapela blanca, amarilla y azul que han encontrado en su dormitorio, entre trofeos y diplomas de natación. A simple vista, parece más fresco que una rosa. Arcadipane, en cambio, está sudado, con la almohada de cabello que le rodea la nuca despeinada, porque mientras habla y camina se rasca el cuello, y también come gominolas de regaliz, se levanta, se sienta. Pero esto no quiere decir que no se controle, que no sepa lo que hace. También él es un centrocampista, como su hijo, así que es normal que esté más sudado que un portero o que un delantero centro, que solo se mueven cuando el balón llega a su zona. Él juega en todo el campo, pedalea hacia delante y hacia atrás, pero siempre tiene que dejar una reserva para después, porque sabe que el después es su territorio conquistado, la guarida a la que quiere arrastrarlos, el undécimo y el duodécimo asaltos, cuando los dandis están tirados por el suelo con calambres y él todavía podría hacer una mudanza hasta un tercer piso sin ascensor. Constitución física, patrimonio de la pobreza y de la fatiga. Una herencia de mierda, pero si te dedicas a esta profesión...

—Entonces dices que la escarapela te llegó por correo postal,

pero no sabes quién te la envió. Que en el sobre no aparecía el remitente, que dentro no había ninguna nota y que tampoco te explicas por qué no había nada escrito en la escarapela. Que la pusiste entre tus premios de natación porque pensaste que lo mismo era de alguna competición que habías olvidado.

Alessandro asiente. Su rostro permanece liso y quieto. No parece que los dos días en el centro de menores y los posteriores de arresto domiciliario tras la presentación de un recurso por parte de los padres lo hayan desestabilizado mucho.

—Sin embargo, no estamos de acuerdo con tu versión, porque tenemos otras evidencias. Sabes qué significa *evidencias*, ¿no?

Alessandro le lanza una fea mirada. Arcadipane sabe que ha llegado el momento: el chico está cansado, aunque no se dé cuenta; enfadado, aunque no lo crea; y piensa que aún domina la situación, aunque no es así.

—Shun —pronuncia Arcadipane. Solo Dios sabe lo mucho que le ha costado guardarse esta palabra para sí durante dos horas.

Alessandro dilata ojos y pupilas. Sucede, aunque en ese momento el cerebro esté enviando a todo el cuerpo despachos en los que aparece escrito «¡No os traicionéis!». Pero ya se sabe que los mensajeros se detienen a abrevar a sus caballos, a masajearse el cuello, y si además encuentran a alguna...

—Todas las evidencias de las que te estaba hablando —continúa, sereno, Arcadipane— nos conducen a Shun, ese juego que tú conoces perfectamente y que está en la... ¿Cómo se llama, Normandia? Yo no entiendo de estas cosas.

Desde el principio, Normandia está detrás del chico, apoyado en la pared, donde los ojos de Alessandro no pueden verlo.

—En la *dark web* —completa.

En cuanto entraron se colocó allí y Arcadipane comprendió de inmediato que era un tipo de la hostia: cero afán de protagonismo, hace lo que sea necesario hacer, y si lo que es necesario hacer es mantenerse escondido entre la maleza hasta que el enemigo se baje los pantalones, entonces... Tras cinco segundos en aquella sala, Arcadipane se dio cuenta de que contaba con una retaguardia, y una retaguardia del tamaño adecuado.

—No sé nada de eso —contesta Alessandro, pero la cabeza y la cara ya avanzan por caminos distintos.

—Ya, pero es improbable, porque las evidencias, como te decía... Y no estoy hablando solo de tu caso, sino también del de otros jugadores a los que hemos identificado. Por cierto, ¿tú cómo vas en la clasificación?

—¿Qué clasificación?

—No seas humilde, hombre, con la bromita que nos gastaste ya estarás en los primeros puestos. Es verdad que al final te pillamos, pero me he hecho una composición de lugar... A ver qué te parece: si pasa un cierto tiempo, ocurra lo que ocurra después, conservas tus puntos y nadie puede quitártelos, y para ti ese plazo acababa a las seis de la tarde del sábado 16, así que esperaste a la última campanada y después confesaste. Dime que tengo razón, porque me he apostado una cena con el compañero que está ahí detrás...

Alessandro permanece callado, pero agacha la cabeza. Mientras tanto, siente la presencia de alguien por detrás, alguien del que no sabe qué está haciendo, cuánto de cerca está, qué le pasa por la cabeza.

—Y, por seguir con el tema de las pruebas, están las escarapelas. Al principio nos dijimos: «¡Venga ya! ¿Escarapelas? ¡Pero si estos tipos son muy guais! Saben moverse en la...».

—*Dark web* —Normandia canta el estribillo.

—En la *dark web*, coño. ¿Y quién entra en la *dark web*? Gente que es la hostia, ¡no gente que va paseándose por ahí con una escarapela! ¡Ni que esto fuese un concurso de belleza! Pero después vimos aquellas escarapelas en las fotos que tú y los demás publicabais en Facebook y en Instagram y lo comprendimos: ¡es que vosotros no os conocéis! ¡No sabéis quién coño juega! Sin embargo, si os movéis por las redes sociales y encontráis alguna persona con una fotografía donde, quizá en el fondo o quizá sujeta al scooter, aparece una escarapela, ya sabéis que es un jugador. Un... ¿Cómo lo llamáis?

—*Brother* —Normandia rellena el hueco.

—¡Un *broter*! —Pese a todo, Arcadipane consigue equivocarse en la pronunciación—. Como distintivo es fantástico, ¿no? Solo vosotros. No obstante... —Arcadipane se acerca a la mesa y apoya las manos en ella, aproximando su cara a la del chico, porque el aliento de gominolas de regaliz, el sudor, la barba incipiente, los ojos rojos y los dientes feos son importantes cuando uno está a treinta centímetros—. Tú, querido, estás de mierda hasta los ojos, si queremos decirlo sin

rodeos, porque Mendes ya no puede hablar, sus lesiones son irreversibles, y nosotros sabemos lo de Shun, así que se van añadiendo elementos menores, que todos juntos forman un agravante nada pequeño. En fin, yo lo veo del siguiente modo: si quieres volver a casa o algo parecido, tienes que mostrarnos este Shun —y con la mirada señala el ordenador— y cómo funciona. De lo contrario, después del desayuno pienso cagarme en todos los recursos de la hostia, los contactos, los certificados médicos y los abogados de tus padres, y así me sentiré ligero durante el resto del día. ¿Me has entendido?

Alessandro tiembla ligeramente, Arcadipane lo nota en su lóbulo, que vibra al fondo de su pelo corto, y en la piel inmaculada de su cuello. Después coloca las manos sobre el teclado y empieza a escribir.

Normandia no se mueve. Ni siquiera estira el cuello por encima de los hombros de Marangon para ver qué sucede en la pantalla. Permanece con los brazos cruzados, incluido el brazo muerto, mirando hacia un punto cualquiera del suelo de linóleo. Arcadipane, en cambio, se enciende un cigarrillo y camina. Sabe qué hay al otro lado de la pared y también sabe que, de todas formas, no va a entender un carajo. Mientras tanto, el chico teclea, pasan un par de minutos, después apoya la espalda contra el respaldo y cruza los brazos, tragando saliva.

—Esta es S.Hun —dice.

Arcadipane mira con el rabillo del ojo y ve un cuadro azul, una caligrafía fea y la anotación «S.Hun».

—Vale. Ahora ponlo en marcha.

Alessandro Marangon lo mira.

—No hay nada que poner en marcha.

—¿Cómo que no hay nada? En el *pinball* se lanzaba la pelotita, en las tragaperras se bajaba la manivela. ¿Aquí cómo se juega?

—Alguien tiene que invitarte.

—Para jugar alguien tiene que invitarte.

El chico asiente.

—¿Y a ti quién te invitó?

Alessandro Marangon guarda ahora un silencio muy diferente. El pecho quieto, las manos relajadas: esta va a ser una información más difícil de sonsacar; la última, si todo sale bien. Mejor no insistir, no perder la ventaja. Normandia, de hecho, ha cambiado de posición y ha llamado la atención de Arcadipane para hacerle entender eso que él ya

ha entendido. Ahora se trata de ofrecerle algo que valga la pena a cambio de ese silencio, ¿pero qué?

—Hagamos una pausa —propone Arcadipane—. ¿Pido que te traigan un café, una Coca-Cola...? ¿Qué quieres de beber?

—No puedo beber esas cosas. No son compatibles con las medicinas.

—Bueno, aquí no tenemos refrescos de tamarindo ni de cebada, pero a lo mejor hay algún refresco de naranja. ¿Te apetece un refresco de naranja?

Alessandro asiente. Arcadipane apaga el cigarrillo en el cenicero de la mesa, pero a medias, para que siga despidiendo humo, porque quiere que, aunque salga de allí, el chico no lo olvide, que se queden el humo, su desagradable olor o las huellas de sus dedos sudados en el escritorio.

Una vez en la puerta, se gira hacia Normandia, pero él está contemplando la mancha de mayonesa de su camiseta. Arcadipane lo entiende y se va. Recorre el corto pasillo hasta la siguiente puerta y entra: dentro están Pedrelli, Isa y Franco. Pedrelli de pie e Isa y Franco sentados ante el ordenador, en el que pueden ver la misma pantalla que Arcadipane veía en la sala. Al otro lado del cristal, Alessandro está sentado a la mesa y Normandia permanece apoyado en la pared; ninguno de los dos se ha movido un solo milímetro desde que ha salido.

—¿Y bien? ¿Cómo vamos? —pregunta Arcadipane.

—Así —responde Isa señalando el monitor.

—¿Y qué significa «así»? ¿Es algo bueno?

—¿Tú sabes qué diferencia hay entre un zorro y un zorro disecado? Nosotros tenemos un zorro disecado. Podemos imaginarnos cómo se mueve, pero el hecho es que no se mueve.

—Pero podemos hacer que se mueva, ¿no?

—Tal vez —admite Isa—, con algunas semanas de trabajo y mucha suerte, y a condición de que entretanto no se den cuenta y cierren el juego.

Arcadipane mira a Franco. En las habitaciones iluminadas con tubos fluorescentes su cabello pelirrojo adquiere un color de diva estadounidense de los años cincuenta. Y sus pecas parecen pintadas con rotulador.

—De todas formas, es un buen comienzo —lo consuela el técnico

—. Si no nos hubiese traído hasta esta página, jamás habríamos conseguido llegar.

—Vale. —Arcadipane intenta animarse—. Ahora sabemos que esto existe. Pedrelli, hazme el favor de llevarle al chico un refresco de naranja.

—Claro que sí, comisario. —Y se pone en marcha.

—¿Pedrelli?

—Sí.

—De la máquina expendedora de abajo, la que tiene marcas blancas.

—Claro, marcas blancas.

Mientras Pedrelli sale y cierra la puerta, en la sala de interrogatorios ocurre algo.

Normandia se separa de la pared, se acerca al chico y se sienta junto a la mesa, a su lado, de espaldas al espejo espía. Dentro los micrófonos son muy sensibles, pero su voz es verdaderamente un susurro, hasta tal punto que ni siquiera Alessandro Marangon parece oírla. Permanece impasible, con el vago reflejo de la pantalla azul y violeta sobre el rostro. Y, sin embargo, algo está sucediendo en el joven, porque, pese a permanecer inmóvil, es como si su sustancia se reblandeciera, se hiciese porosa, hasta que Normandia se inclina hacia él y, hablándole al oído, le apoya la mejilla en el hombro.

Si alguien entrara ahora diría que un chico con un polo naranja está consolando a un desgraciado, pero si alguien entrara ahora no entendería nada de lo que está viendo. Solo podría quedarse mirando con la boca entreabierta, como todos ellos, igual que se mira una rotación lentísima, dos células que se separan, la mujer a la que amas sentándose en el retrete.

Después Normandia se aleja del chico y, sin dedicarle ninguna otra mirada, sale de la habitación.

Ahora Alessandro Marangon está solo; no había estado tan solo desde los tiempos en los que había sido un óvulo y un espermatozoide transportados sobre piernas diferentes que ni siquiera se conocían.

En las dos salas reina un silencio absoluto.

La puerta se abre, Normandia entra en la pequeña estancia y se acerca a la pared del fondo para apoyarse en ella, en la misma posición que tenía del otro lado.

Alessandro Marangon llora. No solloza, no se toca la cara, pero

ven perfectamente sus lágrimas y, si miran al monitor de la cámara de vigilancia, las verán aún mejor, porque la luz cae sobre ellas y las convierte en dos hilos. Después levanta las manos, como un pianista que se prepara para una pieza musical, y las apoya en el teclado.

En el ordenador gemelo que Isa tiene ante sí algo se mueve.

—Nos está haciendo entrar —anuncia Isa.

La pantalla cambia, tipografía de los años ochenta, muy básica, casi monástica. Hay veintisiete nombres, pseudónimos, con un número al lado: la clasificación. Uno de los nombres, el situado en el tercer puesto, parpadea. Biutiful.

—Este es él.

—Entonces, ¿es el tercero?

—Eso parece.

Desde la tercera posición parpadeante, se desprende un pequeño sobre estilizado que comienza a caer junto a los demás nombres hasta sobrepasar al vigésimo séptimo. Después se detiene, se amplía y se convierte en el texto «Iscariote». Parpadeante. Puntuación inexistente.

—¿Quién es Iscariote? —pregunta Arcadipane.

—Somos nosotros —explica Normandia.

—¿Cómo que nosotros?

—Estamos a la espera —confirma Isa—. A la espera de jugar.

—¿Por qué? ¿Jugamos? —quiere saber Arcadipane.

—¿Alguna vez has tenido cucarachas en tu casa?

—No.

—Los de las empresas de fumigación colocan pequeños cebos con veneno detrás de los enchufes y los zócalos. Aunque el piso sea muy amplio, les basta con una decena. Tarde o temprano, una cucaracha los descubre, se los come y se envenena, pero no muere inmediatamente, sino que vuelve a su nido. Es allí donde tiene que morir, porque las cucarachas son caníbales, así que las demás se la comen, se envenenan y fin de la colonia.

—Entonces, ¿nosotros a qué estamos esperando?

—A que venga alguien a llevarnos al nido.

—¿Alguien como quién?

—El artífice —responde Normandia desde el fondo de la pequeña sala.

Arcadipane observa a Alessandro, que ahora parece un crío que se ha quitado un peso de encima. Después, la pantalla, donde, en un

tono rojo tenue, aparece en letras grandes el texto «S.Hun».

—¿Pero qué cojones quiere decir eso de «S.Hun»?

—*Surface Hunters* —sonríe Isa—. Cazadores de Superficie.

39

Introduce las llaves en la puerta principal mientras piensa que siempre se le hace tarde.

Pero ¿adónde se van sus mañanas y sus tardes? A ningún sitio: se levanta al amanecer, empieza a hacer algo y, de repente, ya es tarde, ya está oscuro y ya se siente cansado. Es un hecho. Mientras abre la puerta que conduce al vestíbulo de terrazo, coge a Trepet y se lo coloca bajo el brazo; después atraviesa el rellano sin echar ni un solo vistazo al buzón. Total...

—¡Oiga!

Arcadipane observa a la mujer con un desinterés casi ofensivo; después advierte la puerta abierta tras ella y lo entiende.

—¿Es usted el comisario que vive en casa de Germana?

—Soy yo.

—Soy la madre de Alberto. El chico al que agredió la otra noche aquí, en el rellano.

—Bueno, agredir...

—¿Usted sabe lo que hace o va por ahí diciendo lo primero que se le pasa por la cabeza?

—En realidad...

—No está bien acusar de algo así. Sobre todo si se es un policía. Usted lo ha asustado, ¿sabe?

—Puede ser, pero su hijo debe...

—¿Debe qué? —Da un paso decidido hacia él, vestida con una camiseta de pijama, pantuflas y unos pantalones bombachos—. ¿Cortarse el pelo? ¿Ponerse una camisa decente? ¿Salir más y hacer amigos? ¿Echarse una novia, quizá? Yo se lo digo todos los días, pero no lo zarandeo contra la pared. Hace cincuenta años que ese método educativo se quedó obsoleto.

Arcadipane se da cuenta de que está apretando demasiado a Trepet, que gruñe y babea en la trampa de su brazo. Afloja.

—Tiene razón, pero robar...

—¿Robar? ¡Robar! Pase, pase. —Y se gira a medias hacia la puerta, porque realmente quiere decir «pase, pase».

Mientras Arcadipane franquea el umbral y se encuentra en un pasillo con telas, un pequeño buda, un aparador lacado y aroma a aceites esenciales, se da cuenta de que hace treinta y cinco años que no entra en la casa de una mujer desconocida, salvo por motivos de trabajo.

Acariciando ese pensamiento, sigue las caderas anchas y agradables de la vecina mirando con el rabillo del ojo a su derecha, la cocina, tan grande que permite comer en ella, y un cuarto de baño, y también a su izquierda: el dormitorio de la mujer y una pequeña habitación sin más decoración que una colchoneta individual, frascos de aceites y una piedra que emite luz. A modo de cierre del pasillo, una puerta diferente de las demás, una puerta de hierro.

Es el dormitorio del chico, pero también podría ser el vagón de un tren entregado como alimento a una manada de grafiteros, si no fuera por algunos bustos de estatuas griegas, también garabateadas, y la barca de remos que cuelga del techo y que, en vista de sus dimensiones, probablemente sirve de cama. También hay un armario mínimo, un gran escritorio con un Mac de tamaño desproporcionado, un escáner y mucha confusión.

—Imagino que sus hijos han ido al colegio o que todavía lo hacen. Es muy probable que las mochilas que utilizan las haya diseñado Alberto, igual que la tipografía de muchos de los productos que usted compra. Ahora acaba de actualizar la imagen del metro de Berlín y está trabajando para una cadena de veinte restaurantes de la costa oeste de Estados Unidos. ¿A usted le parece que necesita robarles la compra a las viejecitas del edificio?

—Tal vez...

—Bien. —La mujer esboza una sonrisa que quizá estaba conteniendo desde que lo ha visto en el vestíbulo con el perro bajo el brazo—. Simplemente quería asegurarme de que no fuese uno de esos policías que se llevan el trabajo a casa. Ahora puede dejarlo en el suelo, si quiere. Tenemos un gato, pero él se pasa el día apartado, encima de los muebles.

—No se preocupe, es que pierde un montón de pelo...

—Dele un huevo crudo por la mañana, un par de veces por semana. Si sirve para nuestro pelo, imagínese para el de ellos.

—¿Dónde está ahora su hijo?

—Hay dos ocasiones en las que sale de casa: cuando se celebra el salón del manga en Leipzig, donde está ahora, y cuando el Giro de Italia pasa por Turín. Y eso que nunca ha aprendido a montar en bicicleta.

Arcadipane mira a su alrededor. Entre las pintadas en la pared hay una recurrente, una especie de firma, una palabra sin sentido.

—Debe de ser muy bueno.

—Esta ha sido su manera de lidiar con las cosas malas que le han pasado. Que nos han pasado. El resultado es un chico anómalo, pero de oro.

—También los míos... En fin, usted habrá estado esperándome toda la noche, no la molesto más.

La mujer, riéndose entre dientes, lo acompaña hasta la puerta.

—Pida disculpas a su hijo de mi parte.

—¡Ni por asomo! Le ha venido bien una sacudida. ¡Hasta me ha dicho que quiere partirle la cara! ¿Cuándo se ha visto que Alberto le parta la cara a alguien? De todas formas, antes de que se vaya, ¿me permite darle dos consejos?

—¿Aparte del consejo del huevo para el perro?

—Olvídese de la historia de los robos; todos aquí, exceptuando a Germana, sabemos quién es y está bien que así sea.

—¿Y el segundo?

—Usted está encogido.

—Es mi constitución, también mi padre...

—No. —Ella ríe; sus dientes de abajo están un poco inclinados. Su pelo es corto, no teñido, y, por tanto, un poco gris en las sienes—. Me refiero a que está estresado, cerrado, como una bola de cañón. Concédase un masaje de vez en cuando.

—Un masaje.

—No me estoy haciendo publicidad, no necesariamente tiene que ser conmigo. Pero le vendría bien un poco de *shiatsu*, abrir algunos chakras.

—A saber lo que encuentro dentro. ¿Cuánto cuesta?

—En mi caso, sesenta euros por cincuenta minutos, pero hay sitios más baratos y más caros.

—Pensaba que costaría más... Yo voy a una psi... Pero esa... ¿Hay que pedir cita?

—Es mejor.

—Porque ahora ya es tarde.

—¿Ahora? —Mira hacia el pasillo, como si la respuesta se hallase al fondo—. Normalmente no trabajo por las noches.

—Claro, claro.

Ella lo mira, con la cabeza un poco doblada.

—Perdone que se lo diga, pero en vista del equívoco con Alberto... Son masajes de *shiatsu*... Masajes normales, ¿me explico? Ni siquiera tiene que quitarse la ropa.

Arcadipane también la mira, tres o cuatro segundos de oscuridad, y después la entiende.

—Pero por Dios... Ni se me pasaba por la cabeza...

—Vale, vale, basta con que nos hayamos entendido. Mire, como le estaba diciendo, por las noches no trabajo, pero esta noche ha sido todo tan... Si quiere, suba, tómese una ducha y después hacemos una sesión, así le hablo de los robos y usted se queda tranquilo.

Cuando Arcadipane oye que ella ha cerrado la puerta, empieza a subir los escalones de dos en dos, sosteniendo aún a Trepet bajo el brazo como si fuera una *baguette*.

Tiene una cita con una mujer que dentro de poco le pondrá las manos encima. Nada más que eso, de acuerdo. Además, por sesenta euros. Pero cada uno se contenta con las epifanías que le tocan.

40

Una vez delante del número 18, se da cuenta de que la persiana está medio bajada.

«¡Madre del amor hermoso!», piensa mientras ve cómo Trepet caracolea por los tres escalones y entra.

Con suma calma, sube también él los tres escalones. A continuación flexiona el cuerpo sobre las rodillas y empieza el proceso de entrada.

Ha dormido muy bien. En realidad el drama se ha manifestado a la hora de salir de la cama. Por no hablar de sentarse en el retrete: cuando firmó el contrato (apenas un par de líneas en una vieja agenda, un mero trámite para que los dos se quedaran tranquilos), Germana le rogó encarecidamente que en su casa orinase sentado, porque más allá de la puntería de cada cual..., las salpicaduras, por favor...

Al final accedió: firmó y orinó sentado durante dos años. Salvo esta mañana, cuando a mitad del descenso se ha dado cuenta de que no podía hacerlo. Y ha orinado de pie. Germana, que con toda probabilidad ha oído a través del delgado tabique de la cocina el «toc» del asiento contra la cisterna, lo ha recibido con fría piamontesidad, el café un tanto tibio, un solo biscote en lugar de dos y, como acto final, un indignado «¡No me quedaban huevos para el *zabaione*!».

A mitad del arduo camino, percibe la luz artificial, el olor a calcetines y el «tic tic» de las teclas que llegan del interior. Pasa el punto más bajo y vuelve a levantarse, siempre despacio. Isa está instalada en una pequeña mesa ante el monitor que produce el «tic tic». Normandia está tumbado en el camastro, con los ojos cerrados. Hay cajas de cartón de dos pizzas, tres botellas de cerveza y un envase de helado. Y una lámpara halógena encendida, de esas con pantallas que se llenan de insectos muertos.

—¿Y bien? ¿Qué estás haciendo?

Isa bosteza, con la cara azul por la pantalla.

—¿Qué quieres que hagamos? Llevamos toda la noche follando, pero hace media hora oímos entrar a un perezoso tridáctilo y volvimos a vestirnos. ¿Y tú qué has estado haciendo?

Arcadipane da unos pasos muy rígidos.

—*Shiatsu*.

—¿La primera vez?

—La primerísima.

—Se nota que lo necesitabas.

—Eso me ha dicho también la masajista: «Si mañana te duele, quiere decir que lo necesitabas». Ya decía yo que había oído antes esta gilipollez.

—¿A lo mejor te la dijo el tipo que hace siete años te atropelló cuando estabas cruzando la calle con el semáforo en rojo?

—¡Yo no crucé con el semáforo en rojo!

—Lavezzi pidió al banco del cruce que le entregase la grabación de vídeo: cruzaste con el semáforo en rojo. Y hasta la publicó en YouTube, seiscientas mil visualizaciones. Incluida seguramente la del seguro que no te indemnizó.

—A ver, cabrona, pásame esa... caja, tengo que sentarme.

Isa se estira y tira de una pequeña caja de embalaje para acercarla al escritorio. Arcadipane se desploma sobre ella. Mira la pantalla y su ininteligibilidad.

—¿Habéis estado toda la noche trabajando?

—Entre revolcón y revolcón, sí.

—También podríais haber trabajado en la central, te lo dije en cuanto llegaste. Habría avisado abajo y le habría pedido a Franco que se quedara.

—Franco es bueno para pillar a los que se dedican al *phishing*. Esto es otra cosa. Además, ya sabes que no me gusta ir a la central. Aquí la compañía no es gran cosa, pero el equipo informático es buenísimo y pasan cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?

—A las tres llegó una vieja para que le masajearan las piernas. Tendrías que haber oído cómo lloraba, unos dolores tremendos. Pero aquí Sai Baba la ha arreglado. El problema ha venido cuando su marido se ha pasado a buscarla. Ha golpeado la persiana con una viga. En fin, esto ha estado movidito. Ah, también nos hemos comido dos pizzas.

Arcadipane mira a Normandia, que mantiene los ojos cerrados, pero ha levantado una de las comisuras de sus labios.

—Si has terminado, yo tengo que ir a trabajar.

—Y yo tendría que estar disfrutando de mis vacaciones y, en cambio, te estoy haciendo un favor.

—¡Pensaba que tus vacaciones habían terminado y que habías venido porque este asunto te está volviendo loca!

—¿Quieres que te cuente o no?

—Cuéntame, cuéntame, que las orejas son lo único que no me duele.

Isa coge su cuadernillo de producción propia, cubierto por la habitual telaraña de palabras.

—Empecemos por lo fácil: he hecho una copia de todo lo que se podía copiar, por si acaso se dan cuenta de que hemos entrado y cierran. Puede ocurrir, porque seguro que el director del juego sabe que tenemos a Alessandro Marangon, lo que podría explicar por qué todavía no se nos ha autorizado a jugar.

—Hasta aquí, te sigo.

—¿Ves este otro pseudónimo que parpadea bajo el nuestro? Es alguien a quien ha invitado esta noche Aldebarán, el que está en el decimonoveno puesto de la clasificación. Sin embargo, tampoco él ha entrado, así que puede que el tiempo de espera sea largo para todos, no lo sé. Los demás jugadores tienen al lado su puntuación y su fecha de entrada, pero no consigo encontrar una lógica o una constante entre los datos. Probablemente hay alguna, pero solo la conoce Grendel.

—¿Quién es Grendel?

—El director, el creador y el amo absoluto del juego, por varias razones: la página no prevé que haya una interacción entre los jugadores usuarios, no existen chats, foros, correos electrónicos o detalles que permitan determinar sus verdaderas identidades. Solo el director sabe quiénes son los participantes, solo él puede actualizar la clasificación y el recuento de puntos, pero no hay ni rastro de la fecha en la que se realizan estas operaciones. No sabemos cómo se comunican los jugadores con el director ni encontramos señales que nos indiquen qué ha hecho. Quizá si nos permitiesen jugar... Por ahora simplemente estamos mirando por la ventana.

—¿Y estos puntos? ¿Cómo podemos averiguar de quiénes son y a

qué acción corresponden?

Isa reflexiona, no sobre qué debe decir, sino sobre cómo debe hacerlo.

—Es un plan de juego muy elemental, en el que todo se basa en confiar en el director. No creo que nadie conozca los criterios de asignación de puntos. Ni siquiera los jugadores. En cierto modo, es como estar sentados en una mesa de *blackjack* en la que los jugadores solo muestran sus cartas al crupier. Él dice quién ha ganado y los demás se fían. Es una suposición, también podría ocurrir que, cuando entran, los jugadores reciban una especie de reglamento. Pero no me parece que este sea el estilo de Grendel.

—O sea, que vosotros, dos genios inadaptados, habéis trabajado casi toda la noche con el ordenador más potente del mundo y todavía no sabemos ni un carajo.

—Ya te he dicho que en realidad hemos estado follando. Por cierto, en ese termo hay café soluble. En un momento dado tuve que prepararlo para poder mantener el ritmo.

Arcadipane coge el termo, junto al que hay un vaso de cartón y una taza.

—¿Quién ha bebido de la taza?

—Él.

Arcadipane toma el vaso de cartón y se vierte un poco de café. Lo bebe a pequeños sorbos. Señala una decena de expedientes desordenados en el lado derecho de la mesa.

—¿Habéis probado a encontrar alguna conexión con los jugadores?

Isa se pone de pie, con las piernas abiertas porque en medio tiene la silla.

—¡Hostia, Normandia! ¡Pero si era eso lo que teníamos que hacer! ¡Qué idiotas! ¡Menos mal que el jefe ha llegado sin que nadie lo atropelle con el semáforo en rojo! —Vuelve a sentarse.

Normandia permanece inmóvil, con las manos en la nuca. Arcadipane bebe el último sorbo.

—¿Entonces? ¿Esas conexiones?

—Con toda probabilidad, los que aparecen en los últimos puestos de la clasificación son suicidios en los que el jugador podría haber cometido un delito de incitación. Muchos tienen más o menos la misma puntuación, entre diez y veinte puntos. Puede que las

diferencias dependan de las circunstancias. Solo el director del juego lo sabe.

—¿Y los que están por encima de veinte?

—Yo creo que lo que hay entre veinte y cuarenta son homicidios que los jugadores han conseguido hacer pasar por suicidios. Por lo que parece, ganan puntos, pero no muchos, porque la culpa recae en el muerto y no en un tercero. Es algo así como meter la bola en el agujero después de tocar la banda una sola vez. Seguramente hay algún algoritmo detrás de los puntos, pero el principal criterio podría ser este: cuantas más veces toque la banda el jugador, o sea, cuanto más consiga que otros carguen con la culpa, más puntos obtiene. Por ejemplo, el jugador del duodécimo puesto, Reloj Mecánico: creo que son los alumnos de la clase de Perugia, los del caso del suicidio del profesor de Historia del Arte. Reloj Mecánico u *Orologio da rote* es un poema no muy conocido de un autor barroco italiano, Ciro di Pers. He consultado la antología que siguen en clase y ese soneto forma parte de ella. Después he comprobado el programa de su profesora de Lengua Italiana en la web del instituto y parece que la clase estudió el soneto. También la fecha de entrada del jugador coincide.

»Tu chica de Módena, Melagoli, tiene que estar en este tramo de la clasificación si de verdad fue ella quien empujó a su amiga hacia el coche. Podría tratarse de Mordillo o de Anaconda, las fechas corresponden, pero no tenemos ningún dato que permita identificarla. Lo único seguro es que Alessandro Marangon es Biutiful, que ocupa el tercer puesto con setenta puntos y que entró hace seis meses. El segundo, Bisturí, con 126, creo que es el chico... —Y señala a Normandia, a su brazo derecho, al estado en el que ha quedado—. Su elevada puntuación podría deberse al homicidio de su amigo arrojado al tren y a su propio suicidio, como si hubiese metido dos bolas, o algo así... Sírveme un poco de café a mí también.

—¿Y el primero de la clasificación? —pregunta Arcadipane mientras le pasa el termo y la taza—. ¿Cómo ha conseguido 152 puntos?

Isa coge la taza, pero se lo piensa mejor, la deja y vuelve a tomar el vaso de cartón.

—Ni idea, pero tenemos catorce expedientes y veintisiete jugadores, así que hay casos que Normandia no ha detectado. A decir verdad, ni siquiera estamos seguros de que todos los que Normandia

ha detectado sean Cazadores de Superficie.

Arcadipane se levanta y da unos pasos por la habitación. Si se queda demasiado tiempo en la misma posición siente cierto alivio, pero también sabe que volver a moverse será el infierno. Trepet está tumbado sobre una pila de tela que podría ser tanto un jersey como una oveja disecada. Por supuesto, a los pies del camastro.

—¿Y tú, Normandia? ¿Qué dices?

Normandia no dice: duerme o, al menos, mantiene los ojos cerrados. Arcadipane continúa su peregrinaje de doce metros cuadrados y llega a la pared con la espiral. La primera vez que la vio fue hace dos días, pero ya le resulta familiar. Lo cual no es una buena señal, habida cuenta de quién la ha trazado y por qué. Tal vez Bramard captaría algo en ella, piensa, pero, sinceramente..., hacerle mover el culo en sus condiciones... Además, vale que sea capaz de leer los posos del café, ¡pero es que en este momento no tienen ni café ni posos que pueda leer!

—En tu opinión, ¿por qué? —pregunta.

Isa deja por un momento el programa en el que está escribiendo.

—¿Por qué qué?

—El tipo que ha montado esto. ¿Por qué lo hace? ¿Qué saca de aquí? ¿Dinero?

—No lo creo. Y por eso no va a ser nada fácil llegar a él.

—¿Nada fácil cuánto tiempo significa?

Isa se encoge de hombros de esa manera insolente que debe de haber elaborado entre los cinco y los seis años. Después, a medida que crecía, añadiría los ojos en diagonal, el cuello encogido y los pechos que se mueven de manera sincronizada con respecto a los hombros. El resultado es que, cuando estaba en la central, un tercio de los compañeros le habría partido la cara, otro tercio se la habría tirado y el tercio restante habría hecho ambas cosas. Después ella casi le sacó el ojo a un agente y en ese momento los porcentajes cambiaron.

—¿Entonces? ¿Cuánto tardaremos en cogerlo?

Isa se bebe el café del fondo, echando hacia atrás la cabeza.

—¿Una hora? ¿Veinticinco años? —se pregunta—. Ross Ulbricht fundó Silk Road en 2011 y lo pillaron con las manos en el teclado en 2013, pero para entonces ya había acumulado un montón de millones de dólares en Silk Road Bitcoin, y cuando hay dinero de por medio, aunque sea virtual, siempre deja rastros que seguir. Sin embargo, esta

no es una web donde se compren droga, armas, documentos falsos, medicamentos o narcóticos. Es un círculo exclusivo, en el que se entra por invitación y donde lo único que circula son noticias de sucesos, que se transmiten de alguna manera al director, y puntos, que el director adjudica de alguna manera. El único objeto que se mueve son las escarapelas, pero todavía no hemos entendido qué son, aparte de una especie de certificado de participación.

—Vale, pero alguien que crea una cosa como esta, que se divierte al gestionarla... ¿Tienes alguna idea de cómo es?

—Si queremos utilizar como patrón a Ross Ulbricht, debemos tener en cuenta que el pseudónimo que eligió como guardián de esta «ruta» era Dread Pirate Roberts, el Terrible Pirata Roberts, el nombre de un personaje imaginario de la novela que William Goldman publicó en 1973: *La princesa prometida.* Eso hacía pensar en un hombre culto, con un acervo de lecturas nada banales, una cierta dosis de irreverencia y de ironía y una necesidad de cuestionar las estructuras y los esquemas establecidos, que son aspectos que también están presentes en el libro de Goldman. De hecho, el perfil era acertado, porque cuando lo detuvieron los agentes se encontraron ante un hombre sensible, muy inteligente y con estudios de ingeniería, un pasado como miembro de los Boy Scouts, una amplia biblioteca y un vivo «espíritu libertario». Desde su punto de vista, esta Silk Road o ruta de la seda era un espacio de total libertad, una sociedad utópica virtual.

—Pero dices que este es diferente.

—Mucho, pero también él ha elegido un pseudónimo literario. Grendel es el monstruo al que el héroe Beowulf mata en un poema épico que forma parte de los orígenes de la literatura inglesa. No se trata de un texto banal: no todo el mundo lo conoce y menos aún lo lee. Así que creo que es un hombre de entre treinta y cuarenta años, culto y con un buen conocimiento de lenguas, incluidos el inglés literario y el inglés de la informática. También el diseño años ochenta de la página, la tipografía básica, parecida a la del primer Pac-Man, nos dice mucho de él.

En alguna parte, una campana toca las nueve. Normandia abre los ojos y, lentamente, se levanta. Sin decir una sola palabra, Isa le cede el puesto. El hombre retoma el trabajo donde lo ha dejado ella, manejando con rapidez el teclado tan solo con los dedos de su mano

izquierda. Arcadipane le hace un gesto a Isa y le habla al oído.

—¿Lo puede hacer? ¿Y con una sola mano?

Isa resopla, se dirige al camastro y se echa sobre él con un ostentoso salto.

—Pues claro que lo puede hacer. ¡Solo una panda de gilipollas como la policía estatal podría dejar escapar a dos personas como nosotros! Y ahora, si no te importa, es mi turno de descanso. Dos horas pasan deprisa.

Trepet, que se ha despertado por el salto de Isa, se incorpora, sigue el rastro de Normandia hasta la mesa y se acuesta bajo ella. Arcadipane le hace un gesto para que se levante, el perro lo ignora; Arcadipane realiza un movimiento con la mano, limpio y rápido, para señalarle la salida, pero entonces siente que el músculo del hombro se le suelta y rueda hasta algún punto situado bajo la escápula. Con el brazo que no le duele, intenta encontrar una gominola de regaliz en el bolsillo y reunir el valor para dirigirse hacia la persiana. Al hacerlo piensa en la sensación de bienestar con la que se levantó de aquel futón para masajes, en la infusión que Eleonora le había preparado mientras le contaba la historia de los robos en el edificio y, por último, en la segunda visita al dormitorio de Alberto, donde le enseñó algunos diseños...

—Isa, ¿tú sabes quién es Muna? —pregunta, ya medio agachado.

Isa no abre los ojos, parece que el camastro provoca ese efecto.

—Todo el mundo lo sabe —responde—. Es una especie de Banksy del diseño gráfico. Se piensa que es alemán, pero hay quien dice que vive en Ámsterdam. Un misterio. En parte porque lo único que, aparte de él, se llama Muna es un río del noreste de Siberia que se congela entre octubre y mayo y en cuyo curso no pasa por ningún núcleo habitado. Quizá está relacionado con su idea de no darse a conocer. Pero ¿qué coño importa? Lo que cuenta es lo que hace, ¡no lo que es!

Arcadipane retoma con cautela su descenso bajo la persiana, durante el cual en el exterior empieza a llover, después escampa y después, de nuevo, caen unas cuantas gotas.

41

—¿Es sensato que venga a recogerlos a las nueve de la noche si están acostumbrados a apagar la luz a las nueve y media? ¿Sabe él a qué hora se acuestan? ¿Alguna vez se preocupó por eso mientras estaba frente al televisor? ¿Alguna vez en siete años se levantó cuando a Tommaso le entraba un ataque de asma? «Pero es que yo termino de trabajar a las ocho, ¡ya lo sabes!» Lo sé, sí, egoísta de mierda, hace diez años que trabajas hasta las ocho o hasta las nueve, porque si no mamá Fiat quebraría... ¡Y además te tienen que llamar incluso cuando estamos cenando o cuando salimos de viaje durante el fin de semana! «¡Me pagan una bonificación por estar localizable las veinticuatro horas! Cuando pasas la tarjeta de crédito, sí que te viene bien, ¿no?» La tarjeta de crédito... Mil quinientos euros al mes suelta ahora el imbécil, pero ese palo no le parece suficiente: encima me los trae tarde los domingos o me cambia el calendario porque tiene que trabajar. Como si yo no supiera que se va a practicar kitesurf. Basta con mirar las previsiones del tiempo, comprobar si anuncian viento y oleaje en Catania, donde aterriza Ryanair: justo ese fin de semana, mira tú qué casualidad, trabaja.

Medusa come un par de volovanes como si estuviese masticando los testículos del lunático en cuestión.

—Pero solo estoy hablando yo, perdona. ¿Qué tal tu separación?

Arcadipane mira los volovanes de su plato.

—Más tranquila, aunque mi mujer tiene novio.

—Bueno, es que está en su derecho, ¿no? ¿Tú llevas mucho tiempo en la web?

—Una semana, más o menos.

—Yo estoy en ella desde el día después de que él se marchase. A tomar por culo, me dije, siempre le has sido fiel, aparte de un par de estupideces; tienes cuarenta y seis años, no estás muerta, hay un mundo ahí fuera. Así que desde hace dos años, cuando tengo tiempo, echo un vistazo. He conocido a algunas personas. Solo sexo, nada

especial, pero encuentras lo que buscas, ¿no? Ya veo a muchas personas en mi tienda, no tengo problemas de socialización. Además, los niños van a un colegio privado, el Sant'Egidio, donde los tienen hasta las siete, y un fin de semana de cada dos se van con su grupo de Boy Scouts. La casa está libre. Si te apetece, después puedes venir a ver una película. No conozco tus gustos, pero con el *streaming* se encuentra un poco de... —Suena un teléfono.

Medusa se detiene, petrificada. Arcadipane trata de localizarlo rápidamente en el bolsillo de su chaqueta, pero al sacarlo se le caen al suelo un par de gominolas de regaliz.

—Perdona, es del trabajo, tengo que responder, de verdad.

Se levanta sin prestar atención a la cara que está poniendo ella, porque ya sabe qué cara es. Sale de la sala y después cruza el umbral del bistró La Guepière hacia la calle. Coge un cigarrillo, da dos pasos por la acera impecable del centro y responde.

—Dime.

—Estamos con la mierda al cuello —sintetiza Isa.

—Esperaba buenas noticias. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la página ha desaparecido.

—¿Y no se puede volver a encontrar?

—¿Estás seguro de que quieres seguir haciendo estas preguntas estúpidas? Grendel la ha desmantelado, ha parado la actividad, ha echado la persiana y, además, ¿recuerdas esas escenas de las películas en las que borran las huellas del suelo pasando una rama sobre ellas? Pues ha hecho algo así.

—Entonces ha entendido que Istra... ¿Ignav?

—¿Que Iscariote éramos nosotros? Es muy probable. Te mando una imagen por WhatsApp.

Arcadipane fuma y espera. Mientras tanto, dobla la esquina. Aquí el teléfono tiene mejor conexión. Abre la imagen. La mira y vuelve a acercarse el móvil a la oreja.

—¿Peces?

—Es la pantalla que nos ha dejado: tres peces que se comen entre sí, desde el más pequeño hasta el más grande.

—Pero ¿qué significan estos tres peces?

—Es un mensaje, creo yo: el pez pequeño es S.Hun; el mediano somos nosotros, que intentábamos sorprenderlo por la espalda y comérnoslo, y el grande es Grendel, que estaba detrás y nos ha

comido.

—Así que ha cerrado el juego.

—Quizá para abrirlo en otra página a la que ha desviado a los jugadores.

—¿Crees que es así?

—Pero ¿has bebido o qué? ¡Me estás haciendo repetirlo todo dos veces!

—¡Qué beber ni qué beber! Estoy pensando en voz alta.

—¡Peor aún! Creía que lo que te pasaba por dentro era un poco mejor que lo que se veía desde fuera, pero... ¿Tú tienes novedades de las escarapelas?

—Pedrelli ha hecho las comprobaciones. Las que tenemos ahora son de dos productores distintos, uno del Piamonte y otro de la Lombardía, y llegan de lotes que salieron de la fábrica entre 2011 y 2012. Son productos que suelen utilizarse en exposiciones de animales o pruebas hípicas. Los compran empresas, organizadores de muestras, municipios, asociaciones deportivas. Es poco frecuente que las adquieran ciudadanos particulares, pero de todas formas Pedrelli ha pedido una lista de nombres.

—¿Huellas?

—Muchas, la mayoría incompletas, aparte de las de los chicos que las tenían, claro. De todas formas, las que hemos podido cotejar no dan resultados, ninguna conexión. Alessandra está haciendo otras pruebas, pero yo diría que por ese lado estamos en un callejón sin salida.

—Bueno, pues yo me voy a casa, llevo dos días sin ducharme y Normandia es tan hablador... Además, mañana me incorporo al servicio.

—De acuerdo. Oye, Isa... Gracias.

—Que te den.

—Buenas noches también a ti.

Vuelve a La Guepière y, al pasar delante de la barra, se da cuenta de que el camarero, de sesenta años y vestido con un guardapolvo, no le quita el ojo de encima. Continúa recto y llega a la mesa, pero allí no hay nadie. Se sienta y mira la puerta del baño. No por mucho tiempo, porque el camarero del guardapolvo se le acerca.

—La señora me ha pedido que le diga... —Y se come las palabras, con contrición.

—No le he entendido.

—Se ha marchado, me ha pedido que le comunique que... No sé si puedo...

—Vale, no importa. ¿Han preparado ya la comanda?

—No, al ver que primero salía usted y después la señora...

—Perfecto, cancela lo que había pedido —vuelve a coger la carta — y me traes...

El camarero ya ha sacado su cuaderno de la riñonera.

—¿Hay algo que se parezca a un bistec?

—El entrecot.

—Entonces el entrecot. Y le pones patatas normales, o al horno, quizá.

—Muy bien... El otro cubierto, entonces, puedo...

—Recógelo, recógelo.

Él lo recoge y después vacila, de pie delante de la mesa.

—Perdone, si me lo permite... ¿Eres Arcadipane?

Arcadipane no responde, lo mira y empieza a hojear mentalmente el álbum fotográfico.

—Soy Vito Scordamaglia.

—Vito... Vito... ¡Vito! ¡Vito Scordamaglia...! ¡Coño! Tu madre tenía una mercería en la plazoleta...

—Pedassi.

—¡Por Dios, Vito! ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Cuarenta años?

—¡Y más!

—Pero ¡qué locura! Y ahora estás aquí... ¿Cómo te va?

—Bien, bien, hace un mes que soy abuelo.

—¡Abuelo! ¿Pero cuántos años nos llevamos?

—Cinco años.

—¡Dios mío, qué alegría verte, Vito! ¿Te acuerdas de las palizas que me dabas? ¡Siempre volvía a casa lleno de moretones!

—Sin rencor, ¿eh?

—Pero ¿qué rencor ni qué rencor? Oye, cuando te quites el uniforme ese, ¿por qué no te vienes a la mesa y nos tomamos una copa?

Vito mira tras él.

—Bueno, pero más tarde, cuando el dueño se vaya...

Cuando se queda solo, Arcadipane apura la copa de Burdeos y

extiende las piernas, que antes tenía encogidas debido a las botas de Medusa. ¡Vito! ¡Madre mía!

Si su vida no estuviese hecha un desastre y el caso no fuese de puta pena, ¡este sería realmente un buen momento!

42

Hemos vuelto al café caliente y a los dos biscotes, pero la cucharilla de margarina es rasa de verdad y las dos porciones de mermelada son de albaricoque, un sabor que, como Germana sabe, le gusta menos. Una especie de libertad vigilada, en definitiva, a pesar de que esta mañana se ha esforzado al máximo por hacer pipí sentado, esperando obtener la amnistía.

En cualquier caso, el café es morfina, considerando que, al final, las botellas con Vito Scordamaglia fueron dos, y también fue a las dos a la hora a la que volvió. Además, hoy tiene mejor la espalda, hace sol, el aire entra dulcemente por la ventana... Una maravilla, si no fuese porque el caso va de puta pena, como ayer, y porque hay una vieja que lo está mirando fijamente, con sus glúteos fofos apoyados contra el fregadero.

—¿Ha hecho avances?

Arcadipane deja la taza sobre la mesa.

—¿En qué, Germana?

Ella se pasa una mano por la cara, que cubre ligeramente mientras ríe: no en vano, sigue siendo una señora sola en una habitación con un hombre. Por eso por las mañanas se levanta hacia las seis y media y se arregla un poco: el pelo, la crema del rostro —que después se le queda condensada sobre la capa de pelusilla que tiene sobre las mejillas—, la bata planchada y dos aplicaciones de polvos de talco, que se huelen cuando se acerca... Y justo ahora se acerca.

—Estoy hablando del hijo de la... —Y con los ojos señala la puerta, las escaleras que bajan y llegan al umbral en cuestión.

—La señora Eleonora Puledda. Su hijo, Alberto Puledda. He estado haciendo algunas averiguaciones, he ordenado que se realice un seguimiento audiovisual y que se los vigile durante dos días, he tomado las huellas digitales de los pasamanos y he hablado con un par de traficantes de la zona, pero no hay ninguna evidencia. Ni siquiera

nuestros confidentes los conocen, así que he archivado la investigación. Lo que está claro es que los Puledda no son los autores. No se lo he dicho hasta ahora porque me daba vergüenza haberle fallado. Lo siento.

Gira la cabeza hacia la ventana, como si estuviese viendo a su inmenso dolor buscar una vía de escape, y mientras tanto espera la reacción. Germana respira y piensa. Arcadipane lo sabe porque está haciendo rechinar algo la dentadura postiza, metrónomo de su reflexión.

—También tienen una prima que de vez en cuando...

—La hemos espiado, es ajena a los hechos.

Germana vuelve a meditar.

—Me fío de usted, por supuesto, es el experto, pero ¡estos robos!

—Alguien que viene de fuera.

—¿Feriantes?

—Feriantes, podría ser.

—Y usted, que es el experto, ¿qué me aconseja?

—Sobreseer.

—Sobre... ¿qué?

—Dejarlo estar, tener mucho cuidado, no olvidar nada en el rellano, llevar la compra siempre en la mano, retirar los zapatos de la puerta, colocar jarrones solamente donde nadie pueda cogerlos y, sobre todo, ¡nada de guardar la llave bajo el felpudo! Y también...

El teléfono de Arcadipane emite una alarma.

—Perdone, es del trabajo.

Un mensaje de Alessandra, desde el laboratorio: «Pásate por aquí cuando puedas, tengo algo».

—¿Y también? —Germana vuelve a traerlo al aquí y al ahora.

—Y también, si yo fuese usted, nunca me quedaría sola en casa.

—Pero está usted...

—¿Yo? Yo ahora salgo. —Se levanta—. Y ya no me vuelve a ver hasta la noche. ¿Sabía que la mayoría de los delitos se cometen entre las nueve de la mañana y las ocho de la tarde?

—Pensaba que eran más por la noche.

—¡Eso es un error! ¡Ahora también quienes delinquen quieren dormir! Piénselo, no debería quedarse sola. Y ahora, con su permiso, tengo que irme.

Arcadipane sale al rellano, baja ruidosamente cuatro o cinco

escalones y después, en un silencio absoluto, invierte la marcha.

Llega a la quinta planta agotado, con los dolores del *shiatsu* de nuevo vivos y presentes. Deja en el suelo a Trepet, que en la tercera planta ha dado marcha atrás en su decisión, y recupera el aliento. Es consciente de la importancia de la primera impresión, de la compostura, de la entrada en escena.

Se peina como buenamente puede el pelo sudado y llama al timbre. Nada.

Vuelve a llamar, pero después se acuerda de que Eleonora Puledda le ha dicho que lo desconecta todo para ahorrar. Entonces llama a la puerta.

Oye pasos que se acercan. Un gato gordo haría más ruido. Alguien abre la mirilla y observa a través de ella.

—Soy el inquilino de la señora Germana, la del segundo. El comisario.

Nada.

—Necesito hablar con usted.

La puerta se entreabre un dedo, justo para que salga la voz.

—Estaba a punto de empezar a desayunar.

—De verdad que solo serán unos minutos.

La rendija de la puerta vibra, revelando una indecisión que a Arcadipane le inspira ya pena. Después se abre, mostrando a una viejecita propia de la tapa de una caja de galletas, pero de galletas rancias y medio comidas.

—Disculpe la hora —se excusa Arcadipane.

La mujer, que podría tener tanto ochenta años como ciento veinte, es una cosita mínima, con los ojos gachos que miran hacia la nada, como se hace frente al pelotón de fusilamiento.

—¿Podemos entrar? —pregunta Arcadipane.

Ella se gira y lo invita a seguirla, tal vez esperando ser apuñalada en el pasillo gris, en el que Arcadipane empieza a percibir el olor a estufa y curtiduría. Sin embargo, llegan sanos y salvos al comedor, que es también cocina. Un espacio pensado en realidad como desván, más tarde habitado sin cédula de habitabilidad y al final condonado, aunque sin perdón. Una pequeña estufa decorativa emite algo de ruido, más que calor. En ella arden los cartones que la mujer ha apilado religiosamente dentro de una caja de fruta. Por lo demás, un hornillo de gas con una bombona, un pequeño aparador, un baúl, dos

sillas, unos visillos calados y limpios. Un frigorífico bajo. Un vano que da al cuarto de baño, separado del resto de la vivienda tan solo por una cortina, y otro vano que conduce al dormitorio, dividido en dos por una pared de madera fabricada con cinco postigos de ventana.

—Sentémonos —propone Arcadipane, y así lo hacen—. ¿Usted sabe en qué trabajo? —pregunta a la anciana.

La mujer lo mira con ojos modestos.

—En la policía.

—Muy bien. Pero no debe preocuparse, no estoy aquí a título oficial, a título laboral, no sé si me entiende.

Ella niega con la cabeza, pero se restriega una mano con la otra y parece a punto de romper a llorar.

—Quiero decir que debe estar tranquila. Nadie tiene intención de acusarla de nada. De hecho, he venido a hacerle una propuesta. ¿Quiere usted escucharla?

Ella reflexiona.

—¿Tengo que devolver el salmón? —pregunta.

—No tiene que devolver ningún salmón, escúcheme...

—Yo no sabía qué era. —Empieza a llorar—. Cuando lo vi pensé que estaría enfadado, pero...

Arcadipane está a punto de alargar una mano hacia las suyas, pero entonces lo asalta la idea de que va a sentir lo mismo que sintió bajo aquel suéter negro, bajo aquel jersey de cuello alto, algo que se encuentra ya un poco al otro lado. Sin embargo, la trayectoria ya se ha iniciado y la mano acaba sobre las de la anciana, que son cálidas y tienen grandes venas palpitantes: un bloque de pasta endurecido, pero comestible.

—No se preocupe por el salmón —dice, invadido por una euforia idiota—. En el edificio todos somos sus amigos. ¿Quiere escuchar mi propuesta?

Ella se seca los ojos, que, de todas formas, no han llorado de verdad, y asiente.

—Su piso —Arcadipane mira a su alrededor con el temor de parecer irónico, aunque, por suerte, la mujer nació antes que la ironía —, en la quinta planta..., sin ascensor... Imagino que es cansadísimo.

—Sí, pero bajo pocas veces.

—Baja pocas veces, pero de vez en cuando tendrá que ir al médico, a la compra...

La mujer baja sus ojos húmedos.

—Las cosas cotidianas —intenta arreglarlo Arcadipane—. Siempre hay tareas que hacer, y si no se tiene a nadie... Porque usted no tiene a nadie, ¿no? Hijos, sobrinos...

Ella niega con la cabeza.

—Entonces vamos al grano. Yo vivo de alquiler en casa de la señora Germana, a la que usted conoce. Estoy bien, la comida también es buena, pero tengo mis horarios, mis obligaciones...

Al oír la palabra *obligaciones*, la mujer se entristece.

—Pero estas son cosas que no vienen al caso, desde luego. Dicho esto, usted está aquí sola, con el cansancio de las cinco plantas, y a Germana yo no le hago mucha compañía. Así que he pensado... en alquilarle la casa y arreglarla. El piso seguirá siendo suyo, como es obvio, lo pondremos todo por escrito, pero yo se lo alquilo y así tendré cierta independencia. Usted, con una parte de la renta, se va como inquilina a casa de Germana, que vive en la segunda planta. Ella se encargará de la cocina y de la limpieza. Además, así se harán compañía. ¿Qué le parece?

La mujer está inmóvil como si le hubiesen golpeado el cuello con un garrote. Eso que se hacía antaño en el campo a los conejos, como gesto de misericordia antes de recurrir a las tijeras.

Después levanta la mirada.

—¿Cuánto sacaría por el alquiler?

—Cuánto sacaría.

—Cuánto sacaría.

Arcadipane entiende ahora lo que sienten los niños antes de su primera clase de natación, cuando, sin preliminares, alguien los lanza a la piscina y se quedan allí agitando los brazos y tragando agua.

—Seiscientos euros al mes —suelta del tirón—, que es más de lo que vale su piso, en vista del estado en el que se encuentra y de la planta en la que está, sin ascensor. De esa cantidad usted le da doscientos cincuenta a Germana y todavía le quedarán trescientos cincuenta, que sumados a los otros trescientos cincuenta de pensión mínima que usted cobra le permitirán vivir como una reina. Además, me he puesto ya de acuerdo con el chico de la primera planta para que una vez a la semana les haga una buena compra y se la lleve a su rellano. Esta es la oferta, visto y conforme.

La mujer lo mira.

—¿El drogadicto?

—No es un drogadicto. Además, esta es la oferta. Piénselo, no es necesario que lo decida ahora mismo.

La mujer asiente, pero sigue encorvada, con la mirada fija en la mesa, donde dos moscas se persiguen con intenciones no lúdicas. Arcadipane no sabe si esa posición es una petición de espera, de despedida...

—Si le apetece —sugiere la mujer—, he preparado unas gachas.

—No se preocupe. —Arcadipane se pone de pie—. Ya no la molesto más, la dejo que desayune.

Él ya ha llegado al pasillo cuando la anciana todavía se está levantando de la silla. La espera. Ella lo alcanza, lentamente, limpiándose las manos en el delantal. En su cara interna, la puerta está forrada con gomaespuma, tal vez como aislante. Ella abre, Arcadipane se despide y el rellano le parece ahora luminosísimo.

—¡Oiga! —lo llama cuando él ya tiene un pie en la escalera.

—Dígame.

—¿Sería también para él? —Y señala a Trepet.

—¿Qué quiere decir?

—¿Él también viene a la casa?

—Sí, él también viene.

Ella mira a Trepet, que le devuelve la mirada sin rencor.

—Se comen los cables —contesta.

—¿Quién se come los cables?

—Esta raza. Se comen los cables de la luz.

Arcadipane apoya los dos pies en el rellano.

—Le garantizo que los perros no se comen los cables.

Ella mastica algo y Arcadipane se da cuenta de que tiene una gominola de regaliz en la boca.

—A mí uno de esa raza me comió todos los cables de la casa.

—¿Usted tenía un perro?

—No.

—Pero un perro como este se comió los cables de su casa.

La mujer asiente y lanza una mirada de sospecha al animal.

—¿Y por eso ya no tiene luz?

—¡Eso es!

—¿Y no le valdría la pena volver a ponerla?

—¿Por qué? De todas formas usted vendría después con ese

perro.

—Es verdad.

—Es verdad.

—Ya me dice usted, ¿de acuerdo?

La mujer asiente y se desliza dentro del piso. La mirilla se abre. Arcadipane baja el primer tramo de escaleras, observado.

43

Cuando entras nunca está, pero después llega.

Es una de sus constantes, y tiene muchas más. Como el cuartito junto al laboratorio donde siempre se refugia: ¿se trata de un baño, de un vestuario...? Nadie ha metido allí la nariz jamás. Por eso Arcadipane se imagina que todo el mundo, cuando entra, hace más o menos lo mismo que está haciendo él: merodear entre la camilla metálica y las estanterías cerradas con llave, llenas de instrumentos; acercarse a la campana extractora, siempre en funcionamiento, y mirar con el rabillo del ojo las carpetas abiertas sobre el escritorio, donde hay también dos fotos de Alessandra, la primera con la sobrina, la segunda con un tipo en camisa amplia, que, como sabe ahora Arcadipane, es un anatomopatólogo que, por encargo del FBI, entierra cadáveres en aderezos varios y después estudia su descomposición. Todo ello, abriendo de vez en cuando las orejas por si la puerta del cubículo se abre, como ocurre ahora.

—Buenos días, comisario.

—Buenos días, Alessandra.

Ella lleva en las manos una caja con tapa de cristal y viste sus habituales pantalones deformados, camisa y chaleco de cuero negro con la chapa de la banda de música Nomadi.

—Le he llamado porque tengo una novedad sobre las tres escarapelas. Están aquí.

—Tú llamas, yo corro.

Alessandra lo observa, seria, mientras deja la cajita de las escarapelas sobre la camilla.

—En realidad, hay dos cosas interesantes. Las escarapelas están elaboradas con una cinta doblada en forma de rosa que tiene dentro un botón en el que se puede pegar o enganchar el medallón de tela con el nombre del evento o del premio.

—Muy interesante.

—No mucho, ya lo sé, pero ahora le cuento. Todas las escarapelas

tenían incorporados estos medallones. Sin embargo, alguien los quitó antes de meterlas en el sobre. Probablemente se trata de la misma persona que las envió.

—¿Eso significa que están usadas?

—Este dato no es suficiente para asegurarlo, porque también podría haberlas tomado de un lote ya estampado, haber retirado la parte escrita y haberlas mandado después. En ese caso, no se habrían usado nunca.

—Cierto. O sea, que son nuevas.

—No.

—Sé que estás muy sola aquí abajo, pero ¿podríamos ir ya al grano?

Alessandra apoya la mano en la caja, como si quisiera sentir sus vibraciones.

—Tienen encima mierda de mosca.

Silencio.

—Mierda de mosca —repite Arcadipane, para asegurarse de que lo ha entendido bien.

—Mierda de mosca en cantidades como mínimo diez veces superiores a las que se encontrarían normalmente en su chaqueta, en un mantel o en otras superficies de tela.

Como reflejo, Arcadipane se pasa las palmas de las manos sobre la ropa, de arriba abajo, como cuando en una sastrería uno prueba si el modelo le queda bien al cuerpo. Las manos a la altura de los pectorales le aportan algo de satisfacción, pero a medida que bajan...

—O sea, que tenemos mucha mierda de mosca —repite para sí mismo, estableciendo un axioma que le podría servir para explicar infinidad de cosas, si supiese lo que es un axioma.

—Y no solo eso —matiza Alessandra—: también pelo de vaca.

—Pelo de vaca.

—En dos escarapelas hay pelo de la misma vaca, mientras que en la tercera el pelo es de otra distinta. Así pues, si sumamos los excrementos de mosca, los pelos de vaca y el hecho de que en la rosa hay perforaciones y restos de pegamento, podemos concluir que estas escarapelas se han utilizado para premiar al menos a dos vacas diferentes.

Arcadipane examina el rostro de Alessandra y empieza a percibir en ella algo insólito.

—Me estás diciendo que el pirata de la *web dark* va por ahí enviando escarapelas cubiertas de mierda de vaca.

—De mosca. Lo de las vacas son pelos.

Arcadipane asiente.

—¿Por qué me mira así?

—Por nada, es que...

—Me he hecho un reposicionamiento del músculo platisma.

—Ah. Lo cual significa... —señalando la zona afectada.

—Que me he quitado la papada. ¿No le gusta?

Arcadipane inclina la cabeza.

—No, no, no es eso. De hecho..., ¡te hace más esbelta!

Alessandra lo mira durante unos segundos; después se gira.

—Todos intentamos mejorar... —le oye decir mientras abre la puerta del cuartito—. O casi todos.

44

La moto se detiene junto a la entrada, aunque en ese punto no haya líneas blancas que señalen las plazas de aparcamiento. Isa se baja, se quita un casco que no tiene visera y lo ata a la rueda posterior, utilizando un candado que guardaba en la mochila.

Se baja la cremallera de la chupa de cuero, se recoge el pelo y se dirige a la puerta, aunque hace una breve parada para probar la nueva fotocélula y las puertas de cristal, que le responden al instante.

En la garita hay un tipo con una cabeza enorme, cubierta de pelo solo en la coronilla. Isa se da cuenta de que está leyendo una revista sobre tortugas. El título del artículo: «¿La tuya es macho o hembra?».

—Arcadipane —indica Isa.

—Primera planta, tiene que dejar un docum...

—Ya sé dónde es.

Sube los escalones de dos en dos, pero ralentiza el paso antes de llegar al rellano porque reconoce el olor de los hombres a los que se paga para que gestionen esa parte de la vida que los demás prefieren mantener a distancia. Algo que hace tiempo deseó, después maldijo y más tarde añoró. Ahora no sabe. Lo que sí sabe es que el pasillo que conduce al despacho de Arcadipane supone recorrer unos veinte metros sin casco.

En cuanto entra, es como si en la gran sala y en los cubículos se hubiese expandido un olor nauseabundo. Todos se giran hacia ella, inmóvil en la puerta. Las miradas, a medida que avanza, pasan de la sorpresa al «qué puta caradura». También hay algún que otro «pero ¿quién es este pibonazo?»: son los nuevos, esos que en dos minutos lo sabrán por sus compañeros de mesa y que cuando Isa salga se habrán alineado con los demás.

Isa avanza, no demasiado rápido, hasta que sobrepasa un cubículo en el que hay un hombre que, aunque no lo parezca, solo ve con un ojo. Da unos pasos más y después se para. Vuelve hacia atrás y se mete en el cubículo.

Desde las demás zonas de la sala los cuellos se alargan, desaparece el sonido de las teclas, de los papeles.

—La otra vez te pedí perdón —explica Isa—, pero solo lo hice para recuperar mi pistola. Hoy te lo pido sinceramente.

Ha hablado sin prisa, dura, cálida, y ahora está allí, con la mano tendida sobre el escritorio.

Él la mira, con una mueca nada bonita en los labios. Después extiende el brazo y le estrecha la mano.

—¿Qué tal en la policía de tráfico? —le pregunta.

—En invierno hace frío; en verano, calor, y durante todo el año nos joden.

—Entonces es el lugar ideal para ti —concluye. Después retira la mano, que vuelve a trabajar en el formulario que estaba cumplimentando.

Isa regresa al pasillo y esta vez avanza deprisa. Ya está delante de la puerta sobre la que se encuentra escrito el nombre del hombre al que ha venido a buscar. No llama; entra y se encuentra a Arcadipane, Normandia y Pedrelli de pie, alrededor de la mesa, con sus caras mudas giradas en dirección a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le suelta Arcadipane.

—Hago lo que hace alguien que, mira tú qué casualidad, ayer por la tarde se enteró de que se le había concedido una prórroga de sus vacaciones y anoche recibió un correo electrónico tuyo con el informe pericial de Alessandra sobre las escarapelas.

—Ah, es eso —responde Arcadipane—. Pues justo ahora estábamos hablando del tema.

—Estupendo, continuad —dice Isa mientras abre su mochila.

Los tres vuelven a recapitular: los jugadores que acceden por invitación, el director del juego que decide quién entra, la ausencia de un esquema temporal en las incorporaciones de nuevos cazadores, las escarapelas enviadas por correo postal y utilizadas previamente para los premios de las ferias de ganado... Mientras tanto, Isa se sienta a la mesa, aparta dos tazas de café sucias y varios expedientes y abre su PC.

Los tres entienden y le hacen sitio.

—Si las escarapelas tienen restos de pelo y mierda —empieza Isa —, estuvieron encima de las vacas en alguna feria de ganado. En esto estamos de acuerdo, ¿no?

—Lo estamos —responde Arcadipane en nombre de todos—. De hecho, estábamos diciendo que quien ha enviado estas escarapelas es...

—Un ganadero —completa Isa.

—Un ganadero o bien...

—Un ganadero. He cruzado los datos de las principales ferias de ganado bovino, ciento veintisiete en el norte de Italia a lo largo de los dos últimos años, y las fechas de entrada de los jugadores, y ha aparecido esto.

Arcadipane, Pedrelli y Normandia miran el gráfico del ordenador portátil de Isa. Uno de los tres no entiende nada, el otro piensa que el fondo lila es inapropiado y el tercero entiende, pero, como de costumbre, no habla.

—Aparte de los ocho primeros jugadores que entraron, para los que quizá Grendel tenía ya una reserva de escarapelas, todas las fechas de admisión de los siguientes coinciden con ferias de ganado en el Piamonte o en la Lombardía o bien son de unos pocos días después. Por ejemplo, la entrada de estos dos jugadores, que accedieron con un año de diferencia, coincide con los días en los que se celebra la feria de Sant'Alessandro, en Bérgamo.

—En pocas palabras...

—Grendel admite a alguien cada vez que una de sus vacas gana y recibe una escarapela. Así puede enviársela al nuevo jugador. Ese es el criterio.

Arcadipane coge la taza y se la vacía en la boca como si estuviese llena, lo cual no es el caso.

—A mí esto me parece una gilipollez.

—¿Tienes las vacas que ganaron en las ferias de esas fechas? —quiere saber Normandia.

Isa cambia de pantalla.

—Seis fechas de entrada de jugadores coinciden con las victorias de una vaca de raza piamontesa llamada Polca y registrada en el libro genealógico como animal de alto valor genómico. El pelo de dos de las escarapelas probablemente es suyo. Las otras fechas corresponden a la condecoración de otras vacas de la misma explotación de la que procede Polca.

Isa pulsa una tecla y en la pantalla aparece la fotografía de un pastor en un prado alpino. Un tipo de unos sesenta años, con aspecto

severo, pero no despierto, que sujeta con ambas manos el bastón tras la nuca y que lleva sombrero, pantalones sueltos y botas de montaña. Una parte del subtítulo, cortada por el escáner: «La explotación ganadera de Renato Clary vuelve a ganar el conc...».

Todos dirigen la mirada hacia la foto, después hacia Isa, después hacia la foto.

—A mí esto me parece una gilipollez —repite Arcadipane—. Una gilipollez colosal.

Silencio durante una decena de segundos.

—Una gilipollez colosal —reconoce Normandia—, pero es lo que hay.

45

Todavía está el bar junto a la báscula pública, y sobre la báscula pública, un tractor con un remolque cargado de leña. Por lo demás, la plaza es grande y tiene una zona cubierta en la que antaño se celebraba el mercado y ahora se dan algunos mítines. También hay un distribuidor de gasolina, una tienda de alimentación, una carnicería, un banco y un par de restaurantes que intentan atraer a los turistas durante los fines de semana con nombres como «La parada del caminante» o «El descanso en las cumbres», aunque en realidad este es un pueblo de media montaña, con zorros, jabalíes y algún que otro corzo, más que con marmotas o rebecos, y que debe su supervivencia a una fábrica de féretros que desde hace cincuenta años aprovecha la presencia del río, la secular pericia local en la carpintería y la disponibilidad congénita de la gente del valle para gestionar la muerte como una circunstancia más.

A las 11.38 horas de un martes, en un lugar como este solo se pueden encontrar unas cuantas ancianas que han salido en busca de un pan *biovetta*, un poco de verdura y una lavativa, además de los empleados municipales, dos agentes forestales, un chico que ha perdido el autocar y está esperando al próximo mientras escucha algo a través de sus auriculares y tres pringados que han subido desde Turín para hacer realidad una idea que ni siquiera se puede contar.

En esto piensa Arcadipane mientras escruta la plaza de este lugar olvidado por todos y ve el Subaru Forester de los *carabinieri* detenerse delante de la comisaría. De él descienden el cabo Bernardi, un *carabiniere* más joven y Renato Clary. Charlan de todo un poco mientras se acercan a la entrada, donde desaparecen de su vista. Arcadipane echa entonces una ojeada al aparcamiento, en el que distingue su Alfa 33 con Isa y Normandia a bordo y Trepet sobre las rodillas de este último.

La puerta del despacho del cabo se abre y Bernardi entra, quitándose el sombrero. Hay un perchero a su alcance. En cambio, se

deja puesta la chaqueta porque está de servicio y dentro no hace más calor que fuera, donde ya aguijonea el aire de la primavera en la media montaña.

Arcadipane se queda de pie junto a la ventana. Bernardi es un cabo como Fenice, el de Stezzaglio, solo que menos culto, menos inteligente, más gordo, con menos pelo, más aburrido, más bajo y con bigote. Tal vez por eso cuando Arcadipane ha entrado en su despacho a las nueve y media de esta mañana le ha parecido hallarse frente a un espejo.

Bernardi se sienta en su puesto, tras el escritorio, y gira la silla de manera que pueda mirar a Arcadipane. Coge un paquete de cigarrillos que hay sobre la mesa y hace ademán de ofrecerle uno.

—Gracias, tengo los míos —responde Arcadipane mientras se lleva a la boca una gominola de regaliz.

Bernardi le pide por gestos que abra un poco la ventana, por aquello del humo que dentro de poco invadirá la habitación. Arcadipane la abre.

—¿Ha querido saber por qué? —pregunta.

—No. Le he dicho que era por una inspección a los establos, tal y como habíamos acordado. Probablemente no se lo ha creído, pero esta gente no es muy habladora, ni siquiera cuando averiguar algo puede beneficiarlos. Quizá por eso se han quedado así.

—¿Así cómo?

—Gente cerrada, desconfiada. —El cabo se encoge de hombros—. En parte porque hasta 1983 la carretera que llegaba hasta aquí todavía estaba sin asfaltar. Incluso hay canciones sobre los habitantes del valle, pero si usted no habla el dialecto local es difícil que las conozca.

—De hecho, no las conozco.

Bernardi, que hasta ese momento ha mantenido el cigarrillo entre los dedos y el mechero en la otra mano, lo enciende. Da dos caladas cortas con el fin de preparar a sus pulmones para ese material que les arrojará dentro. Por el despacho, pequeño, se expande de repente un olor a ropa quemada y sorgo. Él inclina un poco la cabeza hacia atrás como queriendo decir «lo necesitaba». El cenicero es bonito, elaborado en un trozo de leña, con cristal en su interior, pero el buen gusto parece haberse detenido ahí. El propio escritorio es una mierda en estructura metálica.

—Mi padre fue *carabiniere* aquí en los años sesenta —cuenta—. ¿Sabe cómo llamaba a los habitantes del valle de Beta?

—¿Cómo?

—Coces de vaca.

—Coces de vaca.

El cabo Bernardi ríe entre dientes. Fuma y ríe. Ahora que está sentado, se ve que la chaqueta le queda estrecha a la altura de la barriga y también que tiene un buen orzuelo en un párpado. Un bulto de un color un tanto diferente al del resto de la piel. Arcadipane lo mira, como cuando uno intenta pensar: «Sí, se me parece, ¡pero yo soy mejor!».

—Siempre con peleas entre familias —continúa el cabo—: un árbol en la linde, las vacas que se comen dos briznas de hierba del otro lado, una piedra desplazada, el arroyo que va por allí y ahora, en cambio, viene por acá, las colmenas, el mulo. Rencillas que se mantienen durante generaciones, de vez en cuando un hachazo en la cabeza, un navajazo, dos tiros de escopeta, alguien que se queda tullido o ciego, alguien que muere, pero nunca una denuncia. Todos los fallecimientos se explicaban por un accidente de caza o por una «coz de vaca». Gente con un hijo que tiene la cabeza rota, una pierna fracturada, un ojo vacío. Pero cuando los *carabinieri* les preguntaban, respondían: «Coz de vaca». Ahora ya no es así, incluso hay un par de casas rurales y un camping, aunque casi siempre esté cerrado, pero siguen siendo personas especiales, testarudas, y los Clary son del valle de Beta de la cabeza a los pies.

—Ya que saca el tema, ¿qué hay de estos Clary?

—Tienen una explotación ganadera familiar, el hermano y él. En invierno sus animales están en Fioretto, en el establo, y en cuanto llega el deshielo Renato y su hijo suben a los prados alpinos, a una hora a pie, donde poseen una vieja granja en la que no hay ni electricidad. En cambio, el hermano se queda abajo, porque en verano hace algunos trabajos de fontanería para los turistas.

—¿Y Renato?

—Es un tipo taciturno, poco sociable. Su mujer murió cuando el hijo tenía tres o cuatro años. No por una «coz de vaca», sino por una enfermedad fea. Incluso estuvieron muchas veces en el hospital de Cúneo, pero era su destino. Desde entonces Renato se ha centrado sobre todo en la empresa, en el ganado, en los quesos. En parte

porque, aunque escriba poco y mal, tiene un don para las vacas. Para comprobarlo, basta con que vengas un sábado y veas la cola: hay quien viene porque tiene un problema en el establo o porque necesita una valoración de un animal que va a comprar o a vender. Él lee el pasado, el presente y el futuro de una vaca sin ni siquiera tocarla ni abrirle la boca; solo necesita dar una vuelta alrededor de ella. En su momento incluso lo llamaron de grandes explotaciones, le ofrecieron el oro y el moro, pero a él no le va eso de marcharse de los valles, salvo que sea para ir a las ferias, donde es conocido: siempre se trae a casa algún premio. Aparte de esto, nunca volvió a tener otra mujer, tampoco tiene el vicio de beber y no se habla con su hermano, pero siguen adelante como dos bueyes atados al mismo arado. Exceptuando las vacas, no creo que le interese nada más. Problemas con la ley, ninguno, cuando hemos ido a verlo ha sido simplemente por la escolarización de su hijo.

—¿Por qué? ¿Qué había hecho?

—¡Nada! En primaria había una maestra nueva, de ciudad, que nos llamaba día sí, día no, para decirnos que el hijo de Clary no iba al colegio, que el padre no respondía a sus cartas ni a sus llamadas telefónicas, que el absentismo escolar es un problema grave, incluso en las montañas. Y que todo eso era verdad, por el amor de Dios... Así que subíamos, quince kilómetros de curvas, y hablábamos con el padre, que siempre nos respondía lo mismo: el niño va a clase y después vuelve a casa llorando porque no soporta el ruido. De hecho, él había dejado de ponerles cencerros a las vacas. Al final llevamos nosotros al niño a los médicos, que confirmaron que tenía una enfermedad del oído. Le prescribieron un aparato, el padre se lo tuvo que comprar, pero no funcionó demasiado bien. Total, que el niño siguió yendo igual de poco al colegio, pero ahora la maestra tenía un papel del hospital y estaba tranquila. Estos son todos los problemas que han tenido los Clary con la ley, ¡así que tengo curiosidad por saber qué le van a preguntar!

—Ya me imagino, pero me gustaría hablar a solas con él.

El cabo Bernardi casi ha acabado su cigarrillo. En la habitación de al lado, su compañero está abriendo y cerrando cajones.

—Es gente cerrada, si no ven al menos una cara conocida...

—Lo entiendo, pero es un asunto complicado, así que le ruego que de momento...

—Pero más tarde... Ya que me han enviado arriba a recogerlo...

—Estamos de acuerdo, en cuanto yo tenga las ideas claras... Ahora voy a empezar.

—Empiece, sí, ¡hace diez minutos que le está esperando!

Arcadipane se calla y mira por la ventana. Sabe que decir algo distinto sería inútil y dañino, y, sobre todo, no tiene ganas de hacerlo. Su escasa inteligencia ya está proyectada hacia el después, hacia el momento en que Renato Clary entre y se siente sabiendo ya todo lo que debe negar o no sabiendo un carajo de nada, lo cual es mucho más probable. El caso es que Arcadipane se ha tragado dos horas de coche junto a dos chalados y ahora lo que se debe hacer se hará, como en la consulta del dentista, así que habrá que resolver todo lo que sea necesario, en vista de que ha reunido el valor suficiente para llegar hasta aquí.

Mientras lo piensa, oye la puerta, que se abre. El hombre pronuncia un «buenos días» entre respetuoso y desconfiado. Después, Renato Clary asienta su culo fortalecido por las infinitas veces en que se ha agachado para colocar la ordeñadora eléctrica y se pone el sombrero sobre las piernas. Bernardi cierra la puerta. Arcadipane le dedica una última mirada a la plaza y empieza.

Unas horas más tarde, Arcadipane está en la misma ventana, sin chaqueta, sudado, mirando a la oscuridad, a las farolas y a su resultado; esto es, una melaza que se pega a los coches, la fachada de la iglesia de dimensiones desproporcionadas para ese pueblo, las viejas casas que se arrojan sobre la plaza como una multitud de dientes desordenados. En las seis horas que han pasado dentro, han tomado tres cafés, han parado varias veces para ir al baño o para hacer un par de llamadas. El cabo Bernardi ha entrado, ha salido, ha vuelto, y en líneas generales ya sabe qué es lo que está pasando, y eso explica su mirada atónita y la frialdad con la que se dirige a Arcadipane, al que no le sorprendería que su colega hubiese llamado a la central de Turín desde el despacho de al lado para comprobar su identidad, su hoja de servicio y su salud mental. Justo en ese punto se encuentra Arcadipane mientras observa su Alfa 33 aparcado en el mismo lugar desde la mañana.

Dentro del coche están Isa y Normandia, que en el transcurso de

esas horas han dado algunos pasos, cada uno por su lado, han llevado a orinar a Trepet, han comido, juntos y en silencio, un plato de ñoquis con queso Toma —que Isa ha tenido que pagar—, han dormido unos veinte minutos por cabeza y ahora están mirando hacia la ventana tras la que la luz lleva al menos una hora encendida y en la que ha aparecido la silueta oscura de Arcadipane, que mueve la cabeza para indicar que no, y después se gira para hacer lo que debe hacer, o sea, pedir disculpas y despedirse de Renato Clary.

46

Conduce a través de la vaguada, por una carretera ancha, con la aguja que, en los tramos rectos cortos, puede superar los ochenta kilómetros por hora. No hay más coches. Relaja la espalda contra el respaldo y le mete mano a todo aquello que le ronda la cabeza: temas enmarañados, materiales diferentes que hay que separar para saber qué descartar y qué conservar, tal vez previa limpieza. Isa se ha quedado dormida o quizá simplemente esté mirando fuera, donde, en la oscuridad, se intuyen prados, leña apilada y el río, que discurre a su derecha y muestra de vez en cuando un pequeño puente.

—No es él —dijo Arcadipane en cuanto se subió al automóvil—. Ni siquiera tiene un ordenador en casa.

Ahí acabó el discurso. Ninguna hipótesis, ninguna explicación, ninguno de esos razonamientos que se hacen cuando uno se equivoca de camino. Isa no es de esas. Arcadipane se siente cansado. Y Normandia está detrás con Trepet, en un silencio que ahora es de todos.

Entonces, tras una curva, una sombra en la calzada, una silueta deslumbrada, Arcadipane que gira el volante, pero no demasiado, porque no le da tiempo. El golpe ha sido en el lado del copiloto. Isa levanta de repente la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Arcadipane continúa durante un centenar de metros y se detiene donde puede.

—Un animal —responde, mirando hacia atrás, donde todo está oscuro.

—¿Qué animal? ¿Uno grande?

—No lo sé.

Isa y él se bajan del coche y lo inspeccionan. El faro está roto, en la carrocería hay algunos arañazos, poca cosa. Vuelven a subir. Arcadipane cambia de sentido. Isa no hace preguntas y no se pone el cinturón. Avanzan lentamente por la carretera desierta, de la que solo

ven el trozo que abarcan los faros. Arcadipane ya casi ha llegado a la curva, reconoce el punto, pero no ve nada. Continúa un poco más, vuelve a cambiar de sentido y sigue a velocidad de persona, examinando calzada y arcén.

—Está allí —señala Isa.

Arcadipane activa todos los intermitentes y se baja. Isa también desciende, mientras enciende la linterna de su móvil. Ilumina el arcén, en el que se encuentra el cuerpo del animal, inmóvil, no grande.

—¿Es un ciervo? —pregunta Arcadipane.

—No tiene cuernos. Quizá un corzo o un gamo. No los distingo.

Arcadipane da unos pasos en la hierba mientras Isa, que se queda donde está, lo alumbra. Sea lo que sea, es joven y no pesa más de diez kilos. Arcadipane se acerca, se agacha y sus piernas doloridas son el último contacto que tiene con su cuerpo, la oscuridad, el motivo por el que los tres se encuentran en esa carretera a esa hora. Después extiende una mano hacia el pecho de la criatura, que asciende y desciende despacio. El resto del cuerpo del animal no se mueve, aunque probablemente todo su ser le pide a gritos que se levante, que corra y que desaparezca en la negrura de un matorral. Tiene el pecho caliente, el pelo áspero.

—En el maletero hay una manta —dice Arcadipane con una voz diferente a la que tenía hace un minuto.

—¿Qué quieres hacer?

—Coge esa manta.

Isa hace lo que se le indica y, durante unos segundos, Arcadipane y el corzo se quedan solos en la oscuridad. Arcadipane siente la tierra fría bajo ellos, que, en cambio, pertenecen al reino del calor, y se da cuenta de que el corzo se encuentra a medio camino entre los dos mundos.

Isa le tiende la manta. Arcadipane cubre al animal con ella, lo rodea con sus brazos y lo levanta, aunque solo sea para alejarlo de la tierra y de su frío. El corzo no hace nada, más allá de dejar caer el cuello y la cabeza. Unos pocos pasos hacia el coche, durante los cuales Arcadipane piensa en todas las veces en las que ha tenido entre sus brazos algo pequeño y vivo con un peso casi igual y con este mismo latido. Después deposita al animal en el asiento trasero, en el espacio que Normandia ha dejado libre al coger a Trepet.

A la altura del ensanche de antes, Arcadipane cambia de sentido.

—Seguro que en el pueblo hay un veterinario —comenta.

—¡Pero a los veterinarios no se les lleva a un ciervo! Además, ahora ya no podemos hacer nada por él.

—No sabemos si es un ciervo, tú misma lo has dicho. Y tampoco sabemos si podemos o no hacer algo por él.

Isa observa el perfil de Arcadipane, pálido y lleno de un dolor tan extraño que la hace desistir.

Diez minutos después están ya en la plaza del pueblo. Son las siete de la tarde y no hay nadie en las calles. Isa se gira para mirar al animal.

—Me parece que está muerto.

—Ve a llamar al cabo.

Isa contempla el edificio en el que se encuentra la comisaría de los Carabinieri, con las luces apagadas.

—Ya no hay nadie.

—Entonces busca en tu móvil un veterinario.

Isa busca, llama y después cuelga.

—No responde —advierte—. Son las siete de la tarde.

Arcadipane se baja, abre la puerta trasera y coloca una mano sobre el pecho del animal, que aún está caliente, pero ya sin latido. Mira hacia la comisaría en la que ha pasado la tarde.

—Toca el timbre —ordena—. A lo mejor vive en el piso de arriba.

Isa se dirige hacia la casa, en cuya segunda planta, en efecto, las luces están encendidas.

Arcadipane acerca la oreja al pecho del corzo. Su pelo es tosco como el cabello de un anciano y huele a algo que ha corrido, disfrutado y deseado, y que ahora añora. Después se da cuenta de que el calor bajo su mano empieza a desaparecer y que todo, de repente, se endurece: un tránsito veloz hacia su naturaleza definitiva. El momento.

—*Ecce vita* —sentencia Normandia mientras sigue contemplando la porción de pueblo enmarcada por el parabrisas.

Cuando Isa llega con el cabo, en pantalón de chándal y jersey, encuentra a Arcadipane sentado en el asiento trasero, con los pies en el suelo de la calle, de espaldas al corzo oculto bajo la manta. Trepet olfatea el aire como hacen todos los animales antes de decidir si buscar o rehuir aquello que está muerto.

—Buenas tardes. —El cabo saluda con circunspección.

—Buenas tardes —responde Arcadipane, que sigue mirando hacia las luces del único restaurante abierto.

—Su amiga me ha dicho... El veterinario tiene ahora un compromiso... Además, para estas cosas...

—No importa —contesta Arcadipane.

Isa y el cabo observan la silueta bajo la manta.

—Han tenido ustedes suerte de que no sea un adulto... Podría haberlos sacado de la carretera y los seguros no pagan este tipo de siniestros. En cualquier caso, yo les recomiendo que no digan nada, en parte porque quien atropella recibe una multa... Pueden dejarlo aquí, tengo a alguien que...

—Gracias —dice Isa—. Ya me encargo yo.

El cabo mira a Isa y después a Arcadipane, con su barba nurágica que contrasta con la palidez de su piel.

—Después tendrán que contarme cómo se les ha pasado por la cabeza que Clary... —vacila—. Pero ahora váyanse, ha sido un largo día para todos.

El cabo Bernardi se da media vuelta y se aleja sobre sus zapatillas Crocs. Isa apoya sus nalgas en el asiento delantero, manteniendo, también ella, los pies en el asfalto.

—No quiero herir tu sensibilidad, pero... —se pasa una mano por la frente—, en la granja, Angela siempre ha tenido muchos animales, así que... En el fondo también es mejor para él que no la haya palmado para nada, ¿no?

—Por favor —asiente Arcadipane—, ve al bar y pide tres cervezas.

Isa se saca la cartera de la mochila, se levanta y se va. Arcadipane extrae de su bolsillo el móvil y busca la conversación que necesita.

«¿Podemos adelantarlo a mañana?», escribe.

«A las diez.»

«A las diez.»

47

¿Por qué Normandia?

Porque Pedrelli es Pedrelli y a esta hora estará pendiente del programa especial sobre el nuevo papa, junto a su mujer, que dobla los calcetines, que después piensa que es mejor enrollarlos como ha visto hacer en televisión y que más tarde los vuelve a doblar como lleva haciendo veinticinco años, porque es mejor no inventarse excentricidades. Y si quitamos a Pedrelli, ¿quién queda? ¿Lavezzi? ¿El que vive en la parte trasera de la panadería de sus padres y es insensible a cualquier tipo de relación, aparte de la que mantiene con las putas? ¿Botta, que el pobrecillo todavía está cogiendo experiencia? ¿Hacerle cargar de repente con un peso tan grande?

A partir de ahí, si excluimos a Bramard, que está lejos y enfermo, la lista se ha terminado.

Por eso detiene el Alfa con el faro arañado delante de la Churrascaria Rio Grande, se coloca a Trepet bajo el brazo y se pone en marcha. El local está medio desierto, pero lo bueno es que en su interior todo es como antaño. De brasileño solo tiene dos banderas, las fotos de Garrincha, los pequeños manteles de palma trenzada, diez recetas con frijoles y mucha carne en el menú. También la camarera criolla, a decir verdad. En cambio, el propietario tiene la típica cara de quien viene de la meseta de La Sila y considera que en el mundo hay demasiada gente.

Se sientan junto a la barra. Arcadipane pide una cerveza y Normandia, un vaso de agua y un plato de carne, arroz y frijoles.

—Este sitio se llamaba antes Pieter Moderno —explica Arcadipane, sin que nadie le haya preguntado—. Bramard y yo veníamos al final del día, cuando estábamos tristes y cuando estábamos contentos. Cuando los habíamos cogido y cuando se nos habían escapado. De solteros y de casados. Sobrios y borrachos. Y ahora ya no tengo con quién venir, aparte de ti.

Normandia coge un puñado de nachos, que quizá tampoco son un

producto brasileño.

—¿Quién es Bramard?

—Era mi jefe.

—¿Un buen jefe?

—Con treinta años se convirtió en el comisario más joven de toda Italia —asiente Arcadipane—. Resolvió casos donde otros ni siquiera veían un caso. Nadie lo entendía, pero al final era como decía él. Tampoco yo sabía cómo funcionaba su cabeza, pese a que trabajábamos juntos. Solo veía los resultados: la mesa hecha y un poco de serrín en el suelo. Hay policías buenos y policías malos. Jefes buenos y jefes que deberían dedicarse a otra cosa. Y después estaba Bramard. Hasta que llegó Otoñal.

Normandia coge otro puñado.

—Mataba a mujeres jóvenes, todas cortadas por el mismo patrón: delgadas, de pelo largo, y las dejaba, desangradas, en cabañas en medio del campo. Un trabajo sofisticado. En plan japonés. Y muchas cartas. Bramard se acercó, pero él le quitó a su mujer y a su hija, de apenas unos meses. A Michelle la encontramos, igual que a las demás. A la hija, no. A partir de ese momento, su único pensamiento fue atrapar a Otoñal. Pero no lo conseguía. Así empezó a beber. Dejó la policía antes de que lo expulsaran, empezó a trabajar como profesor, encontró a una mujer que tenía hijos, pero durante años siguió subiendo a la montaña de noche para intentar matarse. Hasta que hace cinco años, a través de una de las cartas que Otoñal le seguía enviando... —Arcadipane coge también un puñado de nachos—. Y ahora que por fin había logrado... —Mastica y llora—. ¡Justo ahora, joder!

La mujer deja sobre la barra la comida, distribuida en tres platos. Arcadipane se gira para observar el local, para esconder sus ojos. Normandia echa el arroz blanco sobre los frijoles y se introduce en la boca una cucharada.

—«Cuando se seque el pozo —comienza, pero después hace una pausa para tragar—, ¿me darás otro?», le preguntó al Señor. «He seguido tus mandatos y nada he hecho contra tu voluntad.» El Señor le respondió que se lo daría, pero quiso saber: «¿Cómo deseas que te entregue el otro pozo?», a lo que el hombre contestó: «Haz brotar una nueva planta y así yo sabré dónde debo excavar». Pasaron los meses, el pozo se secó y cada día el hombre se sentía decepcionado porque el

Señor no le complacía. «¿En qué me he equivocado?», se preguntaba. «¿En qué le he fallado?» Los campos se secaban y su familia tenía hambre, por lo que el hombre decidió cargar sus pertenencias en el carro y partir en busca de un nuevo pozo. Sin embargo, cuando mató una cabra para preparar la última cena en aquella casa que había sido también la de su padre y la del padre de su padre, el Señor le habló: «¿Por qué abandonas tu tierra?», le preguntó. «La abandono porque tú no has cumplido tu promesa de darme un nuevo pozo cuando el antiguo se agotara.» «No he sido yo quien no ha cumplido —objetó el Señor—, eres tú quien no ha perseverado como hicieron tu padre y, antes que él, su padre. Abandonas tu pozo pese a que si bajaras a él verías qué lo ha obstruido y podrías hacer el bien para el pozo y para ti mismo. Quien se comporta así con su pozo obra igual con la tierra, con la fe y con sus seres queridos. Ahora tu carro está cargado y tu cabra, sacrificada. Decide si quieres ser el hombre que cuida de su pozo hasta la última gota o el nómada que no puede decir que ningún pozo sea suyo.»

Arcadipane se seca las mejillas con las manos, y las manos, con la cabeza de Trepet, al que sujeta bajo el brazo.

—Nadie puede ocupar el lugar de Bramard —concluye Normandia mientras se pone de pie, con la boca aún llena—. Y mucho menos yo. Entenderás por qué. Así que cuida tu pozo.

Arcadipane lo ve cojear hacia el baño.

Se gira cuando se da cuenta de que la criolla le está poniendo por delante una segunda cerveza que él no ha pedido. Junto al vaso, un folleto.

—El último viernes de cada mes celebramos la Noche Particular —explica—. Siempre hay alguna manera de hacer amistades y animarse.

Arcadipane coge la hoja y estudia el trenecito de pavos ataviados con bermudas y gafas de sol.

—Por qué no —dice, sorbiéndose la nariz—. Por qué no.

48

—Hace ocho meses llevé mi Alfa a la revisión. Para mí ese nunca es un buen momento, siempre tengo miedo de que me digan que ya no vale la pena conservarlo. Por las leyes de contaminación... y también por la seguridad. Así que lo dejo en el taller de Bruno, en mi antiguo barrio. Bruno tiene un Giulia y un Fiat 124 en su garaje. A él no tengo que explicarle nada. Sabe por qué alguien decide no cambiar de coche durante treinta años. Le entrego las llaves y él me dice: «Pásate por aquí dentro de dos horas». Vuelvo y la revisión está hecha, la etiqueta, colocada, y yo pago con mucho gusto los setenta y pico euros que me cuesta.

»Por lo general, en aquellas horas volvía a casa a pie, porque no está lejos, pero el pasado mes de mayo Mariangela y yo estábamos ya de uñas. Acababa de enterarme de la historia con su compañero.

»Podría haberle pedido a Pedrelli que me recogiera, pero hacía un día bonito, no demasiado caluroso. Y necesitaba pensar. Así que voy paseando, camino junto al río Dora, llego al Po, subo por la avenida Belgio, con casas antiguas, pero también edificios nuevos y muchas cocheras, una zona muy habitada. En el río ahora anidan también aves marinas. Es casi mediodía, no hay demasiada gente por la calle. Me tomo un café en un bar y pongo rumbo al taller de Bruno.

»Estoy en la avenida grande, en el carril para peatones de una calle que desemboca en ella, cuando, de repente, a mi derecha cae una mujer desde arriba y va a parar al techo de un Ypsilon que estaba aparcado. Un estruendo enorme de chapa y cristales, como si hubiera habido un accidente.

»La mujer está a veinte metros de mí, tendida en el suelo, entre el Ypsilon y la acera.

»Una chica que viene en dirección opuesta la ve, se lleva una mano a la boca y se marcha corriendo. De un coche que se ha parado baja un tipo, echa un vistazo y se apresura a llamar por teléfono. También alguien que se encuentra a mi lado está llamando, le oigo

indicar la dirección: “Una mujer se ha caído desde una tercera planta —informa—. Ahora está en el suelo. ¡No sé si está herida! ¡Se ha caído desde un tercero!”. “Pobrecita, pobrecita”, recita una señora. Mientras tanto pasan un minuto, dos. Y la mujer sigue en el suelo, sola.

»Me acerco a ella. Creo que me decido rápidamente, porque no tengo tiempo de pensar en nada.

»Está extendida en aquellos treinta centímetros entre las ruedas y la acera, con los ojos abiertos y el pecho que apenas se levanta. Es pequeña, delgada, y tiene el pelo gris y un suéter negro colocado sobre un jersey de cuello alto. Ninguna herida, ningún lamento, solo cristales rotos, un mechón de pelo que ha quedado atrapado en la ventanilla, un pendiente que ha aterrizado lejos y una mancha de sangre en la acera, a la altura de la pelvis. Y, sin embargo, yo sé que se está muriendo. Aunque respire y tenga los ojos abiertos. Veo que está trabajando en ello. Y que es un trabajo duro, en vista de cómo le tiemblan los pies dentro de los calcetines rosa de estar por casa.

Arcadipane hace una pausa, se lleva a la boca una gominola de regaliz.

—¿Qué hizo después?

—Le apoyé una mano en el hombro porque sabía que llevaba puesto un suéter, un jersey y quizá también una camiseta interior. Quería que supiese que estaba allí, que no estaba sola, pero tenía miedo de que, si le tocaba la piel, me llevase con ella. «Tranquila —le dije—, ya llega la ambulancia», pero en realidad lo que quería decir era «tranquila, dentro de poco todo habrá terminado». En ese momento ella contrajo la cara y a través de la ropa sentí que desaparecía el calor. Cinco segundos, tal vez seis, y había acabado. La piel gris y ella, de la misma sustancia que la acera.

Arcadipane apoya la mejilla en los nudillos de sus manos entrelazadas, con los codos sobre las rodillas, y observa el zócalo que separa el suelo y la pared mal pintada. En el silencio de la habitación se oye un «bip bip». El ruido de una grúa que gira su brazo mecánico en las obras de al lado.

—Nunca había visto morir a nadie. Ni siquiera a mi padre, a mi madre o a mis tíos. Siempre llegaba después del tránsito, como hago en mi trabajo. Hay un muerto, nos llaman, examinamos la escena, preguntamos quién es, tomamos las fotos, rellenamos el atestado, cumplimentamos detalles de izquierda a derecha y en los días

siguientes intentamos averiguar quién lo ha matado. Hacer justicia, dar al césar lo que es del césar, resolver el enigma. Pensaba que servía de algo. Pero aquel día entendí que no. Lo único que importa es el momento en el que se está y después ya no se está. Como mucho, la vida que hubo antes. Yo, en cambio, me ocupo del después, llego cuando el partido ha terminado y el campo está vacío. Soy el que recoge las botellas, los papeles, la basura.

—¿Y qué pasó después con la suicida?

Arcadipane cambia de mejilla de apoyo. Contempla el cuerpo de Ariel, de cintura para arriba.

—Llegaron los *carabinieri*, me identifiqué y se extendió el atestado. La portera facilitó los datos de la mujer y declaró que tenía cincuenta y nueve años, que vivía sola y que llevaba tiempo sin salir debido a una depresión. Los de la ambulancia cubrieron el cuerpo con una lona, los *carabinieri* subieron al piso y comprobaron que no había nadie en él y que la mujer había dejado la puerta abierta, probablemente para facilitarles el trabajo. Tomaron los documentos, transcribieron los datos y anotaron que las pantuflas se encontraban delante de la ventana. Mientras tanto, la gente empezaba a retirarse, el cuerpo estaba tapado, ya no había nada que ver. El dueño del Ypsilon llegó, movió el coche y después de una hora, más o menos, llegó la furgoneta, cargó el cuerpo y todos se fueron.

—¿Usted también?

—Yo me senté en la terraza del bar de enfrente. Había un hombre y una mujer. Probablemente estaban allí desde el principio, porque de vez en cuando me miraban, pero no nos dijimos nada. Pedí una copa de vino blanco y, mientras me lo bebía, la portera salió y tiró un cubo de agua en la zona en la que estaban las manchas de sangre. Después barrió los cristales y volvió a entrar en el edificio. El hombre y la mujer dejaron el dinero sobre la mesa, me hicieron un gesto y se marcharon.

»Al cabo de un rato, un coche familiar en el que viajaban un hombre y un crío de diez años se paró delante de la terraza. El hombre aparcó en el lugar en el que había estado el Ypsilon, sin ni siquiera respetar aquellos treinta centímetros. Se bajó y le dijo algo al chico, que sacó su bolsa de deporte del maletero y lo siguió. Consulté mi reloj. Había pasado una hora y cincuenta y dos minutos desde la hora del fallecimiento que constaba en el atestado. Después, yo también me

levanté. Bruno estaba a punto de cerrar y yo tenía que recoger mi coche.

El sol, al rebasar la línea de tejados de enfrente, toca una esquina de la pequeña ventana. En la habitación la luz crece, mientras que desde la buhardilla de al lado llegan los golpes de alguien que está vaciando el filtro de una cafetera italiana. Metal contra plástico duro. Cinco o seis golpes, una limpieza precisa.

—¿Tiene miedo de morir? —pregunta Ariel—. ¿Es ese el problema?

Arcadipane se frota el mentón, la barbilla sin afeitar contra los nudillos.

—Tengo miedo de que mueran mis hijos, Mariangela, Bramard, todas las personas que conozco. Tengo miedo de morirme yo y que no importe. Que pase sin que nadie se dé cuenta, sin tiempo para darme cuenta yo mismo o con demasiado tiempo para hacerlo. Y que venga alguien de repente a aparcar su Volvo. A seguir adelante con la vida sin nosotros. ¿Estoy muy mal?

—Bien no está. —Ariel se encoge de hombros—. Pero por lo menos ahora sabemos qué es lo que ha derretido el permafrost.

Arcadipane la mira.

—Entonces, ¿qué hago?

—¿Qué quiere que le diga? Gente que se ha quebrado la cabeza con este asunto ha habido, desde luego, pero las respuestas tampoco son muy...

—¿Por ejemplo?

—¿Quiere una de las mejores? ¿Al menos porque es breve? «Cuando estamos nosotros, no está la muerte. Y viceversa.»

Arcadipane se traga el último trozo de gominola.

—Una verdadera gilipollez.

—Entonces mejor no le cuento las demás. ¿Le apetece un poco de infusión china?

—No, gracias.

Ariel se levanta, se agarra a la cuerda que cuelga del techo, camina hasta el hervidor y lo enciende. Después se queda esperando, con el brazo extendido hacia arriba, un viejo jersey, las caderas huesudas manteniendo en la cintura los pantalones de vicuña y los pies zambos dentro de los zapatos ortopédicos. Una pirámide de piedras irregulares en la que la imperfección de una descansa sobre la

de otra, en un juego de suma cero. El interruptor del hervidor salta.

—Hay algo más —anuncia Arcadipane.

—Adelante —responde ella mientras vierte el agua caliente en la tetera.

—Estoy enamorado de usted desde hace cinco años.

Ariel consulta la hora en la pared, como constatando un retraso de importancia moderada.

—*Oh là là!* —responde. Después llena la taza y esconde los labios tras un sorbo de infusión que aún no está lista.

49

Llega a Santo Stefano pasadas las once. En un rincón azul oscuro del cielo todavía está la estela harinosa de lo que ha sido la luna esta noche.

En las horas previas se ha saltado el desayuno de Germana, alegando motivos de trabajo; ha pasado rápidamente por la central, se ha tomado un café con Pedrelli, ha hablado con él del expediente «Cazadores de Superficie» y de que, en vista de la situación, es mejor que el caso no salga de su círculo. A continuación ha ido a la consulta de Ariel, de la que ha salido tras hablar largo y tendido de algo que ha comprendido la noche antes, en la plaza desierta de un pueblo de montaña, y muy escuetamente de otra cosa que ha captado en el instante exacto en el que la ha visto de pie contra toda aquella luz y aquella gravedad.

Ahora le queda por explicar lo que ha entendido en un taburete de un bar brasileño de Turín norte. Después de eso, irá a casa a echarse un rato.

Ella sale cuando oye el coche.

—Buenos días, Elena. Estoy buscando a Corso.

—Buenos días —responde la mujer mientras se coloca unos mechones rubios detrás de la oreja; los demás probablemente están recogidos con una goma a la altura de la nuca. A continuación, la Elena que en otro tiempo hubiera hecho un gesto irritado, dándole la espalda, ahora le explica que él se encuentra en la sala de trabajo, es muy probable que durmiendo, porque a las tres de la madrugada ya estaba despierto, en el sótano, abriendo cajas con expedientes de viejos casos, quién sabe por qué, quién sabe en busca de qué, y después preparó el desayuno de los niños, que tenían colegio, se sentó con ellos a la mesa, los escuchó, y más tarde se metió un rato en la cama con ella, hasta que se levantaron, se tomaron un café, ella se fue al trabajo, bueno, todavía no, tiene turno de tarde, y mientras tanto él se quedó leyendo, haciendo sus cosas, durmiendo, recuperando las

horas de la noche.

Arcadipane le da las gracias. Trepet y él atraviesan el patio, suben las escaleras y entran en la gran sala, donde hay un olor a papel viejo y a café, con un fondo de medicamentos. El perro corre a tumbarse junto al sillón en el que está Corso. Él cierra el libro, extiende una mano y le acaricia la cabeza irregular.

—Muy bonito el nuevo reposacabezas de tu Alfa —comenta—. ¿Te acuerdas de aquel tipo que mató a su peluquero porque no le dejaba mirar las revistas con fotografías de mujeres desnudas si no se cortaba el pelo? En el coche, incluso esposado, consiguió comerse toda la tapicería del asiento de delante. Qué pena que entonces no tuviésemos cinta americana.

—Me acuerdo.

Bramard se baja por la nariz las gafas que utiliza para leer y mira a Arcadipane, que se ha quedado de pie, a pocos pasos de la puerta.

—Ya sabes que aquí solo tengo la cafetera de café americano, pero si quieres una taza, acabo de prepararlo.

—Vale —acepta Arcadipane.

Corso se levanta, no cansado, solo sumamente delgado, y se dirige a la máquina, donde llena dos tazas con ese brebaje inmundo que bebe desde siempre. Después se acerca a Arcadipane, que está junto al ventanal que da al patio.

—¿Cómo vas con S.Hun? —Le tiende la taza.

Arcadipane la coge con las dos manos, siente su calor y sabe que el placer termina ahí: nada de azúcar, ni siquiera un poco de leche.

—No he venido por eso.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces por qué?

Arcadipane bebe un sorbo y no consigue evitar una mueca.

—Por nada en particular. Para ver cómo estás, para charlar un rato.

También Corso bebe. El patio está repleto de sol, con poquísimos contornos de sombra. Un gato lo atraviesa, elástico. Trepet resopla, intuyéndolo, pero después se da la vuelta.

—No somos precisamente unos campeones en esto, ¿eh? —constata Bramard.

—No, pero a lo mejor deberíamos serlo de vez en cuando.

—¿Por qué? A mí no me disgusta nuestra manera.

—¿Y cuál es nuestra manera?

Bramard bebe un sorbo y es evidente que reflexiona.

—Bueno, si te lo digo, ya deja de ser nuestra manera.

Arcadipane se gira a mirar las paredes forradas de libros, como si alguno de los volúmenes hubiese susurrado algo. Pero solo están ellos dos.

—Eres el único amigo que tengo —confiesa, girándose de nuevo —. La persona a la que más quiero, aparte de Mariangela y de mis hijos. Y, sin embargo, jamás he entendido nada de ti.

Esta vez Bramard da dos sorbos; el segundo de ellos, definitivo.

—Gracias. También es mi caso, exceptuando que, obviamente, yo lo he entendido todo de ti. ¿Podemos volver ahora a la antigua manera? No es bonito ver a dos pavos que intentan volar.

—Tampoco es bonito envenenar a la gente con el café.

—Me gusta estar solo. Bueno, ¿qué hay de esa S.Hun?

Arcadipane se lo explica, y lo hace de forma clara, si se tiene en cuenta que su lenguaje es el reflejo de sus pocos pelos despeinados, demasiado largos sin motivo en el lugar equivocado: el cierre de la página web después de que Alessandro Marangon los ayudara a entrar en ella, la pantalla con los tres peces, las escarapelas, las ferias de ganado bovino, el modo en que llegaron a Renato Clary y el hecho de que él no pueda ser Grendel, dado que no sabe nada de ordenadores, no habla inglés y no tiene el perfil adecuado.

—¿Es decir?

—Según Isa, Grendel es un hombre de entre treinta y cuarenta años, culto, creativo, inteligente, introvertido, políglota y gran lector. No le gusta el sistema, pero sabe convivir bien con él. En definitiva, no es un inadaptado. Y conoce a la perfección internet y lo que está debajo.

—Parece el perfil de Otoñal.

—¿Seguro? No se me había ocurrido.

Bramard vuelve a la cafetera y, en su trayecto, pasa junto a Trepet; se inclina, lo acaricia de la cabeza a la cola, como en una especie de escaneo, y después se llena la taza, que sostiene con una mano mientras se mete la otra en el bolsillo de los vaqueros. La habitual camisa a cuadros que antes llevaba por fuera de los pantalones ahora está por dentro, tal vez porque en estos casos tratar de ocultar es peor.

—Otoñal tenía un plan estético, una modalidad que requería

presencia, como la de casi todos los asesinos en serie. En su cabeza, lo que hacía era alta artesanía, y un orfebre, un relojero o un restaurador de obras de arte encuentran placer en la manipulación de la materia y en la certeza de que alguien reconocerá su impronta. Por eso la mayor parte de estos asesinos actúan en primera persona.

—No me he enterado de nada, así que imagino que vas bien.

—En cambio, este Grendel no actúa de ese modo. No conoce a las víctimas, no es él quien las mata y no asiste a los crímenes, ni siquiera a través de vídeos o de fotografías. Entonces, ¿para qué ha creado este juego? ¿Qué placer le proporciona?

—Eso me lo he preguntado yo también, pero no tengo ni idea.

—Con toda probabilidad porque es un placer distinto a los que hemos conocido hasta ahora. Los asesinos con los que nos hemos cruzado tienen conciencia del dolor que provocan, del hecho de que lo que hacen está mal y de que, por esa razón, merecen ser buscados y castigados. Ellos y nosotros hablamos la misma lengua, nos sentamos ante el mismo tablero de juego. Que no parece ser el mismo ante el que está sentado Grendel.

—No es el mismo tablero.

—No, es como si Grendel no leyese lo que hace del mismo modo en que lo leemos nosotros, como si no supiese que hace algo que está mal. —Bramard lo mira—. Como si estuviese jugando.

—¿Jugando?

Bramard da unos pasos junto a la librería, tamborileando con los dedos sobre uno de los estantes, situado a media altura.

—¿Has estado alguna vez en un casino?

—Una vez. Perdí ochenta euros y encima tuve que comprarme una corb...

—Los que van, los jugadores de verdad, lo hacen por muchas razones, pero, si les preguntas, al final te reconocerán que el auténtico motivo es que se divierten. No van allí para ganar. De hecho, la mayoría de ellos pierde. Van porque, mientras rueda la bolita, mientras se reparten las cartas, se divierten, aun sabiendo que probablemente perderán su dinero.

—¿Seguro?

—No lo sé, no he estado en mi vida en un casino, pero he leído a Dostoyevski.

—¿Él jugaba?

—Tal vez, pero no nos interesan los jugadores, nos interesa la banca.

—La banca.

—La banca, a diferencia de los jugadores, no juega para divertirse. Juega para ganar. Cuando el crupier levanta las cartas no se está divirtiendo, está haciendo su trabajo, y su trabajo es traer dinero al casino. ¿Me explico?

—Mira, esta mañana ya he tenido una historia con el permafrost y los agujeros de Siberia...

—Shun es un juego y Grendel es su creador, el crupier, el casino. Si razonamos con esta lógica, tenemos que preguntarnos: ¿para qué ha creado Grendel el juego? ¿Qué saca de él? Dinero no, porque nadie le paga. Fama tampoco, en vista de que el juego está hecho para un estrecho círculo de personas. Entonces, ¿para qué lo ha creado? Respuesta: para jugar. Exactamente igual que los jugadores, pero él es el dir...

La puerta se abre de par en par y golpea la pared. Un movimiento teatral. Tanto que la burbuja de saliva que tiene Trepet a un lado de la mandíbula estalla y el perro salta sobre sus tres patas.

—Tenemos que hablar —exige Matei, de trece años y mochila al hombro, parado a medio camino entre el exterior y el interior de la habitación.

—En primer lugar, hay que saludar —lo reprende Bramard—. Además, ¿no podríamos hablar en el almuerzo?

—En el almuerzo no. Estarán mamá y Ani. Esto es un asunto de nosotros dos.

—*Entre* nosotros dos, y estaba acabando una conversación con Vincenzo, al que tampoco has saludado.

—Y tú no te operas. He leído los mensajes que le ha mandado Ana a su compañera. Dice que no te quieres operar.

Bramard lo mira.

—Es un asunto complicado, Matei, estaba esperando a que terminases el colegio para contártelo.

—Ani también va al colegio y ya lo sabe...

—De verdad, Matei, hablaremos después, te lo prometo.

—Me dan igual tus promesas. Dentro de cinco años seré futbolista profesional. Necesito cinco años, así que durante cinco años me vas a dar clases y vas a estar con mamá. También Ani tiene que ir a la

universidad. Después, cuando pasen cinco años, haces lo que quieras. Yo ya estaré ganando una pasta gansa y me habré ido de aquí.

Arcadipane, que hasta ese momento había estado mirando al chico, gira la cabeza para enfocar a Corso.

—También mi hijo es futbolista... —prueba a decir, viendo que el silencio de Bramard va para largo.

—Lo sé, pero solo sabe manejar un pie —responde con sequedad Matei—. Yo juego igual de bien con los dos pies, como tienen que hacer los profesionales. Es el fútbol moderno.

Bramard da un paso hacia el chico, que, sencillamente, tiene el aspecto de alguien que está consultando un tablón y se encuentra en él una noticia que no le gusta. Arcadipane espera asistir a una bofetada, pero la mano de Bramard se posa despacio sobre el hombro del niño.

—Me alegra saber que podría serte útil cinco años más, pero la decisión es mía. Tu madre y Ani la han aceptado y eso mismo es lo que harás tú.

—Tú... —Por primera vez el chico vacila—. Ya mataste a mi padre.

—No lo maté y lo sabes.

—Pero si no hubiera sido por ti no lo habrían matado.

—Es posible —admite, sereno, Bramard.

Arcadipane tose, y no de forma fingida: la saliva se le ha ido por otro lado. Matei da un paso atrás, separándose de la mano de Bramard.

—Dentro de media hora comemos —informa con tono neutro—. Si tu amigo quiere quedarse, mamá dice que puede hacerlo, pero... —Le hace un gesto a Arcadipane para advertirle que durante el almuerzo no debe soltar ni una palabra sobre esto.

—De acuerdo, Matei. Ahora vete.

El chico retrocede sin girarse, como si tuviese que mantenerlos vigilados, y una vez que llega al rellano se da la vuelta de repente y se aleja corriendo. Oyen el bamboleo de la mochila al atravesar el patio, los pasos al subir de dos en dos los escalones de enfrente, la puerta de la cocina.

—La verdad es que a veces dejarlos hablar o darles una pistola... —empieza a decir Arcadipane—. ¿Cuándo le has contado cómo murió su padre?

—El año pasado, pero hasta ahora no ha empezado a

entenderlo... —Bramard vuelve a la cafetera como si lo hubiese atravesado un pensamiento marginal que, sin embargo, ahora ocupa ya todo el espacio.

Se sirve un poco de bebida en la taza.

—¿Has dicho que este Clary tiene un hijo de trece años? —pregunta.

—Parece que sí. El padre lo tiene en casa para que lo ayude con las vacas, pero nosotros no lo hemos visto. El cabo dice que lo pasó mal en el colegio por un problema en el oído.

—¿Qué problema?

—No soportaba los ruidos.

—Hiperacusia.

—¡Si tú lo dices! En cualquier caso, los médicos lo han certificado.

Bramard vuelve al ventanal y observa la ventana al otro lado, tras la que se mueven las siluetas de Elena y Matei.

—En *Beowulf* —explica—, Grendel ataca al pueblo porque las voces y los cánticos de los habitantes suben hasta su gruta y lo hacen enloquecer. Sufre de hipersensibilidad auditiva, de hiperacusia.

Arcadipane vuelve a tomar la taza, que ha depositado en el alféizar, y se la acerca a los labios, pero después se acuerda de lo que hay dentro. La deja de nuevo.

—¡Tiene trece años, se pasa la vida entre vacas y ni siquiera sé si se sacó el título de educación primaria!

Bramard sigue de espaldas. Se lleva la taza a los labios y bebe un sorbo.

—Tiene trece años —observa—, juega y no es consciente de que está haciendo algo terrible.

Arcadipane contempla la espalda de Bramard. Piensa en todas esas veces que lo miró durante horas en el despacho, él sentado ante el escritorio, Bramard en la ventana. Este era el final de sus discusiones, de sus debates, de los momentos en los que Bramard decía «Es así» y él respondía «¡Anda ya! ¡Es imposible!». Y también recuerda cómo acababa todo.

Coge el móvil y busca el número.

—¿Isa? Soy Arcadipane. ¿Estás en Vercelli? Pues mejor... ¿Pero qué estás haciendo en casa de Normandia...? No importa. ¿Tienes la moto? Entonces coged el primer tren que salga, hay uno cada media

hora, y bajaos en Carmagnola. Sí, el pueblo de los *pepperoni*, pero eso no tiene nada que ver... Os espero delante de la estación, hay que volver a ese valle... Después te lo explico, ahora lo único que tienes que hacer es ir a la estación y coger el tren... Sí, estoy con él... Vale, se lo digo...

Arcadipane cuelga y se dirige con grandes zancadas hacia la puerta. Bramard lo oye bajar las escaleras. Va hasta la ventana y la entreabre. Arcadipane está en el coche, arranca, da media vuelta, pero de repente frena en seco debajo de la ventana. Bramard lo ve buscar la manivela de la ventanilla, bajarla y asomarse.

—Dice Isa que está esperando tu respuesta.

Bramard levanta la mano como queriendo decir «mensaje recibido». Arcadipane hace ademán de volver a subir la ventanilla, pero se detiene.

—¿Qué cojones estáis tramando vosotros dos?

Bramard mueve la cabeza para indicar que no es nada importante y cierra la ventana. El coche se aleja, derrapando.

—¿Qué cojones estamos tramando todos? —le pregunta a Trepet, que en ese momento se coloca panza arriba mostrando sus testículos bicolor.

50

Hace tiempo, el Alfa habría devorado estas curvas, pero sus años de servicio exigen compasión. Además, son tramos de poco fiar, con su pendiente constante y enmascarada, con el contorno de árboles que se van haciendo cada vez más escasos y que después vuelven, dándote la impresión de que en realidad no estás ascendiendo. Y, sin embargo, se asciende. Isa y Arcadipane lo sienten en el aire, cada vez menos abundante, que entra por las ventanillas y en el tiempo, que empieza a ralentizarse, a agujerearse, a llenarse de vacíos. Lo que siente Normandia, en el asiento trasero, nadie lo sabe.

—Lo bueno —observa Isa— es que para cuando lleguemos tendrá ya dieciocho años y el procedimiento será más ágil.

Arcadipane se lleva a la boca una gominola de regaliz y no responde. A su derecha se desliza otro cartel, el habitual campanario, la habitual iglesia, las habituales casas poco numerosas, en ruinas o remodeladas con todo un dispendio de hierro, cemento, impermeabilizante y paneles aislantes de madera. Rara vez algo bien hecho; en la mayoría de los casos, huertos y patios con carretillas, cabañas improvisadas, pequeños tractores oxidados y trastos viejos acumulados durante años. Como si condujesen desde hace cuarenta minutos por un trastero.

Sin embargo, ahora el valle se abre, como el cabo les anunció al teléfono cuando les dio indicaciones. Por lo demás, lo han dejado fuera de este asunto, en parte porque es militar, familias diferentes, y en parte porque Arcadipane ya ha metido la pata con él y no le apetece proporcionarle más material de diversión.

—Ya deberíamos de estar llegando —advierte Isa, cotejando el mapa de su móvil con el mapa que lleva abierto sobre las rodillas.

De hecho, después de dos giros, aparece el cartel FIORETTO. La hacienda Clary está detrás del pueblo y, pasado el pueblo, encuentran la indicación en un trozo de madera: CLARY. Ni hacienda, ni factoría, ni explotación ganadera. Solo Clary.

El Alfa hace un último esfuerzo y llegan a una explanada a la que dan dos casitas y tres establos bajos y poco cuidados: paredes enlucidas, pero no pintadas, rejas de hierro, techos de chapa. A su alrededor, recintos cercados en los que se encuentran aparcadas vacas libres de toda sospecha, con grandes ubres, costados sucios de barro, en el mejor de los casos, y mirada filosófica. Más adelante, unos cuantos burros, tres mulos sueltos, el balido de ovejas que no se ven. El único toque contemporáneo es una camioneta negra, en cuya parte trasera aparece una pegatina con un texto en el idioma local que debe de ser una invitación a no acercarse demasiado.

Se bajan del vehículo en la explanada, que consigue ser al mismo tiempo polvorienta y enfangada. Los mocasines de Arcadipane terminan pronto mal. En cambio, para las botas de Isa aún hay esperanza. En cuanto a Normandia, es como si flotase en sus desgastadas zapatillas de deporte.

Se quedan cerca del coche y llaman a Renato Clary.

El hombre sale de uno de los establos, limpiándose las manos con un trapo y vestido con un mono de mecánico con restos de todo, excepto de aceite. Tiene una cara neutra, como un paño que se ha quedado olvidado en un baúl durante dos o tres años. Las cejas, tupidas; la piel, rojiza; un poco de barba. No parece ni sorprendido ni molesto al ver a Arcadipane.

—Queríamos hablar un momento con su hijo Bartolomeo.

El hombre se seca las manos con mucho cuidado.

—Ahora no está.

—No está.

—Está arriba, en la cabaña del prado. —Y con la barbilla señala algo situado a sus espaldas y en lo alto—. Hay una vaca a punto de parir. El ternero viene atravesado, me llamará si tiene problemas.

Arcadipane mira la vereda que, por detrás de la casa, se adentra en una pendiente de hierba oscura. La carretera por la que han llegado continúa, pero ya sin asfaltar y repleta de grandes baches.

—¿Por qué no me dijo que su hijo tenía un ordenador?

—Ustedes solo me preguntaron si yo sabía de ordenadores y de inglés, y yo de eso no sé nada.

—Sin embargo, en los tres últimos años el servicio de correos le ha traído ocho paquetes con material informático. ¿Usted no se dio cuenta de nada? ¿No vio los paquetes? ¿No los pagó mediante giro

postal?

El hombre se coloca el trapo en el hombro.

—La mitad de lo que sacamos en las ferias es suyo. Se encarga de las inscripciones y de todas esas cosas. Es justo que si llega un premio tenga su parte. Lo que haga con ella no me interesa. Me basta con que resuelva el trabajo que le corresponde con los animales.

Arcadipane se lleva a la boca una gominola de regaliz.

—¿Dónde ha acabado todo ese material? El otro día el cabo inspeccionó su casa. En ella no hay ordenadores. Tampoco existen contratos con proveedores de internet.

El hombre vuelve a señalar en dirección al prado de arriba.

—Él lo coge todo y lo sube sin desembalar. Yo pensaba que eran libros. A lo mejor cosas un poco guarras.

—Cosas un poco guarras, claro. ¿Cuánto tiempo se tarda en llegar adonde está tu hijo?

—¿A vuestro paso? Una hora.

—La carretera sigue subiendo. ¿No podríamos ir allí en coche?

Renato Clary se encoge de hombros, en un gesto congénito, y señala con la barbilla el Alfa.

—Con eso, a los cien metros ya se os ha roto el cárter de aceite.

Arcadipane señala la camioneta.

—Entonces te cogemos la tuya.

—Poneos cómodos, le falta un trapecio de suspensión, pero lo mismo aguanta. Si no, os bajáis y en lugar de una hora camináis dos.

Isa ya está sacando del coche la mochila y el mapa. Arcadipane se acerca y le habla a media voz.

—¿Y si lo esperamos aquí?

—¿Y si nos ve y no vuelve?

—Ni siquiera sabemos el camino...

—Tenemos el mapa, es un prado con una cabaña, habrá vacas...

Arcadipane se lo piensa, pero sabe que tiene que hacerlo rápidamente.

—De acuerdo, Clary. Entrégame el móvil y no te muevas de aquí, ¿entendido?

—Por mí, hagan lo que quieran —responde el hombre mientras le pasa el móvil que guarda en el bolsillo—. Yo me voy a terminar lo que tengo que hacer en el establo.

—Yo me quedo con él. —Normandia sale de su silencio—. Si voy

con vosotros a pie os obligaré a ir más lento.

—De acuerdo. —Arcadipane le pasa el móvil del hombre—. Asegúrate de que no se mueva. Mientras subimos, contactaremos con la central y pediremos que manden refuerzos, pero si tienes problemas, llama al cabo, que está más cerca.

Normandia coge el teléfono y sigue a Renato Clary hacia el edificio bajo. Isa ya está unos pasos más allá. Arcadipane ve cómo sus piernas devoran los primeros metros de la subida. Traga saliva y se pone en marcha.

Al cabo de unos diez metros, la vereda se convierte en un sendero; después, en un sendero empinado; después, en un vago rastro dejado por las vacas. Arcadipane resopla, se quita la chaqueta y se la coloca bajo el brazo. Solo entonces se acuerda de Trepet.

Intenta recordar dónde puede haberlo dejado y la respuesta lo tranquiliza. Está mejor allí que en cualquier otro lugar, se dice. De hecho, ¡da la impresión de que está mejor en cualquier parte que con él!

Pasados cuarenta minutos, empieza a sentir un bajón anímico, un cambio de parecer, calambres en los glúteos.

Y el estómago vacío. Isa, en cambio, lo había estado esperando en la estación con dos bocadillos metidos en una bolsa, que Normandia y ella, amablemente, no han compartido con él. En el coche no han intercambiado ni una sola palabra, y eso que a Arcadipane le habría gustado preguntarle qué demonios estaban tramando Bramard y ella. Sin embargo, aunque Isa haya cambiado un poco, no es precisamente una puerta abierta de par en par con un felpudo que diga «Bienvenido».

—Ya llegamos —anuncia ella, parada en una cuesta a la que él ha llegado cinco minutos más tarde.

Ante ellos se abre un claro un poco cóncavo, con un arroyo que lo corta en diagonal, un par de casitas de piedra en estado salvaje y unas vacas que pastan sin alambradas ni cercas a su alrededor. En uno de los lados desemboca la carretera sin asfaltar en la que habrían destrozado el cárter de aceite.

Arcadipane e Isa se dirigen a las construcciones, pasando entre vacas que no muestran ningún interés por ellos, incluido un toro de doce quintales que lleva en la oreja, igual que su harén, una placa amarilla. Ni un solo cencerro.

Cuando llegan a las casas, llaman al chico dos, tres veces. Nada. Las puertas están abiertas, Isa se asoma dentro y vuelve a sacar la cabeza diciendo que no hay nadie. Después desaparece detrás de una de las construcciones.

Arcadipane piensa que va a hacer sus necesidades. Mientras la espera, se acuerda de que tampoco él ha orinado desde esta mañana. ¿Significa eso que su próstata aún aguanta? ¿O que incluso ese estímulo se le está muriendo? Necesitaría un peritaje de un ingeniero estructural, más que una consulta médica.

—¡Arcadipane! —oye que lo llaman.

Cuando dobla la esquina, se encuentra a Isa en la puerta de una garita construida en chapa, una especie de baño para cinco personas.

—¿Qué pasa?

—Ven a ver esto.

Dentro hay una silla, una mesa construida con dos caballetes y unos cuantos tablones, dos botellas de Coca-Cola vacías, una vieja radio, un teclado y dos pequeñas torres de las que salen multitud de cables.

—¿Qué es este sitio?

Isa señala el borne que reúne los cables y los conduce hacia el exterior a través de un agujero practicado en la pared.

—Ahora te digo qué es. —Y sale.

Rodean las láminas de chapa y llegan a la parte trasera, donde, fijadas a una roca, hay un par de antenas parabólicas y algunas cajitas en las que desembocan los cables.

—Es un radioenlace —explica Isa—. Por eso no hay contratos de abono a internet ni conexiones.

—¿Un radioenlace?

—Un sistema para tener conexión de banda ancha mediante BTS. El tipo es un genio de la hostia, ha montado todo esto él solito y ha tenido la suerte de contar con un repetidor potente por aquí cerca.

Isa trastea con su móvil, pero no tiene cobertura. Vuelve a consultar el mapa. Arcadipane espera el veredicto. Se ha levantado una brisa que le está helando el sudor de la espalda. Vuelve a ponerse la chaqueta sobre la camisa empapada.

—Creo que es esto. —Isa señala algo en el mapa.

Arcadipane echa un vistazo y ve una pequeña cúpula roja con el texto OBSERVATOIRE ASTRONOMIQUE.

—¿Es uno de los sitios esos desde donde la gente mira las estrellas?

—No sé qué mira la gente —reconoce Isa mientras se gira de manera preocupante hacia las montañas—, pero lo que está claro es que tienen un radioenlace con mucha potencia para los datos. Está justo detrás del puerto, probablemente pasada la frontera.

—Vale, pues bajamos al coche, los llamamos y...

—Mira ahí —señala Isa—, donde el sendero avanza por debajo de esas rocas oscuras.

Arcadipane mira donde tiene que mirar y ve aquello que no querría ver: dos siluetas, una más pequeña que la otra, se adivinan a duras penas en una zona de sombra.

—Nos ha visto llegar —deduce Isa, que desde hace por lo menos dos horas no constata más que cosas desagradables—, o bien... ¡Joder!

Corren detrás de la segunda casa. Bajo un cobertizo rudimentario se encuentra aparcada la camioneta negra.

—¡Tendríamos que haberlo esposado a la valla, coño! —exclama Arcadipane—. Llama a los *carabinieri* para que vayan a comprobar cómo está Normandia.

Isa busca cobertura, se sube al techo de la choza. Arcadipane la oye llamar, identificarse, explicar a toda prisa y después colgar.

—Dentro de media hora llegan a casa de Clary —dice, mientras baja del techo.

Arcadipane dirige la mirada a los dos pequeños puntos que ya están a mitad de la montaña.

—Pero ¿adónde cojones van?

—No tengo ni idea. Quizá al observatorio. O puede que intenten escapar a Francia. En cualquier caso, tenemos que movernos.

—¿Quieres decir que tenemos que movernos para bajar y pedir un helicóptero?

Isa consulta el reloj de pulsera.

—Por mí estupendo, si crees que podrás justificar la petición de un helicóptero con los indicios que tenemos... De todas formas, ya son las cinco, tardarás una hora en explicarle el asunto al suboficial, después tendrán que encontrar un helicóptero, que desde Turín tardará media hora. Súmale los tiempos muertos entre turnos, y ya se habrá hecho de noche, así que, ya si eso, hablaremos mañana por la mañana.

Arcadipane piensa, pero piensa mal, porque está cansado, no siente las piernas, tiene un mocasín reventado y el sudor se le está helando entre las nalgas. Además, todos sus pensamientos lo llevan a dar la razón a Isa, que es lo peor.

—Vamos —decide.

Suben, parándose de vez en cuando para comprobar en qué punto se encuentran los otros dos, que, con frecuencia, parecen pararse también, probablemente para comprobar en qué punto se encuentran ellos. Pausas que para Arcadipane son oxígeno, consuelo y también aflicción, en vista de lo que duran.

Mientras tanto, a su alrededor el sol va cayendo. La luz es oblicua y todo gana en solemnidad, incluidas las flores, la hierba y las rocas, que en realidad son las mismas que antes, pero ahora tienen la magia de las velas que se encienden en la iglesia, ese momento, ese deseo, esa invocación..., elementos, todos ellos, que Arcadipane, resoplando, sudando y arrastrando la suela rota del mocasín, capta solo a medias. Pero también él siente algo religioso; de hecho, no habla, no se lamenta, y en su mente aparecen continuamente imágenes de la subida al Calvario. Como cuando llevó a Ariel a aquel monte sagrado, el peso del cuerpo de ella... Pero entonces se trataba de media hora de marcha y él tenía sus pechos contra sus escápulas... Ariel. Pero cómo se le ha ocurrido... La falta de oxígeno le enmaraña el final del pensamiento.

Se desploma sobre una roca situada a un lado del sendero que parece hecha aposta para acoger su culo tembloroso por la fatiga.

—Yo me quedo aquí. Ve tú.

Isa lo estudia desde unos metros más arriba, sin una sola gota de sudor.

—Tú me has traído aquí y ahora vas a venir —le ordena.

Arcadipane dice que no con la cabeza, sintiendo que los pulmones le presionan los costados. Se come una gominola de regaliz. No en vano, es azúcar. Después se lleva una mano atrás y coge la pistola, que le tiende a Isa.

—Ve tú. Yo te concedo plena autoridad, en el nombre del padre, del hijo...

Isa no se mueve.

—¿En serio? ¿De verdad crees que me voy a poner a disparar a un crío?

Arcadipane mira hacia arriba. Ya no queda mucho para el puerto y las dos siluetas parecen haberse detenido justo antes de la cresta.

—Tienes razón —reconoce, poniéndose de pie—. La satisfacción de dispararles la quiero para mí.

Pasan otros quince minutos de agonía, pero ¿quién puede decir cuánto son quince minutos en la cabeza de un hombre que sufre? Por fin, Arcadipane alcanza a Isa en el puerto y se dobla en dos, con las manos en las rodillas y la cabeza agachada: justo todo lo que no se debe hacer cuando necesitas oxígeno.

—¿Qué pasa? —pregunta, antes de estar en condiciones de levantar la mirada.

—Pasa que son unos gilipollas —responde Isa.

Arcadipane endereza la espalda. A un centenar de metros, descendiendo por la otra ladera, hay una estructura gris y modesta con puertas y ventanas cerradas a cal y canto: el observatorio. El chico se ha detenido en la pequeña explanada que hay delante del edificio, con pantalones marrones, un jersey rojo y el pelo negro más corto por delante y más largo por detrás, como los camioneros austriacos de los años ochenta. La piel de su rostro aún infantil parece aceitunada o bronceada. Junto a él, Normandia.

—¿Pero qué coj...? —empieza Arcadipane, que después lo entiende.

Vuelve a doblarse. Las piernas le tiemblan por la subida, la sorpresa y la rabia.

—¿Qué está haciendo ese imbécil? —pregunta.

—Nada, parece que espera.

—Pues mejor para él. Ahora vamos a cogerlo y le haré un...

—No lo sé —advierte Isa, que le muestra un mojón con dos flechas grabadas, una que apunta en la dirección de la que vienen y otra que señala hacia Francia, donde están el observatorio, Normandia y el chico.

—¿Qué es eso? —quiere saber Arcadipane.

—La frontera del Estado. ¿Tenemos jurisdicción al otro lado?

—¡Y tanto! Hemos pillado al chico en flagrante delito.

—Ni siquiera cuando la policía sorprende a alguien en flagrante delito puede seguirlo más allá de la frontera. Lo único que podemos hacer es avisar...

—¡Son cien metros, coño! Hasta ayer les dabas palizas a los

compañeros, ¿y ahora te pones tiquismiquis con las normas?

—Simplemente, no quiero problemas.

Arcadipane busca las gominolas de regaliz en su bolsillo, pero no encuentra ni el bolsillo. Mira al chico y a Normandia, que le devuelven la mirada, tranquilos. Ni un soplo de viento, ni un crujido de hierba.

—¡Normandia! —grita—. ¡Ven aquí...! —Y después, tan bajo que solo Isa puede oírlo—: Pedazo de gilipollas.

Normandia se inclina hacia el chico y le dice algo. Después vuelve a ponerse recto y, mientras el joven permanece exactamente donde está, se acerca a ellos.

Tarda unos minutos en llegar, minutos durante los cuales Arcadipane e Isa no comparten ninguna de las preguntas que les pasan por la cabeza. Normandia está ahora parado a unos pocos metros, con los pies rigurosamente en territorio francés. La expresión de su rostro es lejana, como siempre, pero en él hay una luz nueva, una geometría del cuerpo que, si Arcadipane supiese condensar en una palabra (algo que no sabe hacer), denominaría *cumplimiento*.

—¿Qué cojones estás haciendo, Normandia?

—Sirvo a quien lo necesita, dado que él me provee y me ha ordenado que a otros provea.

—Ah, ¿sí?

El hombre asiente.

—Trae aquí al chico —grita Arcadipane—. O, si no, voy yo a agarrarlo.

El hombre niega con la cabeza.

—Él cosechó en la tierra del vecino, pero, como no era su tierra, le causó un gran mal.

—¿Qué coño quieres decir?

—Quiere decir que no tenemos jurisdicción —explica Isa— y que la detención no sería legal.

—Son unos pocos metros y aquí solo estamos nosotros.

Normandia se gira para mirar al muchacho y le hace un gesto. El chico se saca del bolsillo algo que parece un móvil, probablemente del padre.

—Tiene un móvil. ¿Y qué? ¿Va a llamar al teléfono de ayuda a la infancia?

—El rastreo del móvil revelaría que el chico estaba al otro lado

de la frontera.

Arcadipane mira a Isa.

—¿Pero tú de qué parte estás, coño? —Después vuelve a mirar a Normandia—. ¿De verdad tengo que explicarte que han muerto varias personas? ¿Que hay inocentes que deben salir de la cárcel?

—En realidad, hemos llegado a un acuerdo.

—¿Quiénes habéis llegado a un acuerdo?

—El chico y yo.

—¡Ah! Pues mira, todavía no lo he oído, pero ya sé que es un acuerdo de mierda. ¡Piensa un poco!

Normandia lo mira como esas personas que tienen todo claro y que simplemente están ultimando los detalles.

—Esperáis dos horas antes de avisar a la policía francesa y mañana por la mañana él os envía la lista de los jugadores.

—Esperamos dos horas...

—Así se hace de noche y los franceses no pueden hacer despegar su helicóptero —explica Isa.

Arcadipane encuentra por fin una gominola de regaliz y se la lleva a la boca.

—¿Y el chico? —Señala con la barbilla a Bartolomeo Clary—. ¿Piensas quedártelo tú? ¿Adoptarlo? Por si no te acuerdas, tiene un padre. Y a ese padre le has quitado su camioneta.

—Si él lo apreciase, estaría aquí en mi lugar.

—¿Cometiendo un delito de cooperación necesaria y obstrucción a la justicia?

—Cometiendo un delito de cooperación necesaria y obstrucción a la justicia.

Arcadipane mastica.

—Pero ¿qué te crees? ¿Que lo van a mandar a cumplir su pena en Cayena? ¡Tú también sabes qué pasa con los menores! Lo confiarán a alguien, que le echará una bronca e intentará meterlo en vereda. ¿O piensas que tú lo vas a hacer mejor?

—Lejos de toda tentación, el cuerpo encuentra fuerza en el alma, y no al contrario. Ahora decidme si aceptáis el acuerdo.

Arcadipane e Isa se miran. Los ojos de Isa le dicen que tienen poco margen y que, por tanto, igual que cuando se te está quemando la casa, tienen que tratar de sacar algo valioso, que esté al alcance de su mano y que no sea demasiado pesado.

—Quiero el nombre de quien ocupa el primer puesto de la clasificación —propone Arcadipane—. El que se ha llevado todos los puntos. Lo quiero ahora. Si no, nada.

Normandia no se inmuta ni dice nada. Reflexiona durante unos segundos. Después se da la vuelta y camina hacia el chico. Un centenar de metros que ahora parecen larguísimos. Cuando están cerca, hablan, no mucho, y el hombre vuelve a ellos.

—Dice que puedes averiguarlo tú solo. Simplemente, tienes que observar mejor el bombardero.

—¿Qué bombardero?

—Que lo tienes delante de tus narices desde el principio, pero no lo has observado bien. Dice que, como le escribiste en el chat a RosaParks cuando le estabas hablando de Ward, lo que es obvio no siempre es cierto y lo que es cierto no siempre es obvio.

Arcadipane se enfada por el chat espiado, después piensa, después se dice que dentro de unos minutos tendrá tiempo de hacer tanto una cosa como la otra. Ahora quiere saber.

—¿Era esto lo que tenías en mente desde el principio? ¿Encontrarlo y protegerlo?

Normandia permanece en silencio.

—¡Has perdido un brazo y también el trabajo, joder!

—«Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos», murmuraban los fariseos. Y él les dijo: «Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla?».

—Ese chico no es una oveja. Es el lobo.

—«Hermano lobo, ¿por qué has hecho daño a tus hermanos hombres?», le preguntó Francisco. El lobo entendió su error y... —Normandia interrumpe su discurso—. Pero ahora nos tenemos que ir.

Después todo sucede con mucha dignidad.

Normandia alcanza al chico, parece decirle algo para tranquilizarlo, le pone una mano sobre el hombro y se marchan juntos: Bartolomeo Clary sobre sus piernas entrenadas en la montaña, Normandia cojeando, como está acostumbrado a hacer en la vida.

Arcadipane e Isa los ven desaparecer tras el observatorio, reaparecer en la curva que la carretera traza más abajo, tomar un sendero que se aparta de la calzada y desaparecer en el bosque. La sombra también ha caído sobre la cumbre del puerto. El silencio que

queda es infinito.

—¿Nos la han metido doblada? —pregunta Arcadipane. Isa se pone en marcha.

—¿Me lo preguntas a mí? —dice sin girarse—. ¡Eres tú el experto!

51

Sube a la camioneta, las llaves están en el salpicadero. Se queda un instante contemplando las dos chozas, la garita tras la que se encuentran las antenas parabólicas, las vacas inmóviles en la oscuridad como sombras lechosas. Tiene la impresión de que han pasado dos días, pero en realidad acaba de ponerse el sol. En el asiento trasero, los dos discos duros que Isa ha extraído.

—¿Conduzco yo? —pregunta ella.

Arcadipane sacude la cabeza para indicar que no, porque no tiene fuerzas para hablar. Se traga una gominola de regaliz y arranca. Los faros iluminan algunas porciones del rebaño, después el claro con las marcas de las ruedas de los carros y el descenso.

Arcadipane conduce despacio porque nota que sus reflejos son lentos y la carretera es estrecha, llena de curvas, con paredes de roca que invitan a agachar la cabeza. Isa se ha puesto una sudadera con cremallera, se ha colocado la capucha sobre la cabeza y está intentando enviar mensajes desde su teléfono. Por su cara, está discutiendo con su novia.

—¿A ti te parece que es un genio de verdad?

Isa termina de escribir el mensaje y se mete el móvil en el bolsillo de la cintura.

—No creo que eso sea lo esencial para Normandia.

—No es por eso por lo que te estoy preguntando.

Ella apoya la sien en la ventanilla y mira fuera.

—Solo hay un puñado de personas que sean capaces de hacer con un ordenador lo que consigue hacer este chico, si es eso lo que quieres saber. Y tiene trece años. Por lo demás, también Caravaggio, si la familia Colonna no lo hubiese protegido del papa cuando mató a aquel...

Arcadipane frena en seco: una enorme piedra ocupa la parte derecha de la calzada. Maniobra con prudencia para rodearla, acercando el coche al arcén, que no tiene quitamiedos. Después vuelve

al centro y mete segunda. Siente que Isa lo está mirando.

—Sé quién es Caravaggio —dice—, pero... —Consulta la hora en su muñeca—. Dentro de veinte minutos yo llamo por teléfono a los franceses.

Un par de curvas más tarde se distingue la luz de la casa y los tejados de los establos. Recorren los últimos metros del camino sin asfaltar y detienen la camioneta en la explanada, junto al coche de los *carabinieri* y dos automóviles que Arcadipane ve con frecuencia en el patio de la central. Pedrelli se encuentra junto a la puerta de la casa, hablando con el cabo Bernardi. Las luces de las ventanas están encendidas. Tras los cristales, idas y venidas de hombres que inspeccionan.

Arcadipane se baja del vehículo y se acerca a Pedrelli.

—Buenas tardes, comisario, ¿lo han atrapado? —pregunta después de lanzar una mirada fugaz a la suela de Arcadipane.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Mientras tanto, manda a dos hombres con Isa. Tienen que inspeccionar y precintar la cabaña. ¿Qué habéis encontrado vosotros?

—Por ahora nada, aparte de esto. —Le enseña un DVD de la película *Beowulf*—. Lo he confiscado porque los he oído hablar de este tema.

—¿Ningún libro en inglés?

—Ningún libro en general. Solo un par de DVD de dibujos animados para niños y esto.

—De acuerdo. ¿Dónde está el padre del chico?

—En el coche, con Botta.

—¿Qué os ha dicho?

—Solo que en un momento dado Normandia se marchó con su camioneta. Él le advirtió que...

—El trapecio de suspensión podía soltarse. No se ha soltado. ¿Algo más?

—Cuando lo informé de que tenía que venir con nosotros nos ha preguntado si antes podía dar de comer al ganado y llamar a su hermano para que venga mañana por la mañana a ordeñar.

Arcadipane se gira y se dirige al Giulietta, que tiene encendida la luz interior. Al verlo, Botta abre la puerta y le cede el puesto situado junto a Clary. Arcadipane le hace un gesto para indicarle que no es necesario, abre la puerta delantera y se sienta en el asiento del

copiloto. En cuanto cierra, el olor a estiércol le llega nítido, avivado por el frío que la montaña ha empezado a exhalar. Solo se gira a medias.

—¿Están recogidas las vacas?

El hombre asiente, vacilando.

—¿La comida? ¿El ordeño?

—Comida les he dado. Mi hermano viene mañana por la mañana para...

—¿No me preguntas si lo hemos encontrado? ¿Si se ha caído por un barranco? ¿Qué coño estaba tramando?

El hombre guarda silencio, pero lo mira.

—Si le ha cogido dinero a alguien —responde—, solo espero que haya elegido un buen blanco.

—Si le ha cogido dinero a alguien, dices.

Renato Clary se encoge de hombros, que es lo único que se le ocurre hacer.

—¿Y ahora dónde crees que está? ¿No estás preocupado por él?

El hombre se gira y mira hacia el exterior: toda esa gente que pisotea su tierra, los ojos de las vacas enrojecidos por la reverberación de los intermitentes.

—Los hijos son un oficio —contesta—, y a mí el que se me da bien es otro.

52

A Florencia le sienta bien la luna, a Aosta le sienta bien. Y a Bolonia, a Nápoles y a Rímini. Hasta a Biella le sienta bien. A Pésaro, así, así; a Livorno, solo cuando llueve, pero es raro que haya luna y lluvia al mismo tiempo. A Milán, da igual; a Roma, importa un pimiento. Pero a Turín no le sienta bien la luna. Turín con luna no es creíble.

En cualquier caso, siempre es mejor en las primeras horas de la mañana, cuando el cielo empieza a aclararse y la luna aún está ahí. Entonces te resignas a que haya estado toda la noche sobre la ciudad. Pero sigue siendo algo que aceptas de mala gana. Así era en los años ochenta, con la bóveda nocturna de color naranja por las fábricas de Fiat, y así es ahora, cuando las noches son de color amarillo orina de niño. La luna asciende desde las colinas y avanza hacia las montañas, como quien se sube a un podio sin estar convencido de merecerlo.

Arcadipane ha disfrutado de toda esta indecisión. A la antigua manera, esa que en un momento dado lo dejó sin hígado, sentido común ni físico, pero a la que esta noche no ha renunciado en absoluto: una cerveza en un vaso de plástico, un bocadillo del kiosco abierto, locales feos a la orilla de una rotonda, bajo las chapas de una obra perenne, junto al aparcamiento de un hospital con olor a fritanga, con personas venidas a menos, coches sofisticados y chicas que han bebido y hablan a voces. Y después, cuando por fin se hace de día y la luna se hace creíble incluso para Turín, ir a donde hay que ir. A donde lleva toda la noche esperando ir.

A las siete horas y cuarenta y cinco minutos, Arcadipane está al final de esa arcada que hacía tiempo que no recorría, con la espalda apoyada en las columnas de los pórticos, la parada del 13 delante, porque sabe que llegará el tranvía. Estaba escrito en los expedientes, «Cada mañana acude…», uno de los pocos datos que eran ciertos.

La otra cosa que sabe es que todavía tiene diez minutos, porque no es de esas personas que llegan con tiempo, pero tampoco de esas que aterrizan sin aliento en el último minuto. Ella es de la categoría

de quienes, sin necesidad de mirar el reloj, llegan bien, pero nunca en punto: unos segundos que son todo despreocupación, despiste e instinto.

Está apagando el cigarrillo cuando ve el 13 asomarse por la plaza y adelantar los coches parados en la cola del semáforo, con el faro triste de quien sabe que dentro de poco será adelantado a su vez.

El tranvía frena, chirría, se para. Escupe los tres escalones metálicos y ella es una de las primeras personas en descender. No alta, no perfecta, pero se abre paso con la mera fuerza de ser así como es, pasando por donde decide entre el gentío de la marquesina.

Arcadipane la sigue por la acera: lleva la parka que ya le ha visto, un bolso de piel y el pelo en un recogido informal, y todos la miran como se mira al niño que en el espectáculo de fin de curso empieza a recitar su parte y se revela como algo por completo diferente. Los demás, entre ellos tu hijo, juegan a hacer de actores, son monos, inspiran ternura. Pero ese otro niño está haciendo algo distinto, y tú sabes que no lo ha aprendido en ninguna parte, que ha salido de fábrica con esa opción de serie.

Así, cuando Arcadipane, a unos cincuenta metros de la entrada del instituto, se pone a su altura, ella apenas gira la cabeza, ni sorprendida ni insolente. Da un par de pasos más, esboza una leve sonrisa y después se detiene, mirándolo a la manera astuta de un gato: da igual si está tramando algo o no, es un hijo de puta y sois dos los que lo sabéis, él y tú.

—Imagino que debo acompañarlo —dice.

—Imaginas bien.

Ella echa un vistazo a la chaqueta sucia y arrugada de Arcadipane, a sus zapatos llenos de barro, a la suela desprendida que asoma por el lado, y después se encamina en la dirección de la que vienen ambos, como si supiese que el coche está por allí, rompiendo el flujo de quienes entrarán al toque de la campana, sudados, exhaustos, con el tirante de la mochila roto y un libro que se está saliendo por la cremallera. Aquellos que la observan buscando un secreto, algo que copiar, que imitar, no tienen nada que hacer; no se aceptan más apuestas, la bolita gira y tú lo has arriesgado todo a un número que ni siquiera está en la ruleta.

Cuando llegan al coche, Arcadipane le abre la puerta. Ella sube. Él rodea el automóvil y se sienta al volante. Después introduce la

llave, pero no arranca. Se lleva a la boca una gominola de regaliz.

Clara Marangon se gira y observa al perro de tres patas del asiento posterior, perro al que, aunque ella no lo sepa, Bramard ha devuelto a su legítimo propietario un par de horas antes, cuando se encontraron en el aparcamiento de un bar situado a la entrada de la ciudad, bebieron un café, hablaron de todo lo anómalo que les había sucedido a ambos en aquel día y finalmente se abrazaron por primera vez en sus vidas. Después, Bramard volvió a subirse a su coche para ir a hacer «la cosa estúpida» para la que había venido a la ciudad, mientras que Arcadipane se metió a Trepet bajo el brazo y volvió al bar, donde se tomó un segundo café con licor sambuca.

Trepet abre un ojo y mira a la chica. Clara Marangon le sonríe, extiende una mano hacia él y lo acaricia un par de veces entre las orejas. Después vuelve a girarse hacia el tráfico de esta calle que conduce a un montón de sitios vitales para la existencia ciudadana.

—En su opinión —dice—, ¿es culpa del aburrimiento, de internet o del hecho de que ya lo tenemos todo? ¿O podemos echarles la culpa a los padres? ¿Qué me dice? Un abuso de pequeña. Lo reprimí en mi interior, pero al mismo tiempo crecieron dentro de mí la rabia y el asco hacia los demás. Una bomba lista para explotar, así que... Escuche... Tenía seis o siete años, se lo conté a mi madre, pero ella no quiso creerme. Me dio un bofetón y me acusó de estar confundiendo realidad y fantasía, a pesar de que ella misma oía cómo su marido, Federico Marangon, que por aquel entonces tenía treinta y seis años, se levantaba por las noches para venir a mi habitación. ¡No, aún mejor! Para ir a la habitación de mi hermano. Y yo decidí sacrificarme para protegerlo. Lo atraje hacia mí, como una pequeña Lolita, y jamás se lo he confesado a nadie. Usted es la primera persona a la que se lo cuento. ¿Qué le parece?

Arcadipane la mira. Está seguro de que no la ha visto soltarse el coletero, pero ahora su cabello cae sobre sus hombros, más rubio que castaño.

—Si no es esto, sería el tema de la anestesia emocional que provocan los videojuegos, ¡pero yo no juego ni a los de disparos! ¿O la necesidad de diferenciarme de los demás como sea? ¿De salir del anonimato? Personalidad narcisista. Una infinita soledad: muchos «me gusta», pero ningún amigo verdadero. Un grito para decir que estoy aquí, que yo también existo, como Drácula, Bin Laden o Stalin.

Clara Marangon se saca del bolsillo uno de esos chicles largos y se lo mete en la boca como se solía ver en la publicidad de otros tiempos. Lo mira. Sonríe.

—Es maravilloso. —Sacude la cabeza—. Se está muriendo de las ganas de saber por qué y, sin embargo, sigue callado.

—¿Qué es maravilloso?

—Hacerlos callar. Cerrarles la boca por fin. A ustedes, que siempre tienen tanto que decir, tanto que explicar. Verlos por una vez sin palabras, sin la posibilidad de esconderse detrás de todo ese ruido... Vale la pena aunque solo sea por esto.

La silueta roja del camión de la basura pasa a su lado, transmitiendo al coche una pequeña vibración. En ese momento llega un mensaje al móvil.

—Disculpa un momento —dice Arcadipane.

Es Isa: «La policía francesa todavía no los ha encontrado, pero el chico ha cumplido su palabra. Hace media hora ha llegado la clasificación desencriptada con los nombres de los jugadores. La he comprobado. Muchos de ellos corresponden a los expedientes de Normandia. Ah, si a lo largo de la noche no has resuelto la adivinanza del bombardero, que sepas que la primera en la clasificación es la hermana de...».

Arcadipane cierra el mensaje, se vuelve a meter el teléfono en el bolsillo y pone en marcha el motor.

—¿Y bien? —pregunta Clara Marangon—. ¿No va a preguntarme si elegí adrede a Luca Apostolo? ¿O cómo convencí a mi hermano? ¿O si no era consciente de las consecuencias? ¿O de lo que sufrirían mis padres?

Serenamente, Arcadipane coloca las dos manos sobre el volante.

Un poco más adelante, el camión está vaciando un contenedor.

—¿O cómo me enteré de lo de los Cazadores de Superficie? ¿O quién me invitó al juego? Esto debería interesarle, ¿no?

Arcadipane se gira para comprobar la fila de coches. Un Panda les deja espacio para que entren.

—Poco —responde. Después levanta la mano para dar las gracias y se incorpora al carril.

53

Sale por la gran puerta de cristal de la clínica, seis escalones, un tramo de acera rectilíneo, y después llega al Zafira, aparcado en el lado corto del jardín.

En los veinticinco kilómetros posteriores, el único momento en el que su cabeza vuelve sobre el asunto son los últimos minutos antes del cruce que está entre casa y todo lo demás.

No es que repase la cuestión en sus detalles más pequeños o que pare el coche para evitar la distracción de la carretera. Sencillamente, levanta el pie del acelerador, el motor baja unas cuantas revoluciones y dos vehículos que vienen por detrás encuentran el tiempo y la recta necesarios para adelantarlo. Después, el cruce, que es una rotonda, medio giro, la segunda salida en lugar de la tercera y la cuestión se zanja.

Viaja durante una hora sin radio y sin un solo pensamiento. La ventanilla abierta; total, la junta está dañada, se oiría de todas formas su balanceo. El sol está cayendo hacia una noche de primavera plena, aunque nacida hace poco. La tierra tiene los pulmones abiertos, el viento dentro del habitáculo es tibio y, sobre todo, perfumado.

Las montañas llegan pronto, alzando sus márgenes a los lados de la carretera. Un trabajo realizado a lo largo de milenios con criterio y profusión de detalles: ni un solo valle es igual a otro, aunque todos sean hermanos. El que está recorriendo ahora, más salvaje que los demás, no es ni demasiado abierto ni demasiado cerrado. Tal vez por eso era su favorito cuando estaba solo y lo siguió siendo cuando pensó que había dejado de estarlo y durante todo el tiempo en el que volvió a estarlo sin quererlo. Después dejó de sentir la necesidad de regresar a él, pero no había duda de que en esta circunstancia era aquí adonde vendría.

A las siete y cuarto detiene el Zafira en la explanada cubierta de hierba desde la que puede distinguir el pequeño puente de piedra y los primeros metros del sendero, iluminado por los faros. Más allá de esa

rosa de luz, sin embargo, el profundo valle vuelve a estar en manos de la luna, que, aunque no sea llena, lo perfila como una V irregular contra el cielo estrellado.

Corso se saca el móvil del bolsillo y busca el número de Isa.

«Ya lo tienes todo en la clínica —escribe—. Lo he hecho lo mejor que he podido.»

Envía el mensaje, apaga el teléfono y lo introduce en la guantera, donde, en cinco sobres diferentes, están las cartas que ha escrito en las pausas entre las consultas y la cumplimentación de formularios, aprovechando la sala de relax de la clínica.

Cierra el compartimento, extrae las llaves, las sujeta al parasol y baja del coche.

Unos segundos después, la oscuridad se traga su chaqueta roja; el río, el sonido de sus botas de montaña.

Arcadipane llama y espera.

—¿Sí?

—Soy Vincenzo. ¿Está Loredana?

—Está en su habitación, sube.

—No, tengo mucha prisa. Dile que baje, por favor.

—De acuerdo. ¡Hasta luego!

Se aleja del interfono, se sienta en las escaleras y observa su barrio.

El río debe de haber crecido, porque le llega el olor a sal de cuando el agua forma espuma bajo el puente, levantando una neblina grasa. Estas cosas intermedias nunca las hace el Po. El Po o bien duerme o bien dispara a matar, como los señores. En cambio, a ellos, que ya están medio en la periferia, les va bien el Dora: irascible, muy de barrio, mucho ruido para nada, rural, de mercado.

Se enciende un cigarrillo. Las gominolas se le acabaron mientras estaba interrogando a Clara Marangon, con Pedrelli entrando y saliendo para hablarle al oído de los otros jugadores de la clasificación a los que poco a poco iban atrapando. Jugadores que aparecían en el expediente y otros de los que hasta entonces ni siquiera sabían nada.

En cambio, la penúltima gominola la masticó al teléfono, mientras al otro lado el juez lo felicitaba, disimulando a duras penas su cabreo ante la idea de tener que reabrir una veintena de casos y

una decena de celdas. Ya se sabe que un juez aguanta que te folles a su mujer..., ¡pero obligarlo a que libere a alguien a quien ha encarcelado! En cuanto terminó esa conversación, telefoneó al cabo Fenice: que llamase de manera informal al del Megane para quitarle un poco de encima el peso de la culpa. Y así se fue la última gominola de regaliz. Desde luego, podría haberse acercado rápidamente a la tienda de Elsa, si es que a esas horas de la tarde, a las siete... La puerta situada a su espalda se abre.

Loredana desciende las escaleras vestida en chándal gris de estar por casa y zapatillas de deporte. Lleva el pelo recogido con un lápiz. El cuerpo, tonificado por el deporte, y el maquillaje con el que cubre su piel no perfecta la hacen parecer más mujer, más atenta, más presente.

—¡Papá! ¿Por qué no subes?

Arcadipane la besa en las mejillas.

—Ven —le propone—. Vamos a sentarnos en el bar de Enzo antes de que cierre.

La terraza está desnuda, apenas habitada por mesas redondas de metal que se pusieron de moda hace unos años y que tal vez algún día vuelvan a estarlo. Para Enzo, inconsciente, será entonces el momento de cambiarlas. Trastos viejos.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Arcadipane.

—*Spritz* Campari. Nada de patatas fritas.

Arcadipane la ve sentarse con las piernas cruzadas.

—¿Estás segura?

—¿Qué quieres decir?

Es la primera encrucijada. Sabe que habrá muchas más, pero el *spritz*... Por lo demás, no puede estrellarse desde el principio...

—Quiero decir: ¿estás segura de que nada de patatas fritas?

—Segura. Si empiezo a comerlas, no paro.

Arcadipane se asoma al local y le da una voz a Enzo, distraído con asuntos de motor sobre los que está hablando con el Pelícano, que no tiene ni permiso de conducir. Los dos lo saludan con un gesto. Vuelve a la mesa, se sienta.

—Me alegro mucho de verte, hace un montón de tiempo...

—Papá.

—¿Eh?

—No nos andemos por las ramas. Venga.

—¿No?

—Un amigo de mamá me ha visto en una página web donde se conoce a gente, se lo ha dicho y mamá está preocupada porque en ese sitio puse que tenía más años de los que tengo. Te lo ha contado, ¿no?

—Mencionado.

—Y estás aquí para que hablemos de eso.

—Desde luego.

Loredana descruza las piernas y las vuelve a cruzar, ahora del otro lado, y se encoge de hombros.

—Como ya le he explicado a ella, no me siento bien con los chicos de mi edad, tengo amigos en el campus, pero no hay mucho de lo que hablar con ellos. La web era, sencillamente, un lugar en el que poder relacionarme sin paranoias con personas mayores, con más experiencia. Nada más.

—Sin paranoias.

—Si tú ves a una chica de veinte años paseando con uno de cuarenta, ¿qué piensas? ¿O si una joven se te acerca para decirte que quiere tomarse un café contigo y charlar un rato?

Enzo trae la comanda. Nada de patatas fritas, pero sí un platito de pistachos. Loredana coge de inmediato uno y lo abre. Arcadipane la mira. Era un ser bello y ahora es otro ser bello, solo que él no ha asistido a la metamorfosis. No estaba ahí. Llegó después. También en esto.

—No era un amigo de mamá —confiesa.

—¿Quién?

—El que encontró tu perfil en la web.

Loredana sigue masticando, como si él no hubiese dicho nada.

—Gominolas de Regaliz —añade Arcadipane.

Ella contempla durante unos segundos el débil cono de luz de una farola que se está encendiendo y después abre los labios en un «ah».

—Entonces… —Asiente—. ¡Por eso había desaparecido! Pero ¿cómo…?

—El perro con tres patas.

—¡Trepet! Por cierto, ¿dónde está?

—En el coche.

Ella bebe un sorbo, con una sonrisa que no se borra ni siquiera cuando sus labios se encuentran con el vaso.

—Bueno —se encoge de hombros—, yo te he explicado por qué estaba en duecon. ¿Y tú?

—Es una historia larga, pero, por resumirla, me sentía solo.

Loredana lo mira de una manera firme, precisa, como se estudia un abrigo que uno lleva toda una vida utilizando, pero sin darse cuenta jamás de que los botones de los bolsillos no eran un adorno, sino que cerraban de verdad.

—A veces yo también —termina diciendo—. ¿Has encontrado a alguien?

—En cierto modo sí. ¿Y tú?

—Después de que mamá me *aconsejara* quitarme por lo menos algunos años, he encontrado a un investigador universitario. Se llama Ruben. Todavía no nos hemos visto, pero nos escribimos a menudo. El lunes iremos a tomar algo después del gimnasio. Ya veremos.

Él se bebe casi todo el vaso de un trago.

—¿Me tendrás al tanto?

—Si quieres —ríe entre dientes.

—Probablemente no. —Se termina lo que queda de vino blanco —. La semana que viene quedamos para cenar y te lo digo. Ahora tengo que irme.

—¿Trabajo?

—Mar.

—¿De verdad?

Arcadipane deja el dinero sobre la mesa, pellizcado bajo el cenicero que ninguno de los dos ha utilizado. Se levantan. Llegan al coche. Trepet duerme en el asiento. Ella le envía un beso silencioso con los dedos a través de la ventanilla, como se hace con los niños para no despertarlos.

—¿Soy un buen padre, Loredana?

Ella sonríe. Por suerte, tiene los dientes de su madre.

—¿Sabes eso que dicen los profesores...? «El niño cumple los objetivos mínimos, pero podría hacer más.»

—Intentaré hacerlo mejor.

—Eso es lo que dice siempre el niño. Y ahora, vete al mar. Te quiero.

Duerme desde las diez hasta la una, resguardado entre dos rocas,

sobre una franja de hierba y sin necesidad de despertador. Hace años que se levanta a esa hora. Sin embargo, esta noche no hay nada de café americano, sino una tarea pendiente.

Consulta la hora en su viejo reloj Cyma. En apenas unos pasos desciende al lago y se lava, produciendo unos círculos que hacen bailar a lo que queda de luna. Después se levanta y observa la montaña, punzante como su nombre de cinco letras, bellísima cuando se la contempla desde lejos, pero desgarbada, monótona y sin ímpetu cuando se la ve desde aquí. Sin embargo, es la que más se le parece de todas, es la suya.

—Siempre has decidido tú —dice—. Hagámoslo así también esta vez.

No ha traído ni mochila ni tienda, así que cinco minutos después ya está en la falda de piedras. Tiene luz suficiente para reconocer el sendero, pero no la necesita porque siempre ha recorrido este camino de noche, y las cosas no cambian de una noche a la otra. De día sí, pero por la noche serías capaz de reconocer hasta a un hombre al que no ves desde hace veinte años, así que imagínate en un cementerio de piedras.

Lo que sí ha cambiado son la falta de aliento y las piernas cansadas. Pero eso ya lo sabía. Ha venido para eso. Para ver si vale la pena.

Una hora después ya está allí donde, alargando una mano, se toca la roca. Siempre ha sido como apoyar los dedos sobre el pecho de una mujer y lo es aún, con la única diferencia de que antes sabía perfectamente qué le permitiría hacer su cuerpo. Ahora todo está por ver. Podría pararse aquí, desde luego, pero no ha venido a causar una buena impresión. En el fondo solo están ella y él, los dos viejos, los dos enfermos, así que pueden dejar la dentadura postiza sobre la mesilla de noche y besarse con los dientes que les quedan.

Cuando aleja el primer pie del suelo siente algo que no recordaba: la belleza del peso basculado sobre la pared, las manos que sirven de seguro. Sin embargo, en apenas tres o cuatro metros ya está enzarzado en aquello que lo espera. Como cuando quieres leer un libro, pero ya no ves bien: lo acercas, lo alejas. El hecho es que te falta la condición fundamental para este acto, y no es culpa de la historia ni de las palabras, cualquier otra persona podría leerlas. Eres tú, son tus ojos.

Así es como sube, cayendo en la desgracia que se ha buscado, con la cabeza que dirige y las piernas que no impulsan, con las manos que se aferran, pero nadie sabe si resistirán. Suda y utiliza las rodillas para empujarse, en un gesto que carece de la belleza de la escalada y aún no tiene la dignidad de la renuncia.

Al llegar a una cornisa se detiene, extiende las piernas, trata de volver a sentirlas. Y ellas, poco a poco, responden, llenas de dolor. Lo mismo ocurre con los hombros, con los antebrazos. Las manos, en cambio, siguen siendo una herramienta sencilla que servirá hasta el último momento a su amo.

Continúa, porque no puede quedarse allí. El tiempo se vuelve elástico, se escurre por la pared, mientras la luna ilumina al hombre, cada vez más cansado, siempre solo a medias, cada vez más lejos de aquello que era.

Mientras tanto, espera que suceda. Que una mano pierda el agarre, que un pie ceda. Está aquí por ese hilo que él sujeta de un extremo y la suerte sujeta del otro, y aún queda mucho por subir, mucha pared donde puede suceder. Pero el tiempo pasa, la agonía crece y lo que debe suceder no sucede.

Se da cuenta cuando encuentra la cruz que una tormenta arrancó de la cima muchos años atrás y dejó colgada de un tirante de anclaje. Desde ahí queda una decena de metros para llegar a la cumbre. Bastante, teniendo en cuenta que hace una hora que ha perdido todas sus fuerzas. Pero no.

Cuando llega a la cima, sigue agarrándose como si la piedra no fuese ya horizontal. Si se le viera desde arriba, parecería un náufrago en la playa, un recién nacido dormido sobre su madre. Respira en contacto con la piedra, que huele a liquen. Siente cómo le hiere los labios.

Después encuentra la fuerza necesaria para sentarse, con la espalda apoyada en la columna que antaño sostenía la cruz. Tiene los ojos cerrados y llora por una infinidad de motivos que está demasiado cansado y desesperado como para separar entre sí.

La noche es todavía noche, pero desde el este, más allá de la cima más alta, asciende una promesa. Él la mira y siente poco a poco cómo el mal va desapareciendo. Se encuentra donde quería y debía, y está sucediendo. Pasan, veloces, algunas imágenes, el sentido de una piel rozada, una forma concentrada de desesperación, la armonía de

ciertos momentos, cinco o seis personas, no más. Un mar, un otoño, un camino que recorre en bicicleta, un ciruelo cargado de frutas. Después, algunos rostros desconocidos que no recuerda, un niño desde la parte trasera de un autobús, un mesonero en Bretaña, una mujer hermosa asomada a la ventana una noche, una maestra sustituta en su época de primaria a la que las monjas despidieron porque era demasiado libre, una anciana que tal vez sea el personaje de un libro. Infinidad de cosas. Pero cuando abre los ojos, la promesa del alba no se ha movido. Entiende entonces que el tiempo de los ojos cerrados es mejor y vuelve a él, pero ahora lo encuentra vacío: ninguna persona, ningún rostro, ningún lugar, ninguna memoria; estaban saliendo cosas y ahora queda libre mucho espacio. Ni siquiera ya el cuerpo. Ni siquiera ya el pensamiento. «¡Es esto entonces!», dice, con las últimas palabras que encuentra, y después ni siquiera con ellas.

Entreabre los labios para hacer salir lo que queda, pero la boca, en lugar de dejar ir, toma aire y respira.

Se sienta de un brinco, abriendo la boca. Busca el reloj en la mesilla de noche. Bajo la escasa luz artificial que se cuela por la persiana reconoce las agujas: las cuatro y diez.

Aparta la sábana, pone los pies sobre la áspera moqueta y va al baño.

Cierra la puerta, enciende la luz y, sin prestar atención a los azulejos color escarlata y al olor a detergente, baja la tapa del váter y se sienta junto a la ventana.

La entreabre, dejando que un hilo frío entre para tocarle el pecho y los hombros desnudos.

En este momento es un hombre de cincuenta y cinco años, sentado en calzoncillos sobre el retrete de un modesto hotel frente al mar de una localidad pasada de moda y en plena temporada baja. Un hotel donde cuarenta años antes hizo el amor por primera vez, evento este que provocó una serie de circunstancias que no comprendió hasta la última parte de su vida.

Contempla la Vía Aurelia, el paseo, la playa, las luces anaranjadas de las farolas y los cordones que avisan de que falta la tapadera de una alcantarilla. También el mar es mediocre, como el hotel en el que se encuentra, pero sigue siendo una enorme masa de

agua que se mueve con la misma cadencia.

—Estás cabreado porque te he encerrado en el baño —dice—. Lo sé.

Trepet, acostado sobre la alfombrilla a los pies del lavabo, le aparta la mirada, en señal de máximo desprecio.

Se levanta, apaga la luz y abre lentamente la puerta, hasta que se da cuenta de que en la habitación la lámpara está encendida. No hay más remedio entonces que contemplarla desde la puerta del baño: la espalda apoyada en el cabecero de la cama, la sábana que le cubre la cintura, pero no los pechos pequeños, contra los que la gravedad nada puede hacer.

—No quería despertarte —se excusa.

—No importa —responde Ariel, que sigue leyendo en su móvil—. De todas formas tenía que decirte tres cosas. Dos no son buenas y una es pasable. ¿En qué orden las quieres?

—La pasable en el medio.

—Es lo suyo —observa ella mientras levanta la cabeza para mirarlo—. La primera es que yo a ti no te quiero, y tú a mí, sí.

—No importa.

—«No importa» es una buena respuesta, teniendo en cuenta que has tardado cincuenta años en utilizarla. ¿Quieres saber la segunda?

Arcadipane hace un gesto que quiere decir «adelante».

—Tienes una polla verdaderamente armoniosa. Y cuando digo *armoniosa* me refiero a que, si fuese posible fotografiarla eliminando la barriga, las piernas y todo lo demás, podría publicarse en una revista de diseño.

—Gracias.

—La última es que, a pesar de eso, con toda probabilidad tú y yo no iremos muy lejos, y no es porque yo esté tullida.

—¿Estás segura?

—Bastante.

Arcadipane se rasca un pie con el otro. Después va a la puerta balconera y mira hacia el exterior a través de los agujeros perforados en la persiana por el granizo: el mismo mar y el mismo paseo, pero desde el baño era mejor.

—Acabo de alquilar un piso en una quinta planta sin ascensor —anuncia.

—Sabia elección para alguien que tiene un perro de tres patas y

una mujer tullida.

Arcadipane se gira a medias.

—¿De verdad acabas de decir...?

—¿Sabes que se ha muerto Franco Califano? —le informa Ariel, que vuelve a ojear páginas en su teléfono móvil.

—¿Cuándo?

—Hace tres horas. Mientras estabas en el baño, me ha llegado la notificación de la web Vips que Acaban de Morirse.

—Me gustaban sus canciones.

—A mí también, pero no sé por qué. Ven aquí.

Arcadipane se tumba a su lado en una posición que le permite contemplarla. Ella deposita su móvil en el hueco que sus delgadas piernas forman bajo la sábana. Se apoya sobre el codo.

—Gracias a Dios, no hemos tenido miedo de nada.

—¿Tú y yo?

Niega con la cabeza.

—Eso es lo que le dijo Jack London a su mujer cuanto estaba a punto de morirse.

Arcadipane le estudia los ojos, que cuando está acostada tienen otro color.

—¿Quién es Jack London? —pregunta.

—Alguien que no tiene nada que ver contigo.

—¿Y contigo?

—Un poco más, pero tampoco tanto. Quizá con Califano, y por eso se me ha venido a la mente.

El teléfono de Arcadipane emite una débil vibración desde la mesilla de noche. Él lo coge y abre el mensaje que le llega desde un número desconocido. Solo una fotografía: una extensa playa, un mar gris y nórdico, las olas que rompen sobre los restos en cemento armado de uno de los búnkeres que deberían haber servido para defender la costa del desembarco. Ni una sola palabra.

Arcadipane esboza una pequeña sonrisa; una sonrisa compleja, porque dentro de ella hay derrota, cariño y algunas preguntas que no sabría a quién dirigir.

Deja el móvil en la mesilla y apoya la cabeza en el vientre de Ariel.

Siente movimientos de cosas líquidas en su interior, un pequeño remolino, la consistencia de su cuerpo, el olor perfecto.

—Con-mo-ve-dor —pronuncia despacio, con los labios despedazando esa palabra que no conocen.

—¿Eh? —pregunta ella.

—Nada —responde él—. No importa.

Pura rabia
Davide Longo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Una rabbia semplice*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, © Mark Owen / Trevillion Images y © Elnur / Shutterstock

© Davide Longo, 2021

© de la traducción del italiano, Lara Cortés Fernández, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-233-6543-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

MILLENNIUM 4
STIEG LARSSON
Lo que no te mata te hace más fuerte
David Lagercrantz
DESTINO

Lo que no te mata te hace más fuerte (Serie Millennium 4)

Lagercrantz, David
9788423349814
656 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuarta entrega de la Serie Millennium, el fenómeno literario que ha atrapado a más de 105 millones de lectores.

Lisbeth Salander está inquieta. Ha participado en un ataque *hacker* sin razón aparente y está asumiendo riesgos que normalmente evitaría. Mientras, la revista *Millennium* ha cambiado de propietarios. Quienes le critican, insisten en que Mikael Blomkvist ya es historia.
Una noche, Blomkvist recibe la llamada del profesor Frans Balder, un eminente investigador especializado en Inteligencia Artificial quien afirma tener en su poder información vital para el servicio de inteligencia norteamericano. Su as en la manga es una joven rebelde, un bicho raro que se parece mucho a alguien a quien Blomkvist conoce demasiado bien.
Mikael siente que esa puede ser la exclusiva que él y *Millennium* tanto necesitan, pero Lisbeth Salander, como siempre, tiene sus propios planes.

En *Lo que no te mata te hace más fuerte*, la singular pareja aclamada por más de 80 millones de lectores en *Los hombres que no amaban a las mujeres*, *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina* y *La reina en el palacio de las corrientes de aire* continúa su historia. Ha llegado la hora de que sus caminos se crucen de nuevo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

LA NOVELA QUE HA
INSPIRADO LA PELÍCULA
LA NIEBLA
Y LA DONCELLA
LORENZO SILVA
DESTINO

La niebla y la doncella

Silva, Lorenzo
9788423344550
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El sargento Bevilacqua y su compañera la cabo Chamorro, atípicos investigadores de la Guardia Civil, deben esclarecer la muerte del alocado joven Iván López von Amsberg en la isla canaria de La Gomera.

Se trata de un caso que, en la jerga de la unidad central, se conoce como «un asunto podrido»: el principal sospechoso, un político local cuya hija adolescente salía con Iván, fue juzgado y absuelto dos años atrás. Las pistas son obsoletas, el caso está empantanado y ofrece pocas posibilidades de ser resuelto. Arrastrados por la bruma que envuelve al crimen tanto como a la isla, Bevilacqua y Chamorro pondrán a prueba no sólo su talento profesional sino sus motivaciones más íntimas. La confusa historia detrás de la muerte del joven sólo se irá aclarando en la medida en que los investigadores criminales de la Benemérita sean capaces de enfrentarse con sus propios fantasmas. En pleno dominio de sus recursos literarios, Lorenzo Silva lleva más lejos que nunca la complejidad psicológica de sus personajes, decantándose por la sutileza y consiguiendo una novela trepidante que rehuye con brillantez las soluciones fáciles.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

María Oruña
Lo que la marea esconde
DESTINO

Lo que la marea esconde

Oruña, María
9788423359967
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EL THRILLER MÁS AMBICIOSO DE MARÍA ORUÑA Hay crímenes que parecen imposibles de resolver.

¡7.ª edición a la venta!

Más de 1.000.000 de lectores

La autora de *El bosque de los cuatro vientos* recupera la serie Puerto Escondido.

La presidenta del Club de la Bahía de Santander, una de las mujeres más poderosas de la ciudad, ha aparecido muerta en el camarote de una preciosa goleta que con unos pocos y selectos invitados del mundo del tenis surcaba el mar al anochecer.

El crimen recuerda a las novelas de la «habitación cerrada» de principios del siglo pasado: el compartimento estaba cerrado por dentro, tanto la extraña herida que presenta el cuerpo de la empresaria como el misterioso método utilizado para perpetrar el asesinato resultan inexplicables y todos los invitados a la fiesta parecen tener motivos para haber acabado con su vida. Nadie puede haber salido o entrado de la nave para cometer el crimen o escapar. ¿Quién ha matado a Judith Pombo? ¿Cómo? ¿Y por qué?

La novela más ambiciosa de María Oruña, un *thriller* adictivo y elegante en el que descubriremos una nueva faceta de la vida de Valentina Redondo, quien además de enfrentarse al caso más enigmático de su carrera deberá luchar contra un sorprendente e

inesperado golpe en su vida personal.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Aro Sáinz de la Maza

Malart

Serie Milo Malart

DESTINO

Malart

Sáinz de la Maza, Aro
9788423363377
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

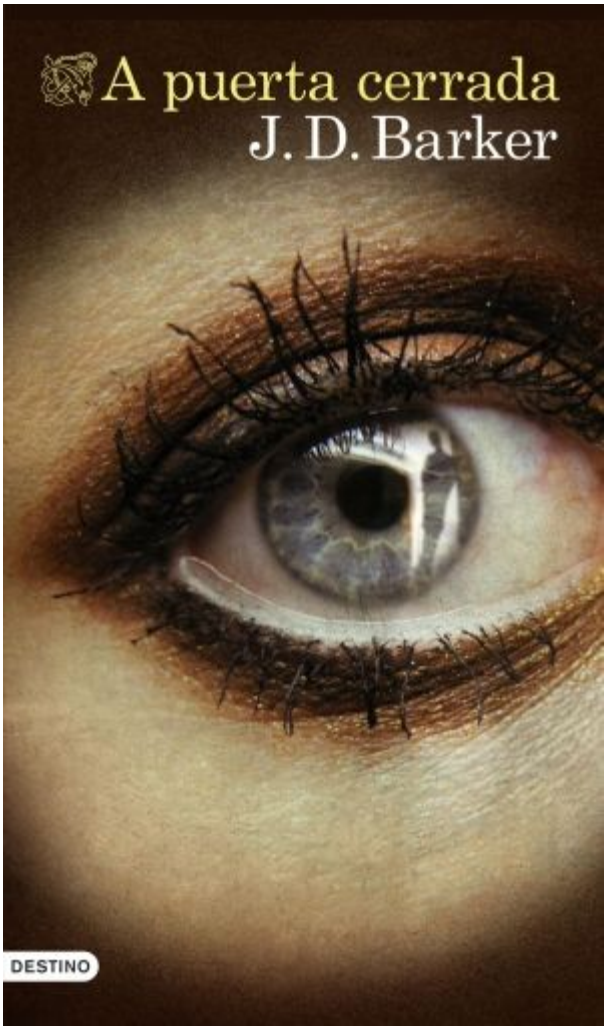
NO ESPERES MÁS DE LO MISMO EL AUTOR DE NOVELA NEGRA QUE ROMPE MOLDES CON CADA NUEVO LIBRO

De madrugada, en alta mar a bordo de un yate en la costa barcelonesa, se ha cometido un doble crimen atroz. El inspector Milo Malart conocía bien a las víctimas, un matrimonio de la alta burguesía absuelto en el juicio por el asesinato de una joven gracias a la oportuna contaminación de las pruebas. Torturado hasta la obsesión, todos en el Cuerpo sabían que el inspector estaba dispuesto a pararles los pies como fuera. Que Malart no olvida. Ni suelta la presa. Y ahora ha desaparecido sin dejar rastro. Mientras los indicios hallados en la escena del crimen se acumulan en su contra, para algunos resulta muy fácil unir los puntos. Para otros, en cambio, los hechos no acaban de encajar; sin embargo, no pueden responder a una sencilla pregunta: si es inocente, ¿por qué no da señales de vida?

Su compañera, la subinspectora Rebeca Mercader, no le cree capaz de haber traspasado la línea. Trabajando contrarreloj, está resuelta a esclarecer lo ocurrido aun en contra de las órdenes y a pesar de que puede arruinar su carrera.

***Malart* clausura la tetralogía de los elementos. Es una novela distinta a todas, con una trama insólita, donde los juegos de la mente tienen especial relevancia y que cierra de forma magistral el círculo de la injusticia y la infamia. Una nueva y sublime vuelta de tuerca.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


A puerta cerrada
J. D. Barker
DESTINO

A puerta cerrada

Barker, J.D.
9788423365609
592 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La nueva novela de J. D. Barker, autor de El Cuarto Mono y maestro del thriller psicológico.

Abby y Brendan Hollander no son felices. Casados desde hace años, su matrimonio se encuentra en punto muerto. Él trabaja para el estado investigando delitos financieros y blanqueo de capital; ella es escritora, su primera novela fue un bestseller y ahora sufre un bloqueo que le impide escribir la segunda. Sus ahorros se están acabando, igual que su matrimonio, así que deciden ir a terapia de pareja. La terapeuta les aconseja que, para darle salsa a su relación y a su vida sexual, se descarguen Sugar & Spice, la aplicación del momento que está triunfando en todo el mundo y que está convencida de que los ayudará. Su funcionamiento es como el de verdad o reto: si escoges «Sugar», debes hacer algo picante, y si escoges «Spice», debes superar un reto. Al principio funciona y su relación mejora, pero poco a poco todo se complica y, sin darse cuenta, acaban atrapados en un peligroso juego a vida o muerte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)